UNIVERSITY OF ARIZONA
39001030250412

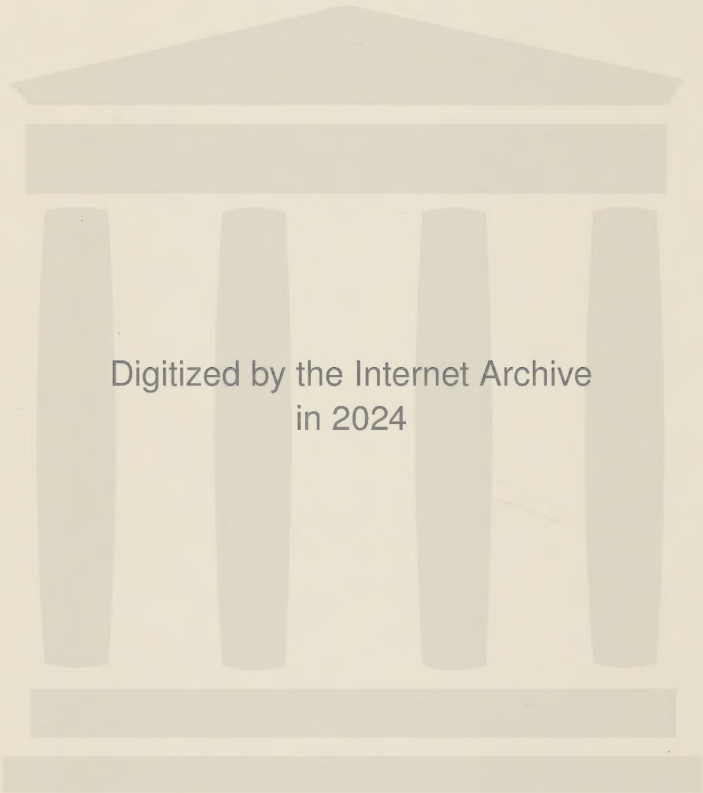
José Carlos Mariátegui

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra 3

Entrevistas
Crónicas
y otros
Textos

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0003jose

JOSE CARLOS MARIATEGUI

PQ
8497
M267
A6
1987
V.3

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO III

Entrevistas, Crónicas y otros textos

Prólogo, compilación y notas
de
Alberto Tauro

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERU

Primera edición, Lima, 1991.

© Empresa Editora Amauta S.A.
Alcanfores 1096, Miraflores,
LIMA - 18

JOSE CARLOS MARIATEGUI (Juan Croniqueur), Lima, 1916.

NOTA EDITORIAL

El Tomo III de ESCRITOS JUVENILES continúa la serie de compilación de la ingente publicación periodística de Juan Croniqueur que diéramos comienzo en 1987.

El lector encontrará en este tomo un conjunto de trabajos de Mariátegui, fundamentales no sólo para el entendimiento de su evolución intelectual sino para el enjuiciamiento de la literatura peruana en general. Comprende, entre los más significativos de sus contenidos, las históricas entrevistas del joven Mariátegui a Manuel González Prada y a Domingo Martínez Luján.

De importancia distinta aunque no menor, a la luz de la experiencia histórica, es la entrevista a Carlos Octavio Bunge –la cual hay que leer en paralelo con la interview que hiciera Abraham Valdelomar a José Ingenieros, pues ambos venían de participar en el Congreso Científico Panamericano de Washington, en 1916.

Tórtola Valencia ocupa un lugar importante en la época y Juan Croniqueur, además de una entrevista conocida, revela otros aspectos de la artista, como lo hiciera también con la pianista Luisa Morales Macedo y la poetisa Isolina Soto, conocida por su seudónimo de "Sor Folie".

Las "Cartas a X", "glosario de las cosas cotidianas", son finos y perspicuos comentarios y críticas de la vida cotidiana y del acontecer político, social y literario de la Lima de la "belle epoque". Estas notas contienen también alusiones a la polémica con el célebre pintor Don Teófilo Castillo, en la que participaron, al lado de Juan Croniqueur, el Conde de Lemos (Abraham Valdelomar) y Ascanio (Alfredo González Prada).

José Carlos Mariátegui hizo, en la estación juvenil, literatura de las cosas simples y de los sucesos cotidianos, de la crónica policial, de lo que quedaba al margen de la noticia ruidosa. Aquí ejercita Mariátegui una forma periodística novedosa en nuestro medio, la crónica intimista, reflexiva, introspectiva.

Este Tomo III de ESCRITOS JUVENILES es, como los dos primeros, producto de la tarea de Alberto Tauro, a quien debemos también la compilación, la ordenación y el texto introductorio.

Los Editores

PROLOGO

Según apuntara el propio José Carlos Mariátegui, el director de La Prensa *acostumbraba entrar a la sala de la redacción y le preguntaba si no escribía "algo" para el día siguiente; y precisó que "para cumplir [su] obligación con el periódico" debía llenar diariamente algunas cuartillas*[1]*. Se refirió así a la modalidad y la intensidad del vínculo laboral que lo ligaba a la empresa. Y su información nos permite reconocer: 1º, la estimación alcanzada por sus artículos; 2º, la aparente y ambigua exigencia del director, que podía ser una socarrona prevención contra alguna omisión temperamental, o una manifestación del celo que lo llevaba a evitar que faltasen esos artículos y a procurar que fuese regularmente satisfecho el interés de los lectores; y 3º, la tácita indiferencia respecto al tema o el género escogidos en cada caso por el escritor, y, por ende, el auspicioso estímulo otorgado a su iniciativa creadora. Pero eso no es todo. Muy bien puede constatarse que el diario cumplimiento de la obligación contraída con* La Prensa *no coincidió siempre con las publicaciones hechas en sus columnas; y, así como se tiene referencias sobre*

(1) En cartas dirigidas a "Ruth", el 2 y el 18–IV–1916. En la primera anota: "el director llegará y me hará la pregunta eterna de si no escribo "algo para mañana". Y en la segunda: "Te escribo después de haber engarzado diez o doce acápites para escribir un artículo obligado". Cf. su texto en *Anuario Mariateguiano*: Tomo I.

crónicas taurinas que anónimamente insertó durante alguna temporada, es posible notar que hubo días en los cuales no aparecieron sus artículos. Pero es obvio que debió acatar las exigencias de su compromiso laboral; y que, además de las publicaciones firmadas o fácilmente identificables, pudo redactar o arreglar notas y notículas de muy diversa índole. A su voluntariosa afirmación personal se oponía la presión de la rutina cotidiana, y quien sabe si la pesantez de las limitaciones que a la sazón regían al periodismo. Por eso no le fue posible satisfacer su deseo de consagrarse a la exposición y la crítica de la actualidad, ni mantener la continuidad de una columna ajustada a su criterio; pero halló acogida propicia para el relativo decadentismo expresado en sus poesías y sus cuentos y, de acuerdo con las alternativas de la redacción, se le encargó que atendiese al desenvolvimiento de los asuntos de cada día y eventualmente hizo reportajes a personalidades del momento, comentarios de arte o de teatro, y aun glosas serias o risueñas en torno a casos y cosas de la vida política o cultural. Es decir, que Juan Croniqueur hubo de ceñirse a los tonos de una gama imponderable, al oscilar entre la obligación de escribir "algo" y la opción de hacerlo en armonía con deliberaciones propias.

En esa gama destacan los reportajes. Solamente son nueve[2]*; y todos ellos desenvueltos en términos ligeros, palpitantes, sugerentes. Alejados de cualquier esquema aconsejado por el fácil cumplimiento de un encargo, o de esos cuestionarios que endosan la tarea de redacción al personaje entrevistado. Siguen el curso animoso, fluido, versátil, y a veces polémico, de la conversación que sagazmente orienta el periodista. Y ajustándose a los parámetros determinados por el estudio de la personalidad reporteada, cada uno deja traslucir nítidamente la preferencia que el reportero otorga a sus propios juicios. De modo que en ellos se reflejan matices y proyecciones de caracter muy diverso. En esencia, son encarados como un encuentro fortuito y desigual entre un periodista, que debe exhibir*

(2) Aunque incluimos "nueve" reportajes en la presente compilación, creemos que debió escribir un número mayor. Aun en su "diálogo indiscreto" con Juan Croniqueur, César Falcón (en *El Tiempo*: Lima, 21–VIII–1916) le dice: "has hecho muchos reportajes". No obstante, apenas había publicado hasta entonces los dos que aquí inician la incidencia en el género. Y en el cuarto reportaje de la presente serie (2–XI–1916), el mismo Juan Croniqueur declara haber "reporteado en su vida periodística a políticos, bailarinas, escritores"; de modo que es lógico inferir que en *La Prensa* insertó algunos otros, anónimamente.

destreza y versación para defender su prestigio profesional, y al efecto suele preparar un embate inquisitorio para condicionar, seleccionar y ordenar las declaraciones que desea presentar a los lectores; y por otro lado, un personaje presuntamente situado en una posición segura y espectable, pero que verdaderamente es vulnerable a la voluntad del reportero y frente a él se halla doblemente obligado a ser cauteloso, a fin de cuidar su propia fama y atemperar la relación establecida mediante el reportaje. Tal es, sin duda, una concepción muy singular. Pero Juan Croniqueur se basa en ella, cuando define y aplica los propósitos y la estrategia de este género periodístico. Y cuando la enuncia, con ostentosa sinceridad, asume alguna coincidencia con los modales urticantes que a la sazón desplegaba Abraham Valdelomar[3]:

> *El reportaje es una vil farsa. Dos individuos, uno periodista y otro personaje, dialogan. Aquel requiere opiniones de éste. Opiniones que ya ha presupuesto y que le favorecen. Hablan vulgar e inconexamente. Más tarde el periodista, totalmente embustero, escribe un diálogo distinto en todo del real y en él adula al personaje. Y como casi siempre el periodista piensa mejor que el personaje, éste se da por favorecido con los conceptos que aquel pone en su boca. Todo esto me parece de lo más convencional e innoble.*

Refleja una posición unilateral y extremosa, en cuanto sus lineamientos giran en torno a los puntos de vista del periodismo y de los periodistas, y aparentemente soslaya la actitud del personaje reporteado. Por una parte, exhibe cierta sobrevaloración de la acogida que pueden tributar al periodismo cuantos acuden a sus columnas para aupar vanidades o pretensiones; y por otra, deja asomar una sobrevaloración de sí mismo, en cuanto apunta que "el periodista piensa mejor que el personaje" a quien reportea y lo favorece poniendo "en su boca" las opiniones que previamente concibe para la ocasión. Pero es interesante advertir que en la práctica sigue el esquema derivado de su concepción, y logra los resultados que voluntariosamente hubiera previsto.

Quien atienda a las alternativas de esos reportajes podrá reconocer sus diálogos como un cabal trasunto del respectivo intercambio verbal. Y

(3) Cf. el citado "diálogo indiscreto" sostenido con César Falcón.

comprobará que a los personajes reporteados se les presenta en términos objetivos, discretos, relevantes o elogiosos. Pero bastará un ligero análisis para descubrir el severo protagonismo que el reportero se asigna en cada oportunidad: tal como asoma en la mesurada ironía proyectada hacia uno u otro personajes (p. ej.: Carlos Octavio Bunge, Sor Folie, Guillermo Dunstan); o en la parca limitación a la cual queda reducido quien solo confirma los asertos envueltos en las interrogaciones (p. ej.: Federico Mertens); o en la personal alabanza de artes como la música y la danza, y que en verdad opaca la simpatía consagrada a sus cultivadoras (p. ej.: Luisa Morales Macedo, Tórtola Valencia, Paquita Escribano). Aún más: la apelación a esa estrategia adquiere su mayor transparencia en los reportajes hechos a Domingo Martínez Luján y Manuel González Prada. Porque detalla finamente la originalidad, la facundia y el casticismo de la obra poética en la cual vertió el primero sus amarguras y el cansancio de vivir; y a su vez confiesa la admiración que profesa al segundo, por su amplia versación y la ejemplar altivez de su trayectoria. Y, de acuerdo con su personal esquema del reportaje, conduce los diálogos hasta lograr que sus interlocutores reconociesen la valía de su generación. Ya fuera en los términos contrastantes empleados por Manuel González Prada (1844–1918), al sintetizar su visión del legado cultural de las generaciones pasadas y elogiar con largueza las creaciones de los escritores jóvenes [4]:

> *declaró enfáticamente la superioridad indiscutible de esta generación sobre todas las que la precedieron. Antes la literatura se desarrolló entre referencias a las revoluciones y a las pachamancas. La urdimbre de todas las incertidumbres y de todas las ignorancias impidió que la influencia de la literatura europea se dejara sentir en su buen gusto, en su estilo y en su pensamiento. Se limitaba con ramplonería y atraso. Unos literatos se distinguían por su absoluto apego al más frío clasicismo. Y otros se perdían en el romanticismo más exagerado. Nuestros poetas eran malos segundones de Zorrilla. En nuestra poesía dominaba una incipiente y burda estética... Y, en general, reconoció la sutileza, elegancia y exquisitez que constituyen algunas de las excelencias de nuestra literatura contemporánea.*

(4) Cf. "La generación literaria de hoy. Conversación con don Manuel González Prada". En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1916.

Ya fuera con la generosidad y la satisfacción alentadas por Domingo Martínez Luján (1871–1933); en cuanto cifra una entrañable esperanza en la superación que anunciaba la nueva generación[5]*:*

> *Han traído ustedes al periodismo un espíritu, una técnica, una manera completamente nuevas. En mi época se desconocían la espiritualidad y la gracia que ustedes saben dar a sus artículos. Esas informaciones que no son precisamente informaciones y que abandonan el suceso actualista para buscar el aspecto permanente de las cosas, tienen una originalidad y una belleza enormes. Yo estimo mucho a esta juventud. Sé que está en la hora del ensayo. Pero esta hora es para ella tan brillante, que yo tengo que creer que la obra venidera lo será también.*

Así, gracias al sesgo dado a los diálogos con escritores representativos de las generaciones mayores, Juan Croniqueur logró que ambos expresaran su aplauso a la generación emergente.

Por añadidura, debemos subrayar que la significación de las opiniones trascritas no se limita a la constatación de un hecho cultural: pues se inserta en el proceso de una disputa generacional. Iniciada por Abraham Valdelomar –en ese tono ufano y desafiante que dio tema a los desconcertados comentarios de su tiempo–, al referir una opinión de Manuel González Prada[6]*:*

> *la generación de hoy es la más fuerte, fecunda y valiosa de las generaciones literarias que haya tenido este pueblo.*

Fue inmediatamente avivada por Enrique López Albújar (1872–1966), quien se sintió afectado por la implícita subestimación y le opuso una caudalosa réplica[7]*, en defensa de los predecesores que habían grabado sus nombres en los viejos anales, y vanamente ensayó el humor para*

---

(5) Cf. "El poeta Martínez Luján: su vida, su humorismo, y sus excentricidades". En *El Tiempo*: Lima 19–XII–1916.

(6) En un comentario al libro de José Antonio de Lavalle García sobre *Las necesidades del guano en la agricultura nacional*. En *La Prensa*: Lima, 23–IX–1916.

(7) Publicada bajo el seud. de "Sansón Carrasco": "Tres epítetos gruesos y una exageración verdadera". En *La Prensa*: Lima, 26, 28 y 30–IX y 3–X–1916.

desacreditar la aplicabilidad de los epítetos que el ático maestro usara en elogio de la nueva generación. No quiso responder Abraham Valdelomar, porque su eventual antagonista era entonces director de La Prensa *y en su condición de redactor no se habría desenvuelto libremente; pero no es difícil que en su ánimo influyera también la egolátrica decisión de no aceptar la discusión de sus dichos u opiniones. En consecuencia, Juan Croniqueur creyó oportuno salvar a su amigo de una situación que podía tornarse desairada; y planeó el reportaje a Manuel González Prada, para obtener una confirmación de sus juicios sobre la joven generación literaria. A continuación salió a la palestra Federico More, y en una dilatada alegación*[8] *demostró la debilidad y la relativa estrechez de los argumentos aducidos por Enrique López Albújar, al discutir la saludable renovación que en la literatura nacional habían iniciado los escritores jóvenes. Y a su vez, cuando se habían opacado los ecos de esas oposiciones verbales, Juan Croniqueur dio publicidad a las comprensivas opiniones de Domingo Martínez Luján, poeta abundoso que no regateó su admiración por las inquietudes humanas y estéticas de la nueva generación. De modo que los reportajes no son piezas aisladas y más o menos rutinarias, en el ejercicio profesional de Juan Croniqueur, sino episodios de una gesta enderezada hacia la afirmación personal y la defensa de las concepciones coherentes con las nuevas fases de la vida.*

Otro cariz, igualmente sugestivo, tiene el "Glosario de las cosas cotidianas", expuesto en las "Cartas a X". Su adecuación al tono epistolar confiere a su prosa un tono alternativamente espontáneo y familiar, serio y disciplinado, sincero, efusivo y cálido. Quizá aludió Domingo Martínez Luján a la novedad y la gracia de sus giros, cuando tributó su elogio a "esas informaciones que no son precisamente informaciones, y que abandonan el suceso actualista para buscar el aspecto permanente de las cosas". Pues ése es justamente el acierto del "glosario de las cosas cotidianas". Es informativo, porque sigue el curso de la vida diaria; pero no se refiere a los hechos en los términos escuetos e impersonales que aún empleaba el periodismo rutinario, ni se ajusta a ese orden procesal que simplificaba la presentación de las ocurrencias policiales, ni se ciñe a las elementales formas que se considera adecuadas para lograr la simpatía del lector común. En verdad, apela a los sucesos actuales como base o

(8) Cf. su artículo "Definir es separar". En El Tiempo: Lima, 8, 9 y 11–X–1916.

pretexto para desarrollar una evocación histórica o literaria, una confidencia, una meditación; y como la noticia corriente es ya del conocimiento público, la glosa ofrece la reflexión familiar que permita comprender "el aspecto permanente de las cosas", y aun proyectar alguna emoción sobre el curso de la vida.

Semejante fue la apreciación formulada por Juan Croniqueur cuando inició su "glosario" y trazó la diferencia entre la crónica, limitada a la información fáctica, y la epístola:

> *La epístola es más discreta y sencilla. Para escribirla sólo hace falta sinceridad y quienes hayan tenido el gusto poco explicable de leerme saben que la poseo de veras. Inicio para usted un epistolario risueño y amable, frívolo e ingenuo, volandero y trivial... Si encuentra usted en él una digresión sesuda, un pensamiento grave, créalo debido a inconsciente olvido. Sería imperdonable tener una digresión sesuda o un pensamiento grave en un glosario de las cosas cotidianas. Las cosas cotidianas son vulgares, menudas e insignificantes. Por eso las amo y las observo.*

En su conjunto, las páginas de ese glosario nos impresionan gratamente. Fueron escritas en el curso de un semestre, con pretendida frivolidad y superficialidad; pero la sencillez y la exactitud de sus imágenes nos colocan ante la animada reviviscencia de una época y una sociedad que difícilmente serán retratadas en forma tan feliz. Se aproxima unas veces a la gracia variopinta de un cuadro de costumbres, sin incidir en la convocación de tipos desmañados, ni en la imitación de un lenguaje rústico, pues no se solaza con la estampa estereotipada, sino con la circunstancia humana, más o menos intensa o relajante, suscitadora de ironía o aproximación evocativa, y siempre acompasada con la vida, trémula, amable. Otras veces sugiere el recuerdo animado de imágenes captadas a través de un viaje, tal vez algo oscurecidas por el alejamiento en el tiempo o la distancia, pero afloradas al conjuro de la simpatía, con el afecto acendrado por la reflexión, con esa nostalgia imponderable que suscita el pasado. No obstante, su vibración más característica, su acento peculiar y su mayor proyección emergen del tono confidencial, la sencillez y la sinceridad propias del estilo epistolar: porque su elegancia es la necesaria, la abundancia de su léxico fluye en estrecha armonía con la

fructuosa, pues dejó una simiente. Ligero, sencillo, fácilmente comprensible, y siempre risueño, insinuó, por contraste, que la inteligencia, la versación, la veracidad, la oportunidad y la eficiencia no eran las virtudes más frecuentes entre los políticos; y, lógicamente, que la política no se hallaba orientada hacia las conveniencias nacionales, no se ajustaba a las leyes de la razón, y reclamaba una adaptación al espíritu de la modernidad. Y ese "guignol" anticipó el modelo y el estilo que luego aparecería en El Tiempo *bajo el epígrafe de "Voces". En verdad, un epígrafe acuñado a base de cierta invocación plebiscitaria, y cuyos dictados impusieron muchos esfuerzos y desvelos a Juan Croniqueur*[9]*:*

> *Yo no hago política sino en unos cotidianos párrafos llamados* Voces *y lo hago por cierto con escaso gusto y hasta desapego.*

Pero en esa tarea hubo de persistir. Y aunque sus artículos eran esperados y comentados, no dejaba de lamentar su apartamiento de la labor creadora[10]*:*

> *Obligadamente tengo que sentirme escritor político y esto me mistifica y me confunde. La política es detestable, pero me tiene preso.*

Cierto es que era halagado a veces por los mismos políticos a quienes dedicaba una estampa burlesca, pues sus menciones les conferían notoriedad; o distinguido en los círculos de la prensa, debido a la novedad y la gracia incisiva de sus enfoques; pero no lo satisfacía el marco impuesto por las calladas limitaciones del periódico, ni el hecho de que los problemas políticos quedaran virtualmente reducidos a la discusión de posiciones personalistas. Lo artificioso y mediatizante de las convenciones urdidas en nombre de la opinión pública fueron dejándole una sensación de vacío. Y volcado hacia un examen situacional, reconoció la necesidad vital de superar su pesantez. A través de un diáfano proceso anímico había abandonado ya las posturas indolentes y conformistas de la bohemia literaria, y decidió superar también las auras gratificantes que a la sazón le granjeaban sus crónicas. Lo animaba el "optimismo del ideal" –que alguna vez supo evaluar y exaltar–, la pujanza de su voluntad

(9) En carta a "Ruth", de 11–VIII–1916.
(10) En carta a "Ruth", de 21–XI–1916.

juvenil, y su aspiración de contribuir a la corrección de los vicios y los errores perpetuados en la sociedad peruana[11]*:*

> *Situados en el diarismo casi desde la niñez, han sido los periódicos para nosotros magníficos puntos de apreciación del siniestro panorama peruano. Nuestros hombres figurativos suelen inspirarnos, por haberlos mirado de cerca, un poco de desdén y otro poco de asco. Y esta repulsa continua nos ha hecho sentir la necesidad de buscarnos un camino propio para afirmarla y para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contemporáneos.*

Ese "camino propio" se inicia con la recusación de las influencias deletéreas que pesaban sobre la realidad peruana. Con la insoslayable emancipación

> *de la tutela de los intereses creados y de las gentes incapaces que... medrarán a su gusto hasta que la patria deje de ser una especie de casa de tolerancia con beneficios prácticos para unos cuantos a costa de la prostitución de los demás*[12]*.*

Y, en lo tocante a la actividad política, con el desahucio de la esporádica reorganización efectuada por los partidos durante los períodos electorales, por encubrirse con ella un "insensato afán de atarnos al pasado" y lograr así que "en el Perú cada símbolo de acción politica [fuera] un mausoleo"[13]*.*

Ante el diagnóstico de anacronismos tan arraigados hacía falta "un vigoroso impulso de renovación [que llevase] al Perú al cauce de la vida moderna, y encarase "la complejidad de los problemas sociales, políticos y económicos"[14] *mediante las luces de la ciencia. Un impulso conducido según una línea de conducta que se propusiese enmendar la situación en aras del interés público, a base de la ética y la verdad. Y, desde el punto de vista periodístico, a José Carlos Mariátegui no le bastaba ya la crónica,*

(11) Cf. su "Exposición". En *Nuestra Epoca*: Nº 1, p. 1; Lima, 22–VI–1918.
(12) Ibidem.
(13) Cf. "La reorganización de los grupos políticos". En *Nuestra Epoca*: Nº 2, pp. 1–2; Lima, 6–VI–1918.
(14) Cf. "Las diputaciones por Lima". En *La Razón*: Nº 67; Lima, 24–VII–1919.

severamente documentada pero asépticamente enmarcada dentro de las limitaciones vigentes, pues el proceso al pasado requería el ensayo documentado, analítico, orientador. Porque ese "camino propio" debía conducir a la construcción de un Perú nuevo, rigurosamente acompasado con los avances científicos del mundo nuevo.

Alberto Tauro

REPORTAJES

UNA ENTREVISTA A CARLOS OCTAVIO BUNGE

Su visita a Lima. – Guarda incógnito, pero los periodistas somos gentes muy indiscretas. – Cómo "posa" ante el cronista y ante el fotógrafo. – Primeras impresiones. – Mis "Cartas a X". – Bunge, novelista. – Bunge, hombre de ciencia. – Bunge, poeta.

Ha sido en el Hotel Maury. Me ha traido un colega periodista para presentarme a una de las más grandes personalidades de la ciencia y de las letras argentinas que se halla de paso en Lima. Es el señor don Carlos Octavio Bunge, autor de "La Novela de la sangre", de "Nuestra América" y de muchos libros notables y que ha representado a su país en el Congreso Científico de Washington. Carlos Octavio Bunge guarda incógnito y esto hace más agradable e interesante la entrevista. Me olvido de que tendré que contar mi conversación con él en un artículo, me olvido de mi calidad de periodista y pienso sólo que soy un hombre que admira a Bunge y que va a tener el honor de estrechar su mano.

Me acompaña un joven jurisconsulto a quien la idea de tener un instante de charla amistosa con el gran maestro de derecho le enorgullece.

Breve espera. El secretario de Carlos Octavio Bunge nos hace el obsequio de su charla. Nos dice que el calor hostiga a Bunge en esos mismos instantes. El secretario es peruano y afable. Está percatado de la importancia de acompañar a un hombre ilustre.

Muy pocos minutos después, Carlos Octavio Bunge está delante de nosotros. El colega periodista que ha violado su incógnito y que le conoce ya, nos presenta al joven jurisconsulto y a mí. Bunge se exhibe cortés y ceremonioso.

Mi colega le dice que mi pseudónimo es Juan Croniqueur y añade un elogio galante.

Carlos Octavio Bunge, dice entonces:

–Ya le conozco. En "La Prensa" de esta mañana he leído un artículo de usted.

Y me siento orgulloso. El colega periodista se retira. Quedamos solos con el ilustre argentino.

Mi amigo jurisconsulto inicia la charla, recordando las obras de Bunge, que ha leído. Se refiere á sus ideas sobre educación y le espolea con maña para que vierta algún concepto. Carlos Octavio Bunge nos ofrece puros. Yo no fumo y tampoco el abogado. Bunge enciende un puro y yo pienso que un cigarro puede propiciar una charla. Luego habla pausadamente, brevemente, concisamente. Yo le observo.

Carlos Octavio Bunge es un hombre joven, robusto y simpático. Hay en él poco del americano y mucho del europeo. Es alto y grueso. Tiene mirada vigorosa y serena. Y tiene firme y parsimoniosa la voz y elegante el ademán. Se adivina al catedrático, al hombre de ciencia que ilustra juventudes, que ofrece conferencias y que hace frecuentemente la gimnasia de la dialéctica. Pero pugna por imponerse siempre el hombre de letras que pule la frase y busca la palabra armónica y fácil. Rápidamente me doy cuenta de que Carlos Octavio Bunge tiene la obsesión del buen estilo. Veo también en él al hombre que está convencido de que es ilustre y loable y advierto que escucha el elogio con la sonrisa cortés del que está habituado a oírlo.

Resucita en mí el periodista:

–¿Ha representado usted a la Argentina en el Congreso Científico Panamericano de Washington?

La pregunta es vulgar, pero precisa dentro de una interview periodística.

Bunge me contesta:

–No. El gobierno argentino designó a otras personas, entre ellas a Ingenieros.

Y hace una pausa teatral. pero evita la pregunta y agrega:

–Fué la Institución Carnegie la que me invitó especialmente al Congreso. Ya después se me consideró también como delegado argentino.

El abogado habla así:

–José Ingenieros ha estado en Lima recientemente.

Yo añado:

–Es un hombre admirable.

Bunge asiente:

–Por cierto.

Luego la charla se desorienta y los tres decimos unas pocas trivialidades.

Yo interrogo:

–¿Tenía usted interés en conocer Lima?

Bunge me contesta por supuesto:

–Mucho. Mi viaje estaba arreglado por el Atlántico, pero mi anhelo de conocer esta parte de América me hizo alterar la ruta.

El abogado pronuncia una pregunta que hace cinco minutos juega en sus labios:

–¿Cree usted en la eficacia definitiva de la educación para modificar las tendencias del joven?

Bunge responde presto:

–Soy un poco pesimista. He escrito bastante sobre este punto y siempre he limitado esa eficacia.

El abogado hace otras preguntas semejantes y Carlos Octavio Bunge las atiende todas. A pesar de su trascendencia, el tema es simpático y ameno. Se me antoja que cuando Bunge habla de ciencias surge el hombre de letras y que cuando Bunge habla de letras surge el hombre de ciencia. En seguida confirmo mi observación.

El abogado dice:

–Preparo un ensayo de educación moral.

Carlos Octavio Bunge, que es muy cortés, le interrumpe:

–Se servirá usted enviármelo. Me será grato.

Ahora es al abogado a quien halaga la lisonja:

–Yo tendré un gran honor en remitirle un ejemplar.

Conversamos luego de literatura. Yo he traído la charla a este tema y le hablo a Bunge de la brillante legión de uruguayos y argentinos que prestigia las letras americanas. Me entero de que sus obras suman veintitrés volúmenes publicados. Luego le pregunto sobre su reciente producción literaria.

Carlos Octavio Bunge me dice:

–Tengo novelas inéditas. Las guardo. No las publico aún, porque las ediciones en la Argentina son caras y malas. Prefiero hacerlo en Francia o en España. Yo tengo un contrato con la casa Renacimiento.

–¿En el orden literario sólo ha escrito usted novelas?

Bunge me responde:

–También he escrito versos. Formarán un libro.

Siguen otras preguntas y otras respuestas que no parecen de reportaje porque se refieren á un libro de versos.

–¿No ha publicado usted sus versos alguna vez?

–No. Mis versos están inéditos.

–¿Conoce usted alguna opinión sobre ellos?

–A mí me gustan. A muchos de mis amigos les parecen malos.

–¿Se advertirá en ellos al científico?

–No lo crea.

–¿Tienden á la filosofía? ¿Son vagos? ¿Son abstrusos? ¿Son esotéricos?

–Tampoco.

Yo aventuro:

–En literato como usted, es muy posible que la obsesión del análisis, de la frase precisa, de las sensaciones exactas, borre al poeta.

Bunge aprueba:

–Es cierto. El exceso de análisis está en pugna con el arte de producir buenos versos.

Yo digo en seguida:

–Falta la inconsciencia del poeta.

Vuelve a asentir:

–Es cierto.

La conversación con el abogado se reanuda. El abogado me roba a mi interlocutor para insistir en sus preguntas sobre derecho y otras cosas graves que yo no entiendo.

Entonces nos interrumpe un fotógrafo. Bunge no se sorprende, pero dice que hubiera preferido conservar el incógnito. Yo pienso que en el fondo le halaga que su eminencia le haga divulgable. El fotógrafo le reclama y Bunge nos pide permiso para salir a un corredor. "Posa" erguido y arrogante, con el gesto de quien está habituado a dejarse fotografiar.

Nos despedimos. Hay frases amables y apretones de manos.

Yo desciendo la escalera del hotel leyendo una tarjeta de Carlos Octavio Bunge que me dió su secretario. Dice así:

"Dr. C. O. Bunge. – De las Academias de Derecho y Ciencias Sociales y de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Fiscal de la Cámara de Apelaciones en lo criminal y correccional, Delegado de la Institución Carnegie en el II Congreso Científico Panamericano de Washington, Presidente de la Sección de Derecho Civil y Comercial en el Congreso Americano de Ciencias Sociales de Tucumán de 1916. Calle Villanueva, Nº 1129– Buenos Aires".

Yo pienso que esta tarjeta convence a cualquiera de que Carlos Octavio Bunge es un hombre ilustre.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 1°–III–1916)

CON FEDERICO MERTENS

De Periodista a Periodista.

A bordo del "Huasco". En el "smoking room". Al rededor de una mesa estamos Federico Mertens, su esposa, algunos periodistas y yo. Está también el estado mayor de la Empresa Valle. Dialogamos Federico Mertens y yo. Mis preguntas se suceden. Mertens las absuelve todas amablemente. Y yo me prometo escribir después un reportaje. Un hombre como Mertens, que seguramente ha hecho muchos reportajes, está obligado a prestarse a la indiscreción de más de uno.

Federico Mertens es pequeño, delgado, pálido, joven. Su ademán es tranquilo. Su sonrisa es discreta. Su palabra es sencilla. Todo en él indica al hombre inteligente, que ha escrito mucho y ha pensado mucho. (No siempre están unidas estas acciones de escribir y pensar). Tiene un ligero acento argentino. Y habla, con mucha mesura, de los hombres y de las cosas. A veces en el fondo de una frase suya queda el sedimento de una ironía risueña.

Yo le interrogo:

–¿En Buenos Aires hay mucho ambiente literario?

Federico Mertens rectifica:

–Hay mucho ambiente teatral.

Sonrisa mía. Breve silencio. Y se reanuda el reportaje:

–Muchos de los grandes literatos argentinos nos han visitado y son amigos del Perú. ¿Manuel Ugarte ha dejado la propaganda latinoamericana?

–Le preocupa ahora la política. Fundó un diario y en él hizo activa campaña.

–¿Y Belisario Roldán?

Roldán escribe para el teatro. Se inició con tres obras un tanto declamatorias. Después de estos ensayos, ha alcanzado un triunfo en su cuarta obra. Ha sido todo un acierto.

Un periodista presente que ha estado en Buenos Aires hace poco, interrumpe el diálogo para hablar de los literatos argentinos y enumera muchos hombres a quienes ha tratado y estimado: José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge, Martín Gil, Ricardo Rojas, etc.

Reanudamos la conversación interrumpida y hablamos del teatro argentino. Es sorprendente el florecimiento de este teatro. En diez años ha alcanzado progresos maravillosos. La sociedad de autores teatrales argentinos, de la cual Mertens es vice–presidente y miembro muy distinguido, cobró el último año 1.300.000 pesos de derechos.

–En un año, 1915– habla Mertens, se ha estrenado 1350 obras. En la sociedad de autores hay inscritos 300. De estos, cincuenta han hecho labor activa. Los demás han estrenado dos o tres obras. La sociedad de autores defiende en todas formas el teatro argentino. Preocupación principal suya es la de la formación de buenos actores y actrices. Su labor está muy bien encaminada.

–¿Cuáles son los autores que más trabajan?

–Hay varios, Pacheco, Cayol, Novión, Sánchez Gardell y otros.

–¿También García Velloso?– apunto yo, recordando un nombre que he visto en los diarios argentinos.

–También García Velloso estrena frecuentemente.

El periodista argentino venido de Buenos Aires habla del último éxito teatral argentino. El alcanzado por "El distinguido ciudadano".

Federico Mertens agrega que "El distinguido ciudadano", ha debido en mucho su éxito a la creación que del principal tipo de la obra ha hecho el actor intérprete.

La conversación se concreta luego a la personalidad de Mertens.

–¿Cómo se inició usted en el teatro?

–Casualmente. Yo era periodista entonces. Publicaba cuentos en la página literaria de "La Nación" de la cual fui iniciador. Gentes entendidas me dijeron entonces que mis diálogos eran muy teatrales. Un día –era un sábado–, un empresario, falto de novedades para su cartel, me pidio una obra. Tuve que ofrecérsela. Escribí "Gente bien" y el lunes siguiente la entregué al empresario. Yo no tenía la menor confianza en la obra. Me sorprendió pues el aplauso con que la recibió el público y la prensa. El primer éxito me animó a continuar.

Y Mertens agrega después de una pausa y respondiendo a las palabras elogiosas de los que estamos presentes:

–He tenido buena suerte.

Yo interrogo á Mertens:

–¿Cuál ha sido la obra de usted que más éxito ha alcanzado?

Y Mertens responde:

–"Las del Frente". Tiene más de 1600 representaciones. Y me ha producido ochenta mil pesos.

Los periodistas presentes decimos:

–Aquí sabemos todos el éxito de esa obra suya. En la prensa de Buenos Aires la hemos visto mencionada con elogio muchas veces.

Mertens, además de dramaturgo y periodista, es cuentista brillante. La casa editorial Tasso ha reunido en tres tomos los cuentos de "La Nación" y otros periódicos.

Hablamos luego de la compañía de la cual viene Mertens como director artístico.

Mertens nos refiere que esta compañía ha sido en buena cuenta enviada por la sociedad de autores argentinos. Fue la sociedad de autores la que le encargó su dirección artística. Se persigue el propósito de que el teatro argentino sea conocido en los principales países vecinos de la República Argentina. Además la dirección artística de la compañía recogerá en éstos, algunas obras que luego serán representadas en Buenos Aires. En elogio de la compañía dice que su conjunto es muy homogéneo y disciplinado. A propósito de ésta apunta algunas ideas sobre la inconveniencia de que el prestigio de una compañía repose sólo en una o dos figuras. Refiere la actuación de la compañía en Santiago y Valparaíso donde la compañía Podestá le había preparado atmósfera adversa. La extremosidad de su campaña y ciertas arbitrariedades de Podestá obligaron a Mertens a reclamar ante la sociedad de autores, la cual prohibió a Podestá el uso de su archivo de obras.

Ocupándose del personal de la compañía dice Mertens que las figuras principales Arturo Mario, María Padín, Paquito Petrai, Escarcela y la Mancini, están bien colocadas en el teatro argentino. Como actores cómicos Petrai y Escarcela –agrega– van a parecer absolutamente nuevos al público de Lima.

La conversación sigue animada e interesante. Federico Mertens es un causeur agradabilísimo y culto. Uno de los presentes saca el reloj. 10 a.m. Es ya hora de desembarcar. Ultimo sorbo de cognac. Salimos del "smoking room". Descendemos a una lancha automóvil que nos aguarda al pie de la escala del "Huasco". Segundos después la lancha parte y nos hallamos en rápida marcha hacia el desembarcadero. A lo lejos se mira, velada por la

mañana brumosa, la aristocracia de los blancos chalets de La Punta. Federico Mertens inquiere, interroga.

Y yo respondo:

–Es La Punta. Un balneario hermoso.

Y luego:

–Es el Muelle Dársena. Muy antiguo y muy fuerte.

Voy a hacer de *cicerone* por algunos momentos.

J.C.

(En *La Prensa*: Lima, 11–VI–1916)

LUISA MORALES MACEDO, ARTISTA ADMIRABLE

Mi homenaje se anticipa al gran homenaje del público.

Mi egoísmo –muy noble egoísmo es siempre el mío–, no quiere que mi elogio a Luisa Morales Macedo aguarde para producirse el elogio del público limeño que debe aplaudirla hoy. Yo sé que esta noche Luisa Morales Macedo alcanzará un gran triunfo artístico. Y deseo que mi homenaje a la selecta y distinguida dama y a la admirable y joven artista preceda en muchas horas al gran homenaje del público que va a tener el honor de oirla.

Yo he sentido la certidumbre de este triunfo consagrador y supremo hace varios días. Fue el lunes en la amable cortesanía de una audición íntima. No asistí a la audición que la artista ofreció a los periodistas el sábado. Y hubiera debido aguardar el concierto de hoy para saber que en Lima, en nuestra sociedad, entre nosotros, existía una gran pianista, si ella no hubiera mostrado la gentileza de invitarme, junto con otros escritores, a una segunda y más íntima audición. El público de Lima, el gran público que ignora a Luisa Morales Macedo, va a admirar a la artista varios días después de aquel en que la había admirado yo.

A las cinco de la tarde, en la penumbra sedante del salón, Luisa Morales Macedo interpreta a Chopin, a Beethoven, a Schubert. La estancia se llena de música.

Ha cesado la tertulia protocolar, indecisa y trivial. Yo he esperado con ansiedad este momento en que el silencio hace el prólogo de la armonía. La artista se ha sentado ante el piano magnífico y solemne. El piano de la artista no es un piano burgués. Es el piano de una artista. Es austeramente

negro. Y al pie suyo la estufita eléctrica que lo calienta y engríe pone la nota colorista de un abanico de luz roja y transparente. Es un piano aristocrático. Yo he pensado un segundo en que este piano tiene consciencia de su rol transcendental. Y he sentido que la primera nota va a vibrar con alegría.

El gesto de la artista tiene majestad de sacerdocio. La luz de la tarde cae a sus espaldas cohibida por la penumbra egoísta de la estancia. Y los ojos de la artista, que yo sé que son rasgados, almendrados, como los de los dibujos egipcios, miran a la penumbra. Y las manos de la artista se quedan un instante pensativas sobre el teclado. Seguramente el teclado aguarda su opresión como se aguarda un beso.

La primera nota suena como yo la esperaba. Suena con alegría. Suena con alborozo. Suena con devoción. Es como un pájaro que hubiese estado prisionero y a quien abriesen las puertas de su jaula. Y las demás notas vibran apresuradas y nerviosas y llenan de música la estancia.

Y desde la primera nota yo he adquirido la certidumbre de que Luisa Morales Macedo es una gran artista. Ha bastado la primera nota. Yo le habría escuchado únicamente la Serenata de Schubert o una fantasía de Beethoven y aquella o ésta habrían bastado para que yo la admirase. Y es que el gran artista se deja sentir desde el primer minuto. A mí me bastó leer el primer cuarteto del soneto a Margarita de Rubén Darío para saber que Rubén Darío era el más grande poeta de España y de América.

Y es que el arte de esta pianista es arte emotivo. El supremo arte. La máxima manifestación del arte está en la emoción. Una palabra, un sonido, un pensamiento, un color, un signo, un grito, pueden tener emoción. Y es entonces cuando la obra artística reviste todos los atributos de la sublimidad. El arte sin emoción despierta únicamente una admiración extática, helada, severa, cerebral. Lo que no hiere el sentimiento da frío.

Esta pianista que sabe la técnica de su arte, sabe sobre todo trasmitir su emoción a la armonía que sus manos interpretan. Su alma magnetiza el piano. Y el piano interpreta su pasión amorosamente.

El piano es un instrumento rebelde casi siempre a la emoción del artista. Es un instrumento orgulloso y complicado que no quiere nunca dejarse poseer bien. Es egoísta e indócil. Muchas veces el artista sabe obligarlo a decir con exactitud las armonías escritas por el compositor. Pero pocas veces el artista sabe obligarlo a decir su propio sentimiento. El piano es un instrumento cerebral casi siempre. Es rehacio al apasionamiento.

Pero este piano de Luisa Morales Macedo parece un intérprete amoroso de su sentimiento. Ella lo ha sugestionado, ella lo ha sojuzgado, ella lo ha

humillado. Es la suya una gran alma de artista que domina el piano imperiosamente. El temperamento del artista se muestra siempre en este dominio del sonido, del color o de la palabra. Para un gran escritor es obediente y dócil la palabra. Para un gran pintor es obediente y dócil el color. Para un gran músico es obediente y dócil el sonido. En la gestación del artista, cuando su temperamento lucha todavía por imponerse a la palabra, al color o al sonido, hay rebeldía, hay reticencias y hay hostilidades de la palabra, del color y del sonido. Y es entonces cuando el artista sufre y se angustia. En presencia de la idea mutilada y del sentimiento mutilado, se siente una congoja y un dolor muy grandes.

Luisa Morales Macedo me ha dicho hablándome de los primeros años de su estudio artístico:

–Yo luchaba muchas veces por lograr una nota y no la conseguía. Entonces me exasperaba. A veces la nota anhelada parecía inminente. A veces yo creía haberla apresado. Pero la nota huía. Y después de horas enteras de empeño mi desencanto era intenso.

Son las inquietudes, son las aflicciones, son los esfuerzos de la gestación de un artista. ¡Cuánto sufre el alma cuando la palabra no tiene la emoción que uno le pide!

Sensaciones conexas con estos minutos de armonía. – La música sigue llenando la estancia. – En las transiciones de una pieza a otra el elogio cortés hace una interrupción impertinente.

Este piano de Luisa Morales Macedo es indudablemente un piano aristocrático. Es un piano engreído. Lo mismo que a una persona le afecta el frío. Es preciso que una estufita le dé calor. De otro modo este piano se pondría triste y enfermo. Un piano vulgar no siente el invierno. Es como un perro vagabundo. Un piano aristocrático necesita abrigo, calor y cariño. Este de Luisa Morales Macedo es un piano sensitivo y delicado. ¡Cómo se distingue de aquellos pianos rastacueros, hechos para el "one step" y el vals vienés, que tienen insolente color de cedro y candelabros dorados! Este piano poseee la gravedad del ébano y el litúrgico contraste del negro y del marfil.

* * *

La música es arte supremo. Emociona, cautiva, seduce, sojuzga. Sólo el arte de la palabra lo supera. Un músico sólo podrá haceros sentir cosas bellas mediante su piano, su violín o su cítara. Un artista de la palabra podrá haceros sentir cosas bellas únicamente mediante su frase. No le será preciso siquiera escribirlas. Le bastará con pensarlas y sentirlas. Luisa Morales Macedo interpreta en estos momentos a Beethoven. Mi pensamiento se ha callado repentinamente como en un homenaje.

* * *

La emoción es silenciosa. La emoción es egoísta. Cuando dos personas inteligentes tienen la coincidencia de una misma emoción se miran pero no se la dicen. A lo sumo se sonríen.

* * *

La música es tan sublime que la máxima expresión de la frase artística está en el verso. Cuando el alma tiene una suprema emoción artística, se siente la necesidad imperiosa de escribir versos.

* * *

Luisa Morales Macedo está tocando una serenata. La Serenata es siempre un homenaje galante. La serenata es el madrigal de la música. La serenata tiene un lirismo infinito. Cuando una serenata termina se siente que una rodilla cae a tierra en una prosternación.

* * *

–Esta es una artista absoluta, Juan Croniqueur.

–Es efectivamente una artista absoluta, Conde de Lemos. ¿No cree usted que debe abominarse de los artistas dilettantes? ¿Por qué se tolera que éstos se mezclen con los artistas absolutos? ¿Por qué no se mata a los artistas dilettantes?

–¿Por qué se va a perseguir al menestral a quien le es grata la música, Juan Croniqueur?

–Es que la devoción artística de ese menestral debe ser extática. ¿Por qué ese menestral se empeña en tocar violín en lugar de limitarse a admirar a Dalmau?

–Este es un argumento que me convence. ¿Por qué ciertas gentes de buen entendimiento, pero que escriben muy mal, no se abstienen de seguir escribiendo y se limitan a admirarme?

–¿Coincide usted conmigo entonces en que el dilettantismo es deplorable, Conde de Lemos?

–Coincido, Juan Croniqueur.

* * *

¡Alma milagrosa y romántica de Chopin! ¡Luisa Morales Macedo ha llegado hasta ti en este instante!

* * *

Luisa Morales Macedo admira y ama ahora a Chopin, como yo admiro y amo muchas veces a José Asunción Silva.

* * *

Las manos de esta artista son ágiles, nerviosas, finas, castas, aladas, exquisitas, sensibles, audaces, misteriosas, cálidas, austeras, aristocráticas, místicas, egregias, complicadas y determinativas.

Después de una hora de tertulia, la artista vuelve a llenar de alegría nuestros espíritus.

Ha habido una hora de tertulia y de digresión ecléctica, ambigua y cortesana. Ya es de noche. La estufita, al pie del piano, sigue poniendo una nota de color acre y jocundo en la estancia. Su abanico de luz tiene una elegancia mimosa y brillante. La tertulia ha languidecido de pronto. Todos los espíritus sienten la necesidad de que la artista vuelva al piano. Nadie lo dice. Pero la artista lo comprende y retorna al piano que acaso la espera. El silencio vuelve a hacerle un prólogo a la armonía inminente. Antes de que se toque una composición musical y antes de que se diga una

composición literaria hay siempre un prólogo de silencio. El silencio tiene un exquisito sentido de cortesía artística.

Luisa Morales Macedo interpreta a Paderewsky, a Stokowsky. Dos grandes almas eslavas, pensativas y brumosas. La estancia se inunda de armonías. Y yo pienso que inunda también de meditaciones.

Dedicatoria de este raro ditirambo.

Un día, a propósito de Felyne Verbist, dije que yo era un avaro de mi propia emoción. La siento tan grande que pocas veces me atrevo a interpretarla. Hoy pienso como entonces.

Estas palabras mías son únicamente un elogio.

¡Cuán distante se hallan de la crítica, del reportaje y del análisis, para mi satisfacción!

El mío es sólo un homenaje, un elogio, una exaltación. Para mí no existen sino el elogio y la invectiva. La crítica es absurda.

En estos momentos mi alma es el alma de un turiferario. Mis palabras son como una devota nube de incienso.

Y este homenaje mío precede en muchas horas al homenaje del público que va a tener el honor de admirar esta noche a la artista a quien yo elogio.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 23–IX–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 155–162)

MANUEL GONZALEZ PRADA, cuya entrevista por el joven Mariátegui en El Tiempo *incluimos en este volumen. Fotografía tomada por Alfredo González Prada en 1917*

ABRAHAM VALDELOMAR (Conde de Lemos), amigo dilecto de Juan Croniqueur, presente en varias crónicas de este tomo. Lima, 1910. Fotografía poco difundida publicada en Variedades.

LA GENERACION LITERARIA DE HOY

Conversación con don Manuel González Prada.

Dijo don Manuel González Prada hace varios días, en una entrevista con un joven escritor, que la generación literaria de hoy era la más fuerte, fecunda y valiosa de cuantas generaciones había tenido esta tierra. La autoridad de quien emitía el juicio y el entusiasmo con que debíamos recibirlo cuantos tenemos la orgullosa persuasión de que es exacto, dieron motivo para que las palabras del ilustre maestro fueran citadas en un comentario de Abraham Valdelomar sobre varios libros recientes. Pero, la reproducción de un concepto tan trascendental, manifestado en repetidas ocasiones por don Manuel González Prada, ha sido origen de que un conocido literato de generación mas adulta que la que hoy suena y triunfa crea lastimada la reputación de sus contemporáneos y considere conveniente no sólo hacer elogio de su generación, sino también hacer censura de la nuestra.

Yo he encontrado interesante con este motivo visitar a don Manuel González Prada y demandar de él algunas opiniones. Me ha acompañado en esta entrevista Félix del Valle. Y, por conocer el interés con que el público asiste a estas controversias, he pensado al entrar a la Biblioteca que en esos momentos mi función era más de periodista que de literato.

González Prada trabajaba en uno de los salones de la Biblioteca cuando Félix del Valle y yo le interrumpimos. Fuimos parcos en los preámbulos. Aunque sabemos que González Prada es amable y bondadoso, nos damos siempre cuenta de la gravedad de distraer en sus horas de trabajo a un gran hombre.

Félix del Valle hablaba a González Prada con la reverencia afectuosa de un discípulo asiduo. Yo le hablaba con la devoción respetuosa de un admirador que tiene el honor de conversar con él.

El coloquio se realizaba en un salón vasto y sonoro lleno de anaqueles y libros.

Yo le dije así al ilustre maestro:

–Usted ha pronunciado un concepto muy honroso para la juventud intelectual del Perú. La juventud intelectual, a quien sus palabras envanecen, quiere que Ud. amplie y perfeccione su juicio. Yo vengo a solicitar de

usted para mi diario algunas apreciaciones precisas sobre los literatos contemporáneos. Una generación, una juventud, un momento de la vida literaria del Perú, quieren que hable usted, señor.

González Prada respondió:

–Mi concepto es ya conocido. Pero no creo necesario precisarlo y detallarlo. Yo nunca he sido crítico de mis contemporáneos del Perú. Cuando he hablado de escritores peruanos ha sido siempre para elogiarlos. Mis apreciaciones buscan para producirse discretas intimidades. Si han salido a la luz en esta ocasión no ha sido por voluntad mía.

El maestro con palabra persuasiva y amable nos convidaba a no arrancarle a su habitual apartamiento del terreno crítico. Nosotros comprendimos su resistencia. La crítica es ingrata. Dije una vez que mi sinceridad sólo concebía la invectiva y el elogio y sigo sosteniéndolo.

Mi palabra insistió:

–En este caso, señor, sus opiniones no van a ser espontáneas. Las exige una generación que le admira. Yo vengo a turbarle en su retiro de pensador para pedirle que hable. Si usted emite en este instante una apreciación, esa apreciación responde al requerimiento de la voluntad de la juventud literaria.

González Prada me contestó:

–Yo no rehúso ampliar y perfeccionar mi opinión. Rehúso únicamente personalizarla. Y lo hago por una razón fundamental. No conozco la totalidad de la obra de los literatos contemporáneos del Perú. Y yo no puedo juzgar una obra que no conozca completamente. Si nos concretamos a generalidades mi pensamiento no tiene reserva.

Comencé entonces a determinar los puntos que sometía a la consulta del maestro. Y sentí con satisfacción que este noble coloquio sobre tan altísimo tema se diferenciaba totalmente de los habituales reportajes. Yo he reporteado en mi vida periodística a políticos, bailarinas, escritores. Y declaro que mi entrevista con González Prada no ha sido un reportaje. Por eso la llamo conversación. No pudo ser reportaje. Hubo en ella sinceridad, sencillez, elevación, profundidad, galanura, pensamiento, buen gusto.

González Prada declaró enfáticamente la superioridad indiscutible de esta generación sobre todas las que le precedieron. Antes la literatura se desarrolló entre referencias a las revoluciones y a las pachamancas. La urdimbre de todas las incertidumbres y de todas las ignorancias impidió que la influencia de la literatura europea se dejara sentir en su buen gusto, en su estilo y en su pensamiento. Se limitaba con ramplonería y atraso.

Unos literatos se distinguían por su absoluto apego al más frío clasicismo. Y otros se perdían en el romanticismo más exagerado. Nuestros poetas eran malos segundones de Zorrilla. En nuestra poesía dominaba una incipiente y burda estética. Y no era posible encontrar entre quienes la cultivaban un espíritu sutil y exquisito como el de Enrique Bustamante y Ballivián ahora.

Y tuvo también González Prada esta muy interesante y atinada observación:

–Advierto que en la antigua literatura del Perú no se siente la influencia del movimiento científico y doctrinario de la época. El progreso no puso en esa literatura su marca cronológica. Es una literatura que no dice el momento de la civilización en que se produjo. Faltan en ella las ideas y las impresiones que podrían reflejarlo. Y es que se inspiraba en el romanticismo español. Era pesada y dura. Y era al mismo tiempo fofa y delicuescente.

Sabia nos pareció la observación de González Prada. En realidad la antigua literatura peruana no indica el correlativo grado de progreso de la humanidad. En la actual se advierte saludable tendencia. Y es que hoy se vive menos de la imitación. Hay más originalidad, más arte, más audacia. Antes hubo timidez, gazmoñería y reticencia. Cuando no se sintió el atávico sentimiento del servilismo colonial, se sintió la desordenada y ramplona rebeldía del republicanismo desorientado y palurdo. Y, como dice don Manuel González Prada, por los literatos peruanos no era posible saber que existía Spencer por ejemplo. El atraso español se dejaba sentir en toda producción. Y aun la obra erudita de Olavide padecía de vejez y esterilidad.

Interrogué a don Manuel González Prada sobre la forma como debían ser determinadas la generación literaria actual y la que le precedió. Y él me dijo:

–Creo que una generación no puede abarcar cinco ni diez años únicamente. Y más que años debe abarcar tendencia, estilo e ideas. Las generaciones deben ser definidas por la orientación. Un escritor viejo puede escribir como un escritor joven. Entonces es un escritor progresista y contemporáneo. Un escritor joven puede escribir como un escritor viejo. Entonces es un escritor atrasado. Hay viejos y hay avejentados. Y los avejentados son mucho más peligrosos que los viejos.

Félix del Valle tuvo una frase oportuna:

–Se podría decir de usted, señor, que está a la cabeza de la juventud y se estaría en lo justo.

González Prada sonrió ante la acertada lisonja y yo la celebré.

Expresó González Prada, contestando a mis interrogaciones, que a su juicio la literatura francesa es la que más influye en la actual generación literaria del Perú. También han influido Gabriel D'Annunzio y Ramón del Valle–Inclán. E igualmente varios de los grandes escritores amèricanos. A los escritores ingleses, a los mágicos cultores del "humour", se les ignora. Y por lo mismo son casi sorprendentes las buenas muestras de humorismo fino y atildado que en nuestra literatura aparecen. Dijo González Prada, opinando de esta manera, que él no conocía humoristas entre los actuales escritores españoles. Había que suponerles mucho de espontaneidad a nuestros humoristas.

Y, en general, reconoció la sutileza, elegancia y exquisitez que constituían algunas de las excelencias de nuestra literatura contemporánea.

Quiso Félix del Valle, y le apoyé yo, que González Prada emitiese algunas apreciaciones singulares sobre los nuevos literatos del Perú. Pero González Prada repitió que no podía hacerlo porque no les conocia completamente y porque se resistía a personalizar sus juicios. Interrogado por nosotros nos habló sin embargo de la originalidad de Valdelomar y de la equivocación con que aquí se interpretaban sus ironías y su humorística egolatría. Elogió a Percy Gibson por su extraña y personal visión de las cosas. Y por motivos símiles elogió a José María Eguren. Dijo que no sabía encontrar el origen del simbolismo de su poesía y que había que atribuirle la más rara espontaneidad. Y celebró los magníficos aciertos del poeta arequipeño César Rodríguez.

Yo le pregunté al maestro si había leído la notable novela de Augusto Aguirre Morales "La Medusa". Y él me dijo que la había recibido y que se proponía leerla prontamente.

Tuve la satisfacción de saber que González Prada había leído cuanto yo tengo escrito en "La Prensa" y en este diario.

Y hablé con él de muchas otras cosas literarias que no tienen relación directa con el tema de esta entrevista cuya versión he hecho con la mayor exactitud y sencillez.

Al escribir esta versión de una entrevista tan noble siento el gran orgullo de ser el intérprete de los conceptos que le merece al gran maestro la generación literaria a la cual pertenezco.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1916. En *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 111–119; y 3ª ed. (Lima 1985), pp. 183–187. Y en *Manuel Gonzalez Prada – 6 entrevistas y un apunte*, por Willy Pinto (Lima, 1987), pp. 59–64)

TORTOLA VALENCIA, EN LA CASA DE "EL TIEMPO"

Juan Croniqueur cuenta la entrevista.
Ayer llegó a Lima la genial bailarina.

Yo sentía ayer toda la pesadumbre de un día irresoluto y enfermizo. Tenía la persuasión de que la política continuaba preocupando a todos los hombres. Y tenía también la persuasión de que estaba asfixiándome de vulgaridad y de monotonía.

En la sala de tristes y geométricos planos de la redacción, los periódicos del día, los periódicos del extranjero, las cuartillas en blanco, los mapas de los testeros, un retrato del Káiser, otro de Gaona, los formularios del cable, la guerra europea, el teléfono y la máquina de escribir, tenían opreso y deprimido mi espíritu que está siempre enamorado de lo imprevisto.

Repentinamente irrumpieron en la sala Sócrates Capra, jocundo, obeso y mendaz, y una dama de fresca y delicada belleza.

Y Sócrates Capra nos hizo al director de este diario, al jefe de redacción y a mí, esta presentación inesperada y sorpresiva, que fue en sus labios exclamación regocijada y jadeante:

–¡Tórtola Valencia!

Entraron luego el esposo de Tórtola y su representante.

Todos los de esta imprenta estábamos asombrados. No nos parecía posible que Tórtola Valencia hubiese llegado a Lima sin anuncio. Habíamos tenido noticia de su próxima venida a esta ciudad metropolitana. Y habíamos esperado que su viaje tuviese vibrante reclamo del cable y del marconigrama.

Por eso la primera pregunta fue:

–¿Cuándo ha llegado usted?

Tórtola Valencia respondió:

–Hace un momento.

Y el director y el jefe de redacción tuvieron frases de agradecimiento por la galantería de la visita inmediata a "El Tiempo". Y Tórtola Valencia

se puso a redactar apresuradamente un aviso: "Tórtola Valencia, la reina de la danza, etc., etc., etc. ....."

El reportaje – Tórtola Valencia, artista maravillosa, sometida a un interrogatorio improvisado e incongruente.

La invitación del jefe de redacción me hizo reportear a Tórtola Valencia.

La fama de esta bailarina admirable, gran señora de la danza clásica, se entroniza en mi imaginación ofuscándola y arredrándola.

Tórtola Valencia esperaba el interrogatorio, amable, risueña y nerviosa.

Yo sabía ya de su belleza. Muchos retratos prodigiosos me habían hablado de su armonía plástica tan pura y tan estatuaria y tan magnífica. Sólo ignoraba su gesto hábil, tornadizo, neurasténico, sorpresivo, intrépido, hipnotizante.

Y yo que habría querido comentar con la reverencia de una jaculatoria o de una letanía, yo que habría querido elevar hasta ella un incensario, yo que habría amado un diálogo sereno, altísimo, espiritual, yo que desdeño el reportaje, por mandamiento de mi calidad de gacetillero que cohíbe y anonada en mí la calidad de artista, tuve que iniciar la conversación con esta pregunta:

–¿Este que le voy a hacer es el primer reportaje que le hacen en Lima?

Tórtola Valencia me contestó:

–Ya ha hablado conmigo otro periodista.

Y el diálogo siguió así:

–Es complicado un reportaje. ¿Cuál es el escritor que la ha reporteado con más acierto? ¿Cuál es el reportaje que más le ha agradado?

–No sé decirlo. Todos los reportajes me han agradado. Todos han tenido mucha galantería para mí.

–Yo he leído un reportaje de "El Caballero Audaz". Me parece que "El Caballero Audaz" es un chulo insolente.

–El Caballero Audaz se apellida Carretero. Y a la verdad que me parece que este apellido le conviene.

Y me sonreí. Y pensé que Tórtola Valencia era una mujer inteligente.

–¿Desde hace cuántos años es usted famosa?

Tórtola Valencia fue quien se sonrió entonces.

Y yo modifiqué entonces la pregunta:

–¿Cuándo alcanzó usted los primeros triunfos culminantes y determinantes de su vida artística?

–Hace seis años. Tres años después de mi iniciación.

–Usted es una intérprete suprema de las danzas clásicas. Usted es andaluza a pesar de que el casticismo de su acento está pervertido por los extranjerismos. Usted nació en Triana. Usted tiene una belleza del más noble abolengo oriental. Usted debutó en Londres. Usted ha sido celebrada en las más grandes capitales de Europa. Usted es casada.

–Usted lo sabe todo.

–No. Es que no le voy a hacer preguntas ociosas.

La sonrisa se hizo más expansiva y más cordial en el semblante de la artista.

–¿Esta es la primera vez que viene usted a América? No le preguntaré si le ha agradado, porque obligadamente me va usted a decir que sí.

–Es la primera vez que visito América. Ya no puedo decirlo que me agrada mucho.

–¿Ama usted el país natal?

–Excesivamente. Vivo orgullosa de él.

–Es inútil que le pregunte si le placen las corridas de toros.

–Las corridas de toros me placen mucho.

–¿Cuál país de los que usted conoce le gusta más?

–Es algo que no sé decir. Me encantan varios países. Estuve en la India Británica bastante tiempo. Estudié los bailes indios. Quise penetrar en el alma de ese pueblo. Investigué en sus leyendas, en sus monumentos, en sus gentes.

Pensé que Tórtola Valencia acabará entregándose al nirvana como un fakir extático.

–Usted es la más grande bailarina de los países latinos. ¿No lo cree usted?

Hubo un segundo de sorpresa en Tórtola Valencia.

Y yo añadí:

–Hace algún tiempo que lo vienen diciendo los hombres de talento y que lo vienen proclamando los públicos. Y yo he concluído por creerlo.

–Era lo que me interesaba saber. Pues la unanimidad de las gentes piensan que soy la mejor bailarina de mi género, yo tengo que pensar lo mismo.

–¿Le place a usted el baile español?

–No es el de mi predilección.

–No podría serlo. Usted es una artista exquisita.

–Las danzas clásicas son las que me seducen. A ellas me consagro enamoradamente. Tengo varios músicos predilectos. Beethoven, Grieg, Chopín. Y algunos otros. Y mis danzas sagradas de tanto renombre tienen mi más unciosa devoción artística. El baile antiguo, el baile olvidado, el baile castizo de España, es muy hermoso. Lo siento también muy hondamente. Tiene un alma trágica imponderable. He bailado una danza gitana sobre el retablo de una antigua iglesia de San Juan de los Caballeros en la cual Ignacio Zuloaga ha hecho su atelier.

–Toda una reconstrucción religiosa.

Ha habido una interrupción. Mis compañeros me robaban la charla de Tórtola Valencia.

La palabra de Tórtola Valencia es pronta, suave, cariciosa. La socorre fraternal y armoniosamente el ademán nervioso, vivo y solícito.

Yo he hecho esta pregunta sorpresivamente:

–¿Es usted feliz, Tórtola Valencia?

–No. Soy muy infeliz. Y le tengo miedo a la felicidad.

La pregunta produjo asombro y la respuesta lo acentuó.

El esposo de la artista intervino:

–Ella misma se está buscando siempre inquietudes y desagrados. No es feliz porque no quiere.

Y yo que sabía que esto no era cierto, dije:

–Yo esperaba su respuesta, Tórtola Valencia.

Y la gran artista, sin la sonrisa suscitada por las banalidades y por las extravagancias, agregó:

–Recuerde usted que soy una artista trágica. Siento que la tragedia está enseñoreada en mi espíritu. Amo el dolor. Amo el drama. Y vivo perennemente inquieta sin hallarme nunca cerca de la felicidad.

El coloquio tuvo una versatilidad nueva:

–¿Es usted católica?

–Sí. Soy católica. Pero mi catolicismo tiene modalidades personales.

Tórtola Valencia quería hacernos sentir con el ademán anhelante y nervioso el sentido de su frase.

–Y me influye también cierto budhismo. La religión de Budha es muy dulce, muy atrayente, muy persuasiva.

–¿Es usted supersticiosa?

–Un poco. No salgo nunca a la calle sin llevar conmigo un Budha que es mi amuleto. Y vivo contenta de este ídolo cariñoso y fiel.

Puse los ojos en el collar oriental de la artista y sentí cuán honda era su sugerencia misteriosa y evocadora.

–¿Cree usted en el Destino?

–Soy totalmente fatalista. Jamás tengo fe en la voluntad. Y siento que el Destino me gobierna absolutamente.

–¿Le han pronosticado alguna vez el porvenir?

–Una. Antes de que fuera bailarina. Y me vaticinaron que sería famosa.

Había que apartar al reportaje de estas digresiones sentimentales o filosóficas. Había que hacerlo reportaje.

–¿A cuál bailarina admira usted más?

–A la Pavlowa. Es maravillosa. Es creadora. Es inimitable. Es genial.

–Basta, Tórtola Valencia. ¿Y a cuál poeta admira usted más?

–Admiro mucho a varios. He tratado al insigne D'Annunzio. Mi simpatía más intensa pertenece a Francisco Villaespesa, el más grande poeta andaluz.

–Francisco Villaespesa la ha elogiado a usted devotamente.

–Ha escrito algunas poesías muy hermosas para mí.

–¿A cuál pintor de España admira usted más?

–Todos los pintores y dibujantes de España han hecho algún retrato mío. Admiro preferentemente a Zuloaga, que es gran amigo mío. Encuentro igualmente admirable a Anglada.

–¿Y no es usted amiga de Sorolla?

–Ya le he dicho que soy amiga de Zuloaga.

–¿Es usted modesta?

Tórtola Valencia tuvo una breve estupefacción.

–Sí. Soy modesta.

–Creía que era usted vanidosa.

–¿He dado algún motivo para que lo sospeche usted?

–No. Era una suposición caprichosa mía.

–Soy modesta. No creo de mí sino lo que creen los demás.

–Es usted modesta.

Había sido puesto sobre la mesa el periódico que publicaba el reportaje de "El Caballero Audaz". Yo me fijé en su título: "Los nervios de Tórtola Valencia".

Y pregunté a la artista:

–¿Tiene usted mal genio?

Tórtola Valencia me respondió:

–Tengo genio.

Y su esposo, que es seguramente muy oportuno, intervino otra vez:

–Ha querido decir que tiene genio fuerte.

Prosiguió claudicante el diálogo, afligido y acosado por las interrupciones de Sócrates Capra que recordaba la hora impertinente e intrusa.

–¿Ama usted mucho su arte?

–Muchísimo. A él me doy rendidamente.

–¿Y es usted valiente? ¿Es usted intrépida?

–He volado. Fuí pasajera del aviador Mauvais. Me disgustó el vuelo. Es muy aventurado ser pasajera de un aviador Mauvais y volar en el aeródromo de los Cuatro Vientos.

Aquí concluyó el reportaje. Tórtola Valencia se puso de pie para despedirse.

Yo sentí muy grande mi admiración a Tórtola Valencia y quise confesarme su turibulario y quise ofrecerle mi adulación devota.

–¿Me consiente escriba de usted elogiándola?

Y ella quiso darme su permiso.

Con su venia y su gracia le escribiré un ditirambo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 30–XI–1916)

CONVERSACION CON SOR FOLIE

Interesantes palabras de la escritora.

Sor Folie, la incógnita y gentil escritora, cuyos artículos han tenido tanta resonancia en el público y ha despertado tantas curiosidades, ha tenido una conversación telefónica con Juan Croniqueur.

La audacia de algunos conceptos de Sor Folie, analizadora inteligente, ha motivado tan vivo asombro que se ha pensado por algunas gentes que Sor Folie no era una dama.

Y en general ha intrigado al público profundamente.

Una de estas tardes Juan Croniqueur ha conversado por teléfono con Sor Folie. Sor Folie había tenido la gentileza de llamar a esta casa.

Juan Croniqueur sintió el empeño de reportear a Sor Folie, pero lo cohibieron las limitaciones de la charla breve y lacónica del teléfono.

Y la interesante escritora, deferente al deseo de nuestro compañero, ha querido enviarle escritas sus respuestas, completando, ordenando, reconstruyendo y ampliando una conversación telefónica.

He aquí la conversación:

–¿Es usted feliz, Sor Folie?

–Sí... No... Soy descontentadiza.

–¿Qué piensa usted de la felicidad?

–¿La felicidad? Me parece.... un miraje, juego de espumas, la flor del cactus, el ave de paso que se fué.

–¿Es usted bonita?

–Como un día sin color, como un arbusto pasmado, como un boceto a medio hacer.

–No necesito preguntarle a usted si es joven y si es inteligente.

–Pero yo necesito responderle en compensación de lo que después pudiera callar. ¿Que si soy joven?. Por afuera sí, por adentro creo que no. ¿Que si soy inteligente?. Mi inteligencia está en menguante. En la niñez y en la adolescencia sí lo era. Tenía retentiva, asimilación pronta y un

hervidero de fantasías. Ahora, ¡qué diferencia!. Al contrario de las mariposas, mi metamórfosis es para atrás. Degenero en crisálida y esto me entristece. Me acongoja y me asusta. Un día sentí como si me fuera a detener, y otros y otros más: y apunté en mi librito: "He tenido enfermas ¡por cuánto tiempo! la memoria y la voluntad". ¿Mi pobreza física con qué posibles lagunas psíquicas coincidirá? Ese olvido y esa abulia pasajera ¿por qué fueron? ¡Ay de las lámparas que se apagan y que chisporrotean de agonía! Siga usted preguntando.

–¿Cómo son los ojos de usted?. Deben tener en las mañanas el iricriso-berilo de los ojos de un gato. ¿No tiene usted a la mano un espejito para que se vea los ojos. Sor Folie?

–No tengo el espejito. Juan Croniqueur... Mis ojos sin cambiantes no *"brillan á la manera de azules e infantiles bolitas de cristal"*. Son oscuros, vulgares, de pestañas tendidas y párpados humildes... porque no pueden ser soberbios....

–¿A qué hora se levanta usted?

–Más o menos a la hora en que las sirenas se cansan de silbar.

–¿Sueña usted en las noches?

–Pocas veces.

–¿Qué sueña usted?

–¡Tantas cosas!

–¿Soñaba usted cuando era pequeña?

–Casi siempre.

–¿Qué soñaba usted?

–No me acuerdo bien: cuentos de hadas y de penas. También volaba, sin hacerme daño nunca. Volar era lo que más soñaba. Cuando en casa estaban muy entretenidos, me escapaba al gran patio, me cernía en los aires y ante las multitudes estupefactas recorría la ciudad. Era muy fácil volar y yo explicaba a los grupos de curiosos cómo se hacia, pero nadie me podía seguir.

–¿Le inquietaba a usted soñar?

–Los sueños intensos proyectaban una estela en mis vigilias: tenía miedo de entrar a los cuartos oscuros. En la grutita del Barranco y en las cavernas de ciertos cerros atisbaban ogros y ladrones. Hombres encantados y mandrágoras de brujas eran los arboles rugosos sin fronda ni verdor. Dos veces sufrí alucinaciones, y con frecuencia al verme sola ensayaba volar. Pero ¿por qué me hace usted estas preguntas?. Me parece usted un adepto de aquella escuela médica que diagnostica por las pre–sensaciones

de los sueños la localización de un mal.

–¿Lee usted mucho?

–Resisten poco mis pupilas sin vigor.

–¿Escribe usted mucho?

–Escribo sólo cuando me hallo en disposición para hacerlo, y esto me sucede muy de tarde en tarde.

–¿Se ha educado usted en algún internado religioso?

–En ningún internado.

–¿Cree usted en Dios?

–A los espacios sidéreos les conviene un misterio ordenado.

–¿Es usted católica?

–Me gusta la moral sencilla y honda de los cristianos primitivos; pero a diferencia de los cristianos primitivos, sin el confort moderno no me las sabría componer.

–¿Le gusta a usted rezar?

–Recé mucho de niña, y ¡con qué fervor! Le pedía a la Virgen de Lourdes que me hiciera entrar pronto las lecciones de memoria.

–¿Qué le place leer más?

–Lo que el estado de ánimo me pida.

–¿Ha leído usted la Biblia?

–El Cantar de los Cantares y el Apocalipsis, completos. Lo demás, a trechos.

–¿Ha leído usted a Kempis?

–No he leído a Kempis.

–¿Lee usted los editoriales de los periódicos?

–Eso es demasiado serio.

–¿Cree usted que debe convocarse a Congreso Extraordinario?

–Eso no es de mi estudio.

–¿Lee usted mis artículos y mis versos?

–Eso sí me da placer.

–¿Qué piensa usted de ellos?

–No sé como explicarle..... A veces sus versos me hacen pensar en orquídeas que se desfloran.... Hay prosas suyas de un encantamiento tan suave...

–La voz de usted es dulce. ¿Es usted risueña? ¿Canta usted?

–No percibo mi voz, no sé si soy risueña. No canto.

–¿Le gusta a usted la música?

–Cierta música me conmueve infinitamente.

–¿Qué piensa usted de Chopin? Fué el amante de una gran escritora.
–Pienso de Chopin cosas parecidas a las que pienso de usted.
–¿Le gustan a usted las flores?
–Como las romanzas sin palabras.
–¿Cuáles le gustan más?
–¿No se reirá usted? Pues... las florecitas de "Buenas Tardes".
–¿Acostumbra ponerse flores en el pecho? ¿En la cabeza?
–Me vienen mal.
–¿Es usted soltera?
–¿Es usted del Registro Civil? Anote usted entonces que soy Sor.
–¿No piensa usted casarse?
–Eso es demasiado grave.
–¿Por qué escribe usted?
–Por pasatiempo.
–¿Le interesaría la gloria?
–¿La gloria? No. El renombre de cortesanía es una especie de limosna colectiva que a la vez obliga la gratitud y el rubor. La gloria verdadera destila en sus laureles savia de acerbos áloes, y sus miembros están hechos con espumas de dolor. Ni al uno ni a la otra quisiera probar el sabor.
–¿A qué horas acostumbra usted escribir y leer?
–Soy inmetódica.
–¿Tiene usted insomnios?
–Los desconozco.
–¿Va usted a los cinemas?
–No. Si fuese a los cinemas perdería tal vez todo gusto artístico.
–¿La han hipnotizado alguna vez?
–Ha faltado la ocasión.
–¿Es usted sonámbula? ¿Habla usted cuando está dormida?
–¿Está usted facultativo otra vez?
–¿Se ríe usted mucho?
–¿De qué?
–¿Llora usted a veces?
–Cuando se saltan las lágrimas...
–¿Es usted coqueta?
–No puedo.
–¿Qué piensa usted de la coquetería?
–¿De la coquetería? ¿No encuentra usted en la coquetería sana, como un perfume de gracia y espiritualidad?

–¿Se ha enamorado usted alguna vez?

–He huido del amor. Le he dicho a mi corazón: no cantes alto, porque a tu canto lleno responderá un bostezo. Le he dicho a mi corazón: no cantes quedo, porque tu canto leve acabaría en sollozo. Le he impuesto a mi corazón: no cantes tú. Y en retorno le he mandado a mi vida: alza tu copa y bebe, bebe la poesía del silencio y de la quietud. Tengo consejeros que así me han exhortado. Son doctores de buen sentido, son maestros de estética corpórea, son sacerdotes de la verdad que salmodian en mi presencia rezos de desistimiento y de confortación. Son las conclusiones que me dictaran las ajenas vidas y los espejos veraces; los espejos inclementes, los espejos impasibles y durísimos donde huérfana de encantos mi deslucida imagen se refleja tal cual es, y rebotan las amables mentiras que me conciernen y se quiebra mi fe. Por los espejos soy algo razonable y contemplativa a la par: un poco loca, como algunos dicen, y otro poco Sor. Por los espejos recato mi insignificancia, y al encerrarme dentro de mí misma, adorno mi retiro de fantasías que no hacen sufrir. Sin embargo, a veces, cuando los días son muy hermosos y el aire se carga de no sé qué misteriosas sutilidades, el alma mía a su pesar se oprime, como un niño grande errando en la soledad.

–¿Qué habría usted querido ser? ¿Le habría gustado ser princesa, pitonisa, santa, cartomante, actriz o bailarina?

–Yo habría querido no ser.

–¿Admira usted alguna mujer histórica?

–Espere usted que eche un vistazo por César Cantú antes de contestarle, porque estoy un poco trascordada.

–¿Envidia usted a alguna mujer?

–No me molesta la envidia.

–¿Le gustan las labores manuales?

–Me aburren pronto.

–¿Es usted hacendosa, solícita y prolija, o es usted perezosa y negligente?

–No lo sé bien.

–¿Tiene usted manos pequeñas?

–Mis manos son dos herejías sin perdón.

–¿Tiene usted mal genio?

–A nada conduce tenerlo.

–¿Ama usted la vida?

–¿Para qué sirve?

–¿Es usted optimista?

–En el terreno de las utopías...

–¿Es usted pesimista?

–El pesimismo es una mata de ortigas; procuro esquivarme de ellas.

–¿Le inquieta lo que piensen de usted?

–¿Lo que piensen de Sor Folie? No sé qué piensen.

–¿Le interesa á usted conocer la impresión que causan suş artículos?

–¿La impresión que causan mis artículos? Siempre he creído que no produjeran ninguna, que no se leyeran. Me interesaria, sí, me entretendría sorprender lo que de ellos se dice, por malo que fuera, pero estoy imposibilitada para enterarme, porque.... en los umbrales de mi claustro fenece el mundano rumor. Todo lo que sé de mis artículos es que "La Prensa" y "El Tiempo" los han acogido con señalada distinción, que profundamente agradezco.

Sólo que esta distinción no he podido interpretarla sino como benevolencia para la mujer, galantería para la dama, y aliento para la ensayista.

–¿Es usted golosa?

–Tan poco como los eremitas, nó.

–¿Es usted ilusa?

–¿Ilusa? No lo soy.

–¿Es usted soñadora?

–¿Soñadora? Tal vez.

–¿Es usted impaciente?

–A la sordina.

–¿Le interesa á usted la elegancia?

–El buen gusto.

–¿Le complace que yo le haga un reportaje?

–¿Qué si me complace...? Juan Croniqueur: usted cree que sí, ¿no es verdad? Créalo pero crea también que me confunde.

–¿Me perdonará usted si he tenido alguna impertinencia?

–¡Si le estoy sonriendo!

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1916)

DOMINGO MARTINEZ LUJAN. Lima, 1916. Poeta entrevistado por Juan Croniqueur.

TORTOLA VALENCIA, bailarina española inspiradora de selectas crónicas del joven Mariátegui, en una fotografía de 1916.

EL POETA MARTINEZ LUJAN

Su vida, su humorismo y sus excentricidades.

HOY SE HARA UNA FIESTA EN SU HONOR

No es el personaje de esta rara *interview* un diplomático atildado y sagaz, no es un turista políglota y observador, no es un conferencista trashumante y locuaz, no es un político reticente y ambiguo, no es un torero de la dinastía de los fenómenos, no es un detective, no es un negociante, no es un millonario, no es una actriz. A estas gentes me acerco con hurañez y sin amor. El personaje de esta *interview* es apenas un gran poeta peruano.

Y este gran poeta no vive en París ni en Madrid, ni especula en Buenos Aires ni peregrina á New York, que no le hizo aventurero ni mercader su destino. Este poeta vive entre nosotros, sueña entre nosotros, canta entre nosotros y se queja entre nosotros.

Acaso es la primera vez que le hacen a Domingo Martínez Luján una *interview*. Martínez Luján no vino al mundo para la celebridad ampulosa e impresionante de los rotativos. No vino al mundo para la *pose*. No vino al mundo para la fotografía ni para la caricatura. Es popular. Pero su popularidad es una popularidad baudeleriana, de bajo fondo, de humilde barrio y de oscuro figón.

Pasa por la historia literaria del Perú sin el éxito y sin la *reclame*, atenido sólo a la fuerza y a la arrogancia de su espíritu y de su genio.

Y pues no ha tenido ni tiene voluntad, pues ha sido arbitrario y misántropo, pues se olvidó de sí mismo, pues tiene un alma romántica de rezagado, pues careció de aptitud para abrirse camino a latigazos en la feria vertiginosa de la vida de este siglo intenso. Martínez Luján se esconde en la sombra de su bohemia triste y azarosa que es como una diabólica madrina del fracaso.

Martínez Luján es siempre un poeta. Vive como un poeta. Habla como un poeta. Siente como un poeta. Martínez Luján tiene la malaventura de

ignorar que un poeta debe sentirse tal a la hora en que escribe sus versos, mas no a la hora en que trata su precio.

Es lírico, es arrogante, es orgulloso, es original y es altivo. Se ríe de las cosas con un humorismo que estremece. Es dueño de una ironía aguzada y sutil. Pero jamás hace un chiste.

Ama y cultiva el gesto desconcertante e imprevisto. Posee la más extravagante y refinada filosofía del insulto. Cuando todos lo esperan maligno y atrevido, aparece humilde y triste. Y cuando todos le esperan manso y silencioso, aparece mordaz e insolente. Manifiesta una perspicacia acendrada para descubrir a la clase de gente que trata por vez primera y muchas veces después de una presentación ha tenido esta pregunta para el presentado:

–¿A qué ha venido usted al mundo?

Y nada le pinta tan bien como unos ignorados versos suyos, que muy pocos conocemos, y en los que dice lleno de énfasis y de verdad que fue "un Quijote verbal sin aventuras" y que "por cintarazos repartió lisuras".

La frase "un Quijote verbal sin aventuras", admirable de exactitud y de justeza, grande de sonoridad en la eufónica gracia del endecasílabo, es en los labios de Martínez Luján una mueca, una sonrisa, un grito, un apóstrofe, una queja, una burla, una congoja, un orgullo, una alegría y una pena.

La conversación.– Martínez Luján
me habla con el corazón en la mano.

A las dos de la mañana he tenido esta conversación con Martínez Luján. Yo no podré asegurar que Martínez Luján me quiere, ni podré tampoco asegurar que me admira, pero sí que conmigo ha tenido frecuentemente espontaneidad, sinceridad, emoción y grandeza en la confidencia. No sé por qué este poeta huraño, que esquiva siempre el comentario transcendental con los demás y que con los demás es siempre humorista y burlón, ha confiado frecuentemente en mi comprensividad y en mi entendimiento.

Martínez Luján ha comenzado a responderme así:

–Nací servido por criados blancos. Mi niñez tuvo amor y regalo. Me eduqué en un colegio y no me di cuenta de la vida. Estuve siempre bien vestido y mejor mimado. Mi madre era pobre, pero tenía ese empeño que suelen tener las madres de que sus hijos no sientan la pobreza. Y así mientras mi madre se sacrificaba por mí, yo que no me podía dar cuenta

de estas cosas tenía traje limpio, solícito cuidado y libros nuevos. Mi niñez no tuvo importancia.

Y Martínez Luján ha continuado de esta manera:

–A los 17 años me di cuenta de la vida. Y me di cuenta de la vida porque estaba enamorado. Amaba a una ahijada de mi madre. Y me la robé. Los dos vivimos furtiva y angustiosamente. Nos moríamos de hambre, de poesía y de besos como dice Leopoldo Lugones. Yo tuve que buscar una colocación en la casa de negocios del señor Dyer. Me pagaban sesenta soles. Pero un niño de la casa tocaba horriblemente el violín y yo tenía que oírlo todo el día. Mi amada y yo vivíamos en Maravillas. Y yo le daba un sol diario a la portera de nuestra casa para que nos sirviese que comer.

–¿Y cuándo comenzó usted a escribir? he interrumpido.

–En la época que le estoy evocando. Hice muchos versos de los cuales no me sé acordar. Más tarde comencé a escribir en prosa. Pero no firmaba mis artículos. Les ponía un pseudónimo cualquiera y tenía una timidez muy grande. Un día Nicolás Augusto González escribió mi firma al pie de uno de mis artículos y me hizo escritor público.

–José Santos Chocano fué amigo íntimo de usted. ¿Quiénes más fueron de su intimidad?

–Varios. Federico Larrañaga, Enrique López Albújar. José Santos Chocano me quería grandemente. Yo también lo amaba y lo admiraba. Si José Santos Chocano estuviera en Lima yo no estaría así, tan triste, tan desamparado y tan solo.

Martínez Luján ha comenzado a afligirse. La conversación se ha llenado de un dejo muy melancólico y muy doloroso.

Yo he querido desviar la orientación del diálogo.

–¿Cuántos años tiene usted?

–Yo no tengo edad.

–¿Qué cosas ama usted más en la vida?

–Muchas cosas. Amo á una mujer. La amo desde hace largos años. Y la amo cada día más apasionadamente porque sé que es imposible. Jamás me he acercado a ella. La he amado en mis versos, en mis sueños, en mi arte. Y esa mujer me ha derrotado. Yo me pregunto por qué vive. Y yo tendría un dolor muy grande si no viviese.

Ha sido indispensable desviar nuevamente la conversación. El dolor ha latido silenciosamente durante la pausa.

–¿Ama usted la noche?

–Sí. Amo la noche. Y amo la noche porque es buena, tranquila y

generosa y porque creo que ella también me ama a mí.

–¿Ama usted el alcohol?

–También amo el alcohol. Lo invoco en las noches apasionadamente y él viene a mí y me llena de bienestar. Yo tengo una embriaguez lúcida. Me doy cuenta de que estoy ebrio. Y me doy cuenta de que me envenено. Pero amo siempre el alcohol. Todos los días aguardo su visita. Y él es siempre fiel y leal. Lo busco porque le tengo miedo a la soledad. Cuando usted me ha visto en un café a media noche o en la madrugada, usted ha pensado seguramente que yo soy un vicioso. Y no ha sido usted justo. Yo he ido al café a buscar un consuelo para mi insomnio. ¿Se imagina usted lo horrible que debe ser la soledad, en el cuarto sucio y mercenario de un hotel, sin el sentimiento del hogar y sin familia? No puede usted pensarlo y, porque no puede usted pensarlo, acaso no puede usted justificarme. Yo estoy solo, enfermo, pobre y triste. Por eso busco el alcohol y la mala noche.

–¿Y qué más ama usted?

–Amo el peligro. Yo siento un placer muy grande en el peligro. Usted me ha visto muchas veces cruzar la línea del tranvía en momentos en que un carro avanzaba hacia mí. Usted me ha visto insultar a un carretero o a un patán cualquiera para sentir la inminencia de su maltrato. Usted me ha visto buscar en todas las formas la emoción. No le engaño, pues, a usted. Yo amo el peligro. Lo amo sobre todas las cosas. Soy un amateur del peligro. El peligro constituye una de las grandes pasiones de mi vida.

–¿Y qué odía usted? ¿Odia usted algo?

–Acaso no sé odiar. No odio a los hombres. Pero odio a los gatos. Los abomino. Los gatos son unos animales egoístas y miserables. ¡Cómo les place la caricia! ¡Cómo enarcan el lomo bajo la mano que los engríe! ¡Cómo se duermen en las faldas de las mujeres! ¡Cómo adulan! ¡Cómo mienten! Yo los detesto por su deslealtad, por su hipocresía, por su sordidez, por su egoísmo. Jamás le tienen gratitud a los amos. El día que no les den de comer en una casa, la dejan y la olvidan. ¡Son unos villanos!

La indignación de Martínez Luján contra los gatos se ha hecho elocuente, magnífica y vibrante. Yo me he sonreído. El poeta ha seguido diciendo su invectiva con una emoción apasionada y profunda.

Y yo le he preguntado:

–¿Qué le han hecho a usted los gatos?

–Nada. Yo los he odiado siempre. Pero los he odiado más que nunca desde un día en que un gato canalla me hizo un ultraje y un maltrato. Yo vivía en una casa desocupada. Dormía sobre el alféizar ancho y generoso

de una ventana. Una vez, mientras yo reposaba, cayó sobre mí un gato del techo. Y me molestó tanto que mis sentimientos contra los gatos se soliviantaron y extremaron.

–¿Y qué más detesta usted?

–Detesto a ese indio Castilla que está parado sobre un pedestal en la Plaza de la Merced. Me indigna que ese individuo tenga tanta insolencia, tanta majestad y tanta lisura en su actitud. ¡Qué pagado de su suerte vive allí ese cholo! Yo no me explico por qué no lo bajan y le ponen una vara de la ley en la mano para que haga guardia en la esquina.

Me he reído mucho. Martínez Luján ha vuelto a ser en este instante el humorista excéntrico y original que ha forjado su bohemia. Si yo le siguiera haciendo preguntas análogas. Martínez Luján haría las más extravagentes invectivas.

–¿Cuáles son los escritores que usted más admira?– le he preguntado luego.

–Admiro á muchos escritores. Uno de los que he leído con más emoción es Paul de Saint Víctor. Admiro a Zolá, a Lord Byron, a Schopenhauer.

–¿Y qué piensa usted del actual momento literario del Perú?

–Admiro a toda la juventud. Han traído ustedes al periodismo un espíritu, una técnica, una manera completamente nuevas. En mi época se desconocían la espiritualidad y la gracia que ustedes saben dar a sus artículos. Esas informaciones que no son precisamente informaciones y que abandonan el suceso actualista para buscar el aspecto permanente de las cosas, tienen una originalidad y una belleza enormes. Yo estimo mucho a esta juventud. Sé que está en la hora del ensayo. Pero esta hora es para ella tan brillante, que yo tengo que creer que la obra venidera lo será también.

Martínez Luján es dueño de un espíritu generoso y amplio en realidad. Nada le separa de los escritores actuales. Para todos tiene cariño y comprensión.

La conversación ha recobrado más tarde su tristeza.

El poeta me ha dicho:

–Llego al final de la vida con una amargura muy honda. No tengo empeños. No tengo ideales. Me he convencido de la ineficacia del esfuerzo. Soy un pesimista. ¿Para qué voy a trabajar más? ¿Para qué voy a escribir más? Mi única preocupación presente es la muerte. Espero a la muerte y sé que va a venir a visitarme muy pronto. La recibiré con tranquilidad y estoicismo. Y lo único que quisiera es morir de pie.

Yo le he preguntado a Martínez Lujan tras una pausa melancólica:

–¿Es usted católico?

Y Martínez Luján me ha respondido:

–Sí, soy católico. Creo en Dios Todopoderoso. Y lo amo sobre todas las cosas. Mi corazón se ha vuelto humilde, cristiano y manso. Dios me ha salvado. Moriré en los brazos de la religión de mi infancia. Y le pediré á Dios el perdón de todas mis culpas. Dios me ha salvado.

La voz de Martínez Lujan ha ido apagándose lentamente. Su ademán ha desfallecido. Sus ojos se han cerrado poco a poco. Acodado sobre la mesa le ha invadido un letargo enfermizo y profundo. Yo me he callado. Y con la cabeza entre las manos el pobre, triste y quebrantado poeta, se ha quedado dormido.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo:* Lima, 19–XII–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955) pp. 120–131, y 3ª ed. (Lima, 1985), pp. 169–177).

CON EL SEÑOR DUNSTAN

La cuestión de las candidaturas a la diputación por la provincia de Cajatambo, que en nuestra anterior edición revelamos, ha sido el tema obligado de la conversación en los círculos políticos.

Interrogado el señor Dunstan por uno de nuestros cronistas, se manifestó dispuesto a absolverle las preguntas que le hicieran con referencia a los móviles que le han impulsado a dar por concluido el pacto que favorecía al doctor Barreda y Laos, quien como es sabido tiene estrecha relación de parentesco con el presidente de la república.

–¿Es verdad que ha pasado usted dos cartas, con este motivo, señor Dunstan?

–Es verdad. Una al presidente de la república y otra al señor Barreda.

–¿Y al presidente por qué?

–Porque del acuerdo que celebramos hace meses entre el doctor Barreda y yo, el presidente tuvo conocimiento y hasta se hizo con su beneplácito.

–¿Qué causas ha tenido usted para romper el pacto?

–Varias. Pero la principal está relacionada con los intereses de la provincia que me confió hace seis años su representación ante la cámara de diputados, y luego la actitud del nuevo candidato contra varios de mis amigos, es decir, de los que yo le había señalado, hidalgamente, como los mantenedores de su candidatura.

–¿Y esos hechos?

–Hostilidad a mi ingreso a la junta departamental como delegado por Cajatambo; cosa que sólo conseguí cuando hice presión y advertí que daría por rotos nuestros compromisos. Después, campaña en contra de la municipalidad legalmente constituida, destitución de un subprefecto que era garantía para la provincia, separación de un telegrafista que durante ocho años no dejó nada que decir como cumplido empleado; y luego, desaire manifiesto a los comisionados que desde Cajatambo vinieron para

decirle que era necesario que respetase la voluntad de la provincia sosteniendo al subprefecto y gestionando que el gobierno aprobase la municipalidad elegida con corrección.

–¿Y usted se ha visto con el señor Barreda?

–Creo que fue el día 8 por la tarde que estuve en su estudio. Le hablé de lo que debía hacer en bien de la provincia, porque para ello tenía yo derecho desde el momento en que contando con todos los elementos legales para tener una gran elección, renuncié a la candidatura y cedí mis trabajos, y escribí cartas recomendando la candidatura del doctor Barreda. Este caballero me dijo que nada tenía que hacer sobre la municipalidad de Cajatambo, y como yo ya sabía que él había escrito a amigos de un señor Arnao prometiéndoles "que no me dejaría nada en la provincia, ni a mis amigos", está claro que hube de dar por concluido mi compromiso y mucho más cuando la reacción natural por lo que ya se veía hacer en Cajatambo, obligó a mis amigos a pedirme que los librara de la situación que se iba creando.

–¿Y ha aceptado usted la candidatura?

–Desde luego. Tal afirmo en las cartas a que ha hecho referencia usted.

–¿Tiene probabilidades para salir victorioso?

–Cabales. Se necesitaría un regimiento de línea en la provincia y actos de la mas odiosa imposición para, siquiera, conseguir que yo no tuviera elecciones en forma.

–¿Así que todo lo sucedido se reduce a eso?

–Por ahora solamente a eso. Más tarde pueden acontecer cosas muy distintas; pero debo decirles que algo, así como un cambio de táctica, debe haberse comunicado a Cajatambo, cuando he recibido telegramas en los que se me pregunta qué hay de la conciliación entre los delegados cajatambinos y el señor Barreda. Yo no sé nada de conciliación; yo ignoro a qué se refieren tales aseveraciones, pues la única realidad es que el señor Barreda se halla como candidato y que yo también estoy en tal situación. Frente a frente y decididos á la lucha.

Las dos cartas.

Las cartas a que se refiere el señor Dunstan y a las que aludimos nosotros en la información que ayer publicamos son las siguientes:

Lima, enero 10 de 1917.

Señor doctor José Pardo.
Ciudad.

Señor de toda mi consideración:

Me permito dirigirle la presente, para llevar a su conocimiento que, los intereses morales y materiales de mi provincia se hallan gravemente amenazados, como consecuencia de la anarquía y desunión que se ha creado entre los elementos dirigentes de su vida, anarquía y desunión, que hubiese sido fácil hacer desaparecer si el señor doctor Felipe Barreda y Laos, que tiene el remedio en sus manos, no se negase obstinadamente á administrarlo, rechazando las solicitaciones que se le han hecho. La persistencia en mantener esta política, fruto únicamente de desconfianza, no tenía absoluta razón de ser, si es que el señor Barreda guarda memoria, de la perfecta espontaneidad y del absoluto desinterés personal, con que retiré mi candidatura a la reelección como diputado, recomendando franca y decididamente la de este caballero, recomendación que fue acogida por todos mis amigos políticos, que evidentemente formaban abrumadora mayoría en la provincia.

Hoy se niega, a estos mismos amigos, la satisfacción de justísimas demandas, olvidando al mismo tiempo las seguridades que tuvo Ud. a bien darme, cuando indiqué, a raíz de mi retiro, que sólo deseaba para remplazo mío un representante, moderador sagaz de los elementos antagónicos y ávido de hacer todo género de beneficios a mi provincia y Ud. me honró entonces, asegurándome que sería como si yo mismo fuese el diputado.

Los cambios de personal –sugeridos por el señor Barreda– sin hacérmelos saber siquiera por cortesía, inconducentes y aun perjudiciales para la administración ordenada de la provincia, introducidos últimamente con la ida del nuevo subprefecto, telegrafistas nuevos y aun vacunadores munidos según parece de consignas especiales para actuar exclusivamente con determinado grupo lugareño, han producido el grave estado de desconfianza; inquietudes y desunión, a que me he referido, males que ciertamente existieron antes, pero en forma atenuada, hasta que logré extinguirlos retirando mi candidatura e hizo lo propio el señor Francisco Arnao, que iba a ser mi contendor.

Mis amigos personales y políticos de la provincia, que no buscan el predominio de grupo, pero que se ven pospuestos y hostilizados por los elementos oficiales, reclaman mi concurso que yo no podré honradamente negar, sin hacerme acreedor –al abandonarlos– a la tacha de desleal, por

lo que, agotados los medios de conciliación propuestos al señor Barreda, me veo obligado a atender a las solicitaciones de mis comprovincianos, aceptando decidido, el sacrificio de mi tranquilidad personal que, perseguía al retirarme de la política –como tuve la oportunidad de manifestar a Ud.– con la exclusiva mira de dedicar mis energías íntegras, a la atención de intereses personales y de familia.

Siguiendo norma invariable de mi vida privada y política –muy modesta ciertamente– que se ha desarrollado con actitudes francas y decididas siempre, sin dobleces ni debilidades que deshonran, me obliga a poner en conocimiento de Ud., la determinación a que he aludido, de acatar el mandato de mis amigos que desean llevarme nuevamente al parlamento y al hacerlo así, ruégole creerme que no sin gran esfuerzo de voluntad me he decidido a tomar el camino que voy a recorrer, pero que lo seguiré, ya que está adoptado, con toda resolución.

Sírvase aceptar, señor, una vez más las seguridades de la respetuosa estimación con que soy su afectísimo y atto. S. S.

Guillermo Dunstan

Lima, enero 10 de 1917

Señor doctor Felipe Barreda Laos.
Ciudad.

Distinguido señor:

Créome obligado a poner en su conocimiento que, acatando las vivas y reiteradas solicitaciones de mis comprovincianos, he resuelto aceptar el ofrecimiento que me hacen de investirme nuevamente con su representación en la Cámara de Diputados.

Esta mi actitud, se halla ampliamente justificada si se toma en cuenta que, los cambios de autoridades y empleados públicos, que últimamente se han efectuado, inconducentemente y aun con desmedro de la administración ordenada de la provincia, desempeñan sus funciones exclusivamente al lado de determinado grupo lugareño y absolutamente bajo sus inspiraciones, lo que ha provocado, la desunión que ya no existía, la anarquía en el campo donde sólo actuaban elementos armonizados, las desconfianzas e intranquilidad, cuando únicamente reinaba en la provincia franca calma. Todos estos males, son producto de sólo una injustificada desconfianza de Ud., para con quien actúa invariablemente con entera claridad.

Espontáneamente, con espontaneidad absoluta, brotada al calor del

deseo de conseguir, tanto como la unificación de mi provincia, la posibilidad de una atención intensiva que pensé dedicar a intereses particulares, relevando de ella a miembro de mi familia que reclama imperioso descanso, y desinteresadamente, con desinterés austero, retiré mi candidatura a la reeleçción, recomendando al mismo tiempo la de Ud., a la consideración de las importantes fuerzas que me acompañan y en cuyas filas ingresó buen número de las de mi contendor, cuando conseguí hacer dar la ley de anexión formando así mi partido una mayoría indiscutible e indiscutida en la provincia, cuando anuncié mi desistimiento. Estas actitudes mías y la verdad de los hechos que apunto, que muchísimos conocen y cualquiera podría comprobar, son suficientes motivos para que se creyera en mi absoluta sinceridad, sin dar cabida a las injustificadas desconfianzas que han sabido crear, quienes esperaban provechos de la intriga, sin medir los males que llevaban á la provincia.

Me daban también esas actitudes mías algún derecho –según pienso– para intervenir siquiera sea indirectamente en la marcha de la vida pública de Cajatambo o cuando menos, para ejercitar mis prerrogativas en ese terreno, mientras dura el mandato que aún ejerzo como diputado; pero, ni lo primero por simple cortesía, ni lo segundo que es derecho inalienable, se me han reconocido, pretendiendo anular toda acción mía en el móvimiento de mi provincia, y negándoseme, no sólo el apoyo que reclamé, sino aun la facultad de hacer valer o satisfacer personalmente, justísimas peticiones de mis amigos.

Al anunciar a Ud. la determinación de buscar los votos de mis comprovincianos para mi reelección, me complazco en asegurarle que tengo el firmísimo propósito de luchar en todo momento, estrictamente dentro de la ley y de la más perfecta ecuanimidad, marcos amplios para los contendores de buena fe y que estoy seguro adoptará también Ud. como únicos límites, ya que dentro de ellos, caben con holgura todas las aspiraciones cuando se ejercitan honradamente.

De usted atto. y S. S.

Guillermo O. Dunstan

(En *El Tiempo*: Lima, 16–I–1917)

PAQUITA ESCRIBANO, LA REINA DE LA TONADILLA

Dentro de muy pocos días tendremos en Lima a la notable y hermosísima tonadillera Paquita Escribano, que hará una temporada en el Teatro Municipal.

De un reportaje hecho recientemente en Valparaíso a esa distinguida artista, en "El Mercurio", reproducimos los siguientes interesantes párrafos:

–¿Dónde se presentó usted por primera vez?

–En San Sebastián, el balneario aristocrático, en su mejor teatro.

–¿Y.....?

–Aunque no debo decirlo, tuve un éxito no soñado. Al presentarme en las tablas, así, de improviso, ante un público de lo más selecto, no niego que sentí un poquitillo de emoción. Pero luego me repuse, y gusté.

Recordando esto, Paquita –¡es lógico!– se ha puesto un poquito sentimental.

–Habría pagado –rememora– por presentarme en aquel teatro, e inopinadamente se me ofreció la oportunidad de una contrata..... ¡Figúrese usted mi contento! Desde entonces, ando por las tablas, de un lado a otro, con más o menos suerte.....

–No tan más o menos como a usted le parece.

–Sí. Es verdad. No puedo quejarme.

–¿Y siempre actuando de tonadillera?

–Siempre. Es un género que quiero por muchas cosas, pero sobre todo porque yo lo creé.

Sí. Por aquel tiempo, el *vaudeville* y el *couplet* sicalíptico estaban degenerando el género ligero español. No había un teatro de España en donde no triunfara ese espectáculo a tal punto que amenazaba absorberlo todo. Entonces pensé que se imponía una reacción, y resucité la clásica tonadilla española, espiritual, elegante y graciosa, y muy sana, como el alma de mi raza. Muy luego el nuevo espectáculo se impuso y así surgieron tantas "tonadilleras" como andan por allí...

–Es el secreto de su triunfo –le decimos entonces–. Su gracia está en su originalidad; en los mil matices de su arte que sus imitadoras no saben advertir.... Algo que es gracia en su juventud, primor en su sonrisa, elegancia en su gesto, imán en su alegre decir... Es el caso, digamos, de Tórtola Valencia y sus imitadoras...

Más adelante, sostuvo con el cronista este interesante diálogo íntimo:

–Quiero que usted me cuente alguna historia, alguna aventura, alguna anécdota. Su vida debe tenerlas y bien interesantes...

–¿Y esto?...

–Para el público, Paquita. El público es exigente y, ya lo sabe usted, cuando se encariña con una artista, quiere saberlo todo, su vida...

–Pues hombre. (Este *hombre* adquiere, en su fino acento español, una gracia peculiar). Pues hombre, mi vida no tiene nada de particular. Ni una triste aventura, ni una anécdota de interés...

–Sin embargo, hemos sabido...

–¿Qué?– inquiere rápida.

–De unos amores desgraciados –continúo sonriente– que han tenido un triste...

Me quedo sobrecogido. Paquita ha lanzado una sonora carcajada. Y ríe, ríe la pícara un breve rato.

–¿Y de dónde sacó usted eso?

–¡Se cuenta Paquita... Se cuenta por ahí!

–Ya sé. Hace tiempo, una revista del Uruguay, me inventó una historia de amor, sentimental y triste, que era la risa. Se decía que un rajah había muerto de amor por mí... Pero nada de eso es cierto, se lo aseguro á usted.

–No me lo asegure, se lo creo. Pero la historia que yo sé es otra bien distinta...

–Me pone usted en cuidado...

–Otra bien distinta. Y tiene relación con el matrimonio de Gaona, el célebre torero...

–¿Gaona? Sí, le conozco. ¿Y qué hay con él?

–Pues a raíz del matrimonio de Gaona con una actriz de la compañía Guerrero se dijo que antes había tenido amores con usted y que había roto el compromiso, yo no sé por qué....

–Es divertido eso... ¿Y de dónde salió?

–Usted debe saberlo, Paquita.

–Pues yo se lo aseguro que no sé nada. Gaona, le diré, es amigo de mi padre. Nada más. Entre nosotros nunca ha habido nada. En absoluto.

Paquita quiere ser persuasiva. Sus ojos tratan de subrayar cada una de sus frases. Pero un rizo que le cae sobre la frente, enigmático como un interrogante, le hace traición...

Colón

El cartel de ayer anunciaba "El Rayo", en la vermouth, que tuvo una entrada magnífica. En la noche fue, por primera vez, "En familia", de Cata e Insúa, que tuvo un éxito verdadero, interpretado por la señorita Delgado, la señora Martín Gómez, la señora Caro, que hace de la tía Eusebia un rol verdaderamente notable.

Berrio, Angel y Salvador Sala, Santiago y Olavarrieta, correctísimos.

El programa de hoy anuncia en vermouth "El amor que pasa", una de las mejores interpretaciones de esta Compañía, en la que la señora Caro Campos –graciosa Medina–, Berrio y Campos, están muy bien.

En la noche, no habrá función, porque la Compañía pone en el Callao "La Enemiga".

(En *El Tiempo*: Lima, 1°–III–1918)

CARTAS A X

Glosario de las cosas cotidianas

12 de febrero

Y espíritus benévolos han tenido el pecado imperdonable de echar de menos mis pobres crónicas de otros tiempos en que me sentí más joven, en que amé los buenos temas sentimentales y las cosas de la hora presente y en que, al estímulo de un suceso de la vida diaria, ocupaba muchas cuartillas con la simetría monótona de los caracteres de la Underwood en que escribo.

Me han dicho insinuantes, persuasivos, bondadosos:

–Escriba usted. Está usted flojo.

Y alguien ha hablado con elogio de tal o cual gacetilla escrita por este cronista en épocas en que le espoleaban pródigos entusiasmos y en que no le afligía esta dulce pereza enemiga, imperiosa como una amante y dominadora como una seducción.

Y yo, amigo mío, he pensado en volver por mi ruta de comentador superficial de las cosas cotidianas, pero no para reincidir en la gacetilla ampulosa o plañidera o amorfa sino para contarle a usted que tiene en este instante el prestigio de su apartamiento nirvanesco y sibarítico y que es comprensivo y sutil, esas mismas pobres cosas cotidianas. La crónica demanda floritura de estilo o vistosa pirotecnia de concepción. Usted sabe que ni tal floritura ni tal pirotecnia van aparejadas a mi temperamento y mis tendencias. La epístola es más discreta y más sencilla. Para escribirla sólo hace falta sinceridad y quienes hayan tenido el gusto poco explicable de leerme saben que la poseo de veras.

Inicio para usted un epistolario risueño y amable, frívolo e ingenuo, volandero y trivial. De otro modo no concebiría usted que me atreviera á publicarlo. Si encuentra usted en él una digresión sesuda, un pensamiento grave, créalo debido a inconsciente olvido. Sería imperdonable tener una digresión sesuda o un pensamiento grave en un glosario de las cosas cotidianas.

Las cosas cotidianas son vulgares, menudas e insignificantes. Por eso

las amo y las observo. Entre una sensacional nota de Mr. Lansing a Mr. Grey o a Bethmann Holweg y la carta de un suicida bellaco que se quita la vida por amor de una maritornes, prefiero siempre para mi comento la carta del suicida bellaco. Y, situando las cosas en nuestro país solamente, me place más la última filosofía de Félix del Valle o la última tonadilla de Resurrección Quijano que la carta del doctor Cornejo sobre la reforma penal. Tanto es mi encariñamiento por las cosas pequeñas que encuentro más interesante la compilación por el doctor Nemesio Vargas de todas las reglas sobre el bridge o sobre el tresillo que la Historia del Perú Independiente por el mismo doctor. Es un gran disparate preferir la Historia del Perú Independiente a la Historia del tresillo. Tan grande como preferir un elefante a una ardilla.

Si yo tuviese el mal gusto de recurrir a las citas, le diría a usted que Maeterlinck ha dedicado a las abejas y a las flores observación y empeño que no pondría para esclarecer arduos problemas sociológicos o enrevesados asuntos de economía. Y que Maeterlinck es, en consecuencia y a mi juicio, un individuo razonable, que no piensa como Mr. Rothschild y como Von Bernhardi, sencillamente porque un banquero y un apóstol de la super nación no pueden nunca pensar como un poeta.

* * *

Creo que no vale la pena escribir para decir que uno se aburre. Sería muestra de poca consideración para el lector, a quien no le interesaría de seguro este aburrimiento, bastante preocupado como estaría con el propio. Pero en Lima es forzoso decir que uno se aburre. Aquí las gentes viven en perpetuo fastidio. Es el nuestro un país de gentes esplináticas que bostezan.

Usted, como yo, habrá ido al teatro muchas veces y se habrá encontrado con que los amigos, interrogados, le dicen que han ido para no aburrirse, así se trate de Enrique Borrás o de Mimí Aguglia. Y por no aburrirse, por matar el tiempo, van las gentes al Palais Concert, al cinema, a tertulias, a "five o'clock teas", al balneario, a todas partes. Todo el gesto de nuestras gentes se compendia en un gran bostezo que rubrica enseguida una cruz hecha a prisa en la boca por el pulgar y el índice de la mano derecha.

Yo he encontrado ayer a un amigo y le he preguntado:

–¿Qué hace usted?

–Nada.

Y él me ha devuelto la pregunta.

–¿Qué sabe usted de nuevo?

Yo inconscientemente he dicho también:

–Nada.

Mi amigo ha sacado un cigarrillo. Pero yo no fumo y hemos tenido que despedirnos sin hablarnos más.

Vivimos adormidos, inactivos y somnolientos. No nos place hacer nada y a lo sumo tenemos aptitudes para ser público de un espectáculo muy entretenido que no acabase nunca. Todas las gentes de esta tierra podríamos vivir en un gran coliseo aplaudiendo o chillando según que nos gustase o nos disgustase lo que se hiciese para divertirnos. Y aún así acabaríamos por aburrirnos y por decir que vivir aquí era una desdicha.....

* * *

A mí no me sugestiona la política. Me gustan sí los políticos, que es distinto. Hasta hace poco fui asiduo de la tribuna periodística en una de las cámaras. Iba ahí todas las tardes. Tenía como siempre la franquicia de un pase libre para todos los teatros y para todos los cinemas, pero nunca hice la tontería de optar por una tanda vermouth en vez de ir a la cámara. Me encariñé tanto con la escena y el debate de las tardes parlamentarias, que llegué a hacer, como los chiquillos, un teatro guignol para los lectores de este periódico. A un diputado le tomé una vez el pelo amablemente y me quitó el saludo. Esto, como ustedes comprenderán, me hizo mucha gracia y por poco no me empeño en tomarles el pelo a todos los diputados para ver si eran igualmente susceptibles. Yo siempre empleo calificativos muy amables.

Y aquí necesitamos todos forzosamente del espectáculo parlamentario. El debate político y los votos de censura, son de una necesidad irremediable. Por lo menos así piensan el señor Torres Balcázar y el señor Borda a quienes hay que creer, cuando hablan a nombre de la patria. Para algo se llega a leader.

* * *

Ayer se ha dado una velada con destino a los boy scouts. Aquí como usted sabe también hay boy scouts. Mejor dicho hay personas entusiastas, nobles, idealistas que quieren que los haya. Y en virtud del idealismo generoso de estas personas existen dos o tres brigadas de chiquillos que se

uniforman de boy scout y enristran un palo y aprenden a marchar en columnas. En el fondo, una amable mentira, como casi todo entre nosotros. Un ideal, un espejismo risueño y una farsa decorativa que se erige sobre ese ideal y sobre ese espejismo.

Vale sin embargo la pena entonar un himno a la energía, a la fuerza, a la acción y al trabajo que son cosas tan grandes, amigo mío.....

* * *

Anoche he estado a ver y a oír a Resurrección Quijano. Es admirable. Cuando escribo estas líneas acabo de dejar el teatro donde esta artista trabaja. Tengo galvanizada en la retina una maravillosa visión de gracia y de belleza. Un amigo muy culto y simpático me ha dicho: "Esta mujer es notable en su arte, pero no tiene la gracia que dicen". Y, viéndola, yo que soy tan apacible y a veces silencioso me he indignado y he discutido con mi amigo. No le falta gracia a Resurrección Quijano. Ocurre sólo que esta palabra gracia está prostituida. Se confunde la gracia con el gracejo, la picardía o la "lisura" que decimos los limeños.

Más tarde mi amigo me ha dado la razón, cosa muy rara tratándose de un amigo literato.

Yo le diría a usted muchas cosas contándole cómo es el arte de esta mujer de quien se dice que es tonadillera. Y le hablaría a usted de como escuchándola la serenata de Pierrot he oído llorar a Colombina y cómo escuchándola La Campana de la Aldea he sentido lentos toques de misa madrugadora, voces de ángelus, veletería indecisa y romántica de molino fatigado, claro cantar de arroyo campesino, ritmo de rueca, idílico discreteo pastoril y aromas de pecado mortal que delatasen el epitalamio furtivo de una tarde de sol..... Soy muy ingenuo, por mucho que existan espíritus malévolos que se niegan a creerlo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 13–II–1916)

Glosario de las Cosas Cotidianas

14 de febrero

Hace seis meses más o menos, Julio de la Paz me presentó en el foyer de un teatro a un señor rubicundo, gallardo, exótico y con ostensibles señales de evidentes civilización y originalidad. Era el pintor catalán Roura de Oxandaberro.

Cambiamos la convencional frase de nuestra satisfacción por el honor de conocernos. Y nos dimos la mano. Julio de la Paz dijo una frase para expresar mi calidad y otra para expresar la calidad del señor Roura de Oxandaberro. Intentamos la conversación, pero inútilmente. El señor Roura de Oxandaberro tiene un crudísimo acento catalán y, como si no fuera bastante, desvirtúa y mistifica su voz una nasalidad mortificante. Preferimos un refresco. Yo bebí un "ice cream soda".

Después nos encontramos muy de raro en raro. Y cuando nos encontrábamos era trivial y frívolo y vulgar el insignificante diálogo. La nasalidad y el acento catalán del señor Roura de Oxandaberro resultaban una traba para la comprensión de nuestros espíritus. Oyendo el señor Roura de Oxandaberro no es fácil convencerse de que sea un gran pintor.

Ni supe nada de Oxandaberro como artista. Vi tan sólo algunos dibujos desiguales, extravagantes y a veces churriguerescos que publicó en una revista limeña. Y aunque sé cómo las exigencias obligan al artista y al literato a las claudicaciones frecuentes de una producción mercenaria e insincera, me pregunté si Oxandaberro no sería uno de tantos mediocres arrojados a tierras americanas por el fracaso o la aventura y si bastarían para recomendar su personalidad los sacrificios de una voluntaria reclusión en desapacibles y traidoras selvas que me hicieron bien querer el espíritu noble y excepcional de ese pintor bohemio y amigo Herminio Arias de Solís.

Y hace apenas horas que sé cómo Oxandaberro es realmente un gran artista, cuya exposición de cuadros le consagra y honra. Nuestro común amigo el Conde de Lemos me ha hablado de esta exposición con todo el

entusiasmo que saben despertar en él esas grandes cosas que son el arte y la belleza. Y me ha dicho:

–Vaya usted, Juan Croniqueur, a esa casa de Divorciadas donde tocan las gentes de la Filarmónica y verá cuadros maravillosos de Roura de Oxandaberro. Yo admiro ya a este hombre. Me enorgullecería mucho pintar como él.

Y yo he visitado esta tarde, cuando la inclemencia ultrajante y fecunda del sol se ha aplacado un tanto, la exposición de Roura de Oxandaberro. He visto efectivamente cuadros que me han hecho sentir admiración.

Usted que es pintor, amigo mío; usted que siente y comprende estas cosas que con religiosidad tan devota reverenciamos los dos; usted que en esa serranía lejana estudia el alma milagrosa de los paisajes lunados, de los crepúsculos luminosos y de los serenos panoramas geórgicos, habría sentido la misma admiración que yo ante algunos de los vigorosos, expresivos, vibrantes y robustos lienzos de Oxandaberro. Yo no sabría decirle bien mis impresiones.

Hay en la exposición de Oxandaberro una tela que él llama "Melancolías de los páramos". Yo he sentido apresada en ella toda la tristeza sombría de las tardes misteriosas y de los paisajes desolados. Oxandaberro se revela un intérprete formidable de las cosas dolientes y trágicas de la naturaleza. Y en su tríptico "El poema de las cumbres", canta, llora, rima, suspira el alma de las serranías gigantes que se yerguen como fantasmas en las noches torvas. Y en su "Himno al Sol", el amanecer tiene matices pujantes, cálidos, maravillosos que inundan el paisaje y vencen las brumas somnolientas que amadrinó la noche. Pero es en sus visiones de las selvas donde Oxandaberro ha puesto las más precisas, valientes y definidas rúbricas de su temperamento y de su originalidad. Viendo estos cuadros llegan hasta mi alma efluvios de poema macterliniano y surgen evocaciones indecisas y vagas y sombrías del alma misteriosa de los bosques.

Los árboles son en ellos silentes personajes que dialogan con las sombras, que inquieren la tristeza de los cielos, que amparan conscientes la debilidad de las plantas pequeñas. No son los árboles que sugieren los estudios de botánica, ni tienen la arquitectura vulgar de los que de niños hallamos en las láminas e ilustraciones de la historia natural. Son los árboles que sentimos en la leyenda. Readquieren todos los prestigios de las cosas solemnes y hacen pasar como en una visión fantasmagórica la evocación de los cedros de Líbano, graves como profetas y sombríos e imploradores como archimandritas en penitencia, de los olivos que oyeron

la oración de Jesús, de los árboles que poblaron los bosques donde soñara el pífano de Pan y triunfara la lubricidad de los faunos caprípedos y lloraran las carnes violadas de las ninfas, de los que en "Macbeth" dan la visión trágica de una selva en marcha. Este Roura de Oxandaberro, amigo mío, ha penetrado en el alma de los árboles y en el secreto embrujado de los bosques. Cuando pinta el "Fantasma de la selva" sus árboles son como columnatas de un templo misterioso que aguardase un aquelarre. Y cuando pinta "El baño del fauno" parece que los árboles lloraran los insomnios de Dyonisio y Afrodita.

Yo creo que este Roura de Oxandaberro es un pintor de grande y amargo sentimiento, que sabe apresar los matices sombríos de la naturaleza trágica. Y porque mi alma está de antiguo melancólica, porque no siento la alegría de la naturaleza optimista, porque desde niño tuve la gran virtud de ser triste, porque no deslumbran mis ojos las bellezas de los paisajes cromáticos y risueños, porque creo en la verdad única del dolor, yo siento la poesía de sus cuadros y le admiro como a un espíritu hermano que hubiera hablado al mío muy hondamente.

* * *

15 de febrero

He escrito hoy un soneto desbordante de sinceridad y de unción. Todo un instante de hondo recogimiento de mi espíritu está en él. Búsquelo usted, amigo mío. Yo lo he releído tres veces con suma delectación.

* * *

16 de febrero

Ayer se ha suicidado un pobre diablo. Y este pobre diablo que ha tenido la bellaquería de esperar los ochenta años para matarse, ha tenido también la relativa distinción de intoxicarse con morfina. Esta manera de matarse revela cierta serenidad en el suicida y yo creo que hay pocas cosas tan interesantes como un hombre que se suicida serena y tranquilamente. Pienso que si Petronio hubiera tenido el acierto de abrirse las venas, sin mandato alguno, sería un hombre más admirable aún. Y que Nerón habría tenido un final brillante sin las irresoluciones y sin las cobardías que precedieron su muerte. El pistoletazo es vulgar.

Y he dicho, amigo mío, que es una bellaquería matarse a los ochenta años, porque creo que cada suicida es un predestinado siempre y debe tener el buen tino de matarse con oportunidad. Yo no tengo aún seguridad de no ser un predestinado para el suicidio. Lo inquiero vivamente. Y deseo que

en caso de descubrirme suicida irremediable, sepa matarme en buen momento. Quien ha de suicidarse al fin y al cabo no debe esperar nunca los ochenta años, la miseria, la senilidad, el ocaso, la derrota, el reuma, el hambre, la laxitud y la ataxia. Es una cosa inexplicable. Por eso yo admiro tanto a José Asunción Silva y estoy a punto de admirar a Manuel Acuña, olvidándome de que ese su "Nocturno" que cantan voces criollas comienza diciendo "pues bien, yo necesito ....."

Creo que el mal del siglo es una extraña fatiga de la vida, una inexplicable neurosis, un vago e indefinible cansancio que muchas veces culmina en el suicidio. En una de las crónicas que más me placen de esa época de entusiasmo periodístico que yo recordara en mi primera epístola, a propósito de una serie de suicidios, hablé con honda impresión del tema. Y decía, cómo el hastio incurable de la vida, el afán de encontrar en brazos de la que no siempre sin traicionar nuestra sinceridad llamamos la Intrusa son los mismos invariablemente. Los suicidios se suceden día a día, escribiendo en sus trágicas estadísticas una amarga impresión de desengaño, desesperanza y laceria.

El dolor de vivir invade los espíritus y despierta en ellos el deseo de buscar en la muerte la consolación ansiada. La miseria infinita que es la vida, aletarga todos los ideales, que son luz, alegría y optimismo y dibuja en los semblantes de los desengañados prematuros rictus de desolación y de tristeza. Y son la desolación y la tristeza que luego contemplan como fórmula de solución las cápsulas de plomo de un revólver, la dosis de estricnina o bicloruro o el remanso traidor de un río. Es el mal del siglo. El cansancio de la vida, la neurosis que hace abominar de cuanto rodea y que sume las almas en una lacerante melancolía. La amargura de Werther y Leopardi, que en el lírico italiano fue fuente de divina poesía y reflejó en poemas de infinito dolor la voluptuosidad de la tristeza.

Yo que en veces me he sentido tocado de esos anhelos e inquietudes que sumergen los espíritus en un nirvana de ensueño y de dolor, puedo decir al lector que creo y temo esta hiperestesia de los corazones que los hace sangrar a cada amargura y a cada pena y arraiga lentamente en los cerebros la desesperación y el deseo vehemente y también voluptuoso de la muerte.

Los cantos de optimismo y de vida se apagan prematura y cruelmente y pasa por la almas una onda de desesperanza y desaliento. La voz de Schopenhauer adoctrina. Y en la filosofía de casi todos los escritores actuales flota un acre sedimento de pesimismo, de desengaño y de tristeza.

¿Es la civilización que enferma las almas y las toca del letal anhelo de

la muerte? El desencanto del progreso, la dura ley perenne de los poderosos, el clamor de miseria de los que sufren, cuanto deja en los espíritus la convicción de que la injusticia es una norma inexorable. Y la vorágine de esta vida febril que nos enferma, la electricidad que sensibiliza nuestros nervios gradualmente, el teléfono que genera muy lento trastornos mentales, la mareante confusión de los automóviles que pasan raudos lastimándonos con el grito ululante de sus bocinas, todo va siendo germen fecundo de la neurastenia.

El lector que lleve dentro ese poco de neurosis común, que en veces nos esclaviza y nos hace aburrirnos, displicentes y esplináticos, se preguntará acaso al final de esta divagación, seguida a través de tanta incoherencia y tanto yermo, si también en su camino acecha el mal del siglo. Pero otro lector, el feliz, el práctico, el utilitario, el gordo, sonreirá, seguro de su bienestar inalterable, y se recetará a sí mismo como un antídoto eficaz contra turbaciones y locuras extrañas un beefsteak jugoso y en sazón.....

* * *

17 de febrero

El juez doctor Mercado es sin duda un enamorado de la notoriedad. Cultiva la pose criolla. Una pose que sabe a anticuchos, mazamorra morada, choclo, turrones de doña Pepa y "causa". Gusta el doctor Mercado de las denuncias sensacionales. Y acaba de ocurrírsele una verdaderamente interesante, amigo mío. Hace algunos días se batieron a sable dos periodistas y se hirieron ambos. El doctor Mercado se ha escandalizado del hecho, ha estigmatizado a ese buen caballero chiflado que fue el Marqués de Cabriñana y ha iniciado un juicio contra duelistas y padrinos. El doctor Mercado ama la nota sensacional. Si hubiera nacido en el extranjero las revistas ilustradas publicarían interviews con su retrato y sus apuntes biográficos.

Sólo, amigo mío, que esta denuncia no pasará del período laborioso y soporífero de los sumarios. También aquella espeluznante tragedia de Ate anda en sumarios e instrucciones tenebrosas. En las cuales no hace luz la linterna de Diógenes del doctor Mercado, a quien preocupan más nuevas denuncias sensacionales. Todo esto es delicioso, amigo mío.....

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 18–II–1916. Y en *Invitación a la vida heroica*, antología seleccionada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados (Lima, 1989), pp. 57–62)

Glosario de las Cosas Cotidianas

18 de febrero

Yo le envidio a usted, amigo mío. Usted, en esa aldea que es buena, apacible, sencilla, callada, triste y risueña, no sabe de los rigores extremos del verano sufrido en esta otra aldea grande, presumida, cursi, democrática, meliflua, incolora, anodina, tonta y snob. Goza usted allá de una templada calma de serranía amable. Y tiene usted por refrigerio el zumo regalado de frescas frutas lozanas y frescos labios campesinos. E ignora usted la necesidad pertinaz de los helados y de los "ice cream soda" que aquí sorbemos nosotros entre compases de can can y two step, cadencias insoportables de vals vienés, trompetazos de automóviles que desfilan raudos e impertinentes, pregones de muchachos mugrientos y de viejas desharrapadas que venden periódicos de la tarde, chasquidos de fustas, rumores de gentes que discurren, ruidos de carruajes que pasan veloces o graves.

Sintiendo las inclemencias de este verano, yo pienso a veces que detesto al sol y que me olvido de cómo es fecundante, hermoso, grande y glorial y se afirman mis líricas devociones por la noche. La noche es aristocrática. En ella se silencian las voces de los talleres y de las fábricas, callan los clamores de las sirenas prosaicas, cesa el bullicio destemplado y odioso de las carretas mercenarias y groseras. Los carruajes que pasan llevan prestigios de aventura galante o de pecado de amor. Otros no llevan más prestigio que el de una digestión burguesa, pero son los menos. La noche es comprensiva y piadosa. Tiene el amparo de su sombra para el placer y para el amor. La noche es buena y consoladora. Nada hay tan propicio y protector para llorar una pena como su penumbra y su sigilo. "La noche es compasiva, discreta y amorosa" dije yo en unos versos líricos en que palpitó toda mi unción, todo mi fervor por la infinita bondad de la luna.

Pero decir mal del sol, porque castiga, quema y ofende y porque iguala a todos en la democracia plebeya del sudor, es injusto. No es posible diatribar así contra quien es paternal, todopoderoso y único. Mi invectiva

va sólo contra el verano procaz, aleve e inmisericorde. Amo la primavera que es suave, templada y plácida como caricia de mujer núbil y enamorada. Amo el invierno que es sombrío, doloroso y turbio. Las visiones de bruma me cautivan. Siento el encanto de las lluvias. Me sugestionan los paisajes de nieve. Tengo el alma un tanto escandinava, a pesar de mi prosapia criolla y de mi genealogía tropical. Y amo el otoño. Los árboles marchitos y enfermos me impresionan como almas desoladas, silentes y pensativas. Y el sol anaranjado y débil de esta estación, que se desmaya sobre los campos, con apasionamientos de amor impotente y senil, es hondamente grato a mi espíritu y a mi carne. Y las noches borrosas y frías tienen misteriosas comuniones conmigo. Nada importa que luego escriba:

"Me he enfermado de bruma, de gris y de tristeza....."

* * *

Hoy he visitado la exposición de cuadros del señor Franciscovich, argentino y pintor. He hallado muchas gentes observándola. Y he visto que muchos cuadros tenían al margen una cartulina que decía: "Adquirido por el señor.....". Este es un pintor para nuestro público, he pensado. Luego he adquirido la convicción de que estaba en lo cierto.

El señor Franciscovich pinta "bonito". Esta es opinión de una damita inteligente y es también la mía. El señor Franciscovich pinta pensando en el público y el comprador y, como dice Aguirre Morales, consulta probablemente razones de simetría de los salones burgueses donde mañana lucirán sus cuadros y hasta los aparea, vincula y cuida de que "hagan juego", como las columnas de terracota, las macetas, los candelabros y las cortinas. Un criterio utilitario como cualquier otro, dirá el lector.

La exposición del señor Franciscovich me ha hecho la misma impresión que me haría una galería fotográfica elegante, una colección de lacas, una vitrina llena de figulinas de Sevres.

A mí me extraña mucho que el señor Franciscovich no pinte abanicos. Y me extraña mucho, entre otras razones, porque yo no concibo preciosistas que se dediquen a la interpretación de la naturaleza imponente y grandiosa. Concibo y gusto de los preciosistas pintando "parterres" aristócratas, escenas de Trianon, cosas triviales y exquisitas, pero no los concibo pintando los Andes majestuosos y epopéyicos ni los lagos de la puna solitaria. No entiendo ni gusto del arte melifluo. Y este concepto mío es igual en cuanto se relaciona a la pintura, como en cuanto se relaciona a

la literatura y a la música. Para mí, Martínez Sierra y Franz Lehar son un literato y un músico insignificantes. No les tomo en cuenta.

Yo no conozco los paisajes que ha retratado Franciscovich. Mi conocimiento de la naturaleza esta circunscrito a esta tierra y a fugaces excursiones por campiñas, playas y serranías más o menos cercanas. He vivido siempre en esta aldea con alma de champús, anticuchos y "picarones". Pero no puedo creer que los Andes ni el lago Titicaca sean como el señor Franciscovich los pinta. Por mucho optimismo que sea el que le inspira al señor Franciscovich como paisajista, por muy Martínez Sierra que el señor Franciscovich se sienta, mistifica los Andes y el lago Titicaca. Yo los presiento muy distintos. Yo casi podría afirmar que sé que son distintos. No es posible creer que esa gran naturaleza andina puede ser interpretada con colorido de crema de "confisserie" o de helados pistaches.

No quiero inquirir si el señor Franciscovich es un fabricante de cuadros bonitos o un optimista sincero para quien todo en la naturaleza es miel, sonrisa y dulzura. Me basta saber que pinta "bonito", tan "bonito" que viendo sus cuadros se piensa inmediatamente en un regalo a la novia o en la falta que le hacía a uno un cuadro vistoso en tal o cual testera del salón o del escritorio. El señor Franciscovich, es indudablemente un pintor que sabe su oficio. Yo le auguro que ganará mucho dinero.....

Mi amiga y yo leímos ayer muchos versos de Rubén Darío, los que yo más amo, los que mejor me hicieron sentir el gran espiritu artístico de ese maravilloso y sortílego maestro de la rima. Los leímos a dúo a veces, diciendo yo y callando ella otras, sin mover ninguno de los dos los labios las más. Calladamente, religiosamente, devotamente. Igual hemos leído a Heine, a Bécquer, a Herrera y Reissig, a Sully, a Stechetti, a Verlaine, a todos los poetas ídolos míos. Y esta lectura reverente ha tenido sabor de rito y prestigio de misterio litúrgico. Ha sido un homenaje exquisito a la memoria del admirable liróforo.....

* * *

Sé que va a hacerse una velada en memoria de Rubén. Sé que van a prestar a esta iniciativa admirable el prestigio de su concurso nuestros más importantes literatos. Y pienso que va a ponerse el más noble paréntesis de poesía en nuestra pobre vida cotidiana. Los poetas son los genios más fecundos de la humanidad. Todas las grandes cosas, a las cuales ha dado después forma más o menos incierta el progreso y la ciencia, las concibie-

ron y las soñaron ellos. Y Rubén Dario ha sido el gran poeta de la raza. Yo que quisiera que todos le reverencien y que es por tal motivo que abomino a ese criollo irrespetuoso y osado que se llama Emilio Bobadilla y que firma Fray Candil y a todos los mediocres que diatribaron contra él, anhelo que esta velada sea un homenaje casi religioso. Y que a las almas de nuestras mujeres versátiles y frívolas llegue el infinito lirismo de los versos del estupendo artista, y que esta comprensión absuelva el pecado de los espíritus bastos, groseros y vulgares que bostecen y se repitan que poesías y poetas son unas pobres cosas inútiles .....

* * *

19 de febrero

No lea usted, amigo mío, el artículo de Evangelina sobre los cuadros de Roura de Oxandaberro. Si lo ha leído usted ya, olvídelo.

* * *

Un consejo, a usted que es pintor, amigo mío, a usted que gusta de interpretar paisajes de la serranía: No pinte usted nunca cuadros pequeños. Hágalo todo vasto, grandazo. Mida el valor de un cuadro por el tamaño. Piense que vale menos el madrigal de Gutierre de Cetina "Ojos claros, serenos" que la oda de Quintana a Guttenberg. Tenga como primer concepto del mérito artístico el concepto de la magnitud visible. Así piensa Evangelina. Y Evangelina ha estado en Europa. Y ni usted ni yo hemos salido de este país, amigo mío.....

* * *

20 de febrero

Hoy es domingo. Y como domingo es el más monótono, triste, incoloro, lánguido y aburrido de los días limeños. En las mañanas, el mismo desfile de las gentes que van a misa. Unico instante plácido, dulce y pintoresco de la vida de la urbe los domingos. Desfile que como las mejores cosas de esta tierra tiene un dulce encanto místico y un dulce encanto pagano. Muchas veces usted y yo hemos visto pasar rostros gentiles enmarcados por la mantilla. Y hemos escuchado el comentario canalla y travieso de los corrillos. Y en las tardes, mucho sol, mucho calor, mucha monotonía. Todo

propiciando el aburrimiento. Usted pintaría. Yo busco la regalada hospitalidad de un sofá y me fastidio. Ahora escribo.

Y en esta tarde de domingo no hay siquiera toros, que es espectáculo al cual puede ir uno cuando siente necesidad de emborracharse de color, bullicio, grosería, algazara, sol, chicha morada y hálito de muchedumbre que jadea, se agita, vocifera, aplaude, silba, se ríe, suda, bebe pisco y come butifarras. De los toros, dijo José de Ingenieros que son la morfina de España. Es una gran verdad de Ingenieros. Yo antes me perecía por esta morfina. Coleccionaba "Sol y Sombra", leía a "Don Modesto", formaba una biblioteca taurina, sabía los colores de los toros, cuándo se llamaban calceteros, cuándo se llamaban caretos, cuándo se llamaban capirotes, cuándo se llamaban berrendos. Y hasta escribí revistas. Hoy, no desconozco lo que vale este espectáculo como emoción, color y armonía, pero me río de mis entusiasmos adolescentes de otros tiempos. Y pienso que los toros halagan muchos instantes bellos en que nos sale a flor de alma cuanto tenemos de bárbaros.....

La tarde transcurre anodina y triste. En mi ventana el sol fulge y quema. Yo estoy solo escribiendo para usted este epistolario que es también para el público que quiera leerlo. Llegan de la calle rumores de coches, automóviles, carretas y tranvías. Adivino horteras endomingados y gentes gruesas que caminan plácidas y sudorosas. Yo escribo de prisa, febrilmente, y la Underwood dice una isocronía que dialoga conmigo. La máquina y yo tenemos un coloquio locuaz.....

* * *

El guignol político está venido a menos. Ya casi le tengo olvidado. En la fachada de este teatrito para niños de todas edades, podría ponerse un letrero que dijera: "Clausurado por la estación". Nada pasa. En los palacios legislativos crecen telarañas. En el palacio gubernativo los ministros conferencian y los mecanógrafos llenan carillas. Los diputados provincianos, reacios a la nostalgia del terruño toman baños en La Punta y se ponen jipijapas. Los cronistas palatinos, los tradicionales cronistas palatinos, escriben todos los días la misma noticia: "Ayer el Presidente recibió la visita del doctor X. El doctor X, conferenció con SE. dos horas". El doctor X, le ha quitado el tiempo a SE., pienso yo. Y estoy seguro de no equivocarme.

Porque así son las cosas en este país, amigo mío. Hay personas que

tienen el monopolio de las conferencias con los presidentes. Y los presidentes son inaccesibles del todo a la visita de todas las pobres gentes que piden un poco de justicia o que quieren dejar oír su clamor.

Yo le pregunto todos los días al infatigable repórter palatino de este diario, a ese clásico repórter que usted y yo conocemos y admiramos, qué pasa de nuevo, qué hay de cosas políticas. Y él todos los días me contesta casi lo mismo: "Hoy estuvo en palacio el señor Fulano". Y el señor Fulano es casi siempre el doctor Osores, uno de los vicepresidentes de los constitucionales que todavía son partido, o el general Cáceres que es el jefe grande de los mismos constitucionales, u otro doctor que acabará también en presidente de partido u otro general que será o no jefe grande u otro señor que no es doctor ni general. O el señor García Irigoyen que fue alcalde, o el señor Criado y Tejada que puede serlo, o el señor Vivanco que ha abierto trochas.

Entre tanto, amigo mío, el presidente acosado por los importunos y cotidianos visitantes necesita desatender los asuntos públicos, los pobres asuntos públicos, para escuchar día a día solicitaciones que seguramente le abruman; y los infelices ciudadanos que realmente son acreedores a una audiencia presidencial que les repare de una injusticia o los liberte de un daño, permanecen alejados de la posibilidad de hacerse escuchar porque hay quienes asedian y sitian al mandatario.

El guignol político padece también las consecuencias del veraneo. Los amables marionetes toman baños en las estaciones de moda o se duchan en sus casitas de cartón o se divierten en Huacachina. Mientras, los que somos todavía niños e ingenuos, los extrañamos y sentimos la nostalgia de la tragedia que siempre acaba en sainete y del sainete que nunca acaba en tragedia.....

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 21–II–1916. Los párrafos iniciales aparecen bajo el título de "El verano y otras estaciones", en las *Páginas Literarias*, compiladas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 150–151)

Glosario de las cosas cotidianas

22 de febrero

Yo siento que sería mayor mi devoción por la dulce y cristiana bondad del Evangelio, si al santo precepto de "Amaos los unos a los otros" se juntase otro que dijese así: "Amad a los árboles". No estoy seguro, amigo mío, de que las gentes de esta tierra a quienes tanto seducen tedéums, réquiems, misas de gallo, panegíricos, procesiones, rosarios y todos los múltiples y suntuosos faustos de la liturgia católica, apostólica y romana, tengan la virtud de comprender, sentir y amar las risueñas, mansas y buenas pragmáticas del Evangelio, mas calculo que, en el caso de comprenderlas, sentirlas y amarlas, habría tenido gran eficacia en la orientación espiritual de estas gentes el precepto que lamento no esté escrito. Es cierto también que no influye mucho en ellas la recomendación de Jesús de "Amaos los unos a los otros", porque precisamente viven odiándose, chismeándose, arañándose y maldiciendo las unas de las otras, pero como son hipócritas, astutas, sigilosas y comediantes se fingen humildes y obedientes a tal recomendación. Del mismo modo, si el Evangelio dijera "amad a los árboles", las gentes de esta tierra simularían también tal amor, por mucho que la basteza y grosería espiritual de la mayor parte hiciese cínica e irrisoria la simulación.

Tampoco las leyes, –que están destinadas a perseguir que los hombres sean menos pillos, alevosos, felones, perversos, zafios y bárbaros de lo que son en el fondo– tienen disposiciones eficaces que garanticen repeto y amor a los árboles que son cosas tan respetables y amables. Los hombres que las hicieron no se distinguían por su sentimentalismo y pensaron sin duda en que más pena merecía un abigeato que una tala.

Y es por eso, que aquí somos muy pocos los que de vez en vez tenemos el lirismo de hacer de predicadores en el desierto y loar la belleza, excelsitud y grandeza de los árboles para quienes hay tanta irreverencia y tanto ultrajante desdén. Hace más de un año que sentí una de mis más vehementes indignaciones ante el espectáculo de una tala cruel y estúpida.

JOSE CARLOS MARIATEGUI . La Punta, Callao, 1917. Detalle de una fotografía de grupo.

JOSE CARLOS MARIATEGUI . Lima, 1917. Detalle de una fotografía de grupo.

Y llené hasta dos columnas de este diario exaltando el culto de los árboles e invitando ingenuamente a las gentes a amarlos y defenderlos. Me dijeron entonces casi todos que mi artículo era de un romanticismo infantil. El autor de las talas vino a esta imprenta con la impertinente pretensión de que se la justificase. Y adujo razones de alta trascendencia industrial en defensa de su conducta. Yo quedé en derrota y mis dos columnas de "La Prensa" fueron sólo una sentimental elegía de los pobres árboles derribados.

Después he escrito algunas veces más condenando talas o estigmatizando descuidos. Y han seguido muchas devastaciones y muchos atentados que me han hecho adquirir la convicción de que aquí muy pocos son los que conocen cuánto vale un árbol, mucho menos los que saben reverenciarlo y apenas existen quienes son capaces de sentir lo que él sugiere.

El amigo intonso y vano con quien acabamos de cambiar un saludo en la calle, prefiere seguramente las petulantes palmeras de un parque a los sauces pensativos con los cuales tantas íntimas y plácidas comprensiones hemos tenido usted y yo. El literato arribista que lee todavía a Martínez Sierra y celebra las mordacidades de Emilio Bobadilla, y que dentro de una hora se sentará frente a nosotros en cualquiera confitería elegante, ignora la honda poesía de los tristes robles que cantan los dulces versos de Eguren. El melifluo pintor Franciscovich desconoce probablemente la contemplación mística de solitarios y sombríos árboles que se yerguen como fantasmas en la desolada noche del páramo. El burgués gordo y pagado de su suerte que nos para en el *foyer* de un teatro y nos trata con una confianza que nunca le concedimos, sabe sólo que los árboles son buenos cuando de ellos se puede sacar lúcumas, chirimoyas, plátanos o manzanas. El industrial que tiene cuenta corriente en el banco y fuma puros habanos, ofrecía únicamente la buena cotización que tiene la madera en el mercado. La gran dama maravillosamente elegante y gentil que ha pasado en automóvil hace un rato, conoce apenas que su ropero está hecho de "cedro" y que "el cedro se saca de un árbol". La huachafita que se apresta para los carnavales y muele almidón y pica papeles de cometa, reiría de los líricos fervores de usted y yo ante un ciprés grato y viejo. Anita España, la linda bailarina de los grandes ojos profundos y de los dulces labios pintados, no ha presentido aún los secretos del alma misteriosa de los pinos jóvenes, ni la coquetería cimbreante de las palmas reales. Nuestros sutiles atisbos en estas cosas extrañas y hermosas, suscitarían su hilaridad en la sombra de los bastidores.

Y así ocurre con la mayoría de las gentes que tienen para tan hondas y exquisitas fruiciones espirituales, insolentes sonrisas. Quizá si el lector que en estos momentos lee este epistolario tiene un rictus de sorpresa y desdén ante la banalidad del tema.

Yo, amigo mío, tengo la religión de estas cosas y nunca me sorprenderá usted en apostasía. Hoy he ido al Convento de los Descalzos, en pos de un instante de apacibilidad, calma, misticismo y dulzura. Lo he hallado. El sol que en la ciudad es inclemente, ultrajante, riguroso y despiadado encendía el follaje de una fronda que era mi dosel. Un árbol grande, bueno, amigo, me daba hospitalidad protectora y amante. Y bajo su abrigo me adormía el son de las campanas que jadeaban en la torre mística.....

* * *

23 de febrero

He leído en un periódico de Montevideo que el gran poeta Gabriel D'Annunzio ha sido excomulgado. Y el mismo periódico agrega la acertada observación de que era el único de los atributos de la celebridad que a Gabriel D'Annunzio le faltaba.

Porque D'Annunzio ha sido siempre un maravilloso cultor del gesto. Ha poseído en todo instante un sentido único de la armonía y originalidad de la actitud y ha sido el solo artífice del ritmo de su vida. Esto es admirable.

José Santos Chocano, que nos sorprende y (...[1]) de D'Annunzio su anhelo de "hacer de su vida su mejor obra de arte". Y Gabriel D'Annunzio, es el orfebre de su propia historia. Ególatra majestuoso que rimó antes que nada la exquisita eufonía de su nombre de hoy, sustituto de la pedestre, prosaica y detestable vulgaridad del que constara en su fe de bautismo.

Cuando culminó su gloria literaria, Gabriel D'Annunzio advirtió su resolución de suicidarse, de manera original. No podía alcanzar más excelsitud en la novela, en el verso ni en el drama. No podía superarse. E hizo teatro ante la enorme cantidad de intonsos, fatuos, locos, cuerdos y bárbaros que pueblan el globo. Pero la guerra vino en su auxilio. Y el estupendo artista de la *posse* única se irguió épicamente. Sus cantos tuvieron sonoridades desconocidas y ritmos maravillosos. El pensamiento nuevo y la frase rebelde se crisolizaron en la gloriosa armonía de poemas vibrantes. Y la censura católica, apostólica y romana le condena al Index.

---

(1) Parece que falta por lo menos una línea en la columna del periódico.

Gabriel D'Annunzio habría sufrido inauditamente si hubiera muerto sin que sobre las páginas de su arte profano la iglesia no hubiera escrito esta excomunión...

* * *

Hoy he leído en los diarios que está entre nosotros Santos Dumont. El gran aviador, pontífice de esta religión del espacio, maestro de esta ciencia maravillosa, vive hoy en esta aldea, pasea en nuestros automóviles de punto y en nuestros coches plebeyos y sucios, toma wiskys y helados en el Palais Concert, come en nuestros restaurants, compra flores en el jirón central, lee estas hojas rotativas, recorre el Paseo Colón igual que una huachafita, conversa con el Conde de Lemos y Ladislao Felipe Meza, prueba la mazamorra morada, repudia la chicha de jora, evoca la memoria de Jorge Chávez, se asombra ante Diablo Músico, le compra un cancionero a Pan Frío, duerme en el Hotel Maury, trata a Visconti y hace una serie de cosas vulgarísimas, las mismas que aquí hacemos casi todos con alguna frecuencia. Probablemente visita también la exposición de cuadros del señor Franciscovich.

Infantilmente nos preguntamos algunos si vale la pena llegar a tanta celebridad para vivir uno o dos días en Lima, exactamente como los viviría un torero turista o una tonadillera de paso entre nosotros. Luego me digo que es ingenuo este género de divagaciones y que la vida iguala en estas vulgaridades a Maeterlinck con un agente viajero que vende pañuelos y calcetines de algodón. Es la venganza de la vida contra los genios. Cabe reflexionar si no es una tontería llegar a genio. El Conde de Lemos pensaría que no.

Mirando a este grande hombre, que es chico de estatura, desmedrado de carnes, exiguo de pelos, exhausto de juventud, que camina, suda y respira hoy entre nosotros, viene a la mente toda la evocación de la bizarra y gloriosa época en que visionarios geniales tuvieron el empeño, que entonces pareció loco, de renovar la hazaña de Icaro, pero no con las condiciones de un milagro o de una osadía extrema, sino con las seguridades y normalidades de un hecho sujeto a leyes mecánicas y a principios matemáticos. Gran sorpresa el día que Santos Dumont, el mismo que se pasea hoy por Lima, logró ascender unos pocos metros en un aeroplano incipiente e imperfectísimo. Mayor sorpresa aún el día en que logró el primer recorrido importante y extenso. Más estupenda sorpresa cuando él

y otros precursores de los Pegoud y de los Garrós tuvieron la audacia inverosímil de conquistar el señorío de los aires. Después, ha sido una serie de progresos vertiginosos. La travesía de los Alpes, los maravillosos records de altura, looping the loop, las más inverosímiles acrobacias se han sucedido.

Los hombres que se enamoran del vértigo azul del espacio se cuentan por millares. Asomarse al infinito es ya vulgar. Yo he volado con Figueroa y han sido las de este vuelo unas de las más interesantes sensaciones de mi vida. Las conté a las gentes que leen los periódicos en dos columnas de prosa impresionista, pero no estoy seguro si fijé regularmente en ellas esas sensaciones admirables. Sólo he tenido una sensación más emocionante: la del aplauso.

Y yo amo por eso esta ciencia estupenda, a la cual debo haberme sentido por varios minutos en la ruta de Icaro y haberme sentido acariciado más cerca que otros hombres por el beso milagroso del sol...

* * *

21 de febrero

Hace pocos días le dije a usted, amigo mío, algunas impresiones acerca de la exposición del señor Franciscovich. No tenían la menor pretensión crítica ni ningún dejo académico. Escribí sencillamente, como conviene en este epistolario que no lleva dentro una tribuna desde la cual pretenda yo hablar ex cáthedra. Y le dije tan sólo lo que me parecía a mí el señor Franciscovich, su exposición, sus pinturas, sus coloridos. Si mal no recuerdo le expresé que el señor Franciscovich sabía su oficio.

Como usted comprende amigo mío, todas estas observaciones no envolvían malevolencia alguna contra el señor Franciscovich, de quien creo que personalmente es simpático y agradable. Pero no lo han entendido así algunos escritores y en dos diarios han aparecido artículos en los cuales se refieren a los que "hemos criticado al señor Franciscovich". Los que "hemos criticado al Sr. Franciscovich" somos el Sr. Augusto Aguirre Morales y yo. Y porque ambos con alguna semejanza de conceptos, la que permite la diferencia evidente en la índole de nuestros artículos, dijimos que el señor Franciscovich tenía visible orientación mercantilista, se nos dice que hemos sostenido que el señor Franciscovich no debía vender sus cuadros. Aquí, como usted sabe, para rebatir una opinión hay que desvirtuarla y falsearla. Todos tenemos habilidad de tinterillos, de sofistas y de

mistificadores. Deberíamos servirnos de estas energías en forma más utilitaria y más a tono con la época y hacer del país un enorme establecimiento industrial donde se adulterase el Agua de Kananga y se falsificase la crema Nugget.

Uno de los artículos que contesta nuestras apreciaciones tiene cierta entonación filosófica, cierto dejo paternal, cierta grave y sesuda autoridad, cierto empeño de demostrarle al señor Franciscovich que todos cuantos no le hemos dicho que es un gran pintor o hemos osado discutir su arte somos unos bellacos; y a la verdad leyéndole cualquiera se imagina que al pie de las líneas finales la firma del más excelso crítico es inevitable. "No les haga usted caso, amigo Franciscovich a estos jóvenes engreídos. Ya nuestras opiniones le han consagrado. Váyase tranquilo y ufano". Ni más ni menos. Yo me he reído mucho, amigo mío. Si usted hubiera estado acá nos habríamos reído juntos. Y yo siento que he disfrutado solo, con avaricia, con egoísmo, de un instante de risa y de esparcimiento que también merecía usted, amigo mío.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 25–II–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

26 de febrero

Lea usted la crónica de policía. En ella se cuentan los episodios cotidianos de la vida de las gentes humildes. Son episodios vulgares ínfimos y necios, grotescos muchas veces. Pero se esconde y divulga a veces tras ellos una historia sentimental, un drama inquietante o una arlequinada en la que vibran en un solo sonido la carcajada y el llanto. Los cronistas que las escriben tienen para todo dolor una indiferencia insolente y no saben de sentimentalismos. Son egoístas, y ante un hombre asesinado no les deja ser piadosos y sensibles un segundo siquiera la preocupación de la pista del crimen o los antecedentes del "occiso". En el fondo son, sin duda, buenas gentes como los policías, los médicos, los carceleros y los enterradores.

Hoy las crónicas de policía cuentan un suceso hondamente doloroso y cruel. Dos pobres mozos de hotel se han envenenado. Eran hombres sencillos, vulgares, buenos. Y pues eran buenos, eran también pobres diablos. Quién sabe cuándo vinieron de sus tierras lejanas y rústicas. Quién sabe cuándo disfrazaron su natural zafio y primitivo con el tímido embozo de civilización de los campesinos que empiezan a tratar hombres pulcros y mujeres elegantes. Quién sabe cuántas ambiciones les trajeron a la ciudad grande, tentadora, prosaica, monótona. Quién sabe cuál fué la mala hora en que renegaron de la calma apacible del terruño, de la rústica vianda, del lecho miserable, de la casucha aldeana y obedecieron la tentación de hacerse gentes civilizadas y regalonas. Quién sabe si les sedujo e ilusionó el medio desconocido. Un día, en el hotel frecuentado por aristócratas, turistas, agentes viajeros, damas arrogantes, cómicas de moda, bailarinas y diputados, probaron el "paté" y olvidaron el charqui. Y así gustaron de las pastas melifluas, de las viandas triviales y de los refrescos delectantes. Reconocieron la superioridad del "ice cream soda" sobre la chicha de jora y el huarapo.

Y así vivían, ignorados, modestos, insignificantes. Sus esperanzas de

cada día eran la propina del nuevo huésped o la sonrisa de amor de una maritornes nodriza o fregona. Y tal vez algún día la dama elegante, plácida, voluptuosa que vestía con gasas sutiles, encajes inverosímiles, sedas mímosas o pieles acariciadoras y que ponía en la estancia del hotel el paréntesis luminoso de su paso, dejó en sus almas y en sus carnes una desconocida impresión de malestar y de placer. A hurtadillas palparían la tibieza perfumada del lecho recién abandonado por las carnes tentadoras, mórbidas y lechosas.

Ayer, los burgueses del hotel habían almorzado ya. Los pobres mozos, satisfechos, tranquilos, sé sentaron a reparar fatigas y apetito con un almuerzo en el cual habían cuidado que no faltasen viandas y cosas con que antes se habían regalado los burgueses. Y, asimilados a la costumbre de estas gentes, bebieron cerveza durante su almuerzo. Poco rato después estaban envenenados. Uno de ellos moría. El otro agonizaba.

Pobres gentes. Yo he sentido hondísimas consternaciones ante este episodio doloroso y vulgar. Y he pensado en que acaso no vale la pena renegar del terruño apacible, de la rústica vianda, del lecho miserable, de la casucha aldeana, del "ulluco" indígena y de la chicha de jora para encontrar la intoxicación en un vaso de cerveza rubia y traidora como una mujer. La festiva cerveza que dijo Eca de Queiroz....

* * *

Hoy no he leído sólo la crónica de policía. He leído también las "Notas de Arte" del señor Teófilo Castillo. El señor Teófilo Castillo, como usted sabe, es pintor. Pero le conocemos más artículos que cuadros. Es prolífico y deplorable crítico de arte.

Ascanio, el Conde de Lemos y yo, hablamos con elogio del pintor catalán Roura de Oxandaberro, que tiene indudablemente altísimo temperamento artístico y contra quien guarda venenosa animadversión el señor Teófilo Castillo. Y, como entre nosotros no es posible escribir sobre un tema cualquiera sin zaherir o molestar a quienes mal queremos el señor Teófilo Castillo comienza sus "Notas de Arte" con estas líneas:

"Mientras hay aquí quienes ocupan el tiempo descubriendo genios y portentos a cada paso, hasta en jovenzuelos pintores que caen del extranjero trayendo sus modestos ensayos, haciéndoles todavía el especial homenaje de exhumar para su decoratismo sendas enciclopedias de arte, incluso el viejo recetario decadentista de los primeros tiempos rubendaria-

nos...."

Yo me he quedado estupefacto. Y no he podido menos que copiar este párrafo del señor Castillo para que me diga usted si ha leído algo más vacuo, anodino y necio. ¿A qué llamará el señor Teófilo Castillo el viejo recetario decadentista de los primeros días rubendarianos? Propongo una encuesta.

Luego el señor Castillo dice que mientras estas gentes pierden así el tiempo, él va a revelar los méritos de un artista limeño que seguramente muy pocas de ellas conocen. Y el señor Castillo *revela* enseguida, bajo su palabra de honor, al gran artista Alberto Lynch. Y nos cuenta que ha ganado muchos premios y honores, que es "hors concours" y que gusta para sus cuadros de las siluetas y las escenas aristocráticas. Como usted comprenderá, estas cosas las ignorábamos todos los pobrecitos que aquí esperamos que el señor Castillo nos ilustre de raro en raro, aunque sea en mal estilo y discutible gramática. Ya sabemos que existe un pintor peruano que se llama Alberto Lynch....

Todo esto es singularmente cómico, amigo mío. Hay para reírse horas enteras y para olvidarse de que vivimos en Lima, de que nos rodean almas burguesas y almas coronguinas, de que se ha glorificado al señor Franciscovich, de que ha muerto Rubén Darío y de tantas otras certidumbres. Usted y el amigo que pasa por la esquina podrían decirle al señor Teófilo Castillo que todas las gentes a quienes alude conocen a Lynch y saben de él mucho más de lo que sus "notas de arte" cuentan.

¿Por qué no *revela* también el señor Castillo a Baca Flor? Sería recomendable.

Pero el señor Castillo no puede limitarse a hablar deleznable e insignificantemente del eminente pintor. Tiene también que citar cosas y nombres de literatura y es, sobre todo, entonces cuando hace falta ser pacientísimo y sufrido para no indignarse. Dice, por ejemplo, que Musset y Herrera y Reissig eran de los artistas que necesitan sentir hambre, gemir y apestar. Los incorpora entre los literatos astrosos, mugrientos y mal olientes. Es delicioso, amigo mío. Usted seguramente sabe que Musset era un tipo de bohemio elegante, pulcro y gentil, un romántico buen mozo, bizarro, arrogante, distinguido, afortunado en el amor. Sabe usted también seguramente que Herrera y Reissig era un poeta aristocrático, exquisito, que odió las democracias, la plebe, la multitud y el vulgo. Fue caballero de grande prosapia, limpio abolengo y eminente antepasado. En sus últimos años se encerró en una verdadera torre de marfil, entregado al placer de sus sueños

y su morfina. El señor Teófilo Castillo, omnisciente y árbitro, llama sin embargo, sucios y astrosos a ambos literatos. Más aún, dice que Galdós y Rusiñol son burgueses, faustuosos, sibaritas. ¡Rusiñol sibarita! También sabíamos nosotros que Rusiñol es sólo un bohemio. Un buen bohemio que ama el pueblo, la aventura y la sencillez. Y en cuanto a Galdós, detalles de su vida y de su intimidad son muy conocidos. Nadie ignora que el ilustre viejo tiene que recurrir aún a su pluma para no sufrir la miseria y que no hace mucho se reclamó el óbolo público a su favor. A las exigencias de la vida se debe que Galdós, que es demócrata y humilde, haya escrito, octogenario y caduco, "¸Celia en los infiernos" que es un drama ingenuo, pobre y mediocrísimo.

No escriba el señor Teófilo Castillo. Pinte más bien. Es ya concederle algo.

* * *

27 de febrero

Hoy ha sido alegre, hermoso, jocundo y cálido el día. El sol ha tenido no obstante ciertas discretas templanzas. En la tarde he ido a toros. Recordará usted, amigo mío, que en epístola anterior le dije cómo a mi juicio ir a los toros es ir a embriagarse de sol, color, bullicio, chicha morada, algarabía, emoción y hálito de gente que chilla, jadea, maldice, ríe, suda, bebe pisco y come butifarras. Y que le dije también cómo otrora, –muy poco hace– fui vehemente aficionado a toros, coleccioné "Sol y Sombra", aprendí tauromaquia y escribí revistas. Luego se han atemperado mis entusiasmos adolescentes y hoy los toros me placen con muchas restricciones y tan sólo en ciertos estados de ánimo.

He asistido a la corrida desde un gran palco que me mantenía aislado de las gentes que en los tendidos se apiñan, aplauden y vociferan. Delante de mí estaban las gentiles manolas que prestaron a la fiesta el prestigio de su donaire y de su gracia. Josefina López, la de la silueta gentil, los elocuentes ojos negros, la albura máxima e incomparable. Elvira López, la de los labios únicos y los profundos ojos traviesos e inquietantes. Paquita Molina, la de la belleza exquisita que yo recuerdo haber hallado alguna vez en la más rara y sugestiva ilustración de Penagos. Anita España, la bailarina grácil y armoniosa, de la sonrisa dulce y pícara, los ensoñadores ojos andaluces y la boca breve y bella, donde rima una sinfonía de juventud y de carmín. Todas tenían los rostros majos enmarcados por la blanca

mantilla de encaje. Sólo Anita España se singularizaba con una mantilla negra cuyas mallas y nudos hacían pensar en maravillosos caprichos de arácnidos visionarios.

Y en la plaza toda triunfaba el prestigio de este grupo goyesco y gentil, hacia el cual convergían heliotrópicamente miradas, deseos, sonrisas, vítores, saludos, ensoñaciones, requiebros y brindis de toreros ansiosos de ganar un dulce aplauso de blancas manos enguantadas a cambio de una gallardía, un arrojo o una locura. Gallardía, arrojo o locura que serían quizá un fugaz coloquio con el misterio y la muerte.....

* * *

28 de febrero

Recibo frecuentemente anónimos. Algunos son interesantes; los más, intonsos y necios. Hoy he recibido dos. Uno de ellos me ha intrigado. Lo suscribe Ruth y en él palpita un amable y simpático espíritu femenino. La energía de la letra no atenúa en lo menor la exquisita ingenuidad que tras de cada frase asoma. Yo he escrito para Ruth las siguientes líneas:

"A Ruth:

"He leído con mucho interés su carta. Y la he releído con más interés acaso. Deseo que tenga usted la gentileza de pedir una carta mía en el correo. El Conde de Lemos, de quien me habla usted también, me ha confiado que le ha escrito al correo, respondiendo otra inquietante carta suya. Soy ya su amigo".

Y he guardado con cariño esta amable carta de mujer, que tan poco se parece a los muchos anónimos en que gentes ignoradass me aconsejan, insultan, elogian, zahieren o discuten .....

* * *

¿Cuál poeta de la lengua española ocupará el puesto de Rubén Darío? ¿Se ha hecho usted ya esta pregunta? Es interesante. No se refiere a quién remplazará al admirable nicaragüense en el puesto de primer poeta de la lengua, que tal le creo. Se refiere a quién le reemplazará dentro de su tendencia artística, en su trono dinástico de maravilloso orfebre, de mago de los nuevos ritmos, de artífice delicado y sutil. Quién será el artista que exhiba los atributos de su ciencia glíptica.

Y a la verdad que, a mi juicio, no se encuentra en América, ni en España mucho menos, quién será el sustituto de Rubén Darío. Queda en el espíritu la persuación definitiva de que el gran poeta fue único. Francisco Villaespesa no puede regir el imperio de un arte nuevo ni de originales cánones artísticos. Es primitivo, español y vulgar en la investigación y en el concepto. Sus normas literarias pudieron determinar influencia en mediocres e incipientes orientaciones hace diez años. Hoy no. Juan Ramón Jiménez es sólo un dulce, sincero y delicado lírico que canta sus penas, sus ensueños y sus inquietudes que no son muy complejas ni muy hondas. Antonio y Manuel Machado han puesto marca de chulería, pandereta, mantón de manila, cantar flamenco y majeza española en casi toda su obra. Salvador Rueda es un colorista intuitivo que vive dentro del capullo de sus ficciones un sueño y una embriaguez de gusano de seda. Emilio Carrere, que ostenta uno de los más originales y sugestivos temperamentos, está muy lejos de la tierra de promisión donde dejó sus huellas el liróforo de "Azul".

Si recorremos los nombres y las tendencias de todos los máximos poetas de América entre los cuales hay personalidades más excelsas que las de España, tampoco advertimos al poeta que pueda sustituir a Rubén Darío.

Rubén Darío ha muerto. Y las voces que han dicho su muerte con hondo recogimiento no saben vibrar proclamando la coronación del artífice nuevo. Hay un trono vacante. Y hay una dinastía que acaso principia y concluye en el genial americano, cuyo lírico clarín tuvo la virtud de hacer muchos corifantes, pajes, eunucos y chambelanes, pero no la de hacer un solo príncipe heredero...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 29–II–1916)

Extra–Epistolario

En una hoja que redactan personas empeñadas en encauzar la producción literaria nacional dentro de cánones y orientaciones absurdas y anacrónicas, cuya patente tienen en nuestro país, han aparecido algunas veces elogios o diatribas sobre mi persona y literatura. Los primeros no se debieron nunca a mi súplica ni a mi prosternación. Las segundas no han tenido, a pesar de las características de mi juventud inquieta y ardorosa, la virtud de molestarme o soliviantarme. Y si no fuese necesario esclarecer el valor de ciertos juicios y de ciertas reputaciones, yo no incurriría en este pecado mortal de dedicar unas breves líneas –que traigo a esta sección, la que conviene para responder a una invectiva procaz– a la contestación de los ataques que ayer me dirige nuevamente ese diario y que no me sorprenden. De él salen siempre el ballestazo aleve, la agresión anónima, el grito envidioso, la chirigota grotesca y la murmuración detractora e hipócrita. Y en su edición de ayer, hay desde la frase torpe y soez de Teófilo Castillo hasta el venenoso comentario oficial de la redacción que sale a la defensa de su crítico de arte y de su pintor porque ve bambolearse la reputación que le ha tejido a fuerza de mentiras y convencionalismos, las mismas mentiras y los mismos convencionalismos que aquí sostienen aún en el orden intelectual tantos valores ficticios y tantas notoriedades artificiosas. Y hay también desde la insidiosa crítica de unas que quieren ser observaciones sobre el ambiente literario hasta la frase de censura y de reconvención que se disfrazan con la sonrisa y el piropo de la amistad.

¿Por qué se quiere oponer a cada minuto a mis opiniones y a mis actitudes el atajo de mi poca edad? ¿Por qué se pretende que por no contar los años que cuentan los amigos del pintor Castillo me es inaccesible un acierto? Prefiero no tener esos años, porque teniéndolos tal vez alentarían en mí las mismas tenebrosidades espirituales, las mismas pequeñeces, las mismas amarguras de derrota, los mismos sinsabores de fracaso que en las almas tortuosas producirá el convencimiento de que la gloria y la reputación cosechadas fueron temporales y deleznables. Prefiero ser joven si mis

pocos años me van a preservar como preservan de estas lacerias y de estas llagas. No importa que mi temperamento, mi tendencia, mi pasión me conduzcan alguna vez al extravío. Me enorgullece mi juventud porque es sana y honrada y porque me conserva esta gran virtud de la sinceridad.

Se me acusa de petulancia, de teatralidad y de "pose". Es injusta como todas esta acusación. Hay de cierto sólo que no tengo la hipocresía fácil y arribista de proclamarme modesto. No quiero parecerme a los que mintiendo modestia alientan en el fondo de su alma la más exagerada de las vanidades. Y no busco embozos ni me agradan disfraces. Me descubro como soy, escribo como siento y nunca haré la profanación de mistificar mi emoción espiritual por dar a un artículo, a un cuento o a una poesía, embustero velo de humildad.

Yo no recurro nunca a los estímulos del éter, de la morfina ni del ajenjo. Pero si es cierto que hay quienes recurren a ellos y tienen el valor de no callarlo; es cierto también que otros tienen aficiones a su juicio inconfesables y que no hacen visita diaria a garitos y riñas de gallos. Es el mismo caso de los modestos mentidos y de los orgullosos sinceros. De un lado los falsos moralistas y de otro lado los francos arbitrarios.

Ninguna influencia me ha malogrado. Mi producción literaria desde el día en que siendo un niño escribí el primer artículo ha sido rectilínea y ha vibrado en ella siempre el mismo espíritu. Fue siempre igual. Mi delito ha estado en que no he tenido la debilidad y la cobardía de adular a estos pretendidos árbitros de nuestra literatura, de rendirles mi pleitesía, de llegarme a ellos. Desconozco el espíritu de manada que en ellos es credo y ante los más grandes soles de nuestro mundo intelectual no me aflige la necesidad de sentirme satélite. Soy responsable del pecado, del desacato de no haberme deslumbrado nunca ante estas "pirámides". Un ateo de nuestra literatura que hoy recibe su excomunión y que se enorgullece de ser incluido en un Index que es patente de rebeldía, independencia y orgullo.

¿El pintor Castillo, consagrado? ¿Quién le ha consagrado? ¿El escritor de las chirigotas dominicales con sabor de anticucho y chicha morada? ¿Los talentos académicos que le hacen un halo de admiración? ¡Y fue sobre este pintor consagrado sobre quien Federico Larrañaga, eminente crítico y altísimo temperamento y generoso intelecto, hizo las más mordaces críticas y acerbos comentarios! Lo único que falta es descubrir en el pintor Castillo, que habla de "malas cataduras", la belleza apolínea de un efebo eleusino. Yo tendré siempre la osadía de encontrarle escritor

detestable y pintor insignificante y "partidarista". Y de considerar que es una herejía y una blasfemia proclamarle el único pintor nacional, cuando fuera del país Lynch, Bacaflor y Hernández triunfan y cuando aquí mismo Arias de Solís hace labor fecunda huraño a la alabanza de los simios, y Luza y Eguren Larrea traen auras de novación y manifiestan un joven espíritu, original y sincero.

No me inquietan estas ex–comuniones. No las he buscado tampoco. Contra ninguno de los escritores publicanos he trazado nunca media línea de diatriba. Jamás he puesto en mi arte incipiente pero personalísimo, la promiscuidad de sus tendencias. He hecho vida de aislamiento espiritual y este aislamiento, engreído acaso, ha sido siempre digno. Nunca he rozado los aledaños del feudo literario de los emponzoñados y fracasados defensores del pintor Castillo.

Si hay un grupo venenoso que me detracta y zahiere; hay muchos espíritus nobles, muchos cerebros generosos que me alientan y estimulan, y cuya selección les pone al margen de ser comparados con estos críticos que huelen a bazar, a valor fiduciario y a casa de alquiler.

Amigos míos, espíritus diáfanos que bien me queréis, lectores cultos y comprensivos: ¡Perdón por este paréntesis de prosa ácida y dura en el dulce nirvana de mi literatura sentimental o irónica! Después de trazar estas líneas que responden a invectivas groseras, debo por fuerza lavarme las manos.

JOSE CARLOS MARIATEGUI
(Juan Croniqueur)

(En *La Prensa*: Lima, 2–III–1916. Suscrito con el nombre del autor y, entre paréntesis, "Juan Croniqueur")

Glosario de las cosas cotidianas

Han pasado, amigo mío, tres días que usted y yo detestamos. Tres días en que las gentes se echan agua fría con baldes, globos de jebe, jarros de lata, palanganas y bombillas. Y en que el agua de Kananga y el agua de pila promiscuan en los tubos de estaño de los chisguetes de manufactura nacional. Y en que el yeso cernido, la harina de trigo y los polvos de arroz tienen pródigo dispendio en manos huachafitas y en manos varoniles y atrevidas. Y en que las vejigas hinchadas percuden con sus golpes las paredes, las puertas y los postes y asustan a las viejas y a los niños pequeños. Y en que dominós mugrientos y pierrots plebeyos pasan en victorias deslustradas y sucias. Y en que los cohetes Napoleón de los mataperros hostigan a las gentes tranquilas y son los granos de maíz y frijol sustitutos del *confetti*.

Son deplorables los carnavales de Lima, amigo mío. Las gentes vulgares y tontas y zafias que abundan en esta tierra tienen no sé qué satisfacción grosera en malograrse las ropas, bañarse con agua clara o agua teñida, zambullirse unas a otras en las tinas domésticas que para mejor uso acaso sufren dilatados olvidos, untarse con añil, restregarse polvos ásperos y miserables que ponen una pátina húmeda en los rostros sudorosos, llenarse la cabeza de una virutilla oprobiosa que llaman "polvos de oro", echarse "pica–pica" sigilosa y traicioneramente entre la piel de la espalda y la camiseta, zarandearse, estrujarse, emborracharse de locura, de chicha y de pisco, agredir al vecino oculto y encharcar las calles. Y luego, el miércoles de ceniza, se acicalan, se reparan, se disfrazan hipócritamente, apelan al recurso hogareño de la bencina acre y volátil y de la escobilla y van a dejarse ungir por la ceniza mística y a pedir perdón por sus culpas y deshonestidades.

Dicen las gentes eruditas –yo soy muy ignorante, amigo mío– que los carnavales provienen de otras fiestas que en épocas en que habitaron el mundo hombres que hoy se dice menos cultos y menos civilizados, se

llamaron Saturnales y Bacanales. Yo creo que los nuestros no tienen tal genealogía ni tal prosapia. No es posible que las tengan. Porque en nuestros carnavales no hay nada que sustituya a la Afrodita pagana, ni al barbudo Dionysio, ni a las venustas sacerdotisas, ni a los dulces efebos, ni a los amables tañedores de la shiringa, del pífano y de la lira, ni a los atributos risueños de los pámpanos, ni a los vagos misterios, ni a ninguno de los ritos de toda esa extraña liturgia de voluptuosidad que según tengo noticia caracterizaron las fiestas de otrora. No, amigo mío. Aquí sólo hay mistificación del agua de florida, manufactura mercenaria de globos llenos de agua, aleve baño a los viandantes honestos como usted y como yo, afán de hostigarlos con el ruido de los petardos, de los vejigazos y de las cornetas, abigarramiento de disfraces de alquiler, narices de cartón, bigotes de cerda y antifaces de papel y horteril desenfado de los hombres que se visten de blanco, y salen a la calle con el único y descortés propósito de romper los vidrios del balcón de su muy amada, lo cual es el saludo más grosero y bárbaro que yo me imagino.

Las gentes cultas y limpias no debían salir a las calles en estos días. Y como no es cuerdo que las gentes cultas y limpias estén sujetas a la grosería y al desenfreno de las gentes vulgares y tontas, habría que pensar seriamente en que los carnavales dejasen de ser entre nosotros tres días de parranda democrática en que todos los criollos de esta villa vivimos en una promiscuidad deplorable, nos confundimos, nos enloquecemos y nos embadurnamos.

Si en vez de corso de flores tenemos solamente la trashumante y funambulesca pandilla del "son de los diablos" y los desfiles raudos de carruajes de punto o de carretones que se disfrazan; si en vez de "confetti" tenemos sólo los humildes frijoles; si en vez de las luces de bengala y de las serpentinas, tenemos los cohetes chinos y las vejigas infladas; si en vez de los faranduleros y luminosos bailes de máscaras de otros pueblos, tenemos la orgía canalla de un teatro de barrio; si en vez del champán rubio, prodigamos la chicha de jora; no es fácil encontrar buen gusto, arte, aristocracia, grata placidez, fina alegría en los carnavales de esta aldea grande que, a pesar de todo, queremos tanto usted y yo, amigo mío. Pero ni con quererla tanto, dejamos de tenernos asco, amigo mío, las veces que nos remojaron en una tina, nos macularon con los polvos de yeso, nos despeinaron, nos deshicieron la corbata o, en las calles, nos empapó un globazo mientras la turba abigarrada y vocinglera se reía satisfecha y daba voces que a mí se me antojaban con escalofríos .....

* * *

Ayer ha sido miércoles de ceniza. En la mañana han puesto ceniza en la cabeza de los pecadores. En la tarde, se han excitado nuevamente los ardores de fiesta de las gentes y ha habido holgorio en La Punta y en otros sitios. Han enterrado a Ño Carnavalón. Yo encuentro en esta ceremonia grotesca, jocunda, alborozada, del entierro de un muñeco pintarrajeado, todo el símbolo de nuestra vida trágico–cómica y vulgar. Lo mismo que a este muñeco que es para nosotros un Momo de trapo, criollo, necio, feo y sucio, un Momo sin pámpanos, sin vino, sin cortejo pagano, que preside tres días de pregones, chubascos, costalazos y bulla prosaica, lo mismo, amigo mío, exhumamos hoy un fetiche y lo enterramos mañana. Y es por eso preferible y es por eso señal de selección y de aristocracia espiritual en este medio ser ególatra orgulloso. Después de todo, más fácil y conveniente es quedarse en idólatra.....

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 9–III–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

Perdida entre noticias vulgares y tontas –una nueva patente industrial, un choque en la línea del urbano, un nombramiento de preceptora de escuela mística, un robo de ropa interior, una fechoría del bandolerismo trashumante y canalla de las provincias–, ha publicado este diario, hace pocos días, la del gesto de un gran poeta. Es este gran poeta, Amado Nervo –por común coincidencia paisano del zambo foragido Pancho Villa, del inca y prócer Montezuma, del exquisito cantor Gutiérrez Nájera, del insigne felón Victoriano Huerta, de la mestiza actriz Virginia Fábregas y de la funámbula bailarina y tocadora de marimba Neli Bell, que hace poco tiempo nos visitara–, y es este último gesto suyo el que se compendia en las pocas líneas de una carta en que rehúye aceptar la pensión que las cortes españolas le habían otorgado como un auxilio y como un homenaje.

Por culpa de todas las hordas de gentes famélicas, sanguinarias, pillastres y bárbaras que en México mantienen el duro tributo de una convulsión interminable, Amado Nervo sufre en Madrid las asechanzas de la pobreza. Y como en España a pesar de que aún las corridas de toros tienen sobre todas las cosas el imperio de su señorío, se piensa y se siente aún con ancestrales romanticismos y como en España se cree todavía que un poeta vale más que un financista, aunque siempre menos que un torero fenómeno, hubo en el parlamento de esa tierra, madre nuestra, la idea y el acuerdo de ofrecer a quien es tan grande lírico, una pensión que lo librase de la miseria, mientras las circunstancias de su país le tuviesen privado de su puesto diplomático.

Yo me pregunto si este místico y dulce poeta, que canta a la hermana agua y por amor de la hermana agua hace la loa de la bruma, de la nube, de la lluvia, del arroyo, de la ola y de la cascada, si este místico y manso poeta que cree en Dios y llora con Tomás Kempis, si este místico y manso poeta que rima el elogio de la llave evocadora, del rizo de la amada y del cofre que guardó el rizo y la cinta que lo anudó, si este místico y manso poeta que ha rechazado orgulloso el auxilio, lo ha hecho por sincero lirismo o por arrogante tentralidad. Porque así son locos los poetas, y así la seducción de un gesto bizarro, de una arrogancia romántica puede influen-

ciarles a tal punto que les haga condenarse a morir de hambre o a cualquier otra cosa semejante. Son personas que por lo regular tienen el buen sentido de optar, entre una plaza de abastos y un parque, por el parque y, entre una chácara de leguminosas y un macizo de claveles, por el macizo.

Y la actitud de la cámara española nos dice, amigo mío, cómo aún hacen las almas y los gobiernos genuflexiones corteses ante la gloria de los poetas, que tan definitiva trascendencia han tenido en los progresos de la humanidad. Porque yo pienso que los poetas han marcado todos los derroteros de la ciencia. Ellos hicieron al céfiro portador de sus mensajes, mucho antes que el señor Guillermo Marconi tomara en serio las ondas hertzianas; ellos escalaron las nubes y se embriagaron de infinito mucho antes de que un globo incipiente y ruin intentara el primer vuelo y mucho antes de que Santos Dumont ensayara el aeroplano; ellos presintieron siempre todas las cosas que después hombres más detallistas y trabajadores trasportaron a la realidad, para que todos los zafios y necios, que ni soñaron, ni presintieron como los poetas ni aplicaron y utilizaron como los sabios, se sirviesen y disfrutasen de ellas y pudiesen emplear el inalambrama para un negocio o una especulación, viajar en aeroplano, salvar grandes distancias en automóvil, escribir en máquina, subir a su quinto piso en ascensor, oír a Caruso en gramófono y ver a Zacconi en el cinematógrafo. No sé si las historias tendrán la injusticia de otorgar más consideración al avieso Jerjes que al épico Homero, al agresivo Alcibíades que al dulce Anacreonte, al deshonesto Nabucodonosor que al simbólico Valmiki, a la frágil reina Cleopatra que a la selecta Safo, cultora de una filosofía y de un vicio, al bruto Atila que al sonoro Virgilio, a Napoleón tercero que a Víctor Hugo, al presidente Estrada Cabrera que a Rubén Darío. Porque después de todo, esto sería muy posible.....

* * *

Desconfíe usted de su criado. Desconfíe el vecino. Desconfíe yo. Desconfiemos todos. Hay cholos precoces que vienen a poner en la existencia vulgarmente azarosa e insípidamente tranquila de esta tierra, la nota trágica, hecha amenaza y hecha traición de una comba, de un trozo de cuarzo, de un estilete antiguo y enfermo de orín o de un cuchillo de cocina. Comba, cuarzo, estilete o cuchillo que pueden servir igualmente para suprimirnos esta preciada y lamentable cosa que es la vida y encararnos insólitamente con la muerte y el misterio. Tras un aspecto de coronguino dócil puede esconderse un alma alevosa y audaz. Y el acero labrado y

mellado que compramos en un almacén de antigüedades para adornar nuestro escritorio, puede servir para que nos hieran a la hora en que entramos a nuestra alcoba, de puntillas o con estrépito, a la hora en que nos recogemos del honesto esparcimiento de una función de teatro, una tertulia familiar, una sesión de chismografía en torno de una mesita del Palais Concert, o una cena dignificada por la templanza.

No estamos acostumbrados, por fortuna, a estos casos de criminalidad precoz y bárbara. Nuestra condición de criollos bromistas, de tropicales perezosos, de híbridos domados, nos tiene exentos de toda violenta manifestación de fiereza. Somos más aptos para la risa que para la tragedia. En nosotros el rictus de cólera da paso enseguida al gesto afable y al disfraz de la mueca risueña. Si nos condenasen a ser forzosamente homicidas, aceptaríamos tal vez ser envenenadores. Y si no somos muy capaces de amar perdurablemente a nadie, somos seguramente incapaces de aborrecer. El odio es virtud que no se muestra accesible a nuestra mansedumbre. Y para sosiego de nuestra vida timorata los casos de crueldad son entre nosotros muy aislados, muy esporádicos, muy distantes.

Y repare usted, amigo mío, en que cuando se presentan estos casos, inspirados por un rencor intenso o por una pasión violenta y consumados con barbarie, los producen siempre indígenas, gentes que no han tenido influencias de extraña sangre y que exhiben una genealogía libre de hibridismos.

Hoy este delincuente precoz, que es Alejandrino Montes, suscita las más vehementes investigaciones. Los cronistas cuentan que es humilde, bellaco y manso en apariencia. Hablan de su sangre fría y de su cinismo. Los repórteres fotográficos lo retratan. El juez del crimen y el intendente lo interrogan. Los exaltados pretenden lincharlo. Los alienistas lo observan. Este cholo criminal y avieso acabará por sentirse un hombre público.....

* * *

Estamos en plena santa cuaresma. Los teatros se han cerrado en apariencia como por un homenaje a la piedad cristiana, pero en realidad por razones económicas. Y las mujeres limeñas, bellas, versátiles, amables y coquetas, mujeres que guardan en el devocionario místico un mensaje de amor, un retrato, una promesa, van los jueves a oír el sermón de feria y van los viernes a ver a la Bertini en el cinema. Y dejan la placidez de la misa madrugadora para buscar el seductor encanto del balneario, donde el flirt

está en la playa, en el muelle, en el malecón, en el paradero, en las olas y en todas las cosas. Aquí somos eclécticos, hombres y mujeres, amigo mío.

Yo encuentro singularmente simpáticos estos días. Son seguramente más distinguidos que los de las fiestas julias, que ponen en todas partes nota de cadencia, de vivandera, de cancionero y de matraca; más aristocráticos que los de año nuevo, en que las gentes se visten de nuevo y compran las ediciones en colores de los diarios; más cultos que los de carnavales en que nos encanalla el juego –chubasco y fricción– con agua de caño, yeso cernido, papel picado y perfume plebeyo; más discretos y sugerentes que otros muchos días ordinarios. Yo creo que hay en ellos aroma de sahumerio, arrullo de plegaria, armonías de órgano, clamores de campanario. Y que una onda de beato recogimiento, –convencional y periódico acaso– pasa por las cosas, las calles y las almas.....

* * *

Hace ya mucho tiempo que este caudillo zafio y brutal que es Pancho Villa viene interesándonos. Demasiado tiempo para que un Pancho Villa se permita interesar a las gentes. Así deben haber pensado los norteamericanos, que en otros tiempos alentaron, estimularon y acicatearon las nacientes audacias de este jaguar zambo. Sólo que los norteamericanos han reparado en que es ya mucho consentir a Pancho Villa, cuando las garras del jaguar han comenzado a lastimarlos y herirlos.

Por mucho que José Santos Chocano haya hecho el elogio de este revolucionario feroz; por mucho que la loa de un poeta valga más como sinceridad y como concepto más que cualquiera otra loa, que todas las loas son interesadas; por mucho que no sea dable pensar que nuestro genial poeta haya hecho de turiferario de un mulato vulgar e impávido; no es posible dejar de convenir que la epopeya de Pancho Villa tiene mucho de epopeya de Diego Corrientes y nada de epopeya de Juárez Celman.

Un día de estos concluirá vulgarmente. Los yanquis le cazarán como a un búfalo salvaje. Los rotativos publicarán una biografía, donde se cuenten todas sus bizarrías, todas sus deshonestidades, todas sus audacias y todas sus felonías, y un retrato suyo en el cual esté galvanizada su sonrisa felina. Y apenas si valdrá la pena pensar que Villa ha sido sólo un africano transplantado a tierras aztecas, que si no hubiera nacido en ellas, probablemente habría comandado en el Riff una harka bandolera y cruel.....

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 17–III–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

23 de marzo

Esta historia la he sacado de la crónica de policía. Es insignificante y vulgar, pero sentida y honda. Leedla:

Jun-San tenía ochentaicuatro años. Ochentaicuatro años durante los cuales Jun-San había sufrido hambre, romanticismo, amor, sed, desnudez, tristeza, abulia, infelicidad, duelo, cansancio y placer, había fumado opio, había recolectado colillas, había hurtado con sigilo cosas triviales, había maldecido y blasfemado, había rezado, había creído, había dudado, había oído hablar de Budha, de Confucio, de Cipriano Castro y de la bailarina Antonia Mercé, había jugado pacapiú y suerte china, había viajado y había sido feliz dos o tres minutos en su vida. Una existencia octogenaria, vulgar, monótona, nirvanesca, sucia, abandonada y viciosa como la de cualquier otro coolí ramplón y miserable. Hace muchos años Jun-San dejó su país, donde injusticias o caprichos del destino impidieron que fuera mandarín, feudatario, sacerdote, filósofo o soldado. Y vino al Perú, perdida ya la fe de llegar a ser aquí cualquiera de esas cosas, pero con la esperanza honesta de llegar a ser en cambio dueño de una encomendería, empleado de casa de juego, lavandero, cocinero o sirviente de trapiche. Yo no sé si en esta tierra tuvo algún desencanto. Yo no sé si encontró más razonable creer en Confucio que someterse a la Santa Iglesia Católica. Ni si estableció comparaciones entre Yuan Shi Kay y alguno de nuestros hombres públicos. Ni siquiera si llegó a establecer diferencias y órdenes jerárquicos entre el discretísimo petate y la bulliciosa estera. Sé apenas que limpió chimeneas, barrió calzadas, laboró en los campos, sirvió en un mostrador, portó canastas y vendió frutas y hortalizas, que fue bueno, manso, taciturno, indiferente, callado y triste. Acaso misógino y también filósofo. No sabía leer ni escribir y era parco y discreto en el hablar. Mientras conservó juventud y vigor no le faltaron afectos y una que otra simpatía interesada. Se le utilizó y pagó con gusto. Pero vino la vejez, la caducidad y el ocaso y culminaron todas las miserias del coolí. En la chácara era apenas un

objeto sucio, vil, insignificante, a quien se podía dispensar el mismo interés compasivo que al ruin y famélico gato que maullaba en las noches, que al perro decrépito y ciego nostálgico aún de las hazañas de la traílla, que al asno enfermo y triste, abrumado por las fatigas y encallecido por los palos. Jun–San tenía la misma importancia de la piedra musgosa que desviaba el agua en el camellón, la misma importancia de la cuña que sujetaba la puerta de un rancho contra los forcejeos del viento, la misma importancia de la vieja escoba que prestaba sus servicios convencionales en la carbonera. Un día se sintió aburrido, melancólico, enfermo. Estaba tendido sobre la misma orilla que amparara muchas veces sus siestas. Le arrullaba piadosamente el rumor del agua clara del riachuelo que tantas veces meció sus dulces y orientales sueños de opiático. A lo lejos los bueyes pagaban filosófica y resignadamente su tributo al trabajo, el arado fulgente infligía a la tierra desgarramientos fecundos, los peones acezaban y urgían a las bestias por gusto de sentirse señores y amos, una moza enjugaba los morros de un rapaz llorón, una vieja aventaba granos a las gallinas. Jun–San pensó que sobraba y resolvió suicidarse. Y se dejó caer al agua rumorosa, cuyo arrullo fue tal vez en sus siestas la voz falaz de la muerte que lo enamoraba. Jun–San se entregó a ella. Y la muerte quedó contenta de su conquista y las aguas celestinas se llevaron el cuerpo enjuto, miserable y mugriento de Jun–San.

Más tarde peones, mozas, viejos, guardias rurales, perros husmeadores y asnos cargados veían el cadáver de Jun–San sobre una orilla. Uno dijo: –Se habrá suicidado. Pero todos protestaron. Jun–San era tan infeliz que no podía suicidarse siquiera. Y el más autorizado habló así: –Se habrá caído al agua. ¡Pobre chino! Fué todo el responso fúnebre de Jun–San.

Esta historia, como dije al comenzar, la he sacado de la crónica de policía. Es insignificante y vulgar, pero sentida y honda.

* * *

Yo no sé si usted guarda buen recuerdo de ello, amigo mío. Pero fue hace dos o tres años cuando interrumpió la monotonía de nuestras horas un individuo que deshonestamente se apodaba la Princesa de Borbón. Las gentes que lo trataron cuentan que tenía profundos, dulces, grandes y desmayados los ojos, pecadores y breves los labios, aristocráticas las manos, menudos los pies, coquetona la sonrisa, zalamero el gesto, suave la voz y elegante y parsimonioso el andar.

Este hombre fue un cultor de la farsa. Tuvo tal vez arraigado concepto de que la vida es una comedia, como aún se repite con cursilería inevitable. Y se dedicó por entero a hacer de cada día de su existencia el episodio de una nueva bufonada, en la que había risa, deseo, hurto, ridículo, engaño. Mentíase mujer elegante y bonita y como los hombres tendrán por todos los siglos el culto de una boca roja, de un ritmo sensual, de un manguito voluptuoso y de una toilette bella, lo seguían gomosos viejos verdes, petimetres y aventureros. Y la Princesa de Borbón los dejaba llegar hasta él, consentía sus requiebros y los estafaba finalmente. Cultivaba con suerte su deporte. Con tanta suerte que mucho antes de que los años amenguasen su belleza, antes de que las arrugas maculasen su rostro, cuando era aún fresca su boca, joven su carne, brillante y acariciadora su mirada, en pleno apogeo de su farsa, un enamorado que sintió toda la crueldad del ridículo, lo ha muerto de un balazo. La comedia jocunda ha tenido un final trágico. Yo pienso que tal vez la Princesa de Borbón, herido de muerte, en su último minuto de vida, tendría el solo pensamiento de que el rictus de agonía le desfiguraba el semblante y mancillaba la armonía de sus labios teñidos de carmín.....

* * *

El joven pintor Darío Eguren Larrea acaba de inaugurar una exposición de pintura. Y como Eguren Larrea es peruano su exposición reviste evidentemente los caracteres de un acontecimiento artístico nacional.

Yo he observado con mucho cariño y atención la obra de Eguren Larrea y podría apuntar sobre ella múltiples impresiones demasiado subjetivas, pero que tendrían el valor de una infinita sinceridad, de una discreta comprensión y de cierta sutileza. Pero no lo hago hoy porque seguramente estas impresiones tendrían algún interés sólo para Eguren Larrea, para usted, amigo mío, para mí y tal vez para algunos espíritus pacientemente buenos y generosos. Por eso voy a ser muy breve para decir algo de lo que me parecen Eguren Larrea y sus cuadros, con toda la sencillez de quien jamás habló de arte con arrogancias críticas, ni pretensiones académicas, ni gestos de suficiencia y se limitó a decir sus personalísimos conceptos y honradas interpretaciones.

Eguren Larrea es, a mi juicio, un artista elegante. Las tendencias actuales en que predominan exquisitez, snobismo, aristocracia, le influyen y seducen. Y como su temperamento es rico, sutil y vasto, se amolda

triunfantemente dentro de nuevos rumbos marcados por infatigables buscadores de originalidad en el color, en la línea y en la sensación.

Hay en estas orientaciones primerizas de su personalidad tanto carácter, tanto vigor y tanto arraigo, que es posible decir que Eguren Larrea sigue ya una ruta definida y que no lo distraerán en su carrera nuevos tanteos ni nuevas inquietudes. Yo lo creo hombre robusto de voluntad, pródigo de energía que "se ha encontrado ya" dentro del arte. No es el suyo el espíritu versátil, tornadizo e incierto de tantos otros artistas que cada día se enamoran de una tendencia nueva, de un rumbo distinto. Eguren Larrea, por ejemplo, y a juzgar por los sellos de su obra presente, no sentirá nunca el arte criollo, cuando el arte criollo es plebeyo, democrático y republicano. Acaso lo entenderá cuando tiene gentileza virreinal, aristocracia de pelucas rizadas, de golas austeras, de abanicos de encaje y de faldas que envuelven los pies de raso en su ornato complicado, vaporoso y armónico de sedas y encajes, con la misma profusión de ritmos y colores con que las flores envuelven sus pistilos en el ornato fragante de sus corolas.

Eguren Larrea es un exegeta de las siluetas gentiles, de las cabezas de las mujeres mundanas, de aquellas cabezas que os dicen con los ojos, con el rictus y con la sonrisa cómo saben sus dueñas de la fruición voluptuosa de las pieles australes, de la caricia de las sedas leves, del regalado y mullido interior de los automóviles lujosos, de abandonos sibaríticos y de refinamientos suntuosos. En sus retratos de mujer los labios tienen misterios sensuales y la carne es fresca, incitante y suave y posee la coquetería fresca del carmín que en el tocador las manos finas y expertas extendieron y difuminaron. Los ojos son siempre profundos, luminosos y hondos y hablan de almas complejas y de temperamentos sutiles. Hay en ellos una castidad perfumada de pecado mortal y una honda perversidad de candor y misticismo.

Pero no porque Eguren Larrea prefiera para su estudio y para sus cuadros la gracia de los ritmos elegantes, es posible creer que sea un artista trivial, epidérmico y frívolo. Es un artista que piensa, que siente. Mirando algunas de sus fantasías y de sus paisajes se halla el más exquisito y cierto valor de sugerencia. Es el elogio máximo que se puede hacer de ellos. Y así se olvida el observador de que los colores son convencionales a veces, de que hay rebuscamiento otras, de que hay acaso demasiado snobismo, de que las líneas juegan a ratos dentro de una gama caprichosa y absurda, para pensar en que el cuadro apresa un instante lleno de sentimiento, de poesía y también de misterio. Por ejemplo, quien se haya detenido ante los

"Nocturnos" de Eguren Larrea –que seguramente ha sentido toda la vibrante e infinita delicadeza de ese formidable poeta que fue José Asunción Silva–, no podrá decir que esas sombras se curvan únicamente en homenaje a una necesidad o a un capricho de armonía y no sabrá pensar que en el fondo de tan admirables poemas de color y de ritmo hay mucho de pirotecnia y de truc, porque sentirá toda la tristeza del jardín evocador en el cual se enlazan las almas, confidencian las sombras, y tienen un coloquio dulcísimo los amantes, porque sentirá el encanto de una luna redonda y austral que está toda luminosa y desnuda y tiene una coloración trágica en sus matices, porque sentirá rumor discreto de frondas que se arrullan, porque sentirá en fin que también el color puede decir aunque menos elocuente y dignamente toda la poesía que sabe apresar la palabra.

Yo admiro mucho entre los cuadros de Eguren Larrea uno que se titula Reino Interior. En él no hay sombras, no hay amantes, no hay confidencias. Hay únicamente soledad y desierto. Y sin embargo, hay también vida, palpitación, sonido. Y admiro tanto este cuadro que no pienso en que Eguren lo complementa con otro que intitula "La Meta" y en el cual, porque desfallece y desmaya el sentimiento simbolista –¡oh los escollos del simbolismo!– surge el truc y la nota del mármol mortuorio y de la cruz han sido precisas al artista para dar la sensación de la meta misteriosa donde todo acaba.

Eguren Larrea tiene sin duda un admirable sentido artístico como colorista. Maneja sus colores como un poeta maneja sus ritmos favoritos e interpreta con ellos almas, cosas y paisajes en los cuales cada matiz tiene latido y cada sombra tiene sonoridad.

Y me merece entre otras cosas gran cariño este pintor y estos cuadros, porque sé por ellos que él ama la noche y la noche es mi bien amada, dulce, buena, compasiva, discreta, misericordiosa, inspiradora y fragante.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 25–III–1916. Los párrafos dedicados a la obra pictórica de Dario Eguren Larrea han sido reproducidos por Edmundo Cornejo Ubillús en las *Páginas Literarias* (Lima, 1985), pp. 146–148)

Glosario de las cosas cotidianas

Yo pienso que en este momento estamos frente a frente. Una mesita del Palais Concert nos separa. Sobre su mármol nos acodamos ambos. Delante de usted está un "ice cream soda" con su cañita. Delante de mí está un "suissé" aromoso. La orquesta toca un "two step". Calla luego. En una mesa cercana un hombre gordo bebe cerveza. Y en la siguiente dos damas elegantes toman helados y biscotelas. Pasa un mozo con una bandeja y una florista gruesa y pequeña nos ofrece claveles encarnados. La miramos para decirle que no nos gustan los claveles encarnados. Y la mujer nos deja para ofrecérselos al hombre gordo que bebe cerveza y que le compra el más grande.

Dice usted:

–Los claveles son flores hechas para adornar cabelleras de mujeres morenas.

Yo asiento:

–Los claveles son flores hechas para adornar cabelleras de mujeres morenas.

Y usted diluye en una pontifical y unciosa divagación sus ideas sobre los claveles encarnados. Mientras tanto, la mujer que los vende ha colocado ya tres en las solapas de tres personas que no piensan lo mismo que nosotros. Y usted y yo hemos bebido tres sorbitos de nuestros respectivos "ice cream soda" y "suissé".

Nos aburrimos. Querríamos estar locuaces y desenvolver extraños conceptos y originales teorías. Pero callamos.

Usted torna a hablar:

–A ese cholito Alejandrino Montes, felón y cruel, las gentes quieren que se le fusile.

Yo asiento.

Y usted me interroga:

–¿Y usted sabe por qué las gentes quieren que se le fusile?

Yo hablo así:

–No sé.

Y usted:

–Las gentes quieren que se le fusile para ir a ver cómo es un fusilamiento.

Yo abro una boca estupefacta.

Y usted insiste:

–Así es. Las gentes de esta tierra no hemos visto nunca un fusilamiento. Tampoco hemos visto un linchamiento. Pero para ver un linchamiento tendríamos que cometerlo y esto nos daría trabajo. Además adquiriríamos responsabilidades y podrían seguirnos juicio. No sería, pues, cómodo.

Usted bebe otros tres sorbitos. Luego prosigue:

–El espectáculo de un linchamiento sería también desordenado y sorpresivo. No podría asistirse a él con tranquilidad y situándose desde temprano en buen sitio. El espectáculo de un fusilamiento sería distinto. Las fuerzas públicas garantizarían el orden y podría el espectador presenciarlo cómodamente. ¿No cree usted lo mismo?

–Sí.

–¿Sabe usted ya por qué las gentes quieren que se fusile a Alejandrino Montes?

–Ya sé.

Y usted calla nuevamente. La orquesta toca un vals vienés. El hombre de la cerveza llama al mozo. Tres dandys entran sonando sus bastones y se sientan en torno de una mesa redonda. Y piden "cocktails". Un muchacho nos ofrece crisantemos y usted y yo compramos uno. Y los ponemos usted junto a su vaso de "ice cream soda" y yo junto a mi vaso de "suissé".

Vuelve a sonar la voz de usted, unciosa y confidencial:

–A los cholitos sirvientes les están echando a la calle sus patrones.

Y mi voz se despereza para responderla:

–Así es.

–En cada cholito ven un Alejandrino Montes, avieso y felón.

–Así es.

–Y en cada cholita ven una Fabiana Montes, cómplice y solapada.

–Así es.

La orquesta calla y hay un silencio respetuoso para que usted continúe.

–Y una nerviosidad pueril de las gentes condena al hambre a los pobres cholitos domésticos.

–Así es.

–Escuche usted esta historia que yo he inventado. Escúchela con

atención, amigo mío.

Usted y yo bebemos de prisa. Luego usted habla:

–Estos son dos esposos. Y estos dos esposos son dos burgueses que van los sábados al teatro, que reciben los viernes, que pasan los domingos en el campo y que se bañan en el Callao, en los baños de "La Salud". La esposa tiene veintiocho años, es agraciada, se confiesa, oye misa y lee las novelas de Ricardo León desde que su matrimonio le permitió como un progreso en su cultura olvidar las novelas de Luis de Val. Es nerviosa y tuvo antes de casarse largos amoríos románticos. Hace cuatro años que se casó y hace dos que la idea de una infidelidad de su esposo, cuya castidad es completamente insospechable, la hizo desmayarse auténticamente. Es buena ama de casa y le place la cría de gallinas y el pirograbado, dos cosas que ella concilia admirablemente. El esposo es empleado de una casa inglesa del alto comercio. Tiene treinta y dos años, gana doscientos soles mensuales, admira a sus austeros jefes ingleses, usa pantalones holgados, lee a Samuel Smiles, guarda mensualmente diez soles en la Caja de Ahorros, está suscrito a "La Ilustración Artística", juega rocambor en las veladas íntimas y gusta de las corridas de toros y de las riñas de gallos. Son ambos personas honestísimas, sanas de cuerpo, diáfanas y sencillas de alma, que tienen para sus cuarenta años la perspectiva de una obesidad razonable y discreta y para su presente la cristiana aspiración de un hijo. Los sirven una cocinera y un cholito de 12 años. Este cholito fue hace cuatro años un obsequio para el matrimonio. La esposa recién casada tuvo para él ternuras maternales y peinó con sus manitas diestras y ágiles la cabeza hirsuta del cholito que la miraba con ojos de animal doméstico y agradecido. Vino el crimen de Alejandrino Montes y el descubrimiento de la verdad del drama folletinesco. El esposo leyó los ínfimos detalles de todos los diarios. La esposa se puso nerviosísima. Y esa noche cerró con llave el cuarto en que dormía el cholito. Y durmió inquieta pensando que en cualquier momentose abriría violentamente la puerta y el cholito saldría de puntillas, con el cuchillo de cocina en la mano y la mano del almirez en la otra, a asesinar a sus amos. A la mañana siguiente la esposa tenía en el rostro huellas de desvelo y de pesadilla. Y dijo a su esposo que en la noche había visto luz en el cuarto del cholito y había sentido sus esfuerzos por abrir la puerta cerrada. El esposo no hizo mucho caso de lo que ella decía, y se fue a su trabajo. Siguieron dos días. Y con ellos los reportajes, las declaraciones, la reconstrucción del crimen, el examen científico. La señora estuvo a punto de morirse de miedo. Rezaba el rosario en las noches y tenía completamen-

te olvidados a Ricardo León y a "La Ilustración Artística". Y miraba al cholito asustada. Hubo un momento en que el cholito fregaba bulliciosamente la luciente hoja de un cuchillo de cocina sobre una piedra de afilar. La señora le gritó alarmadísima: "¡Martín, deja ese cuchillo! ¡Ya este muchacho se ha puesto como nunca!" Y cuando llegó su esposo le dijo que era imprescindible e impostergable despedir a Martín. Si no se le despidiese, no podría ella vivir tranquila. Estaba segura de que cualquier día en que él y la cocinera hubiesen salido, la asesinaría. Y Martín fue despedido. El cholito al marcharse miró con una cara muy apenada a sus patrones. La señora juró que su mirada había sido idéntica a la que Alejandrino Montes tenía en los retratos. Esa noche el cholito durmió bajo una banca de la Plazuela de Guadalupe. La señora en cambio dejó de desvelarse y olvidó las pesadillas.

Usted ha callado. Un mozo se lleva nuestros vasos vacíos. Yo pongo alternativamente mi mirada en mi crisantemo y en los ojos de usted unciosos y confidenciales como su voz. Y no digo una palabra. La orquesta inicia un "kake walk" alegre y jocoso. Los dandys de la mesa redonda ríen estruendosamente un chiste obsceno. El hombre de la cerveza pide la tercera media botella. La florista gruesa y pequeña ha vendido ya siete claveles encarnados y tres claveles rosados. Llegan de fuera voces de automóviles de lujo, gritos de muchachos que pregonan los diarios de la tarde y chasquidos de latigazos inmisericordes sobre ancas flacas de caballos de tiro.

Los dos golpeamos el mármol de la mesa con nuestros crisantemos y como estas flores son tan divinamente inútiles que no nos sirven, damos una palmada para llamar al mozo y para decirle usted:

–¡Un "whisky sour!

Y yo:

–¡Otro "suissé!"

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 11–IV–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

20 de abril

Son las 9 p.m., amigo mío. El jueves santo ha terminado ya. Queda sólo una noche incolora, triste y anodina que será también una noche larga, muy larga. Las gentes fervorosas pensarán contritamente en Dios y dirán, hinojadas, las oraciones de sus breviarios. Otras irán a los cinemas donde una película en colores contará la vida, pasión y muerte de Jesús. Otras se aburrirán. Otras meditarán. Otras bostezarán. Otras tendrán un desdén blasfemo para la conmemoración del día santo. Yo escribo.

Esta mañana ha habido ambiente de alegría y festividad en las calles. Las tropas formaron. Las bandas militares dijeron sones solemnes. Gentes endomingadas se apiñaron en las esquinas de la Plaza de Armas, en las bocacalles, por mirar los desfiles. Y todos los templos abrieron de par en par sus puertas y recogieron en su concavidad sonora la marcialidad de los toques guerreros.

Luego un sol despiadado, inclemente, vigoroso, adormeció la ciudad y puso una tregua de silencio en su animación de día feriado.

Más tarde, a la hora en que el calor se había atemperado, a la hora del "five o'clock tea" y de las tandas vermouth, la romería de las gentes devotas llenó los templos incesantemente. Las mujeres llevaban mantillas negras. Y enmarcados por las mantillas negras, los rostros pálidos tenían un encanto místico y una dulce sugerencia.

La peregrinación era presurosa, febril, vehemente. Los peregrinos –mujeres bonitas, viejas beatas, hombres con chistera y levita, burgueses gordos, asociados de la Unión Católica de Caballeros, asociados de la Juventud Católica–, marchaban de prisa para visitar el mayor número posible de "monumentos" antes de que los templos se cerrasen. E iban de San Francisco a San Pedro, de San Pedro a La Merced, de la Merced a San Agustín, de San Agustín a Santo Domingo, de Santo Domingo al Sagrario.

Yo he entrado a un templo. En su interior el humo y las cortinas moradas ponían una penumbra que a la entrada fingía una obscuridad desorientadora. Había un gran flujo y reflujo en todas las naves. A pocos pasos de la

puerta un Cristo exangüe y triste pedía limosnas y oraciones. Para las limosnas tenía una alcancía de metal. Los chicos y las viejas particularmente dejaban caer una moneda dentro de la alcancía de latón y un sonido agudo de metal repercutía en el templo. Después besaban los cordones que pendían del cuello del Cristo y rezaban.

En la nave izquierda estaba el monumento. Una gradería llena de plantas artificiales y de bombillas eléctricas. En lo alto unos cortinajes. En el centro un tabernáculo. Sobre el tabernáculo un oriflama de seda blanca. En el oriflama estaba bordado el Cordero Pascual. Cien personas prosternadas ante el "monumento" oraban rápidamente. Oraban breves minutos, se alzaban con unción y se iban. Y otras ocupaban sus sitios, se prosternaban y oraban. "Sea infinitamente alabado". La oración era breve, contrita, ferviente, rendida, devota.

Yo he salido del templo lentamente. Y la oración breve, contrita, ferviente, rendida, devota, me ha acompañado hasta la puerta. "Sea infinitamente alabado".

Después, estas calles en que convergen y se encuentran todas las gentes de la romería, han adquirido un alegre aspecto de festividad. Por sus dos aceras han pasado todas las mujeres bonitas, todas las viejas beatas, todos los hombres de chistera y levita, todos los miembros de las sociedades católicas, todos los burgueses gordos y delgados que han ido de templo en templo. De San Francisco a San Pedro, de San Pedro a La Merced, de La Merced a San Agustín, de San Agustín a Santo Domingo, de Santo Domingo al Sagrario.

En el Palais Concert, las peregrinas elegantes han rodeado todas las mesitas para tomar helados, pasteles, biscotelas. La orquesta tocaba una música grave, evocadora, adusta. Los hombres bebían cocktails y aplaudían a la orquesta.

Y luego, nuevamente, el silencio, la tristeza, la apacible calma. Yo escribo con cansancio y concluyo estas líneas para ir al cinema a ver la película que cuenta la vida, pasión y muerte de Jesús. La pelicula es en colores y de la casa Pathé Freres, que es también autora de "Los Misterios de New York".

* * *

21 de abril

Anoche he estado en el cinema. Y he visto la película que cuenta la vida, pasión y muerte de Jesús. A mi derecha se sentó una señora gruesa y junto

a ella su esposo. A mi izquierda se sentó un señor asmático que acezaba. La señora gruesa y el señor asmático comentaban algunos pasajes de la película con exclamaciones breves. Cuando Jesús hizo el milagro de la conversión del agua en vino, la señora gruesa dijo: "Bendito sea Dios". Y el Sr. asmático dijo también: "Bendito sea Dios". Mas tarde, Jesús caminaba sobre las aguas quietas. La Sra. gruesa y el Sr. asmático volvieron a decir: "Bendito sea Dios". Y siguió el sermón de la montaña y en el gesto de Jesús hubo toda una síntesis de la parábola divina. Mis vecinos callaron. Jesús entró triunfalmente a Jerusalén. Callaron también. Jesús oró en el huerto de los olivos y recibió el cáliz de la pasión. Entonces mis vecinos dijeron: "¡Alabado sea Dios!" El colegio de los apóstoles y Jesús se reunieron en la última cena. Judas besó a Jesús y lo entregó a los soldados. Mis vecinos hablaron así: "Ave María purísima". Y cuando concluyó la película y aparecieron fantásticos y maravillosos los cuadros de la ascensión y de la coronación, el señor asmático y la señora gorda, exclamaron: "¡Bendita sea la gloria del Señor!"

Así ha sido la noche del Cinema.

* * *

Hoy ha habido también formación de las tropas, desfile militar, marchas marciales. Y a las doce, el desfile de las gentes enlutadas que iban a escuchar los sermones de tres horas. A las cuatro de la tarde, la procesión del Santo Sepulcro, con acompañamiento de graves caballeros y devotas damas.

No ha habido en el tráfico el respeto que en otros tiempos reclamara la devoción limeña. El ruido de carros, de coches y automóviles se ha amortiguado apenas. Pero, sin embargo, a esta hora en que el sol ha brillado inclemente, parece que una gran onda de recogimiento, tristeza y oración, hubiera pasado por las calles, las almas y las cosas.

* * *

Este es el diario de una niña cristiana, de dieciocho años, bonita, inteligente, amable, que habla francés y lee a Paul Bourget:

"Jueves santo. 12 m. – Esta mañana me he levantado con prèsura. ¡Jueves santo! Es la primera vez que lo voy a pasar en mi casa. El año pasado estaba todavía en el colegio y tuve que rezar todo el día. Hoy fui a

oír misa a San Pedro. Yo oigo misa de doce todos los domingos. Y este día, no obstante ser de fiesta, no se parece a los demás días en que hay una sola misa y en que esta sola misa se celebra a las nueve de la mañana. Yo hubiera querido ir a la Catedral, pero a mi madre le parece cursi ir a la Catedral en día de asistencia gubernativa y de parada militar. La misa me ha parecido distinta de las misas ordinarias. El "monumento" ha estado elegante y vistoso. Y ha habido mucha gente. En la calle nos hemos encontrado con Elena y con Isabel y nos hemos dicho que nos veremos a las 6 en la Merced. Yo soy muy amiga de Elena y de Isabel. Isabel y Elena son primas y Elena es hermana de Luis, que ya es bachiller en letras y que va a verme todos los viernes al cinema.

"3 p.m. – Después de almorzar he puesto tres veces los ojos en mi libro de oraciones. Pero me he cansado pronto de rezar. Yo no sé por qué desde que no estoy en el colegio me canso tan pronto de rezar. En el colegio me saqué todos los premios de Religión y de conducta. También me saqué todos los premios de francés. En un libro de oraciones hay un recortito de periódico. No recuerdo cuándo lo he puesto ahí. Es un sueltecito de "Vida universitaria", en el cual se dice que Luis, el hermano de Isabel, ha optado el grado de bachiller en letras, con una tesis brillante. Mi primo Aurelio me ha dicho que esta tesis se la hizo a Luis un estudiante provinciano, pero yo no quiero creérselo porque Aurelio me parece un poco mentiroso y Luis muy inteligente. Dejaré de escribir para alistarme, porque a las cinco y media quiere mi madre que salgamos. Además, me he citado para las seis con Elena y con Isabel, la hermana de Luis.

"9.30 p.m. – A las 5 y 35 salimos a la calle. Fuimos primero a San Francisco, después a los Desamparados, luego al Sagrario. Y como estaba acordado, nos encontramos con Isabel y Elena en La Merced. Con ellas hemos visitado San Agustín, San Marcelo, y La Trinidad. Y hemos ido después al Palais Concert que estaba lleno de gente. En el Palais Concert estaba Luis junto con un joven que escribe en los periódicos, que ha puesto versos en los álbums de Isabel y de Elena y que mira siempre con una sonrisa. Luis nos ha saludado con mucha cortesía y el joven que escribe nos ha saludado con una sonrisa.

"La comida ha sido callada. ¡Qué pena! ¡Qué distinto todo esto del Palais Concert! He encontrado horriblemente odioso el pan de dulce y he pellizcado sólo las almendras para comérmelas luego. Mi madre ha venido hace un rato a decirme que me acueste temprano y he tenido que esconder rápidamente mi cuadernito de notas.

"Viernes santo, 10 p.m. – En la mañana fuimos a misa. La misa fue breve, incompleta y triste. Regresamos de prisa a casa y almorzamos muy temprano para ir a escuchar el sermón de tres horas. El sermón de tres horas fue consternador. Yo he llorado, he recordado el colegio, he recordado a las madrés, he recordado al padre Julián, tan joven, tan simpático, tan afable, que como examinador me recomendó para el premio de francés y he recordado mi primera comunión. Después del sermón, hemos ido a la procesión del Santo Sepulcro. En la esquina del Correo, nos hemos encontrado con Luis, que nos hizo un saludo ceremonioso. Y en las esquinas del Arzobispo y de Judíos nos hemos vuelto a encontrar con Luis y nos ha vuelto a hacer unos saludos muy ceremoniosos. Yo me he sonreído. Y me he olvidado un poquito del sermón de tres horas tan triste, tan conmovedor, tan elocuente.

"A las seis hemos ido también al Palais Concert. Se acercó a nuestra mesa mi primo Aurelio, que es un burlón y un incrédulo impenitente. Mi madre le preguntó si había ido al sermón de tres horas y mi primo Aurelio le contestó que había estado en Chorrillos tomando fotografías. Mi madre le dijo que era un judío. Y yo apoyé a mi madre con gran saña, porque desde que me habló mal de Luis le tengo un hondo rencor a mi primo Aurelio.

Hemos vuelto a casa muy temprano. La comida ha sido también muy callada. Yo he tenido muy presentes frases íntegras del sermón y he estado triste. Mi madre se ha puesto a rezar. Mi padre lee unos periódicos. Yo escribo en mi cuarto solita. He sacado mi libro de oraciones y he leído la página 36. Es la misma que leía cuotidianamente en el colegio. ¡Qué tristeza! El periódico de ayer dice que ha llegado la Quijanito. Es simpática. La prefiero a la Padrosa. Mañana tendré que oír misa a las nueve de la mañana. No me gusta oír misa a las nueve de la mañana. En cambio, el domingo oiré misa de doce. El lunes se pasa la sexta serie de "Los Misterios de Nueva York". ¿Cuándo darán otra cinta de la Bertini? A Luis le gusta la Bertini y en cambio mi primo Aurelio se ríe estentóreamente de ella. Me acuerdo del colegio, de las madres, de la capilla, de las oraciones. Rezo. Pero me voy olvidando del sermón de tres horas. El lunes me confesaré ¡Ay! No podré ir en la tarde al cinema!"

Nada más dice el diario de una niña cristiana, de dieciocho años, bonita, inteligente, amable, que habla francés y lee a Paul Bourget.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 22–IV–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

Usted, amigo mío, conoce y aprecia, como yo, a don Ramón del Valle Inclán, a Azorín, a Ricardo León. (A Valle Inclán no se le puede decir sino don Ramón del Valle Inclán, del mismo modo que a Azorín no es posible decirle Martínez Ruíz y que al autor de "Casta de Hidalgos" basta con llamarlo Ricardo León, a menos que se le nombre con motivo de su discurso académico sobre la donosura, lindeza, gracia, eufonía y demás galas de la lengua española. Son pequeñas observaciones mías que no sé si vienen a cuento). Y como usted, el lector conoce y aprecia también a don Ramón del Valle Inclán, a Azorín y a Ricardo León. Y yo le recuerdo a usted los nombres de estos tres literatos porque los tres acaban de sufrir la acerba crítica de Julio Casares en un libro de abundantes páginas. Hoy –es domingo, hay incertidumbre en la temperatura, hay templanza en el sol, hay tráfico de coches y automóviles a la Plaza de Acho, hay aburrimiento en el ambiente–, tengo ante mis ojos, fatigados por la lectura de las abundantes páginas, el libro de Julio Casares. Y pienso que este Julio Casares es un individuo original.

Seguramente, hasta hace poco el nombre de Julio Casares no tenía significación en el momento literario de España. No tengo noticia de la personalidad íntima de este crítico que hace su aparición con un libro que revela labor prolija, sesuda, grave, minuciosa e inteligente. Y en cuanto a su personalidad literaria, él mismo la presenta en el prólogo de su libro que se intitula "Crítica Profana", diciendo que es solamente un lector, un observador, un "profano", que ha acopiado pacientemente comentos y apuntes y los ha reunido en un libro sin torcida ni deshonesta intención, y por purísimo gusto de desocupado, investigador, busquillo y mirón.

Hay que creer en la honestidad y honradez de Julio Casares, cuando después de leer su libro, se halla uno con que la vehemencia comentarista no le ha conducido en ningún momento a la destemplanza ni a la agresión. En más de 300 páginas no se encuentra un solo adjetivo agrio para las personas o para la literatura de los escritores analizados. La frase es casi

siempre amable, risueña, bondadosa y gentil y aun cuando el concepto envuelva duro reproche o amarga censura, tiene siempre templanza, disfraz y ecuanimidad en su expresión. Esto hace imaginar que Julio Casares es persona tranquila, serena y temperante, a quien place, a la tradicional manera española, ser galante y cortés con el adversario.

Pero si en la tranquilidad de las palabras manifiesta Julio Casares amplitud y fortaleza de criterio, no las manifiesta en cambio, en sus conceptos críticos, que en gran parte están inspirados por un espíritu hermético y rancio que, en pleno instante de revoluciones y novedades, se muestra huraño e inaccesible para las nuevas ideas estéticas y las nuevas tendencias literarias. Es un caso de crítico bien intencionado y honesto, pero escaso de tolerancia artística y encasillado dentro de pragmáticas inexorables y rígidas.

Tal vez este caso permite recordar esa como crisis de verdaderos críticos que se observa en casi toda la literatura española. Críticos justos y serenos, no hallaréis en ella con facilidad. Acaso, faltan absolutamente. Ayer no más Leopoldo Alas "Clarín" aderezaba sus juicios con procacidades y ultrajes. Valbuena fue un intolerante estudioso que asaltó el escabel de la crítica como un medio de alcanzar la notoriedad que por otro medio se le ofrecia inaccesible. Y, como el caso de Casares es contemporáneo y vale más situarse en la actualidad, tampoco hoy se encuentra en España quien pueda honrar una literatura por su capacidad y autoridad de crítico. Manuel Bueno que, por su cultura, amplitud de criterio estético y buen gusto podía ejercer de tal, se aparta voluntariamente de las funciones para las cuales todos se muestran tan acordes en reconocerle singulares actitudes. Su labor crítica, sólo es movida, y únicamente en determinados casos, por las solicitaciones del momento, de la actualidad, y no significa dentro de la obra del brillante escritor una orientación sólida, definitiva, duradera y principalísima. Y hay en ella a veces la mácula de la disculpa amistosa o de la acerba exageración, según que medien simpatía u odiosidad bastantes para aumentar el mérito o atenuarlo. Por otra parte, en el hecho mismo de que Manuel Bueno no consagre con mayores hondura y sistema su esfuerzo a la labor crítica, podría verse la poca preferencia que ella tiene entre sus orientaciones y lo limitadamente que lo seduce. Y continuando, Ramón Pérez de Ayala, prosista exquisito y loable poeta, no ha demostrado imparcialidad ni desapasionamiento en sus ensayos críticos. Andrés González Blanco, el erudito literato, posee por su preparación y talento capacidad para cualquiera empresa del género que comentamos, pero en sus

estudios, a través de su cultura y habilidad, se nota siempre que el crítico desfallece en digresiones poco precisas o incurre en injusticia unas veces para extremar sin motivo la censura y otras para exaltar piezas de poca cuantía que tienen en su abono la recomendación de un interés amistoso o de una benevolencia. Azorín ha oficiado también de crítico a su modo y lo ha hecho por fortuna muchas veces. Pero hay que mirar en sus aciertos un exponente de su temperamento artístico, antes que nada. Puesto en el trance de ejercer de crítico, de manera constante, tal vez se descubriría en Azorín vacíos, deficiencias y flaquezas que en su ensayos no se ha advertido. Y tampoco Azorín tiene preferencia por esta labor, que parece condenada en España a sufrir los desdenes de los verdaderos espíritus artísticos y los cortejos de los que en diverso camino no pueden alcanzar el triunfo.

Julio Casares se ha puesto al margen de los apasionamientos y de las rudezas, pero en cambio no ha podido evitar que su obra esté circunscrita por limitaciones que no debe tener un esfuerzo crítico de la magnitud del que él ha realizado. Ha estudiado principalmente el estilo de los tres literatos: Valle Inclán, Azorín y León. Se explicará esta preferencia recordando que los tres deben en gran parte su triunfo y auge al carácter y personalidad de su estilo. Es cierto. Pero examinado el estilo y otros aspectos, bien pudo hacer el análisis más meritorio de la hondura y espíritu de las obras comentadas, cosas que el señor Casares trata epidérmicamente sin el detenimiento que habría derecho a esperar de quien con tanto afán busca impurezas gramaticales, artificios, ardides, mistificaciones y aun plagios. De Valle Inclán hace un estudio profundo, amargo e inteligente cuando se ocupa de su estilo. Casares semeja un anatomista que descompone, pulveriza y examina los más leves tejidos del organismo de la obra literaria. Marca las evoluciones de estilo de Valle Inclán y las fuentes en que el autor de "Sonata de Otoño" ha buscado la inspiración de sus tendencias. Y cita un plagio de las Memorias de Casanova encontrado precisamente en la "Sonata de Otoño". Para Azorín la crítica es más honda, más analítica. Y, sin embargo, después de leída, deja la impresión de que Casares ha acopiado grandes esfuerzos y ha reunido muchos datos y citas sin conseguir el menor éxito contra Azorín. ¡Cuánto talento, cuánto empeño, cuánta erudición gastados para dejar a la postre intangible la egregia figura de tan ilustre literato! Porque acusar a Azorín de tres subterfugios de estilo, tres contradicciones y tres flaquezas más, no es bastante para quitar mérito y brillo a su grandeza y originalidad. La crítica

de Ricardo León está mejor orientada y en ella se advierte mayor justicia. Establece los lineamientos generales de la literatura de Ricardo León y analiza enseguida su estilo, negando a Pérez de Ayala toda razón cuando dice que Ricardo León no posee realmente un estilo personal. Y concluye con un elogio a la modestia de Ricardo León. ¡Oh, la modestia! El señor Julio Casares, tan investigador, tan estudioso, tan erudito, tan inteligente, tampoco transige con la vanidad, y cree todavía en la modestia, esa gran farsa que todavía tiene tantos adeptos.

Así es el interesantísimo libro que ha puesto de moda en España a un crítico nuevo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 3–V–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

Hace aproximadamente un mes que no escribo este epistolario, amigo mío. ¿Pereza? ¿Olvido? Yo no sé bien por qué he interrumpido por tanto tiempo estas cartas a usted. Acaso, amigo mío, la causa verdadera está en la ausencia de cosas que pudieran prestar tema a mis divagaciones. Muchas veces las cosas cotidianas son absolutamente vulgares. Otras veces, el comentario reflejaría tan personalísimas e íntimas sensaciones, que sólo podrían tener interés para usted, que tan bien me quiere y me comprende, y para mí que a ojos profanos tan extraña visión tengo de esas cosas cotidianas.

Durante este mes que no he escrito para usted, las cosas han tenido el mismo cauce sinuoso y tornadizo, las gentes han seguido convencidas de que más vale Cadorna que D'Annunzio, las noticias del cable han seguido apuntando ofensivas y contra–ofensivas estacionarias, las crónicas sociales han seguido consignando tertulias, comidas y "five o'clock teas", las niñas y los mozos han seguido pensando en la solución de continuidad de los folletines cinematográficos. Las notas de interés han tenido una duración de relámpago. En Inglaterra procesan a un lord felón y mercenario que se hizo una celebridad a costa de nuestro pobre prestigio universal. Aquí los universitarios han proclamado la eficacia de la huelga y se han puesto cintitas de colores en el ojal de la solapa. Unos exaltados han vociferado contra el grave y abstracto problema del hambre y han enseñado los puños a las gentes apacibles de las puertas del Palais Concert, en cuyos umbrales se para todos los días más de una tragedia escondida y más de una miseria con guantes y escarpines. Un simpático y joven escritor ha publicado una novela que aún no he leído por culpa del Conde de Lemos que usurpa la posesión de mi ejemplar. Y las crónicas de policía han dado cuenta de los mismos crímenes, de los mismos robos, de las mismas lacerías, de los mismos dolores.

Sólo ha habido una innovación. Por el jirón central no transita ya el tranvía eléctrico. A las doce de la noche del martes 30, pasó el último carro

alborotando a las gentes con su tan tan preventivo. Apenas si los rieles acusan que por esta calle con pavimento de asfalto y tucos traficó en un tiempo un pesado vehículo asesino y mutilador de hombres distraídos, de perros vagabundos y de otros animales distraídos o vagabundos, que ambas cosas son virtud genial.

Y sólo una nota nos ha conmovido y exaltado de veras. La presencia de una bailarina que hace magna peregrinación de arte por tierras americanas. En su loor se ha escrito muchas devotas páginas. Y en homenaje a su arte han sonado en el teatro muchos aplausos. Los míos también. Una de las más gratas emociones artísticas que he encontrado en la vida cotidiana de los últimos tiempos la debo a Felyne Verbist. Las demás, las que son habitual regalo de mi espíritu, las encuentro en mí mismo, en mi reino interior y en mi intimidad o en la voz, en el color y en el ritmo de la naturaleza.

El arte de Felyne Verbist ha sido para mí una visión de exquisita armonía. Los matices de la línea, la elocuencia del rictus, la gracia del gesto y la elegancia del ritmo, –cadencia, alegría, dolor, miedo, anhelo, voluptuosidad, fiebre– han tenido a mis ojos altísima exaltación y han traído a la vulgaridad de mi vida exterior –comedia española, circo, tertulia, murmuración, carreras de caballos, crónica anónima, restorán, hogar y cocktails– la redención de sutilísimas sensaciones.

Los cronistas han dicho que el arte de Felyne Verbist ha triunfado en Lima. Yo también quiero creerlo, pero se rebela dentro de mi una voz escéptica que me desorienta. Y yo he visto y oído lo siguiente:

El teatro estuvo rebosante en las primeras noches. Esto me permitió sentir mis emociones en un ambiente en que palpitaba una gran devoción. (Cuando un teatro está lleno parece que pensáramos y sintiéramos al calor de muchos pensamientos y de muchas sensaciones. Nuestras ideas se sienten misteriosamente acompañadas por otras muchas ideas ignoradas. Se percibe cómo palpitan y viven estas ideas, pero no se puede saber cuáles son. Es lo mismo que si estuviéramos en un recinto en tinieblas y escucháramos que había dentro de él mucha gente sin saber qué gente era. Al calor de las emociones ajenas, parece que la atmósfera del teatro favoreciera y estimulara el dinamismo de las nuestras. Es una observación que yo tengo muy comprobada. En cambio, cuando el teatro está desierto, nuestros pensamientos se producen en un ambiente de vacío y desamparo. Nos falta calor. Sentimos la soledad y nuestra alma se entumece. Una artista que prodiga su arte ante una sala escueta, me apena hondamente).

Ha sido largo el paréntesis. Repito que el teatro estaba lleno, cuando Felyne Verbist bailó el valse Copelia, esa admirable danza llena de elegancia, donaire y delicadeza, sonó el aplauso, pero yo afirmo que el aplauso fue convencional. Y en la mirada de un vecino de la platea sentí una atonía y una incomprensión. Pero mi vecino de la platea aplaudió también. Después vimos a Felyne bailar "La Danza de las horas". Yo adiviné entonces que mi vecino de la platea tenía la misma perplejidad que tendría ante una poesía simbolista. Luego Felyne bailó la bellísima "Muerte del Cisne". Sólo entonces el alma de mi vecino se abrió a la emoción. Y es que la poesía, el sentimiento y el dolor de "La muerte del Cisne" son tan profundos y emocionantes, que impresionan al espíritu más inaccesible. Además, influyó en la emoción de mi vecino de la platea seguramente el mismo fenómeno de la vibración espontánea de las ajenas emociones de que ya he hablado. A esta sugestión el reacio no supo sustraerse. En el entreacto hubo comentarios. Y muchas gentes trataban de fortalecer su opinión en la opinión de otras gentes. (Así se forman siempre en el foyer las opiniones de los entreactos. El otro curioso fenómeno de aleación, amalgama y mutuo apuntalamiento). Cuando al final sonaron las notas de la música de un baile español, latió en la sala la misma sensación de placer y consuelo que tenemos cuando, después de una peregrinación entre gentes extrañas, encontramos por fin caras conocidas y voces familiares. El vecino de la platea no pudo contenerse y exclamó: *"¡Oh!"* Su exclamación fue jubilosa. El vecino abrió unos ojos muy grandes aguardando la aparición de la bailarina. Después dijo: *"¡Aquí hay alma!"* Y se incorporó ávidamente. Ese hombre hubiera querido hacer piruetas. (A mí la música del baile español y el taconeo plebeyo y grosero que éste demanda de la artista, me hablaron de los toros, de los pasacalles, de las panderetas, del fenómeno Belmonte y de otras cosas españolas).

Y a la salida escuché a un profano que decía: *"Estas son figuras bonitas. La Argentina era mejor"*. Yo pensé que este hombre iba a decir finalmente: "¡Olé!" La Argentina es evidentemente una admirable artista a quien he elogiado con fervor del cual no me arrepentiré. Pero La Argentina no ha sido hasta ayer –hoy reacciona, estudia y se educa hábilmente–, sino una bailarina de bailes españoles. Su arte es espontáneo, intuitivo, subconsciente. El arte de Felyne es un arte disciplinado y sutil. Lo que en La Argentina es fuerza y exuberancia, en la Felyne es delicadeza y finura. Son dos artes y dos artistas distintas. En literatura podría buscárseles un raro símil: Chocano y Maeterlinck. Yo siempre prefiero a Maeterlinck. Choca-

no es genial, pero Maeterlinck es un artista que interpreta el siglo, ha sondeado el misterio y ha visto el porvenir.

Yo no haré el elogio de Felyne Verbist. Yo sólo diré que la admiro inmensamente y que le soy deudor de un caudal milagroso de exquisitas emociones. Ella es mi acreedora. Pero yo no quiero otorgarle en pago mi homenaje escrito, porque no sabría hacerlo tan bien como para que yo pudiera encontrarme satisfecho y no creyera profanadas y mutiladas mis impresiones. Y yo soy un devoto ferviente de mi emoción.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 2–VI–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

6 de junio

Frío. El temperante sol de este otoño languidece. Los días son turbios, lánguidos y neblinosos. Y nos acercamos al invierno que llega como una nube gris. El invierno es aristocrático. Tiene la aristocracia de las pieles acariciadoras, de los estanques helados, de los patines raudos, de la estancia caliente, de los "five o'clock tea", de las noches de ópera y de las carreras de caballos. El invierno es también trágico. Cuando él llega, todas las miserias culminan. Las carnes mal cubiertas sufren el doloroso castigo del aire helado. La intemperie es inclemente y cruel. En los desvanes miserables penetra el viento con un silbido doloroso. Los viejos sienten la crisis de la tos y del reuma y se interrogan si el presente será el último invierno. Los tísicos tienen la visión de la muerte en el fondo trágico de sus alcobas. En los montes nevados, hay peregrinos que agonizan y sucumben. Los jardines están desiertos. Las plantas de lujo están lívidas en los invernaderos.

Y yo amo el invierno porque es aristocrático. Y lo amo también porque es trágico. Mi alma de criollo sufre nostalgias de panoramas brumosos y de páramos helados. Siente que el invierno nos acerca un poco al misterio, a lo desconocido, al dolor y a la verdad, así como el verano nos vuelve a la alegría y al engaño. En la rotación de los tiempos, es para las almas –las almas tienen como los astros una órbita fija– el instante de su perigeo con lo misterioso y con lo insondable.

El verano es democrático. El calor aflige casi por igual a todos. Las estaciones balnearias, las duchas y los trajes livianos no bastan para sustraernos a su acción. En cambio la estufa sabría atemperar el frío más agudo y pondría en nuestras estancias una templanza voluptuosa. En los días helados el dinero puede comprar el bienestar de un ambiente tibio. En

los días cálidos el sudor nos igualará con aquel hombre que porta un fardo. En el verano habrá corridas de toros, vociferaciones de hombres y de cencerros y salvaje lujuria de fiesta española. (En España todas las gentes que ignoran al Arcipreste de Hita y a San Juan de la Cruz, llevarán en hombros al fenómeno Belmonte). En el invierno los hipódromos acogerán una multitud devota de la emoción sutil de las carreras. Y en las calles de las urbes suntuosas, habrá en las tardes una atmósfera de lluvia, neblina y penumbra, mientras los automóviles transitarán con lenta o rauda marcha dibujando en el silencioso pavimento el trazo de luz de sus reflectores. Y habrá también la nota trágica: las calzadas y las aceras serán resbalosas y amenazarán a las gentes con el peligro de una caída, cuando estén cerca de ellas las ruedas de un vehículo asesino.

Y el invierno tiene también el gran prestigio de su tristeza. La tristeza es siempre bella. La alegría es vulgar. La tristeza del invierno pesará sobre las almas sensibles como una filosofía profunda y las invadirá con su sedancia. La neblina llevará a los espíritus sutiles dolencias. Una vez en que me afligían gratamente las sensaciones de sesenta días sombrosos, yo escribí: "Me he enfermado de bruma, de gris y de tristeza".

Y, pasando, amigo mío, a las sensaciones exclusivamente físicas, lo que en el verano es borracha laxitud, en el invierno es plácida sedancia. Nuestras energías sufren debilitamiento bajo la acción de ambas estaciones, pero ese debilitamiento es languidez delicada bajo la acción del frío y es embriaguez y bochorno bajo la acción del calor. En el verano los cuerpos se laxan y sudan; en el invierno los cuerpos se entumecen y desmayan. Bajo la acción del sol las carnes se ponen groseramente encarnadas; bajo la acción del frío las carnes se ponen suavemente lívidas y azules. Bajo la acción del sol la piel tiene matiz de rubores; bajo la acción del frío la piel tiene matiz de ojeras.

Así yo siento el invierno, amigo mío. Y el invierno se aproxima y nos acaricia con su caricia helada en estos días en que el otoño se va.

(Frío. En las noches hay rumores que anuncian el invierno trágico y aristocrático. La tetera de plaqué humea amablemente y se cubre de vapor. Las manos se refugian dentro de los guantes. Un estornudo. Una tos. En el desván del frente una ventana se cierra. Hay un niño con gripe. Hay un viejo con neumonía. El aire frío tiene raras voluptuosidades y suscita agudos calofríos. En las bocacalles acechan las pulmonías. Y en el vapor húmedo de la atmósfera que pone una leve pátina sobre los cristales de las ventanas, trazan garabatos misteriosos los dedos de la Muerte).

* * *

Me interesa siempre bastante el arte nacional, amigo mío. Me interesa mucho. Mi herencia de patrióticos ancestralismos vibra cuando encuentro en esta tierra un espíritu artista. Siento entonces la devoción del país natal muy hondamente, como no la sentiré nunca con las nochebuenas, con las cadenetas y los oriflamas de papel de cometa de nuestros veintiochos de julio y de todos nuestros días de alborozo cívico, parada militar y marcha de banderas.

Y todo un espíritu de artista se revela entre nosotros con Ramón Aspíllaga y Anderson, un joven que es ya mucho más que "una promesa". Es sencillo, es bueno, es talentoso y es comprensivo. Y es, sobre todo, un cultor devoto y un enamorado ferviente de la línea y del gesto. Su obra de caricaturista es apenas conocida de nuestro público. Pero, todos han advertido ya en cada silueta suya tal acierto, tal elegancia, tal fino y atildado humorismo, tal ausencia de chabacanería y vulgaridad, que han podido mirar en ellas el trabajo de un artista selecto y no el de un *dilettante* o de otro desocupado de buen gusto de aquellos que cultivan el dibujo como aprenden las niñas bonitas y feas ciertas manifestaciones incipientes de ciertas bellas artes: por tener "un adorno"

Este artista que tan brillantemente se inicia es un artista de verdad. No hay que hacerle la ofensa de comprenderle en las filas del *dilettantismo* nacional. La aristocracia de arte no es la aristocracia snobista de un arte que busca en cada rastacuerismo artificioso una inspiración. Aspíllaga es un dibujante de sincera elegancia.

Principiante aún, siente todas las sugestiones de las contemporáneas orientaciones artísticas. Dentro de ellas su temperamento se irá modelando y encontrará seguramente el rumbo del éxito.

Sus siluetas son elegantes. La nota cómica es muchas veces atrevida, pero nunca es extravagante ni grotesca. Yo he visto varios dibujos suyos y en todos ellos he encontrado la misma gracia fina y atildada.

En medio del *dilettantismo* de la hora presente, surge, pues, hoy, un artista que merece estímulo y aplauso.

* * *

Sé de una idea original de cuatro literatos jóvenes. Todos ellos han recibido y reciben cotidianamente las gentiles solicitaciones de nues-

tras damas para dejar autógrafas y pensamientos madrigalescos en sus álbumes. Y se han puesto de acuerdo para reclamar de las demas limeñas una galante retribución. También tendrán ellos su álbum. Y su álbum, que ha sido abierto ayer, se denominará artística y sugestivamente "El Album Onix". En la primera página de este álbum ellos han escrito entre otras cosas lo siguiente: "En este álbum pondrán su autógrafo y grato comentario todas las damas gentiles, inteligentes y bellas. Así, cuando el álbum envejezca, estará lleno de perfumes".

"El Album Onix" será, pues, firmado por las damas de la sociedad limeña, muchas de las cuales han recibido ya con complacencia y aplauso el anuncio de su próxima circulación. Y la primera autógrafa que en él se ha depositado es la de una artista exquisita y admirable, cuyo arte la encumbra a la más señoril aristocracia: Felyne Verbist. La firma de la belga célebre ha sido el primer homenaje escrito que han merecido los dueños del "Album Onix", libro de gentileza y arte, que reúne en hermoso florilegio las perfumadas autógrafas de nuestras mujeres distinguidas.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 7-VI-1916)

13 de junio

Esta carta es más interesante que cualquier carta mía:

Señor Conde de Lemos:

Yo no leo sino al inteligente, comprensivo, sutil y sazonado Rudyard Kipling. Soy australiano y no poseo otros idiomas que el elocuentísimo de mi orden zoológico y el convencional y rotundo de los hombres británicos. Sin embargo vuestra celebridad había llegado a mi conocimiento. Tan grande es ella. Y ese vuestro artículo del domingo en el cual un Aristipo y un Manlio dialogan sobre cosas del circo, me ha sido leído por Miss Shipp, a quien la invectiva que me dirige vuestro descortés personaje Aristipo ha divertido seguramente. Miss Shipp, por supuesto, me ha hecho vehementes protestas de amistad y solidaridad, pero yo he tenido el buen sentido de no creerlas. Yo supongo que entre los hombres la hembra será tan desleal y aviesa como entre los canguros.

Si vuestra inteligencia no me mereciera respeto, yo optaría, ante vuestra diatriba, por uno de estos dos caminos: despreciaros o pagaros con la misma moneda del insulto y la invectiva. Pero mis tradiciones de canguro honesto y noble, me impiden tal destemplanza intolerante y procaz y me indican el camino de hacer un esfuerzo por convenceros de que estáis en error en cuanto a mi personalidad, y que hay exageración e injusticia en las frases que habéis hecho decir a Aristipo. (Aristipo sois sin duda vos mismo. Platicáis como Sócrates y como Platón, dos filósofos de quienes, naturalmente, no tengo noticia por Miss Shipp ni por su caballo blanco).

Efectivamente, los hombres habéis tenido la arbitrariedad de denominarme mamífero marsupial y de clasificarme en la orden de los macrópodos y en la familia de los halmatúridos. Diprotodon llamaban al canguro en época en que nuestros antepasados eran más robustos y fornidos y en que los hombres no formaban circos, no publicaban periódicos, ni comían *pâté de foie gras*, sacrificando para esto último la vida de un inocente palmípedo. Y, según he leído, un hombre necio y trapacero apellidado

Cuvier dijo desatinadas y audaces afirmaciones sobre nuestras discretas y apacibles costumbres y sobre nuestra tranquila vida familiar. Estas cosas, lógicamente, las ignoran los canguros que no han salido del país natal y las despreciamos los canguros, como yo, que hemos aprendido algún idioma europeo y hemos viajado en un transatlántico, en distintas condiciones de viaje de las que gozó la pareja de canguros embarcada por el patriarcal y bondadoso Noé en su providencial arca.

Vos, o sea Aristipo, me llamáis feo, necio, torpe, glotón, hipócrita, cobarde, presumido, avieso, desleal, interesado y mal amigo. Todas estas son palabras, llamadas adjetivos en vuestras gramáticas –tan arbitrarias como vuestros textos de zoología–, y os sirven precisamente para calificaros y motejaros entre vosotros. Luego, también vosotros sois feos, necios, torpes, glotones, hipócritas, cobardes, presumidos, aviesos, desleales, interesados y malos amigos. Verbigracia, sois tan presumidos que usáis afeites y galas superfluas y ridículas y que tenéis el empaque de llamaros vosotros mismos, en vuestros textos de zoología, reyes de la naturaleza. Yo he visto muchos hombres, reyes de la naturaleza, que corrían desmoralizados como cualquier canguro, ante la proximidad de un león sanguinario pero noble y franco. En cambio no habréis visto nunca un canguro que use frac y escarpines o que se ponga polvos en la cara y tricófero en el cráneo. Ofendidos y lastimados podrían sentirse los canguros si hubierais podido emplear para denigrarme un adjetivo que no pudieseis aplicar absolutamente a uno de vuestros hermanos.

Yo he oído decir a una mujer: "Tico–tico es feo". Y he oído a un joven decirle a otro: "Te encuentro necio". Y un viejo hablaba así a un chico que se llenaba la boca con almendras confitadas: "Eres glotón". ¡Qué cosa pues me habéis dicho que no podáis decirla también a uno de vuestros semejantes! Yo en cambio podría deciros que los hombres sois primos hermanos de los monos que son unos animales impúdicos, cobardes y grotescos. Y que he llegado a preguntarme si no seréis monos depilados merced a algún sabio procedimiento yanqui o alemán.

Ahora os diré cosas sentimentales, señor conde. ¿Sabéis por qué sufro esta obligación de reñir todos los días en el ring deleznable de un circo? Unos hombres hermanos vuestros me robaron a la tranquilidad de mi país natal. (Entonces era yo muy joven. Y era yo feliz. El campo vasto e ilimitado era todo mío. Una joven cangura risueña, jovial y más hermosa que nuestra Venus, era mi amada. Ignoraba a Rudyard Kipling. Ignoraba al general Roberts. Y os ignoraba también. En aquel entonces era yo un

canguro completamente dichoso y respetado. Esos hombres me vendieron a otros por unos papeles que según vine a entender después eran billetes. (Los hombres son hoy menos interesantes y buenos que en aquella edad remota en que usaban la moneda romántica de la nacarada y bella concha marina). ¿Tenían derecho esos hombres para cotizarme? No. Atropellaban en mí el más elemental derecho de esas legislaciones que habéis inventado vosotros mismos para defenderos de vuestras alevosías y audacias mutuas, pues así sois de irrespetuosos e injustos.

Más tarde un hombre me enseñó a trompearme. Al principio acepté gustoso el aprendizaje porque lo creí un juego divertido y sobre todo voluntario. Pero luego, cuando supe que tendría que maltratarme con ese hombre cotidianamente, aun contrariando nuestras voluntades, el juego me fue odioso. Entonces me golpearon y yo para defenderme tuve que devolver los golpes. Después se me exigió que todas las noches luchara ante el público. ¿Sabéis acaso cuántas veces se me arranca al sueño plácido para trasladarme al ring? ¿Sabéis acaso cuántas otras se me sustrae a la evocación, al recogimiento, al recuerdo, a la honesta y digestiva placidez de una charla de sobremesa con mi amigo el caballo blanco? Cuando esto ocurre tengo que presentarme en el ring malhumorado y tengo que escatimar los golpes y buscar la huída. El bellaco de Tico–Tico me acorrala entonces y me vuelve a enfrentar a mi convencional y envilecido contendor.

También entre los hombres se ejercita el box, es cierto. También entre ellos este juego bárbaro es un espectáculo. Pero entre ellos se respeta el elemental derecho de que la lucha sea voluntaria. Un campeón concurre a un match cuando lo ha pactado y aprobado. A mí se me lleva al ring con absoluta ignorancia de mi voluntad. ¿Os parece justo esto? ¿Os parece razonable? Es muy reprensible que los hombres uséis vuestros medios de lucha para satisfacer el ansia de expansión y divertimiento de vuestros públicos. Prostituís los medios de defensa que os ha dado la Naturaleza. Haced, más bien, como los canguros. Dad un golpe cuando lo reclame una ofensa o lo precise una agresión. Reñid por un interés noble y personal; no riñáis nunca por un interés colectivo y torpe.

También me habéis dicho que soy físicamente grotesco y moralmente bajo, que soy desaseado y que huelo mal. Os habéis colocado en los vulgares puntos de vista de los hombres. No abarcáis los grandes puntos de vista de la Naturaleza. Tenéis conceptos encasillados y herméticos. Del gran poliedro de las cosas conocéis sólo una arista. ¿Cómo sabéis si lo que

para vosotros es mal olor, para las plantas no es gratísimo perfume? Eso del aseo es una invención exclusiva de vosotros los hombres. Nosotros no entendemos vuestras higienes y no tenéis por qué juzgarnos.

Os habéis equivocado, conde. Habéis estado injusto. Yo soy un pobre canguro a quien vuestros crueles hermanos han hecho desgraciado. Ellos me han quitado el país natal, la libertad, el amor y la dicha. No está bien esto. Pensad conde que mientras en el circo os divertis y habláis en un palco con vuestro amigo Manlio sobre la estética de los vuelos de los Osnato, está encerrada dentro de una jaula de barrotes de madera la dolorosa tragedia del alma de un canguro.

El canguro del Circo Shipp.

Por la traducción:

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 14–VI–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

19 de junio

¿Sabe usted, amigo mío, de algún espectáculo en el cual fraternicen y se concilien el espíritu selecto y exquisito con el menguado y plebeyo, igual que en el circo? Seguramente, no. El circo es el espectáculo de más lejana y gentil tradición, pero es también, por virtud de una paradoja, el espectáculo más democrático. En él gozan y se divierten lo mismo el espiritualísimo intelectual, a quien preocupan las más sutiles cuestiones estéticas, que el mozo de fonda que asiste a diario a las groserías de embriaguez y gula de los parroquianos; lo mismo el aristócrata amigo de las carreras y otros deportes, que el heladero coronguino; lo mismo el atildado y pulcro joven de la "élite" que el granuja astroso vendedor de periódicos y jugador de chapas; lo mismo la dama gentil y elegante, que la zamba cocinera que se refocila a costa de las "sisas" cotidianas. El circo es para todos generoso y bueno. Y su encanto es accesible tanto para el alma quintaesenciada y exquisita como para el alma burda y zafia.

Y es que el circo se encuentra ligado al más luminoso y festivo recuerdo de nuestra niñez. Yo he analizado con mucha atención este recuerdo y he penetrado en el íntimo sentido de su evocación. Ese recuerdo es el recuerdo de nuestro más ingenuo e infantil placer. Cuando fuimos niños, a todos nos sedujeron por igual las maravillosas pruebas de los gimnastas, a todos nos hizo reír la astucia bertoldesca del payaso y la bellaquería resignada y filosófica del tony; a todos nos dio miedo y emoción el equilibrio trágico, durante el cual la orquesta dijo una música sorda y monótona que nos hizo temblar; a todos nos hipnotizó la gracia aérea de los trapecistas y de los saltadores. El circo tiene para nosotros este recuerdo ingenuo que se abrillanta y se dora con la añoranza de las tardes luminosas de las matinées que nos hicieron soñar toda la semana con la alegre promisión de la tarde dominical. Pero yo pienso que el circo tiene para todos otro recuerdo. Este recuerdo es el de nuestra primera visión voluptuosa. Cuando tuvimos seis años, fue sobre un trapecio, sobre la cuerda floja o sobre el trampolín,

donde ante nuestros ojos maravillados e ignorantes surgió dislocada y ágil la figura de una mujer acróbata. Tuvimos entonces la primera sensación del músculo fuerte y palpitante, oprimido dentro de la leve y sedeña prisión de las mallas. Las lentejuelas fulgieron y centellearon en el volatín o en el salto mortal como iris de ojos malignos y felinos. Y esos ojos malignos y felinos hipnotizaron nuestras miradas infantiles e inocentes y las prendieron a la visión de la carne joven y gentil que nosotros veíamos roja, azul, amarilla o celeste, según fuera el maravilloso traje de la volatinera. En nuestra ignorancia se encendían –como deben encenderse en una noche obscura los gusanos de luz– ideas y sensaciones imprecisas, cuya explicación nunca presentimos, pero que tuvieron para nosotros don de caricia y de placer. No habríamos sabido contar a nadie esas ideas y esas sensaciones imprecisas, sugeridas por el salto mortal de una volatinera, ni habríamos sabido buscar en la profana sabiduría de una frase reveladora, un hilo ariádnido para el laberinto de nuestra ignorancia sorprendida por el subconsciente florecimiento de un primer y extraño pecado espiritual. Y aún es raro que, muchos años más tarde, sepamos resucitar la evocación de esos instantes y analizar –a través de todas las cosas que han enturbiado la diafanidad de nuestras almas de entonces– el sentido, el valor y la sugerencia de una emoción tan antigua y olvidada. Yo estoy seguro de la certidumbre de esa emoción cuyo descubrimiento y examen acaso puedan parecer atrevidas. Y siento que en mí supervive todavía, un fragmento de mi espíritu de entonces y que hay instantes en que este fragmento late y vibra en mí todavía.

En el ambiente del circo se siente habitar el misterio. Si nos olvidamos del espectáculo y de nosotros mismos, pensaremos que ese payaso que da un salto mortal, que ese equilibrista que se pasea sobre un alambre, que esa mujer que vuela, que ese muchacho que piruetea sobre un caballo galopante, pueden errar su maniobra y pueden matarse. Un desacierto, una falla, un olvido, un accidente, pueden causar el descalabro fatal a ese payaso, a ese equilibrista, a esa volatinera. Ellos lo saben y porque lo saben satisfacen puntual y diariamente las exigencias de su "training". Sólo el público lo ignora en ese instante porque está entregado al placer de su emoción y quiere disfrutarlo sin que un sentimiento extraño lo amengüe y reduzca. Pero no obstante parece que la invisible presencia, la acechanza trágica de la muerte, se dejara sentir en el circo. Y es por eso que en el ambiente del circo se siente habitar el misterio.

El ambiente del circo es caricioso y amable porque en él está el misterio.

El misterio tiene sutiles y enervantes halagos. Y el ambiente del circo es también caricioso y amable porque es lascivo. Hay voluptuosidades en el vértigo del vuelo, en la agilidad del músculo docilizado, en la languidez con que la trapecista, colgada de los pies, se abandona al vaivén raudo; en la pirueta, en el esfuerzo, en la contorsión, en el volatín.

El circo tiene el encanto de su mutismo. Todo es silencioso. Sólo suena la música que se nos antoja interpretativa como en un drama sinfónico. (Cuando escuchamos en el circo un two step, una mazurca y una marcha conocidas, nos parece que ese two step, esa mazurca y esa marcha, no son las que conocemos, sino otras que nunca salieron del circo y que tienen dentro de él un colorido que para nosotros es nuevo). El circo, pues, tiene la elocuencia del gesto. La euritmia de la línea y del escorzo triunfan soberanamente. Una palabra sería intrusa, torpe y detonante. Un hombre que hablará al público mientras un acróbata volara de un trapecio a otro, parecería profano e irrespetuoso. Sólo los payasos interrumpen de vez en cuando este mutismo. Es que el arte de los payasos es grosero y plebeyo y necesita de la palabra para divulgar la socarronería bertoldesca de su espíritu. Los tonys son más sabios. Casi nunca hablan. Piruetean, se caen, dan saltos mortales y se ríen o meditan como asnos amaestrados. Pero no hablan y desprecian la comicidad burda de los chistes de los payasos. Los payasos, que son muy malvados, les pegan. Y ellos no tendrían el mal gusto de protestar si así no lo exigiera el éxito de la pantomima.

El circo tiene tradición aristocrática. Su origen está en los juegos olímpicos, en los coliseos, en las luchas entre gladiadores y en las luchas entre gladiadores y fieras. Seguramente antes que Esquilo representara su primer drama, ya los primitivos acróbatas habían dado volatines. Y la primera pantomima es probablemente más antigua que la primera tragedia. Sófocles, Esquilo y Aristófanes impidieron que la pantomima triunfase, porque a las gentes les fue más fácil entender una escena donde los personajes estuviesen mudos. En los tiempos de Solón, como en los tiempos del Káiser y de Quinito Valverde, el chiste fue siempre más eficaz y valioso que la mueca. En Roma antigua, los actores del coliseo eran individuos a quienes se obligaba a luchar o a matarse. Posteriormente y como consecuencia de la civilización, los luchadores y atletas fueron distintos. Transigieron con las necesidades de diversión de los demás hombres y aceptaron voluntariamente ser héroes del ring o del picadero. Se entrenaron, aprendieron y se pusieron a un milímetro de la muerte. Pero cobraron un estipendio. Y el circo ha evolucionado. La lucha bárbara ha

desaparecido. En vez de reñir un hombre y un león hambriento, riñen hoy un hombre y un canguro domesticado. Mientras antes las fieras llevadas a los coliseos eran completamente salvajes, hoy los canguros llevados a los picaderos comienzan a asemejarse más a los hombres que a los canguros y hasta se diría que existe un acuerdo tácito entre el luchador y el canguro. (En la intimidad, el luchador y el canguro fraternizan).

La vida íntima de las gentes de los circos es seguramente muy sugestiva. Algunas de esas gentes parecen originales. Yo he visto artistas que escuchaban el aplauso con desdén y orgullo. Y he visto otros que lo pagaban con una sonrisa servil y automática. Otros que lo escuchaban con indiferencia insolente. Los payasos tienen que estar alegres siempre. Yo conocí uno fuera del circo. Un amigo me dijo un día señalándome a un hombre: "Ese es el payaso". Y ese hombre era trágicamente sombrío y triste. Como éste, el Pierrot sentimental y enamorado tuvo también que fingir una mueca mercenaria.

Los hombres más atrevidamente iconoclastas, aquellos irrespetuosos, aquellos obsesos por la civilización, aquellos que se traicionan a sí mismos, tendrán tal vez ante una carpa de volatineros trashumantes un gesto despectivo y una monosilábica frase así: "¡Saltimbanquis!". Esos hombres reacios a una emoción universal, esos ilusos, ignoran que hay sentimientos eternos y que hay cosas indestructibles. Dentro de cien años, sus biznietos, neurasténicos, refinados, enfermizos y esplináticos, se reirán ante el chiste ingenuo de un payaso y ante la caída del tony y seguirán con ojos absortos el vuelo vertiginoso de un volatinero. Y habrá también entonces quienes tengan el mismo gesto despectivo y la misma frase orgullosa: "¡Saltimbanquis!" Pero los saltimbanquis, que tienen en la vida y en la humanidad un rol más importante que los sabios sociólogos, seguirán prodigando entre los hombres el placer de la emoción y de la risa. Y siempre serán más numerosos los espectadores de una pantomima que los auditores de una conferencia sobre trascendentales fórmulas científicas.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 20–VI–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

22 de junio

Mi amigo M. y yo tuvimos miedo esa noche. Fue así:

Mi amigo M. y yo, habíamos llegado a la esquina de la calle de Boza. Eran las 10 de la noche. Ibamos a cruzar la irregular y vasta plaza de San Juan de Dios para entrar al teatro Colón. Nos detuvimos en la esquina y miramos el teatro que en el fondo de la plaza oscura ostentaba una luminosidad pálida y azulada. Los dos amamos la emoción. Los dos gozamos del peligro. Tácita y silenciosamente, sin decirnos una palabra, convinimos los dos en atravesar la plaza por en medio de la calzada, y desdeñar las dos aceras desoladas que conducen a la Avenida La Colmena. La plaza estaba solitaria. A un lado de ella, a lo largo de la acera izquierda, se extendía una ringlera de coches, cuyos pescantes estaban casi todos desiertos. Los aurigas erraban como sombras. Mi amigo M. y yo iniciamos la travesía de la gran plaza solitaria.

Tengo muy presentes la visión y las sensaciones en ese instante. Parecía que todas la bocacalles nos hubieran estado acechando. Y que hubieran aguardado con sigilo hipócrita nuestra resolución. Las bocacalles traicioneras habían esperado sin duda que nosotros nos dispusiéramos a atravesar la plaza por una ruta diagonal. Las bocacalles traicioneras comprenden probablemente que en nuestras resoluciones nos place la sencillez geométrica. Y apenas nos habíamos alejado diez pasos de la esquina de Boza, de todas las bocacalles salieron automóviles. Mi amigo M. y yo adivinamos el miedo próximo e irremediable. Mi amigo M. buscó en sus bolsillos un cigarro. Los hombres que fuman, van siempre al encuentro de una emoción con un cigarrillo en los labios. Yo no fumo. Me place sólo el tabaco rubio de los cigarrillos egipcios. Pero le temo a la languidez aromática de estos cigarrillos como a un amor peligroso.

Mi amigo M. no tenía cigarrillos. Se detuvo y me dijo: "Volvamos a la esquina. No tengo cigarrillos". Las bocacalles traicioneras quedaron burladas. Mi amigo M. y yo desandamos los quince pasos que habíamos

avanzado y regresamos a la esquina que nos aguardaba. Su vértice parecía un puerto. Los dos tuvimos la sensación de que arribábamos a un desembarcadero. Mi amigo M. entró en la pulpería. Mientras él compraba cigarrillos, yo jugaba con unos granos de un costal abierto que se exhibía a la entrada. La compra fue breve. Mi amigo M. salió de la pulpería. Los dos volvimos a detenernos en el vértice de la inquietante esquina. No nos dijimos nada. Nos miramos. La plaza estaba otra vez enormemente silenciosa y solitaria. Las bocacalles seguramente volvían a acecharnos. Nuestro pensamiento no discutió siquiera que debíamos atravesar la plaza por la gran ruta diagonal a través de la calzada. Por una acera vimos que transitaban un hombre y una mujer. Iban como nosotros al teatro Colón.

Parecía nuevamente que las bocacalles hubiesen estado en acecho. Cuando hubimos avanzado diez pasos, volvieron a salir de todas ellas luces de reflectores y voces de bocinas. Mi amigo M. encendió un cigarrillo. Luego guardó sus fósforos y su cigarrera. (Mi amigo M. sabe que yo no fumo nunca esos vulgares y plebeyos cigarrillos del estanco ni esos rastacueros y petulantes cigarrillos de La Habana que lucen churrigueresca envolturas). Y sentimos que todos los automóviles, que tenían encontradas direcciones, avanzaban hacia nosotros. Los dos estábamos silenciosos. Un coche de los que se hallaban detenidos a lo largo de la acera izquierda abandonó la ringlera y se puso en marcha. Luego otro. Y luego un tercero. Tuvimos la certidumbre de que íbamos a vernos fatal e irremisiblemente en medio de un torbellino de carruajes. Pasó muy cerca de nosotros un automóvil lujoso que torció después hacia La Colmena. Los dos nos vimos iluminados por su luz lívida. Parecía que se proyectaban en nuestros rostros dos llamas de alcohol. La candela del cigarrillo que mi amigo M. fumaba, palideció. Y el viento que hasta esos momentos soplaba, tuvo un desfallecimiento. Era como si las cosas hubiesen dejado de respirar misteriosamente. Ninguno de nosotros habría sabido decirle al otro una palabra. Sentíamos el vértigo del peligro. Y pensamos que probablemente no trascurrirían muchos segundos sin que un automóvil nos matase. Pronto nos sentimos envueltos en el torbellino. Dos automóviles que avanzaban paralelos se desviaron un poco para que nosotros pasáramos en medio de ellos. Luego siguieron nuevamente su marcha paralela. Habían hecho una leve y divergente curva para no matarnos. Y pasó otro automóvil, cruzándose con un coche. En el pescante estaba parado un negro con bufanda que castigaba las ancas agudas de sus caballos con un látigo que chasqueaba trágicamente. El automóvil se detuvo un poco para no atropellar al coche.

Y siguieron luego otros coches y otros automóviles. Nosotros avanzamos silenciosamente en medio de ellos. No teníamos prisa. Caminábamos con mesura. Y teníamos tan hondo dominio de nosotros mismos, tan aguda hiperestesia de nuestros sentidos, que este vertiginoso tráfico de coches y automóviles no nos había aturdido. Tampoco nos aturdían los gritos de las bocinas ni los chasquidos de los latigazos. El aturdimiento es una sensación vulgar que nos sustrae la sensación del peligro y de la tragedia. Los pobres diablos se aturden siempre. El aturdimiento evita el placer del miedo. Y el miedo es un placer martirizante y terrible.

De repente de una bocacalle, la más aviesa y encarnizada contra nosotros, salió el grito de una bocina más aguda, pertinaz y monótona que ninguna y que sonaba a dúo con un ruido de motor de gasolina igualmente agudo, pertinaz y monótono.

Era una motocicleta escandalosa y procaz como una grulla. La motocicleta trazó zigzags entre el torbellino de vehículos y avanzó rauda hacia nosotros. Nosotros sentíamos que su ruido se agrandaba y que la motocicleta era al mismo tiempo nuestro enemigo más feroz y pequeño. La arrojaba sobre nosotros la bocacalle, probablemente porque la bocacalle se exasperaba ante la posibilidad de no habernos amenazado todavía bastante. Mi amigo avivó la candela de su cigarrillo y me miró. Yo lo miré también. Pero nuestras miradas no quisieron comunicarse y entenderse. Si nos hubiéramos mirado un segundo más, se habría agigantado nuestro miedo. Porque los dos teníamos un miedo muy grande. La motocicleta pasó muy cerca de nosotros, rozándonos casi y al pasar junto a nosotros fue más alarmante y desesperado su bullicio y más copiosa su humareda.

Nos acercábamos al pedestal que está frente a la Avenida de La Colmena y sobre el cual se elevan una estatua y varias lámparas de luz. Estas lámparas parecen una araña de gas en un salón muy vasto. Hicimos una curva para no buscar el amparo de la breve acera y para seguir gozando el placer de nuestro miedo. Luego estuvimos a punto de arrepentirnos. La gran plaza y las bocacalles se dieron cuenta de que nos librábamos. Y el torbellino fue más intenso y horrorizante. De un lado de La Colmena surgió un carretón del trust eléctrico, de esos que llevan encima, como una pirámide, un complicado edificio de escalas. De otro lado surgió otro automóvil raro y chato que tenía dos organismos. En uno de ellos que tenía aspecto de juguete mecánico, iba un joven que dirigía el vehículo. En el otro que tenía aspecto de canasta iba otro joven que fumaba. Los carruajes nos encerraban incesantemente en raras elipses, que trazaban en colabo-

ración. Sentimos angustia, vértigo, terror. Y tan hondo cansancio de la travesía que habríamos preferido que un carruaje nos matara, en lugar de seguir sufriendo la amenaza de tantos. Bocinas, reflectores, caballos, todo nos asediaba furiosamente. Mi amigo M. y yo sentimos que las bocacalles y la gran plaza silenciosa habían querido matarnos de miedo.

Arribamos a la esquina del teatro Colón, agotados por las sensaciones. Desfallecíamos. Habíamos sufrido mucho. Callábamos. Sólo nos dijimos casi a un tiempo y como si hubiéramos conversado ya mucho sobre nuestra emoción: "¿Interesante, no?". Casi enseguida arribaban a la misma esquina los esposos burgueses que vimos avanzar por una acera. Y ella le dijo a él: "Hemos llegado muy temprano". Los dos tenían el aire de satisfacción que se tiene después de un ejercicio digestivo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 23–VI–1916)

Glosario de las cosas cotidianas

28 de junio

¿Le ha dicho a usted alguna vez la buena ventura una gitana? El Destino habló siempre por labios de mujer. En los oráculos, fueron sacerdotisas las que dijeron el porvenir e interpretaron las predicciones sentenciosas de los dioses. ¿Por qué el Destino ha hablado eternamente por labios de mujer? ¿Qué raras complacencias ha tenido siempre para los ojos de la hembra? ¿Por qué estos ojos han poseído o han parecido poseer tan extraño don de videncia? ¿Qué razón secreta de afinidad existe entre el alma sospechosa y aleve de la mujer y el misterio del Destino?

Los paganos oyeron hablar a los dioses por boca de las Pitonisas. Y más tarde, y hasta hoy, parece que hubiera sido la predicción virtud accesible preferentemente para la mujer. Quien en los últimos tiempos, novísima nigromante, ha hablado del porvenir, ha sido una extraña mujer, Madame de Thebes. Quien nos dice la buenaventura un día cualquiera, a la vuelta de una esquina, es otra mujer, una gitana trashumante y misteriosa. Las leyendas dicen que las brujas vuelan cabalgadas sobre escobas en las noches del sábado en pos de horribles aquelarres. Las Sibilas tuvieron magna sabiduría de lo futuro. Y la barata y sofista sacerdotisa de la cartomancia que aguarda curiosos y afligidos en el rincón oscuro de una casa desmantelada, es también una mujer. Entre los gitanos, esa gran raza agorera que va por el mundo como un símbolo de la inquietud de los hombres ante el misterio de lo futuro, son las mujeres las que tienen el sacerdocio de la predicción. Mientras ellas nos dicen el porvenir, los hombres reparan la vasija en deterioro. Mientras ellas ofician de ambulantes y mercenarias pitonisas, los hombres quitan la herrumbre y caldean el metal. Ellos prenden la lumbre, ellos cuidan a los niños, ellos arman el vivac, ellos amparan la familia, ellos amaestran el oso maromero, ellos aprenden y ejercen un oficio rutinario y elemental. Son una tropa de hombres que complementa la tropa de agoreras y que llena la función natural de la perpetuación de la raza.

Nadie sabe si sería por fuerza de la costumbre, por fuerza de la leyenda o, más bien, por fuerza de una íntima e inexplicable sugestión, que se encontraría anacrónico y odioso el augurio dicho por el hombre. Nadie sabe por qué se cree que sólo en la hembra puede residir la facultad de la profecía. Pero es así, sin embargo. No hay quien acuda con placer al oráculo de un sacerdote, brujo, eremita, hechicero o gitano. Parece que por extraña virtud el Destino sólo fuera accesible a la videncia de la mujer.

La profecía en boca del varón ha tenido siempre distinto y más alto significado. Ha parecido revestida de un don evangélico y adoctrinante. En boca de los profetas semitas, poseía misterio grandioso y trágico de sentencia de Jehová. La Biblia es el libro de los profetas. Y la Biblia es majestuosa, pura, altísima y sabia como la voz de Dios. Debe ser distinta la voz del Destino. ¿Quién sabe del libro de las Sibilas? El libro de las Sibilas será como la voz del Destino: pagano, amenazador, caprichoso, aleve y malo. Los oráculos eran cotizables y se podía evitar un mal por el cohecho de una dádiva. Las profecías de la Biblia son inexorables y rotundas. Son puras y austeras como la ley mosaica. En la Biblia se podía evitar un mal con una virtud y con un sacrificio. La dádiva que pedía Jehová era un holocausto o una purificación.

Los profetas hablaban para los pueblos y para la raza. No hablaban para un hombre. Un profeta anuncia una desolación. Una adivinadora predice un casamiento. Un profeta promete al Mesías. Una adivinadora promete una buena cosecha. Hay evidente desigualdad en el rol del hombre y de la mujer que interpretan el porvenir. ¿Quién sabe de la íntima y misteriosa razón de esta desigualdad?

Cuantos miran en las trashumantes agoreras de la gitanería y en las cartománticas hechiceras de los arrabales, las cultoras de una industria y de un comercio solamente, pensarán que la mujer tiene sobresalientes aptitudes para la trapacería, el engaño, la farsa y el escamoteo. Pero quienes dicen con tanto sentido común la razón de esta videncia cotizable de las mujeres, se equivocan de seguro. Es, más bien, que en la traición, alevosía y maldad del Destino, penetra mejor que el alma del varón el alma sombrosa de la mujer. En la oscuridad del porvenir, las almas sombrosas deben entrar como murciélagos. El misterio debe tener para estas almas visitantes e irruptoras, cierta rara cortesía que debe ser mueca hostil y enigma impenetrable para las almas intrusas y desconocidas.

Tan remoto como la memoria de los tiempos, es sin duda el afan de los hombres de investigar el porvenir. Los hombres no han sabido nunca ni

sabrán jamás conformarse con la ignorancia de su futuro. Por eso siempre al oráculo mitológico, como a la covacha de la agorera, fue la peregrinación de los hombres que quisieron preguntar lo que les esperaba. Los hombres sueñan con la felicidad y temen el dolor y se obstinan en averiguar si para ellos la vida va a tener la felicidad invocada o el dolor temido. Como son tan triviales e ingenuos, como seguirán siéndolo a través de todas las evoluciones de la civilización y de la ciencia, piensan que sabiendo el porvenir se puede adquirir un poco de dicha. Y no meditan que la ignorancia del Destino es siempre preferible. La amenaza imprecisa de una profecía funesta debe ser tremenda. La incertidumbre es consoladora. En el engaño está el único bienestar de la vida. Sólo somos felices las veces que nos imaginamos serlo. Y sin embargo de que lo sabemos, sin embargo de que coincidimos todos en que la felicidad no tiene forma precisa, nos empeñamos en saber si vamos a ser afortunados, si vamos a ser gloriosos, si vamos a ser viejos. Los que tienen un amor, inquieren por el porvenir de ese amor. Los que tienen una esposa, buscan la certidumbre de su fidelidad. Los que aspiran a la gloria, preguntan si les será accesible algún día. Los que tienen una chácara, anhelan saber si la cosecha será pródiga. Los que trabajan en un taller o en una oficina, interrogan si llegaran a ser amos. Todos aspiran a descorrer la cortina de un horizonte temido y anhelado. Y la inquietud universal no cesa de buscar la descifración del porvenir.

En esta investigación eterna, los hombres pensaron un día que la explicación de las cosas futuras estaba en los astros. Y los astrólogos envejecieron en la contemplación de los cielos y en la busca de raras cábalas que dijesen el destino de los hombres. La profecía científica tuvo su origen en el primer astrolabio. Y desde el primer astrolabio hasta hoy, muchos hombres han buscado con inútil empeño la ciencia exacta reveladora del raro logogrifo de las cosas.

Los gitanos, esa gente nómade, extraña, supersticiosa, trashumante, soñadora; esa gente a la cual no han preocupado nunca los problemas de la civilización; esa gente que ha visto sin su esfuerzo la invención del ferrocarril, del automóvil, del telégrafo, del transatlántico, es en la humanidad la facción misteriosa que cultiva la religión del augurio. Son un oráculo ambulante y disperso que satisface la universal curiosidad de los hombres. Sus mujeres aprendieron desde jóvenes la quiromancia y saben encontrar las huellas del Destino en la palma de la mano. Fíngense intérpretes del porvenir –que es impenetrable a través de todas las ilusiones, de los oráculos y de los adivinos–, y satisfacen la necesidad de

los hombres de escuchar como una promesa o como un nuevo dolor una voz predictora. Tienen una función piadosa y consolatriz cerca de los hombres. No les dicen la buenaventura por trapacería o engaño consciente. Ellas también son otras ilusas que obedecen secretas sugestiones. Van empujadas por un ideal de vaticinio de la dicha o la desgracia de los hombres ávidos.

Parece que las gitanas tuvieran el don de la videncia durante un período de su vida. Aquellas que ya han envejecido, aquellas cuyos ojos caducos no tienen vigor, aquellas cuyos labios no tienen frescura, van al lado de las otras, de las jóvenes, de las iluminadas tan sólo como confidentes, como custodios. Hacen menesteres domésticos, cuidan a los chicos y refieren consejas.

Yo siento, amigo mío, una gran emoción en presencia de esta raza nómade y vagabunda que ignora el hogar ciudadano; que gusta de todos los climas; que va del trópico ardiente a la puna boreal; que ha visto ponerse el sol en muchos horizontes distintos; que ha escuchado todas las lenguas y ha vivido entre todas las razas. El mundo debe parecerles un babel espantoso y laberíntico donde todos los hombres tienen el mismo sueño de la felicidad y rinden el mismo y vulgar tributo al trabajo, a la superstición, al amor, a la muerte, a la fortuna, al hambre y a la pasión.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 29–VI–1916 y en *El Tiempo*: Lima, 23–II–1917. En la reinserción aparece con título y subtítulo propios: "El destino, las gitanas y la clarovidencia de la mujer. Desde la voz de los oráculos hasta la voz de la cartomancia". Y ha sido suprimida la frase coloquial del comienzo)

Glosario de las cosas cotidianas

15 de julio

Yo no sé si después de las negociaciones, debates y componendas que han galvanizado el conflicto yanqui–mexicano, va a sobrevenir la guerra o va a restablecerse la paz entre ambos países. Cualquiera de estas soluciones no evitará que quede en todos los espíritus reflexivos de la América Latina la certidumbre dolorosa del fracaso y de la mentira de las ampulosas y bellas doctrinas y utopistas votos de latinoamericanismo que un día recorrieran todos los pueblos indoespañoles del continente y tuvieran convencido, vehemente y verboso paladín en el atildado literato Manuel Ugarte.

Desde que Manuel Ugarte hizo romería de apostolado y prédica latinoamericanista por la América del Centro y del Sur, ha sido ésta la primera vez que los yanquis invaden territorio latinoamericano con desmán e injusticia que no exculpa el pretexto de la persecución del avieso y forajido zambo Pancho Villa y de sus aviesos y forajidos secuaces. Si en épocas normales para las relaciones entre la inescrupulosa y manufacturera República del Norte y las indolentes Repúblicas del Sur, Manuel Ugarte, organizador de ligas, federaciones y logias latino–americanístas, aprovechó la iniciación del gobierno del catedrático Wilson para hacer la teatral postura de escribirle una epístola que le aconsejaba la adopción de una ruta de honestidad y de justicia; razonable y lógico habría sido esperar que, con ocasión de este conflicto, el circunstancial caudillo de tales logias, romerías, apostolados y posturas, hubiese tenido una actitud resonante, transcendental y sensible, condenando el avance de los yanquis y proclamando la solidaridad del sentimiento hispanoamericano con la causa de México.

Habría que preguntarse si Manuel Ugarte, entregado hoy a las preocupaciones de política casera, se ha desencantado de sus propagandas, doctrinas y latinoamericanismo y ha echado al olvido ideales, aspiraciones y utopías. Acaso Manuel Ugarte, después de sentirse Don Quijote

hidalgo y noble de un gran ideal, ha sentido abrumado su espíritu por el desengaño y por el convencimiento de que apostolados y quijoterías son anacrónicos en un siglo de utilitarismo, especulación y sentido práctico. Acaso encontró razonable y conveniente conciliar sus arrestos de caballero andante con la prudencia dicharachera de Sancho símbolo.

O tal vez, Manuel Ugarte, cuentista atildado, poeta galante y político o diplomático en gestación, en la época en que, con la aureola de su juventud y de su bohemia pero sin antecedentes que anunciaran con anticipación al apóstol, lanzó al mundo un libro lleno de previsiones e idealismos generosos e inició su apostolado; tal vez, entonces, sintió sólo un fugaz entusiasmo, estimulado por el justo anhelo de popularidad y éxito.

Como fuere, no hay duda acerca de que a Manuel Ugarte le interesan hoy escasamente los problemas de la América Latina y las amenazas de la expansión yanqui o de que, si le siguen interesando, no quiere o no sabe hacerlo sensible, o sus actitudes y pensamientos no encuentran ya la resonancia, eco y difusión que encontraran en instantes en que estaban revestidos de los atributos de la novedad y de la sorpresa. Ante el ultraje de una invasión que no puede estar suficientemente justificada por las turbulencias, convulsiones y desórdenes de la nación mexicana ni por las agresividades y pillajes de sus hordas de aventureros, Manuel Ugarte y el organismo de unión latinoamericana que su palabra forjara, han debido tener un gesto trascendental, resonante, fuerte, altivo, continental, que reuniese toda la gallardía de la protesta de una raza y toda la significación de la sinceridad de un ideal. Un gesto que fuese un gesto de la América Latina. No un mensaje telegráfico o postal, si lo ha habido, que dé impresión de telegrama o tarjeta de condolencia ceremoniosa, ritual y protocolaria. Con tal fórmula, el latinoamericanismo habrá adquirido atributos de organismo diplomático, pero habrá perdido todo el noble y romántico sentimentalismo que antes lo caracterizara bizarramente.

Yo recuerdo que hace más de tres años, cuando mi espíritu adolescente de entonces, a pesar de los raros escepticismos que siempre lo enfermaron, era juvenilmente accesible a la sugestión de grandes idealidades, escuché con enorme interés y sobrado entusiasmo la conferencia que Manuel Ugarte ofreció en el teatro Municipal con el objeto de soliviantar nuestros sentimientos latino–americanistas y nuestro orgullo de raza. Nunca tuve por los yanquis simpatía ni afecto, ni supo crearlos mi admiración por Edgard Poe y Walt Whitman. La sajona austeridad del virtuoso Washington, del leñatero Lincoln, del esforzado Franklin y del liberto Booeker,

jamás fueron bastantes para inculcarme amor a la raza anglo–americana. Pensaba desde entonces –yo pensaba ya a los dieciséis años– adversamente al hibridismo de las castas de América, exculpándolo en la hispano–española, en homenaje a las virtudes y gallardías que florecen siempre en los criollos hijos de indios y castellanos. Hallaron, pues, eco propicio en mi alma las palabras de Manuel Ugarte señalando el peligro de la expansión yanqui que me recordaron las vibrantes estrofas de Rubén Darío apostrofando a Teodoro Roosevelt y a su raza; y con ingenuidad no común en quien tenía entonces tan escasos optimismos, pensé que el verbo del poeta argentino sería la simiente de una gran cruzada del pensamiento y de la acción latinoamericanos, para defender su suelo, sus tradiciones y sus cosas, de la América sajona y enemiga. Mi distinguido amigo don Luis Ulloa, utopista incorregible y mucho más apóstol y más sincero americanista que Manuel Ugarte, contribuyó en parte a mi extraño optimismo.

Hoy –tres años hace que no pensaba en "el porvenir de la América Latina", en la expansión yanqui, ni en el imperialismo amenazador de Mr. Teodoro Roosevelt–, en presencia de que los Estados Unidos han respondido con una invasión a los licenciosos desmanes del deshonesto y audaz revolucionario Pancho Villa, he sentido la resurrección de los sentimientos que tanta vibración tuvieron en mi lírica alma de adolescente. He leído con asombro que las cuerdas diplomacias hispanoamericanas, acogiéndose al estado de turbulencia de México, llegaban a aceptar la justicia de que las legiones de Mr. Wilson, el más temperante y cristiano presidente que, por otra parte, han tenido los Estados Unidos en los últimos tiempos, se dispusiesen a ultrajar la soberanía indefensa y débil de la nación azteca. Y me he preguntado entonces, amigo mío, cuáles iban a ser las grandes y sonoras actitudes, que románticas o no, eficaces o no, iban a adoptar Manuel Ugarte y todos los devotos de su apostolado grandilocuente y sabio.

Creo ahora sinceramente que la América y mucho más la América española, no es tierra de apóstoles. Los criollos son hombres indolentes, cuyo temple de espíritu y condiciones de perseverancia, voluntad y carácter, son escasas casi siempre por muy grandes que sean su talento y abnegación. De la América española no saldrá no sólo ningún Lutero, ningún Sakya Muni, ningún Mahoma, ningún Confucio, ningún Loyola, ningún Pedro el Ermitaño, sino tampoco ningún John Barrett, preconizador tenaz del panamericanismo. El mismo señor Eugenio Noel, expurgador y execrador de tantas lacerias de España, cuya constancia no está aún

muy puesta a prueba, sería aquí un poco exótico. La abulia es dolencia de la raza y como en ella casi todos carecemos de tenacidad, encontramos un poco ridículos a los que la demuestran en empresa más o menos original o idealista.

Y hay un caso, presentado precisamente en nuestro suelo y en nuestra raza, cuya cita conviene. Túpac Amaru, que tuvo el vano ensueño del restablecimiento del imperio y de la dinastía incásicas, halló en su ensueño y en su cruzada escasos prosélitos y acabó derrotado y ajusticiado en el más absoluto y doloroso de los fracasos.

Y finalmente, el doctor Lizares Quiñones, diputado por Azángaro, visionario preconizador también de la restauración del Tahuantisuyo, no ha logrado hasta ahora conseguir un solo adepto en su cámara, que lo mira con risueña y amistosa tolerancia. Y, el general Rumimaqui, ex subprefecto y ex presidente del Comité de Salud Pública, concluirá sentenciado vulgarmente por un tribunal de justicia militar.

Julio de La Paz, que nos señala el peligro de la muy amable raza amarilla, será nuestro último apóstol. No quiero hacerle augurios.

JUAN-CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VII–1916. Y en *Invitación a la vida heroica*, selección preparada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados (Lima, 1989), pp. 66–69)

GUIGNOL DEL DIA

AÑO NUEVO

Nochebuena. Iluminación en la vía central, en la Plaza de Armas y en Paseo 9 de Diciembre. Fantasmagorías luminosas de pirotecnia criolla y de pirotecnia japonesa. Flujo y reflujo de gentes que desfilan por las aceras y que a ratos se desbordan en las calzadas. Niños que suenan pitos y que llevan globos cautivos. Carpas de vivanderas con oriflamas de papel. Tamales y bombones. Chicha y champán. Cuando nosotros nos ponemos delante de la "Underwood", testigo de tantas incertidumbres, llega hasta nosotros el rumor de alegría de las calles como una tentación.

Y pensamos que mientras nosotros golpeamos el teclado y maculamos las cuartillas, fuera las gentes se regocijan porque un año se va y otro viene, porque es ritualidad antigua alegrarse en esta fecha, porque hay más luz eléctrica que de costumbre en las calles y porque a las doce de la noche ha sonado un cañonazo y luego otro y otro y otro, todos rotundos, solemnes como una salutación misteriosa.

Y en que hay burgueses que llenan los teatros y pasean en automóviles y pobres diablos que sudan y se estrujan entre un tumulto de promiscuidad abigarrada por ver mejor los fuegos y no perder detalle del vuelo raudo de la "paloma".

Y en que las alfombras de los salones presidenciales se hunden bajo pisadas de charol, en tanto que la cortesía de los fracs hace genuflexiones y los guantes de previl prestan su complicidad al convencionalismo de los cumplidos.

Y pensamos también en que nos sobran cuartillas y será baldío nuestro esfuerzo en pos de temas. Nada pasa. Nadie murmura. Nadie se mueve. El chisme político, en estas etapas de reconstitución y de reposo, parece muerto. Se le siente rondar de vez en vez, sonámbulo y mudo, como un alma en pena...

LAS TARDES PARLAMENTARIAS

Las tardes parlamentarias nos atraen de cinco a siete y media. Casi a las mismas horas de las tandas vermouth, de las películas Hesperia o Bertini y de la zarzuela española. Y tenemos con frecuencia el consuelo de no cansarnos y de no aburrirnos de ellas. Hay casos en que las preferimos a las películas y a las zarzuelas. Y entre una copla de la señora Ferrer y un discurso del señor Vivanco, preferimos siempre el discurso.

Los oradores hacen raros malabarismos con los argumentos económicos y se suceden las divagaciones abstrusas y las ideologías solemnes. De rato en rato el señor Secada pone un paréntesis risueño y grita sus nerviosas intransigencias, en la cámara joven.

–¡Si no hay criterio! ¡Mientras se mueren de hambre los indefinidos, digieren como unos heliogábalos los obispos y gozan de seráficas opulencias los canónigos en olor de santidad!

El señor Sánchez Díaz se solivianta pero se calla. El señor Hoyos Osores le sujeta precaucionalmente. El señor Basadre se sonríe.

Otras veces es una moción del señor Torres Balcázar la que rompe la monotonía de los debates. Su señoría toma en serio su papel de líder de oposición y lo interpreta que es un primor. Le echan en cara que obstruye y su señoría contesta que son los mayoristas los que obstruyen, porque le replican, porque le discuten y porque finalmente remiten al consolador refugio del archivo sus proposiciones a veces burlonas y a veces paradógicas. Enseguida el señor Borda, que hizo en los paliques semifamiliares del Cabildo su práctica oratoria, se baja al ruedo y, muy erguido, puestos los pulgares en las sisas del chaleco de fantasía, adopta una postura para kodak. Si algo lamentamos en esos momentos es no tener las aficiones fotográficas del doctor Flórez o de don Clemente Palma.

Y así se suceden las discusiones áridas y trascendentales con las vehementes intromisiones de la retozona e inquieta travesura de la minoría.

Con todo, hay diputados a los que nada saca de sus casillas. Viven en perpetuo nirvana. Uno de ellos es el señor Gamarra (Don Abelardo). El señor Gamarra cabecea o escribe "Integridad". Sólo tiene la obsesión de la Biblioteca y del Jurado Concha, que a veces le hacen enviar a la mesa un pedido humorístico y del más puro criollismo. Le imita el señor Uceda. Y ambos se admiran. Ambos sólo dan votos de conciencia. Lo sabe todo el mundo. Tanto que cuando se resuelve un punto, nosotros creemos a pie

juntillas que la verdad reside en el voto del señor Gamarra y del señor Uceda.

Pero nadie como el señor don Juan Domingo Castro. Hundido en su poltrona añora su ardoroso período de candidato a la alcaldía y de amigo del Sr. Billinghurst. No se le siente siquiera. Es tan chico que hay veces que no se sabe si está o no en la sala. Apenas si a la hora de las votaciones nominales, se le escucha un monosílabo.

Y todos los días sucede el espectáculo. Los líderes que discuten las cuestiones que a nuestra frivolidad no se le alcanzan. Las diatribas interminables de la minoría. La erudición militar del señor Ruiz Bravo que se cuadra chico a chico con el Ministro de la Guerra y la erudición náutica del señor Borda que evoca aún sus bizarros tiempos de guardiamarina.

Hasta la barra se desbanda y llega muy contada a los asientos de la galería, después de pasar por el tamiz de la guardia que exige más trámites que para una herencia.

Y el señor Tudela y Varela, hastiado de escuchar que se barajen guarismos y se alambiquen arduos argumentos financieros, deserta en ocasiones y cede su silla al señor Peña Murrieta, que pone un empeño heroico por pasar a la historia.

LA LOTERIA DE LA CELEBRIDAD

A Max Nordau pertenece esta frase que nos acaba de venir a la memoria. (Un cohete rezagado acaba de poner una rúbrica sobre el trozo de cielo a que da marco la ventana de nuestra estancia y nos espolea para que terminemos y nos confundamos en la fiesta). Y confundimos en una promiscuidad amable la evocación de Max Nordau con la nostalgia de la nochebuena, estimulante y sabrosa como una vianda criolla, a propósito de la personalidad gigante del señor Peña Murrieta que está, sin duda alguna, en los aledaños de la inmortalidad.

Aún creemos verlo en la sesión memorable de la promulgación de la libertad de cultos, tremolando el rollo de la autógrafa como una bandera. Aún le admiramos asaetado por miradas femeninas y ensordecido por clamores femeninos también. Miradas desprovistas del tamiz de displicencia del impertinente y clamores enemistados en la meliflua entonación de la coquetería.

Los anatemas sonaban bíblicos, solemnes, inexorables:

–¡No estrechará tu mano la elegancia enguantada de las manos de las

damas!

–¡No se franquearán los umbrales de los salones alfombrados, para que pase tu corpulencia gigante!

–¡No habrá para ti el gesto de una sonrisa en un rostro disfrazado a medias por la complicidad del abanico!

–Tu requiebro hallará sólo gesto avinagrado y desdén tiránico!

El señor Peña Murrieta es, desde ese día, célebre. El lo comprende bien así. Y es ya otro. Y ha morigerado su saludo. No es ya el saludo campechano, franco, jovial, rotundo, sonriente. Es ahora el saludo solemne, ceremonioso, austero, discreto, diplomático, enmarcado dentro de los estrictos límites de la alta cortesanía social. Y con el saludo, el señor Peña Murrieta ha cambiado de apretón de manos y de dialéctica. El apretón de manos es ahora suave y reposado y la dialéctica antes desbordante, metafórica y profusa, es ahora seca, diáfana y parca. Las antiguas figuras retóricas de directa relación con la profilaxia, han desaparecido de la oratoria del señor Peña Murrieta.

Sólo una cosa le falta al señor Peña Murrieta. Ser ministro. Le desespera que lo haya sido el señor Ráez, pero le consuela un poco que el señor Ráez no ha llegado a primer vicepresidente de la Cámara, ni ha promulgado libertad alguna.

PUNTO FINAL

Esto de punto final, lector, no se refiere a que concluimos esta crónica, como muy bien podría parecerte. Se refiere a que ayer la elocuencia indiscutible de cincuenta y dos carpetazos puso punto final a la discusión del presupuesto. Ya era tiempo, dirás, tú, lector, que no tienes seguramente paciencia para leerte el Diario de los Debates de la Cámara joven, en estos días de grave disertación.

Algo se advertía en el ambiente, al iniciarse la sesión. Los líderes cuchicheaban. El señor Ráez sonreía. El señor Castillo se regodeaba. El señor Solar se frotaba las manos. Los ministros tenían el mismo aspecto resignado y plácido de todos los días.

Habló el señor Borda. Habló largamente. Y habló el señor ministro de guerra. Pidió sesión secreta. Hizo revelaciones. Y concluyó suavemente, untuosamente, serenamente.

Luego se puso de pie el señor García Irigoyen. Se sacó un papel de la americana impecable, lo desenrolló y lo mandó a la mesa.

–¡Guillotina! –gritó el señor Torres Balcázar, desgañitándose.

–¡Bravo! ¡Bravo! –exclamaron los de la mayoría.

Y se leyó la moción. Y se aprobó entre aplausos.

El señor Torres Balcázar daba voces desaforadas:

–¡Yo hablo! ¡Yo me opongo! ¡Yo acuso!

El señor Borda, todo rojo, gesticulaba. El señor Salazar y Oyarzábal se ponía en jarras. El señor Secada decía sentencias.

Y en casi todas las carpetas golpeaban manos frenéticas que aplaudían desesperadamente.

Se rectificó la votación. Y fue aprobada la votación por más votos que la primera vez. Se rectificó nuevamente. Y fue aprobada la moción por más votos que la segunda vez. Si se sigue rectificando, se quedan solitos el señor Borda, el señor Torres Balcázar, el señor Químper, el señor Secada, el señor Ruiz Bravo y el señor Salazar y Oyarzábal.

Comenzó la votación del presupuesto.

El señor Salazar y Oyarzábal se puso a mitad del camino con los brazos abiertos, ni más ni menos que quien se dispone a parar un automóvil que vuela en una carretera.

El señor Secada le gritó:

–¡Suicida!

Y el señor Borda, más sentimental:

–¡Héroe!

Por fin consiguió el señor Salazar y Oyarzábal una tregua hasta el lunes para la aprobación del presupuesto.

Y al terminar el señor Borda tuvo una actitud denodada;

–¡Todo lo que ha dicho Torres Balcázar lo hago mío! ¡Mío, mío, mío! ¡Estoy a la disposición de ustedes!...

(En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1916)

PARENTESIS

Ayer nos aburrimos. Animado, bullicioso y festivo para todos el día, fue para nosotros soporífero, sombrío y antipático. En la mañana, ir y venir de las damas que hacían piadosa visita a los templos y formación disciplinada de los pollos que atisbaban a las damas en atrios y umbrales "smart". En la tarde, desfile de coches ocupados por familias burguesas que paseaban o por caballeros vestidos de grave etiqueta que hacían visitas de cumplidos. En la noche iluminación, cohetes, tráfico de coches y automóviles, marejadas de gentes a pie que paseaban con sencillo e ingenuo espíritu de divertirse. En los teatros, democrático concurso, ambiente de polvos de "terciopelina", de bisutería y de similor. Ni toros, con la algarabía plebeya y colorista de los tendidos rebosantes; ni carreras, con la cortesanía mesurada y reverente de las rondas del padock. Ni sesión en las cámaras, con discurso del señor Borda o del señor Torres Balcázar o del señor Salazar y Oyarzábal. Nada. Nada.

Porque este 1° de enero ha tenido indudablemente una circunstancia fatal. La de ser inoportuno. Sin él, ayer habríamos tenido nuevos y bulliciosos incidentes en la cámara joven. La mayoría se habría puesto en sus trece para aprobar el presupuesto. Y la minoría, en una de esas posturas heroicas tan suyas en que el señor Torres Balcázar se inflama, el señor Borda se yergue, el señor Secada golpea la carpeta, el señor Salazar Oyarzábal se crece y el señor Ruiz Bravo pierde el juicio, se habría parado enterita, unánime, indomable, para decir que esa no es una mayoría ni tiene conciencia porque a ella, que es la minoría, no le deja hacer lo que quiere. ¡Ha visto el lector! Una mayoría tan intransigente, tan intolerable, tan cerrada, que se permite tomar acuerdos que a veces disgustan a la minoría.

Y en perspectiva estos nuevos incidentes, estas nuevas protestas, estos nuevos clamores, el día de ayer ha marcado un paréntesis. Un paréntesis que se extiende al de hoy. Apenas si las promesas de la tarde taurina son relativamente reparadoras.

BESAMANOS

Nosotros tenemos la virtud de olvidarnos de todo. En los tiempos que corren es una gran virtud, indudablemente. Vemos pasar en coche, de levita y chistera, al señor Tudela y preguntamos:

–¿A dónde va el señor Tudela?

Y nos contestan:

–Al besamanos.

Y vemos pasar al señor Peña Murrieta, también en coche y de levita y chistera:

–¿A dónde va el señor Peña Murrieta?

Y nos contestan:

–Al besamanos.

Y vemos pasar al señor Manzanilla:

–¿A dónde va el señor Manzanilla?

Y nos contestan:

–Al besamanos.

Y vemos pasar al señor Balbuena:

–¿A dónde va el señor Balbuena?

Y nos contestan:

–Al besamanos.

Y el señor Balbuena nos hace un saludo desmesurado, un saludo que a nosotros se nos antoja que se descuelga hasta el sardinel, como diciéndonos que sí.

Siguen pasando coches, chisteras y levitas con jubiloso rumbo a Palacio. Es el primer besamanos de la administración actual. Están ahí todos los funcionarios, todos los políticos, todos los altos personajes. Y con ellos muchos cuerpos y muchos espíritus genuflexos. Reverencias, apretones de manos, sonrisas.

Después, desfile de los visitantes de S. E. que se desparraman por la vía central, poniendo en ella la nota ceremoniosa de sus trajes de etiqueta. Coches que ruedan con un estrépito grosero de cascos y de fustas. Automóviles que marchan, aristocráticos y luminosos y que concilian y orquestan el sigilo de sus llantas con el grito traicionero de sus bocinas.

En una esquina, el señor Escardó y Salazar (don Enrique) se encuentra con un amigo que viene del besamanos.

–¿Y usted, doctor, no ha ido al besamanos?

El señor Escardó, melancólico, chico, dolorido, contesta:

–¿Pero no sabe usted amigo lo que yo dije ayer? ¡Los diputados de la minoría no vamos nunca a palacio!... Y yo soy consecuente...

Y luego, se queda sonámbulo, taciturno y repite:

–¡Nosotros los diputados de la minoría!...

Toda una profesión de fe.

¡PALABRA!...

–Este que viene por la acera del frente es casi un apóstol. Es el señor Capelo. Es el presidente de la Pro indígena.

–Ajá.

–Viene del besamanos.

–¡El señor Capelo!

Nos restregamos los ojos y gritamos:

–¡Mentira! ¡No es el señor Capelo!

–¡Ustedes están locos, pobres hombres! ¡Es el señor Capelo!

–¡No viene entonces del besamanos!

–¡Viene del besamanos!

–¡No es entonces el señor Capelo, demócrata!

–¡Es el señor Capelo, demócrata!

–¡No es entonces el heroico líder oposicionista del Senado.

–¡Es el heroico líder oposicionista del Senado!

–No lo creemos.

–Pregúntenselo ustedes.

Volvemos en nosotros mismos. Es, efectivamente, el señor Capelo. Y viene de Palacio. Y viene del besamanos. Y viene de cumplimentar a S. E. La nostalgia de Palacio le mata. Desde que fue ministro, sueña con la faja ministerial que un día ciñera su cintura. Sueña con el ministerio de fomento. Sueña con el camino del Pichis. Sueña con la funesta reforma que le echó encima, convertido en un energúmeno, a todo el gremio profesional. Y no sueña con el señor Zulen, porque el señor Zulen no es como para un sueño...

ENTRE BASTIDORES

Hemos buscado por todo Lima al señor Borda y al señor Torres Balcázar. Pero no les hemos buscado para entrevistarlos, ni para fotografiarlos. Los hemos buscado para verlos no más. Al despertarnos esta

mañana, se nos ocurrió que no habrían amanecido iguales. Que estarían más altos. Que les habría salido barba. Que se habrían puesto calvos. Que exhibirían cualquier otro síntoma de inmortalidad. Chifladuras nuestras que explican cómo somos casi siempre pueriles, ingenuos y sencillos. "Las mil y una noches" y "El ratoncito Pérez" se dan la mano en nuestras almas ingenuas.

Y hemos encontrado al señor Borda y al señor Torres Balcázar. Estaban juntos. Les vimos ufanos, engreídos, orgullosos. Pero no les vimos ni más grandes, ni barbudos, ni calvos. Nos acercamos de puntillas a ellos para mirarles de cerca. Y los encontramos perfectamente iguales. Ha sido una desilusión.

Y entonces, viéndolos se nos ha antojado que semejan dos actores fuera de la escena. Dos actores de tragedia. Nos rectificamos. Sólo el señor Torres Balcázar es actor de tragedia. Su talento pide a gritos coturno y zueco. Tiene el ademán, tiene la solemnidad, tiene la entonación, tiene el misterio de los héroes de Esquilo, de Sófocles y de Shakespeare. En cambio el señor Borda es actor de comedia. Fino, elegante, exquisito, nos parece encontrarle en el escenario de la última farsa francesa. Nadie como él matizaría un diálogo, nadie como él expresaría una pasión, nadie como él haría un mutis. Sobre todo un mutis. El público quiere verle en mutis cuanto antes...

Hoy son los actores a la moda. Salen a la calle y las mujeres los miran. Y los hombres los envidian. Y todo el mundo los guapea. El señor Borda que tiene viejas arrogancias donjuanescas, se siente en la gloria, se almibara, prende un puro, tose, tira la flor que se le marchita en el ojal y se pone otra. El señor Torres Balcázar, siente que en la cabeza se le forma una almáciga de paradojas, de figuras retóricas, de párrafos rotundos y gesticula. Pensamos nuevamente en que todo en él pide coturno y zueco.

(En *La Prensa*: Lima, 2-I-1916)

¡ZAFARRANCHO!

Los diputados se soliviantan. Se repiten aún de memoria las frases que los señores Borda y Torres Balcázar, mancomunados y solidarios en ideas, gestos, sentimientos y guapezas, dijeron en la sesión de fin de año que fue como quien dice una despedida trágico–cómica de ese 1915 incoloro y mestizo. Y los de la mayoría trinan y los de la minoría se regodean, se ponen en jarras y se miran en el espejo. Esto de mirarse en el espejo parece del señor Borda.

¡Pum, pum, pum! No ha quedado la intriga en laboriosos escarceos a través de las páginas del Marqués de Cabriñana, que tiene tan bien ganada su celebridad como el señor Peña Murrieta o como el inventor de la Emulsión de Scott, a quien de chicos pedíamos que el diablo confundiese. No. Los padrinos no se han limitado a hacer la exégesis de las arduas pragmáticas del marqués hispano. Y el señor Borda que tiene proporciones de héroe y de girondino se ha batido con el señor Idiáquez, firmante de la moción de guillotina.

Un duelo que ha tenido a todo Lima con el alma en un hilo. ¡Pum, pum, pum! Un mundo de disparos, un arsenal de pólvora. Pero para gloria de esta villa y del parlamento, ambos contendientes perfectamente ilesos y serenos.

Pero no ha sido sólo este desafío. Perdemos la cuenta casi. De puro nerviosos, en cuanto veíamos dos diputados juntos, pensábamos que eran una pareja de padrinos. Vimos, por ejemplo, al señor Barrios y al señor Ruiz Bravo y se nos metió entre ceja y ceja que eran padrinos del señor Corbacho.

Y en cuanto hallamos al señor Corbacho, se lo dijimos:

–¿Se bate usted? ¿En Miraflores? ¿En la Magdalena? ¿En el Medio Mundo? ¿A pistola?

Todo esto, seguidito, sin tomar aliento, sin pararnos en las interrogaciones.

Y el señor Corbacho, horrorizado, nos repuso:

–¿Otro duelo yo? ¿A pistola? ¿Se han vuelto ustedes locos? Yo no me bato más. ¡Yo soy teosofista!...

¡ATENCION!

La minoría tuvo solemne cónclave ayer en la mañana. Fue en la casa del señor Borda. Estuvieron todos sus miembros, menos el señor Grau, en el cual los entusiasmos de la juventud languidecen y decaen desde que es burgomaestre.

Se encerraron. Taparon las rendijas. Y se quedaron dentro una hora, como si se hubiesen dormido. Ni cuchicheaban.

A la salida asaltamos al señor Secada:

–¡Yo estoy en Babia! ¡Yo no sé nada! ¡Yo no transijo! ¡Yo no me caso con nadie!

Y nos asaetaba a través de sus lentes espesos y rutilantes.

Abordamos después al señor Torres Balcázar. Y el señor Torres Balcázar se puso solemne, grave, abacial:

–Psch! Poca cosa. Minucias. No vale la pena. Créanme ustedes...

Más tarde el señor Salazar y Oyarzábal:

–No me pregunten. Yo pienso como Licurgo, que no se espontaneaba nunca con los periodistas.

–¡Pero si en la época de Licurgo no había periodistas!

–¡Como Viviani, entonces!

Por fin detenemos al señor Ruiz Bravo, más franco, más jovial, más camarada, menos receloso.

–¡Chist! ¡Nos hemos conchabado!

–¿.....?

–Hemos combinado un plan de campaña enterito.

Se pone marcial, arrogante, como si viera al señor Ministro de Guerra.

–Sí. Un plan mejor que el de las maniobras...

–¿.....?

–Todo está dispuesto. Tenemos pensados ataques, movimientos envolventes, cargas a la bayoneta. Y todo un parque: minas, granadas, gases asfixiantes...

–¿.....?

–Y para que nada falte, tenemos también lista la retirada...

Hay que creer al señor Ruiz Bravo.

Llegamos al Palacio Legislativo en coche, de prisa, angustiados. Y con más fatiga que los caballos que habían sufrido en sus flancos el látigo despiadado del auriga. Entramos corriendo. Y nos encontramos en el vestíbulo con el serenísimo doctor Luis Varela y Orbegoso, muy señor y amigo nuestro:

–¿Qué les pasa a ustedes pobres hombres? ¿Han perdido el juicio?

–Todavía.

Y enseguida ansiosos.

–¿Ha empezado ya la sesión? ¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa?

El serenísimo doctor Varela y Orbegoso nos miró compasivos:

–No ha empezado todavía. Ni empezará en mucho rato.

Le sacamos el reloj. Y se lo pusimos delante de los ojos:

–¡Si son las cinco!

–¿Y qué? No ha empezado. Hay pequeños *pour parlés*.

Y nos agrega sigilosamente:

–¡La procesión anda por dentro!

Entramos a escape. Atropellamos al señor Gamarra (don Abelardo). Atropellamos al señor Macedo.

En el salón, la mesa estaba desierta. El coronel Tapia y el comandante Fernandini dormitaban en sus sillas. Los cronistas bostezaban y pintaban monos en las cuartillas.

Un diputado nos dijo sigilosamente:

–¡La procesión anda por dentro!

Nos convencemos de que seguramente ha hablado con el doctor Varela y Orbegoso.

Salimos al salón de los pasos perdidos. Recorrimos los pasillos. Aguaitamos al salón de la presidencia. Nos metimos en la cantina. Aquí y allá había conciliábulos. Los diputados conversaban y conversaban. Un amigo nos ofreció soda. Nosotros la desdeñamos por supuesto. Y salimos nuevamente.

Pasaron diez minutos. Pasaron veinte. Pasaron treinta. Pasó una hora. Pasó hora y media.

Se nos dijo que la minoría se conchababa con la mayoría para evitar un nuevo incidente y para solucionar el ya producido.

Le pedimos una confirmación al señor Secada, quien nos gritó en la cara:

–¡Mentira! ¡Nosotros no transigimos! ¡Nos batimos en regla!

Y el señor Ruiz Bravo corrió a decirnos:

–Sí señor, nos batimos. ¿Por qué no comienza la sesión? Pues, porque nos tienen miedo...

Y se frotó las manos.

Llegamos a convencernos de que la minoría tramaba un plan terrible. Dimos diente con diente. Y esperamos que comenzase la sesión como quien espera un combate...

¡FUEGO!

El señor Tudela y Varela ocupó la presidencia a las 6 y 35. Y abrió la sesión. Después expuso que lo que habían dicho los señores Borda y Torres Balcázar estaba muy mal dicho. Y que había que rectificarlo por honor al parlamento.

Se paró el señor Salazar y Oyarzábal. Casi nos caemos de susto. Creímos que se iba a comer vivo a todo el mundo. Medimos la distancia que nos separaba de la puerta.

Nos pareció que el señor Secada gritaba desaforadamente:

–¡Ahora! ¡Fuego!

Vimos al señor Ruiz Bravo gozoso, radiante.

Pero nada. El señor Salazar y Oyarzábal, muy suavemente, muy dulcemente, muy amablemente, dijo que todo lo ocurrido se liquidaba con la ayuda del Marqués de Cabriñana, que nadie había ofendido a la Cámara, que ahí no había pasado nada.

Abrimos una boca grandaza.

–¿Que no ha pasado nada?

El señor Gamarra (don Abelardo) sonreía. El señor Ruiz Bravo se hacía el disimulado. El señor Torres Balcázar contaba los focos de luz eléctrica.

Siguió luego el debate como una seda. La prestigiosa palabra del señor Ulloa sonaba insinuante, persuasiva, serena.

De pronto el señor Escardó y Salazar (don Héctor) pidió a gritos mutación:

–¡Si no hay quórum! ¡Que se pase lista! ¡Y que se publique quiénes faltan! ¡Porque los de la minoría estamos aquí toditos! ¡No falta ni uno! ¡Para lo que ustedes gusten!...

(En *La Prensa*; Lima, 4–I–1916)

MUTIS

El Senado está desoladísimo. La figura bizarra del bizarro general don Pedro Diez Canseco falta en él. Y que falte en el Senado el general Diez Canseco es cosa tan grave como si faltase el general Canevaro o el señor Picasso. Porque el general Diez Canseco es en el Senado lo más romancesco, medioeval e hidalgo que cabe pensr. Así como el general Canevaro tiene tipo genuino de cardenal galante o de dux veneciano. Y así como el señor Picasso es un tribuno provinciano burgués, rentista y ladino.

Hasta hace muy poco tiempo el general Diez Canseco se arrellanó en la misma silla presidencial que el señor don Manuel Camilo Barrios, a quien Dios conserve en tan excelso puesto por muchos años, para honra y prez de Moquegua. Solemne, grave, esfíngico el general Diez Canseco parecía sacado de una gloriosa estampa antigua y colocado bajo el dosel nobilísimo de la presidencia de la Cámara vieja. Estamos seguros que como presidente del Senado tiene toda la arrogancia disciplinada de un generalísimo y que como generalísimo tendría toda la grave mesura de un senador.

Y este bizarro personaje, que tiene seguramente ganada ya la senaduría vitalicia en el corazón de sus codepartamentanos, era el solo sustituto posible del señor Barrios. La presidencia del Senado le venía como mandada hacer. No habría pasado lo mismo en la Cámara de Diputados, donde el señor Secada le habría escandalizado con sus anticlericalismos, donde el señor Ruiz Bravo le habría hecho perder el juicio con sus indisciplinadas diatribas contra el Ministro de Guerra, donde el señor Gamarra le habría soliviantado con sus pedidos con humor de chascarro y sabor de picante criollo y chicha de maní –cosa que le encanta al señor Gamarra– y donde el señor Torres Balcázar se le habría cuadrado pico a pico en la más irreverente de las interpelaciones.

Al señor Torres Balcázar le habría dicho seguramente:

–¡Al orden!

Y si insistía:

–¡Arrestado!

Y si el señor Torres Balcázar no se achicaba, el general Diez Canseco no habría sabido contenerse y habría ordenado seguramente: –¡Que lo fusilen!...

WAGNER, EL CONDE DE LEMOS Y EL SEÑOR MACEDO

El Conde de Lemos, grande y buen amigo nuestro –nosotros, como los emperadores y como los presidentes de la república, tenemos grandes y buenos amigos–, dialogaba con nosotros en la Inquisición –que estando presente el Conde de Lemos adquiere todas las proporciones de un Jardín de Academos– sobre temas selectos y altísimos. Esto no tendría nada de particular. Pero he aquí que interrumpió nuestra charla el paso del señor Macedo con rumbo a la Cámara de Diputados. Y nosotros saludamos al señor Macedo.

El Conde sacó el monóculo, se lo ajustó trabajosamente en un ojo y miró al señor Macedo. Luego volvió hacia nosotros:

–¿A quién saludáis?

–Al señor Macedo.

–¿Saludáis al señor Macedo, diputado?

–Sí.

–No volveréis a tratar conmigo, entonces. Yo me tuteo con Wagner.

–¿Y el señor Macedo?

–Este tal Macedo está excomulgado por Wagner. Se quedará sin conocer "El Anillo de los Nibelungos".

–¡.....!

–Pero, ¿estáis bellacos, amigos míos? ¿No es este señor Macedo el que despotricó contra la Filarmónica y dijo que la música era absolutamente inútil? ¿No es éste enemigo impávido de Beethoven? ¿No es éste el impugnador del "Claro de Luna"? ¿No es este réprobo, el que se ríe de Grieg? ¿Sabe qué es un adagio, sabe qué es un trémolo, sabe qué es una fuga?

–¡Cualquiera sabe qué es una fuga!

–No me hagáis chistes bellacos. Respondedme más bien. ¡Este señor Macedo seguramente admira a un tal Penella, autor de "Las Musas Latinas"!

–Este señor es efectivamente el enemigo de la Filarmónica. Pero no sabemos si es enemigo de Wagner. ¿Se lo ha dicho a usted Wagner?

–Wagner no le toma en cuenta. Le ha excomulgado por indicación mía. ¡Y a vosotros gacetilleros frívolos os haré excomulgar también si no diatribáis también contra este iconoclasta!

–Ya le impugnamos una vez.

–Efectivamente, vosotros y Enrique Barreda le atajasteis el año pasado. Pero el señor Macedo reincide. El señor Macedo se empeña en que el Estado no fomente la música y vosotros que escribís en los periódicos, debéis asaetearle con vuestras plumas.

El Conde de Lemos se despide solemnemente de nosotros.

Cuando está ya a algunos pasos se vuelve hacia nosotros y nos grita con voz flaca y anodina:

–¡De otro modo no oiréis "El Anillo de los Nibelungos"! ¡Os confundirá Quinito Valverde!

Y se marcha. Nosotros nos quedamos pensando en la invitación que se nos ha hecho. En realidad, el señor Macedo tiene una extraña obsesión contra la música. Abomina a la Filarmónica. Dice pestes de Chopin. Piensa probablemente que sobra a nuestra cultura artística con los conciertos de los trashumantes organillos de alquiler. ¿Orquestas? ¿Virtuosismo? ¡Nada! ¡Pianitos ambulantes y fonógrafos Pathé! ¡Por qué va a gastar el Estado en candideces! Pero, eso sí. No se vaya a suprimir la subvención al club de tiro de la provincia.

JORNADA MANSA

Los espíritus de combate estaban fatigados ayer en la Cámara joven. Todo era sonreírse y cambiar apretones de manos. El señor Salazar y Oyarzábal cambiaba ideas con el señor Solf y Muro. El señor Ruiz Bravo se paseaba con el señor Criado y Tejada. El señor Solar le decía cumplidos al señor Borda. Aquella era una paz octaviana. Si fuésemos judíos hubiésemos creído en la venida del Mesías.

Cuando comenzó la sesión, el señor Tudela y Varela habló paternalmente:

–Todos estamos de acuerdo. Hay que dar el presupuesto de una vez. Si se observa una partida, hablarán sólo el diputado que lo haga y un miembro de la comisión de presupuesto. Los demás, chitón.

El aplauso fue unánime.

Los diputados de la minoría asintieron con la cabeza. Sólo el señor Secada puso el grito en el cielo:

–¡Yo me quedo solo! ¡Yo no transijo! ¡Yo estoy contra todo el presupuesto! ¡Este presupuesto es un mamarracho! ¡Que se le devuelva al Gobierno!

El señor Salazar y Oyarzábal se acercó deslizándose entre los escaños:

–Pero, ¡por Dios!

–¡Nada! ¡Yo me opongo! ¡Yo no cedo! ¡Hombre! ¡No faltaba más!

Y se continuó votando el presupuesto. Y comenzaron las peticiones. Que se aumente esto. Que se disminuya estotro. Que se conserve la dirección de policía. Que se suprima.

El señor Criado y Tejada luchó bravamente defendiendo la dirección de policía y haciendo los más elocuentes esfuerzos por probar su utilidad, pero le derrotaron. Cayó como un héroe.

El señor Dunstan pidió seis soles mensuales para su provincia. La Cámara entera casi lo abraza.

–¡Tan modesto su señoría! ¡Si es una alhaja!

El señor Ulloa pidió que se suprimiera los sueldos del presidente de la república y de los ministros de Estado y los emolumentos de los representantes. Su petición cayó como un aerolito. Por poco no hubo desmayos. El señor Ulloa se marchó consternado.

Siguieron votándose partidas y más partidas. El señor Secada gritaba a cada instante que él se oponía. Y todo era calma chicha y soporífera mansedumbre. El señor Torres Balcázar se dormía. El señor Borda bostezaba. El señor Químper leía los chascarros del almanaque de Brístol. El señor Ruiz Bravo hacía gallitos de papel.

Cuando terminó la sesión nos despertaron a voces:

–¡Ya ha terminado, hombres de Dios!

Y nosotros nos desperezamos, soñolientos:

–¿Que ya ha terminado? ¡Parece mentira!...

(En *La Prensa*: Lima, 5–I–1916)

OPIO

En la Cámara joven, no hay forma de divertirse. Todo es yermo. Todo es desierto, todo es llanura pelada y escueta. No hay un oasis. No hay una gota de agua. No hay una palmera. Los discursos son homeopáticos, incoloros y amorfos. Se intercalan entre votaciones sonoras como sinfonías de carpetas.

El señor Gamarra (don Abelardo) escribe en su pupitre artículos sobre Pelagatos, del más sabroso estilo criollo. El señor Uceda se siente en su medio y se refocila:

–¡Este es un parlamento! ¡Catay!

El señor Escardó Salazar (don Enrique) protesta:

–¡Qué va a ser! Aquí no lo dejan hablar a uno. Yo tenía pensado un discurso de dos días.

Y el señor Balbuena pregunta, a modo de una acotación malévola y risueña:

–¿Lo sabían cuando guillotinaron el debate?

Los ayudantes se duermen en sus asientos delante de la mesa presidencial. Inmóviles, esfíngicos, simulan dos leones de basalto. Los periodistas murmuran y hacen garabatos. Nosotros salimos corriendo. Y nos vamos al Senado.

En el Senado, el ambiente es igualmente soporífero. Por poco no nos quedamos dormidos. Nuestros insomnios de nocherniegos profesionales van a curarse a este paso.

El señor Barrios oficia en la presidencia, hundido en un sillón solemne. Y habla con voz que apenas se oye:

–Al archivo. A la orden del día. Se va a votar. Aprobado.

Y se calla luego, soñoliento, silencioso. Su señoría se pasa la vida en perpetuo sueño. Es senador desde hace veinte años.

Y seguirá siéndolo por otros veinte. Porque su señoría tiene en Moquegua prestigios de patriarca. En Moquegua creen todavía en el derecho divino que le asiste. Hay, sin embargo, gentes jóvenes, irrespetuosas,

osadas, que echan ya la simiente de la rebelión contra el señor Barrios. Luciferes impávidos que se ríen de él en sus barbas y le hacen huesillo. El señor Barrios, que gusta de la mitología, sueña que es un Eleusis omnipotente. Y se imagina que Vulcano forja ya el rayo olímpico con que ha de hacer pavesas a los pobres mortales que le enseñan los puños desde los viñedos de Moquegua, que en este sueño mitológico se le antojan al señor Barrios viñedos de Dionysios.

(En *La Prensa*: Lima, 9–I–1916)

TIEMPO PERDIDO

La belicosa, corajuda y heroica minoría está cabizbaja. No levanta los ojos del sardinel y camina sonámbula por las calles y se tropieza con los viandantes inofensivos. Rehuye la interrogación y se escapa a carrera abierta ante la posibilidad del reportaje. A duras penas pudimos parar ayer al señor Salazar y Oyarzábal.

El señor Salazar y Oyarzábal se afirmó los lentes y nos dijo con pesadumbre:

–Ustedes dirán:

–Si queremos que usted sea quien nos diga. Usted que es el líder. A ver. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

El señor Salazar y Oyarzábal movió la cabeza tristemente:

–No pasa nada.

–¿Y el retiro del empréstito? ¿Y el inevitable receso parlamentario?

El señor Salazar y Oyarzábal suspiró con hondísima pena:

–¡Ay! ¡El empréstito! ¡Si ustedes supieran, jóvenes!

Nuestra curiosidad eterna se soliviantó. Y atizamos el inminente desborde de las confidencias del señor Salazar y Oyarzábal:

–¡A ver, señor! ¡Espontanéese! ¿Tiene usted una pena? ¿Le ha pasado a usted algo? ¡Cuéntenos!

El señor Salazar y Oyarzábal nos miró agradecido. Y se puso tan triste que creímos que ahí mismo nos iba a cantar un yaraví. Pero no. El señor Salazar y Oyarzábal nos hizo una confidencia:

–¿Qué me ha pasado? ¡A mí nada! A la minoría de diputados. A Torres Balcázar, a Borda, a Ruiz Bravo, a Secada, a todos los de la minoría. A mí también. Estamos desolados.

–¿.....?

–¡Claro! ¿Cree usted poco pasarse una semana enterita preparando discurso tras discurso para combatir el empréstito y que luego lo retiren? ¡Nos han defraudado!

Y se marcha. Se marcha de prisa sin hacer caso de nuestras preguntas

sucesivas. Afortunadamente nos tropezamos enseguida con el señor Ruiz Bravo, como siempre risueño, rozagante, afable, pagado de su suerte, seguro de que las gentes salen a aguaitarlo y admirarle a las ventanas:

–¿Qué les parece? –nos pregunta–; el señor Ruiz Bravo es periodista y no se resigna jamás a ser interviuvado–. ¿Qué les parece? Nos han tenido miedo.

–Ajá. ¿Usted también preparaba un discurso?

–¿Yo? ¡Claro! Un discurso que iba a durar una semana. Me iba a quedar afónico de seguro, pero qué importaba.

¡Todo por la patria!

Y se puso en jarras, erguido, arrogante, gallardo, marcial como si hubiera oído zafarrancho.

Aventuramos una exclamación complaciente:

–¡Qué lástima!

–De veras. ¿Pero, a quien se le ocurriría el retiro del proyecto? No acierto.

Aventuramos otra exclamación:

–¡Quién sabe!

Y el señor Ruiz Bravo se dio de pronto una palmada tan tremenda en la frente que le vimos vacilar la cabeza:

–¡Ya sé! ¡Ya sé quién es el responsable!

Y le preguntamos ansiosos, sin adivinar que la obsesión del señor Ruiz Bravo va a surgir una vez más:

–¿Quien?

–¡El ministro de guerra, hombres de Dios! ¡Si está más claro!

(En *La Prensa*: Lima, 17-I-1916)

LA ULTIMA JORNADA

Fue ayer la última jornada en el Congreso. Laboriosa, febril, inquieta y triste jornada, con todos los síntomas de algidez y de fatiga de la clausura. Los secretarios se sentían abrumados por el peso inmisericorde de múltiples revisiones, oficios y autógrafas. En Diputados, el señor Gamarra sonreía dormido, soñando probablemente con los angelitos y con la patria grande. El señor Borda se dolía con el señor Torres Balcázar de que concluyese la legislatura sin que les hubiese cuajado un solo voto de censura, llamado a dar lustre y brillo a la minoría. El señor Ruiz Bravo alineaba los soldaditos de plomo de una cajita de manufactura modernísima y tararcaba la marsellesa. El señor Secada aseguraba que para resolver el balance no había mejor remedio que suprimir los sueldos del arzobispo, de los obispos, de los chantres y de los sochantres. El señor Corbacho meditaba en alguna ardua ideología teosofista, relacionada con el encarecimiento del pan y la telefonía sin hilos. El señor Peña Murrieta miraba al techo. El señor Solar, inquieto, le discutía sobre la estabilidad de la farola.

Y en las oficinas y en los pasillos, gran rebullicio de los empleados que iban y venían sonrientes, derrochando la alegría que experimentaban ante las amables perspectivas del asueto inminente.

En un vericueto, penumbroso, casi en un encondite, encontramos al señor Salazar y Oyarzábal que lloraba a lágrima viva. Lo abordamos:

–No hay para qué afligirse. Consuélese. Tal vez haya un extraordinario próximo.

Y el señor Salazar y Oyarzábal nos contestó desolado:

–No habrá, no habrá. Esto se acaba. Estamos en las postrimerías. Requiescat.

Tratamos, compasivos, de reanimarle:

–¡Quién sabe!

Y el señor Salazar y Oyarzábal movió la cabeza:

–No hay que hacerse ilusiones.

Interviene el señor Sánchez Díaz, que se ha acercado solemne y grave y abacialmente a nosotros:

–Al fin, termina esta legislatura. ¡Al fin!

–¿Pero es que le ha ido muy mal durante ella? –inquirimos.

–A mí solamente no. Al señor también. A ustedes. Al de más allá...

–¿A nosotros?

–¡Claro! ¿O no son ustedes peruanos? ¿O no son ustedes católicos?

El señor Sánchez Díaz se pone tan furioso que creemos nos va a aplastar derrepente con un anatema tremendo, y lo atajamos:

–¡Somos peruanos! ¡Somos católicos!

–Y este Congreso ha dictado la libertad de cultos. ¡Herejes!

Coincide con la exclamación del señor Sánchez Díaz un temblor que hace crujir la farola y salir a espetaperros a los diputados más nerviosos, el señor Corbacho el primero.

Y el señor Sánchez Díaz, trasfigurado, magnífico, erguido, exclama:

–¡Castigo de Dios!

Y se marcha.

El señor Corbacho, nervioso y azorado hasta cinco minutos después de que ha pasado el temblor, nos dice:

–¿Saben ustedes si este movimiento sísmico lo tenía profetizado Madame de Thebes?

–¡Qué sabemos nosotros!

–¿Pero ustedes no saben nada? ¿No auscultan el povenir?

–¡No sabemos nada! ¡No auscultamos nada!

–Ignorantes. A ustedes se les pasea el alma. A ver esa mano.

Creemos que va despedirse y le tendemos la mano derecha:

–¡La izquierda! Es la que examinamos los quiromantes. A ver la raya del corazón. Ustedes tendrán corta vida. Ustedes se morirán pronto.

Le quitamos la mano y entramos a la sala consternados. En sus escaños, los diputados bostezan. El señor Añaños arregla sus alforjas imaginativamente. Los periodistas le hacen rueda al señor Ruiz Bravo.

A las nueve de la noche se suspende la sesión.

Y horas más tarde se renuevan los debates homeopáticos y los carpetazos rotundos, con gran escándalo del señor Juan Domingo Castro y del señor Julio Rodríguez que se embuten dentro de sus sillones y de sus abrigos.

A la salida, hay apretones de mano cordialísimos. Y abrazos. Y despedidas.

Y hasta el señor Secada desciende las gradas del Palacio Legislativo, del brazo del señor Sánchez Díaz.

(En *La Prensa*: Lima, 25–I–1916)

DE VACACIONES

Todos estamos de asueto. Todos. Las jornadas parlamentarias yacen olvidadas en los archivos de los diarios de debates. Los representantes provincianos emigran hacia sus dominios, y sienten la más honda de las satisfacciones al renegar de la ceremonia del hongo y del chaqué y restablecer el imperio democrático y criollo del jipijapa y del poncho. Algunos, no sienten la nostalgia del terruño y se dejan vencer por un vehemente deseo de parecer lo más snobs que les sea posible. Y van a las estaciones de veraneo y se rejuvenecen y se agilizan. El señor Peña Murrieta, es uno de ellos, Rozagante, juvenil, dichoso, lo hemos encontrado ayer.

Y nos ha tendido las manos apenas nos ha visto:

–¿Pero son ustedes mismos? ¡Hombre! Tanto gusto.

–Tantísimo.

Le adulamos.

–¡Está usted admirable! ¡Está usted pollo!

El señor Peña Murrieta se ufana, se arregla la corbata y le dice un requiebro a una dama que pasa. Luego, sonriente, nos habla:

–¿De veras? ¿Estoy joven? ¿Se toman ustedes un "ice cream soda"?

Aceptamos. Y el señor Peña Murrieta se lo habla todo, sin dejar que le interrumpamos:

–Pues claro. Imagínense ustedes si yo iba a preocuparme con los anatemas de Sánchez Díaz y de la asociación católica de señoras. Ni pizca, hombre. Yo soy estoico. ¡A mi que me tiren chinitas! Yo soy optimista. ¿Ustedes han leído a Heine?

–¿Heine a propósito de optimismo?

–A Von Bernhardi, entonces. O a Moltke. ¡Qué sé yo! Yo miro al porvenir. El porvenir es mío, como dijo Santa Cruz.....

–Salaverry.....

–¡Si da lo mismo! Y como el porvenir es mío, me miran Uds. así, contento y lozano. ¿Ustedes me ven ahora tan tranquilo? Ya me verán más tarde. ¿Ustedes irán al congreso en la próxima legislatura? ¿Sí? Pues ya me

verán. Acopio brios. Me preparo para leader.

–¡Caray!

–¡Mi espíritu es de lucha! ¡Soy combativo por temperamento!

–Pero en la mayoría no va a tener usted ocasiones de lucirse.

–¡Qué mayoría! ¡Yo soy independiente! ¿Qué piensan ustedes de nosotros los constitucionales, entonces? ¿Qué piensan ustedes de mí? ¿Que mi figura cabe dentro de legiones organizadas y solidarias? ¿Se han olvidado ustedes de que yo promulgué la libertad de cultos? En la legislatura próxima, van ustedes a ver lo que es independencia.....

Hay una pausa. Luego el señor Peña Murrieta nos agrega:

–Pero, no se lo digan a nadie, mientras tanto.....

Nos servimos otro "ice cream soda", silenciosamente.

¡CALOR! ¡CALOR!

Usted, lector, que es muy mal pensado seguramente, creerá que le hacemos reclamo a una zarzuela del señor Guzmán, enorme periodista y fabuloso empresario. Pero, usted, lector, se equivoca. En estos momentos no pensamos en hacerle reclamo a nada. Sudamos y nos aburrimos no más. Pensamos en que mientras los diputados y los senadores buscan el regalo lugareño, nosotros nos hemos engañado y a la verdad no tenemos asueto, ni regalo, ni vacaciones. Y renegamos del oficio. Nos sentimos infantiles y chiquillos. Pero con todo, no se nos ocurre hacernos futuristas.

Salimos a la calle y paramos al primer amigo que encontramos. Y le preguntamos qué pasa. Nuestro amigo no nos contesta. En cambio nos pregunta qué nos parece "Cólonida". Nosotros, por supuesto, le hablamos muy mal de "Colónida".

Abandonamos a este amigo que inquiere en vez de respondernos. Y detenemos a otro. Le interrogamos por nuestros amigos del Parlamento, a quienes ya no vemos casi por ninguna parte:

–¿Qué hace el señor Borda?

–¿El señor Borda? Repite sus discursos delante de un espejo.

–¿Y el señor Torres Balcázar?

–El señor Torres Balcázar toma duchas.

–¿Y el señor Salazar y Oyarzábal?

–El señor Salazar y Oyarzábal toma rapé.

–¿Y el señor Secada?

–El señor Secada toma alientos.

–¿Y el señor Químper?

–El señor Químper toma lecciones de equitación.

Así sabemos de todos nuestros amigos del parlamento. Hasta del general Diez Canseco que está en Arequipa y a quien suponemos embebido en la contemplación del Misti o en la lectura de "Los tres mosqueteros". Porque al general Diez Canseco le encantan los Dumas. Tanto que, en su retiro, le aflige infinitamente no poder asistir a las exhibiciones cinematográficas de "La Dama de las camelias" ni poder mandar su voto al concurso Bertini.

LA FUENTE DE NEPTUNO

Nosotros y el Conde de Lemos cultivamos una altísima amistad intelectual. No es posible cultivar otro género de amistad con el Conde de Lemos. Con nosotros sí, porque somos unos chicos sencillos a quienes lo mismo se les da "Así hablaba Zarathustra" que "Caperucita Roja". Pero conversando con el Conde de Lemos sólo tendrá usted, lector, digresiones de la más exquisita ideología. Entre el Conde de Lemos y nosotros, por ejemplo, unicamente tienen cabida temas de metafísica y estética.

Ayer el Conde de Lemos estaba hondamente preocupado . Dialogábamos sin decirnos una palabra –forma corriente de dialogar entre seres como el Conde de Lemos y nosotros– junto a la fuente de Neptuno. El Conde de Lemos nos dijo de pronto:

–¿Creéis en la inutilidad de las cosas útiles?

Y nos mirá a través de las lunas de sus quevedos, serenamente interrogativo.

Mansamente nos sometimos:

–Creemos.

–Creéis luego en la utilidad de las cosas inútiles.

Y otra vez nos sometimos.

–Creemos.

–¿Entre una rosa y una pertenencia petrolera, qué preferís?

–La rosa.

–¿Y entre unos versos de Verlaine y un libro de un tal Spencer?

–Los versos.

–¿Y entre una chácara de leguminosas y un beso de vuestra novia?

–No tenemos novia.

–Haced de cuenta que la tenéis, bellacos, y respondedme.

–El beso.

–Luego, entre Edison y yo, ¿por quién optará vuestra predilección?

–Por vos.

–Sois cuerdos.

Volvimos a callarnos. En la fuente de Neptuno los surtidores se envanecían de que el Conde de Lemos les contemplase.

De pronto nuestro amigo nos habló otra vez:

–Esaú, el renegado de su primogenitura, el primer tragón, era estúpido.

–Completamente estúpido.

–Y Jacob fue el primer político.

El silencio se dejó escuchar otra vez. Los surtidores de la fuente de Neptuno lo profanaban groseramente.

El Conde de Lemos nos interrogó:

–¿Nunca os habéis enamorado de una mujer que no conocíais?

–Nunca.

–Yo sí . Estáis vulgares.

Callamos. Después de unos minutos nos despedimos. Antes de dejarnos, el Conde de Lemos nos dijo:

–Hoy estamos de acuerdo sobre puntos trascendentales. Pronto hemos de conversar nuevamente. Mientras tanto, os recomiendo que no leáis nunca los artículos del doctor Emilio Sequí. Además, no le hagáis caso al Dr. Luis Varela y Orbegoso si os habla de mí. Decid mal del Círculo de Periodistas. Retiradle el saludo a un tal Macedo, diputado. Estudiad vuestra conversión al futurismo. Investigad en la literatura criolla. Leed "El niño Goyito". Hurgad en el alma tortuosa de los sardinetes. No os detengáis en las noticias cablegráficas de la guerra. No escribáis comedias.....

Y el Conde de Lemos se marchó paso a paso. La fuente de Neptuno tuvo una sonrisa.....

(En *La Prensa*: Lima, 29–I–1916)

CRONICA TEATRAL

"LA VIDA FALSA"

Modestamente, sin pretensiones, prescindiendo de exagerados reclamos, un joven literato, Enrique Maravoto, ha estrenado una bonita comedia, digna de ser aplaudida sin reservas.

Considerando al novel autor como un principiante en el teatro y teniendo en cuenta que los errores en que incurre en su obra, son fruto de su falta de experiencia, es justo declarar que *La Vida Falsa* deja de ser simplemente un ensayo y puede ser considerada como una felicísima iniciación, prometedora en su autor de obras más sazonadas y perfectas.

Hay en esa comedia notable observación, agilidad y soltura en el diálogo, sencillez y naturalidad en el lenguaje, y hasta alguna definición de caracteres. Falta, en verdad, precisión en movimiento de las escenas que a veces se desconectan con el argumento de la comedia, pero esto no constituye grave defecto, si, como dejamos dicho, se toma en consideración que se trata de un joven principiante y como tal inexperto.

Lo esencial, el conjunto de la obra, el matiz de sus escenas y el ambiente en que éstas se desarrollan, están dados con precisión y hacen de "La Vida Falsa", una comedia fina, movida, graciosa y de mucha tonalidad local.

En su intuición teatral, ya que no es posible afirmar conocimientos, Maravoto acertó aun al bautizar su producción inicial "La Vida Falsa". Dice mucho este título de cuanto hay de artificial y mentido en los convencionalismos sociales y tiene este mérito enorme de su elocuencia aparte de su simpática eufonía.

El diálogo en el primer acto comienza fluido y ameno. Las frases con que se matiza comúnmente la charla familiar limeña, fluyen sin esfuerzo, intercaladas con chistes de buena factura y que si no son totalmente finos tienen la condición de ser muy limeños y prestar mucho colorido local a la comedia. Por desdicha, el diálogo se prolonga demasiado y, aunque no pierde su interés, detiene el movimiento de la comedia y aplaza notable-

mente el desenvolvimiento de la trama. Ha pasado mucho rato y el público que ha celebrado el ingenio y el colorido del diálogo, no se da aún cuenta de lo que es la obra. Aquí el defecto capital es la desconexión entre las escenas y el argumento, de que hablábamos más arriba, la falta de coherencia en que el autor no ha reparado ciertamente y que es justo señalarle. Luego se animan las escenas y subsistiendo a ratos la imperfección anotada, se desarrollan éstas, ligeras e interesantes. El final del primer acto es de bastante efecto y se halla muy en caja, pareciéndonos sólo un tanto atropellado, cosa en que tal vez cupo parte a los intérpretes.

En el segundo acto se conserva el interés que únicamente decae cuando el autor dilata los diálogos, los aparta de la trama y obscurece el desarrollo del argumento. Hay un desborde de ágil y sencilla verbosidad en los personajes, que no disgusta, pero que alarga la obra y contribuye a hacerla un poco pesada. El desenlace sobreviene oportuno, aunque tal vez se advierta cierta falta de naturalidad y cierto abolido rebuscamiento escénico.

Tiene "La Vida Falsa" el gran mérito de que no hay en ella abuso en el diálogo, de que éste se distingue por su facilidad y fluidez y de que el autor ha huido acertadamente de toda afectación en el lenguaje. Ahí los personajes hablan con sencillez, sin pomposidades exóticas, sin acicalamientos literarios, ni donosuras de estilo, que serán todo lo bonitas que se quiera, pero que resultan muy poco teatrales cuando se retrata vida de familia y no son parte en la escena psicólogos de honda penetración y pronta y florida frase, sino gentes más o menos vulgares que hablan y sienten como se habla y se siente en la intimidad.

Sólo en el final del acto segundo cae Maravoto en el defecto imperdonable de hacer pesado el diálogo, cuando pone en boca de dos de sus personajes discursos dilatados llenos de filosofías y moralejas que restan mérito a la escena terminal. Es un defecto que francamente censuramos y que, a nuestro modo de ver, desentona en la armonía del conjunto.

Se nota en "La Vida Falsa" marcada influencia de Benavente, pero ésta se manifiesta sólo en el diálogo. También se halla acentuada analogía entre varias de sus escenas –y aun su mismo asunto– y el argumento de una conocida y aplaudida obra española, pero esto atenúa en poco el valor de la comedia. Hay derecho para esperar que el novel autor adquiera personalidad y haga obra de teatro más original y más peruana.

Creemos que lo antedicho basta para demostrar que se trata de una comedia meritoria que merece aprobación y que reclama estímulo para su

autor. En él cuenta desde hoy el teatro nacional con un nuevo elemento. Su comedia "La Vida Falsa" es una obra de valía y su autor posee el gran mérito de ser modesto y haberse presentado sin pretensión alguna. Que es lo más digno de aplauso a nuestro juicio.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 11–V–1914)

"LA COSECHA"

Con el estreno de "La Cosecha", Julio Baudouin ha afirmado los prestigios de autor dramático que le conquistaran su primera producción.

Obra fuerte, emocional, robusta de concepción y llena de colorido, es "La Cosecha" un sencillo poema campesino que en la escena adquiere singular relieve.

No hay en ella sólo el retrato valiente y vigoroso de un estado social; hay también color y armonía, cuadro pintoresco y apacible de pueblecito andino, cálido idilio pastoral, ambiente de adormido y sonoroso paisaje en que vibra sólo el clamor quejumbroso del ganado y el eco de la trompa del pastor.

Y es que Baudouin, aparte de ser un espíritu cultivado, observador y altruista, que aborda un serio problema patrio, es también un poeta, un sentimental, que sabe sentir el encanto imponderable de los panoramas campesinos y la melodía remota de los indios que tan bien expresa la melodía de sus quenas. Por eso en "La Cosecha", junto al retrato de la vida miserable y rústica de los indios, palpita la tristeza de las serranías y la dolorosa aflicción de sus pobladores.

Es el cuadro primero un ambiente de primavera, de paz y florecimiento. Bajo los rayos del sol que se quiebran en sus haces, triunfa la armonía de oro del trigal, fecundo y rico. Suena la canción regocijada de los segadores que celebran la cosecha y con la cosecha el advenimiento de la fiesta de la Virgen protectora. Sólo interrumpe la alegría de los campesinos, que cantan esta canción de primavera, la pesadumbre del indio cultivador que sabe que todo aquello es para el gamonal, para el amo déspota que otrora le brindara hipócritamente su protección fatal y maldecida. Del indio que siente que sólo son suyos el esfuerzo, el trabajo, la tierra, el aliento generoso que la fecunda, que hace crecer el trigal y florecer las espigas, y que son ajenas la producción, los frutos que pródigamente le ofrece el suelo en retorno a los cuidados que le dedica.

No desmerece en belleza el segundo cuadro. En el interior de la choza

del pobre indio, vibra la música lánguida de las serranías y hay parejas que danzan a su son. El dolor del indio se agiganta y, cuando el ultraje del amo le hiere, bulle en su pecho el ansia de vengarse y de impedir que se le quite lo que es suyo únicamente. Son escenas plenas de colorido y fuerza dramática. Al final, suena un rumor de fiesta. Se acerca la procesión de la Virgen del pueblo, de la virgen buena y compasiva que da lluvias copiosas y evita las heladas. Los indios se postran en el umbral de la choza y murmuran sus plegarias quejumbrosas.

Y así, en este ambiente de poesía y de color, se suceden los demás cuadros. Primero, el pueblo de fiesta que dice su regocijo en la música jubilosa de las flautas, las arpas y los tamboriles reidores. Luego el final trágico, el incendio que arrasa los trigales y las eras repletas, la muerte del indio campesino que perece entre las llamas que encendiera su mano, que ha consumado su venganza y se ha hecho justicia arrebatando lo suyo a quien quería arrebatárselo y que perece entre los haces de espigas que fueran su riqueza.

El poema termina doloroso y emocionante. Vibra en él el alma de los indios envilecidos y explotados, que sienten a ratos un estremecimiento de rebeldía, el alma de los indios que ha penetrado en la armonía pavorosa de la tempestad, alma rústica y sencilla, más propicia al amor que al odio.

Julio Baudouin teatraliza su argumento con vigor y precisión. Sus cuadros son de una perfección notable. Apenas si deficiencias de presentación escénica restaron, en las primeras representaciones, al desfile de la procesión de la Virgen, la belleza precisa. Este defecto, del que no tiene culpa el autor, ha sabido evitarse con acierto haciendo ese desfile ante la puerta de la choza, en el momento en que los protagonistas se arrodillan fervorosos.

Por lo demás, no existe nada saltante que merezca reproche. El lenguaje es hermoso y poético, pero no de exagerado lirismo. Baudouin ha tratado de huir de todo artificio y lo ha conseguido, porque es su obra de mucha sencillez y de mucha naturalidad campesina.

A nuestro juicio, "La Cosecha" supera a "El Cóndor Pasa..." que tan enorme éxito alcanzara. Hay mayor ambiente, mayor armonía, mayor originalidad y hasta, tal vez, mayor fuerza dramática. Serán muchos los que no piensen de este modo, pero serán únicamente los que necesitan escenas patéticas de sangre y de muerte para conmoverse; los que sólo sienten la intensidad de un drama de pasión y violencia, a quienes no alcanza la belleza y armonía de tan robusto poema.

El público ha sabido premiar el esfuerzo de Baudouin con entusiasta aplauso, en que exterioriza también su simpatía y su apoyo por el teatro nacional que así se forma y caracteriza. Y nada más merecido que esta calurosa aprobación de las multitudes, porque la obra de Baudouin, entre otros méritos, reúne el de ser muy nacional, y hace esperar nuevas y más perfectas producciones teatrales en que se refleje, en sus distintos aspectos, la vida de los aborígenes y la dulce poesía de los cuadros andinos.

En la interpretación de "La Cosecha" se distinguieron la Sra. Obregón, Aristi y Monroy, que encarnó con mucha exactitud y gran verismo el tipo del gamonal déspota y ambicioso.

La música presta notable colorido a la obra, y es el mejor de sus números el de introducción, en que un hermoso motivo indígena evoca la infinita tristeza de esa raza oprimida y la grandeza panorámica de las serranías nevadas.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 18–VI–1914. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 122–125)

"LA GENTE DEL BARRIO"

El criollismo ha dado en todo tiempo tema inagotable a nuestros escritores. Y así hemos visto desfilar por una página de libro o una escena de sainete, los mas típicos y caracterizados cuadros de la vida limeña. Segura, Felipe Pardo y Aliaga, Juan de Arona y otros varios más, entre los cuales ha de destacarse la figura gloriosa de don Ricardo Palma, nos han descrito con fidelidad y exactitud notables, características y pintorescas escenas de costumbres criollas.

Pero, poco a poco, la exaltación y pintura de las cosas genuinamente limeñas vino a desuso, seguramente en mérito al *dilettantismo* de nuestros literatos que encontraron más conducente a su gloria la ficción de princesas y castillos exóticos y el ensueño de amadas incorpóreas que la descripción de las romerías de San Juan, de las juergas en los extramuros y otras fiestas de puro y definido sabor nacional.

Han sido escasos, en los últimos tiempos, los intentos más o menos felices de distintos escritores para trasladar esas escenas al teatro. Entre los más recientes merece mención el significado por la obra de Alejandro Ayarza *"Música Nacional"*, en que el autor ha reunido varios cuadros movidos y ligeros, copiados con bastante precisión. Faltan en ella, a la verdad, cierta ilación o cohesión imprescindibles con que se habría logrado dar a la obra unidad y carácter y quitarle todo aspecto de amontonamiento forzado e inconexo de tipos y costumbres. Esto no quita que, rindiendo justicia al autor, digamos de *Música Nacional* que ha sido un atinado ensayo, digno de los aplausos que ha merecido.

Entre los mas felices y caracterizados sainetes criollos debe contarse *La gente del barrio*, de don Carlos Guzmán y V., estrenada en el Teatro Olimpo por la compañía Obregón en la noche del sábado último.

Don Carlos Guzmán tiene conquistados ya sobrados éxitos en la escena con el estreno de zarzuelas llenas de movimiento, ligeras de diálogo y rebosantes de gracia. Pero, con ser sus precedentes producciones *"Calor! Calor!"* y *"Los Mismos Ojos"* de mérito indiscutible, ninguna de ellas

alcanza la significación que dentro del teatro nacional tiene este nuevo y meritorio esfuerzo.

La Gente del barrio es un sainete de la más legítima estirpe limeña. Sus cuadros, sus escenas, están encerrados dentro de un marco de verismo y fidelidad innegables. Actúan en ellos tipos que no tienen precisamente el pobre carácter de tipos personales, pero que son más genéricos y verdaderos. Limeñas de medio pelo, donairosas y pizpiretas, vendedoras de chicha y picantes, mozos de rompe y rasga dispuestos siempre a entonar al son de la guitarra los mejores aires nacionales, zapateros de viejo que a la vez hacen de porteros de casas de vecindad y se saben de corrido la vida y milagros de toda la "gente del barrio".

El primer cuadro se desarrolla en un ambiente robusto de colorido. Es el patio vasto y animado de todas las casas de vecindad, con la protectora en enguirnaldado retablo, el "crispín" que estaquilla medias suelas en una mesita puesta a la entrada y los cordeles que se balancean cargados de ropa recién lavada. El diálogo es ágil y sencillo y está matizado con los más pintorescos decires criollos, desbordantes de gracia, de picardía y de intención.

En el segundo cuadro el ambiente local está dado con mayor exactitud si cabe. Las escenas se desenvuelven dentro de una picantería de aquellas que abundan en los barrios populares, como animados refugios de la alegría y el buen humor, propicias siempre al esparcimiento bullicioso y a la típica jarana. El autor nos presenta en *Ña Catita* a uno de aquellos conocidos tipos de ambulantes vendedoras de dulcecitos confeccionados por monjitas de convento o señoritas de la clase media. *Ña Cata* con *Ña Clara* dialogan sobre el inagotable tema de la pobreza de los tiempos que corren. Y se lamentan por las costumbres que desaparecen y se pierden al influjo de un unánime afán de europeización en todas las usanzas, inclusive y señaladamente en las culinarias. Y siguen así otras escenas de definido sabor criollo, a cual más interesante en animación, amenidad y colorido.

El tercer cuadro constituye sólo una escena callejera, en razón de necesidades del desarrollo final de la obra. Pero aun dentro de este carácter, la tonalidad local resulta vigorosa y fuerte.

El estreno de la obra que tan a volandas comentamos, constituye, sin que sea posible abrigar duda alguna, el renacimiento del sainete criollo.

Si la obra de Guzmán no tuviera como tiene valor propio, sería ya esto únicamente, motivo de caluroso aplauso para el autor.

Esperamos de éste y otros sostenedores del teatro nacional, nuevas y robustas producciones que revivan los tiempos de Segura y de Pardo y nos hagan amar todo cuanto hay de bello y pintoresco, en las costumbres y escenas más típicas y características de la vida local.

(En *La Prensa*: Lima, 27–VI–1914. Y en *Buelna*: Nº 4–5, pp. 25–26; México, I–III de 1980)

FIGURAS TEATRALES: ESPERANZA IRIS

Arte exquisito. Elegancia aristocrática. Donaire lleno de su arrogante picardía de criolla. Voz de matices cálidos y suaves modulaciones. Gracia, gentileza, emoción, armonía. Todo esto os sugestiona, os seduce en Esperanza Iris, una de las más celebradas artistas americanas, a cuyo elogio quiero dedicar estas líneas.

Su triunfo en Lima ha sido completo, merecido, franco, ruidoso. Ha pasado por el escenario de nuestro primer teatro, entre estruendosos clamores de aplausos. El arte americano tiene en ella magnífico exponente.

Reina, en medio de un conjunto que no es por cierto el que su figura reclama para marco. Esperanza Iris se ha destacado victoriosamente y nos ha regalado con las admirables interpretaciones de las protagonistas de las operetas modernas. Su espíritu artístico, intenso, vibrante, se aviene más que con ninguna otra con estas interpretaciones, en que tan bien nos hace sentir la psicología caprichosa, impenetrable y rara de la mujer moderna, coqueta, frágil y neurótica. En esas muñecas delicadas y voluptuosas, todas nervio, todas misterio, pone su arrebatado temperamento de criolla, forjado bajo el fuego fecundo del Sol de los trópicos.

Así la hemos visto en la Eva, apasionada y sensual, que lleva en su sangre el calor atávico de ardientes voluptuosidades e intensas ansias y presiente en medio de su vida modesta y oscura de obrera, el horizonte de otra vida, de placeres, de color y de alegría. Así la hemos visto en la Jacinta de "La Criolla", en la Ana de Glawary de "La Viuda Alegre", en la Susana Pomarell de "La Casta Susana", en todos los roles protagonistas de estas operetas de moda que reflejan la inquietud y la fiebre del vivir moderno.

Pero, dúctil y vasto como es su talento artístico, Esperanza Iris sabe estar bien igualmente dentro de la interpretación de las operetas clásicas. Y es en "La Pouppee", la muñeca exquisita y graciosa que tiene hondas sensibilidades de mujer y la mujer romántica, preciosa como un bibelot, que tiene delicados encantos de muñeca.

Si quisiera haceros aquí el retrato de Esperanza Iris, la más elocuente de mis frases sería para deciros el poema divino de sus ojos. Pero vosotros,

lectores bondadosos que me seguís pacientes a través de estos cortos párrafos, lo habéis sentido tan intensamente como yo y sabréis eximirme de trabajo superior al que impone el espíritu ligero de esta gacetilla, trazada bajo el apremio del taller y la tiránica exigencia de la hora.

Son sus ojos elocuentemente expresivos, intensamente expresivos, hondamente expresivos. Reflejan todos sus estados de alma, y retratan sus más sutiles sensaciones con la vivacidad, con la violencia o con la ternura que la artista quiere imprimirles. Ríen, imploran, acarician, insultan, seducen. Ojos negros, grandes y profundos, de fulgores felinos, en que parecen retratarse cálidos y vírgenes panoramas de la tierra mexicana. Ojos que os cuentan las sensibilidades de un espíritu fogoso y vibrante. Ora dulces, ora ansiosos, ora desdeñosos, ora amadores. La gama infinita de los sentimientos pasa por ellos como una visión estereoscópica. Pero nunca adquieren encanto más fuerte que cuando subrayan la mimosa coquetería y la gracia ondulante de la artista.

Yo encuentro un carácter de absoluta originalidad en la gracia de Esperanza Iris. Suya, muy suya, única, inimitable. No os recuerda en nada la donosa picardía de las españolas. Para mí tiene toda la honda seducción de la "lisura" criolla y sabe evocarme el proverbial donaire de las mujeres limeñas.

Dominadora del gesto, Esperanza Iris es de las artistas que llenan la escena. Cuando aparece en ella, convergen hacia su figura arrogante y amable, todas las miradas. Todos la siguen atentos, porque saben cómo ella pone en sus interpretaciones todo el fuego, todo el verismo de su alma apasionada.

Tal es la artista que hoy celebra su función de honor y que recibirá seguramente el testimonio de la unánime simpatía que sus méritos le han conquistado en Lima. Es ya una triunfadora en el género artístico que cultiva. La opereta, el amable espectáculo que tuviera su creador en ese admirable mago de la música que fue Offenbach, tiene en ella una intérprete de valía indiscutible.

Y es por eso que yo, que no sé prodigar lisonjas baratas a las mediocridades artísticas de pobres merecimientos y deslumbrantes reclamos, yo que tengo la mísera virtud de ser sincero o de querer serlo a lo menos, trazo estas líneas para deciros mi admiración por Esperanza Iris y para dedicarle el más franco de los aplausos.

(En *La Prensa*: Lima, 2–II–1915)

LAS VELADAS DE ANOCHE
EN EL MUNICIPAL Y EN EL EXCELSIOR

Noche afortunada la de ayer para los aficionados, que son muchos en Lima, al arte dramático y sus consecuencias; las funciones de estreno y las de gala.

De estreno, la de anoche en el Municipal. Esteban Serrador, un artista bien apreciado, suficientemente conocido, oportunamente juzgado, volvía a presentarse después de años de ausencia, ante el público de Lima que ya en otras ocasiones le fuera pródigo en aplausos justipreciando su labor y avizoramientos artísticos, los que al revés de los de la mayoría de sus colegas, no se detuvieron nunca en una sola etapa o en un solo momento de la evolución teatral por que atravesamos de veinte años a la fecha. Y el público se fue a ver a Serrador al Municipal.

Por contradicción, para probar que no importa, siendo bueno el espectáculo o dándolo como se debe, que haya dos o más compañías del mismo género, el público llenó anoche el Municipal.

Y cuenta que "Papá Lebonnard" es una obra muy vista en Lima, a todo precio y por toda categoría de artistas, desde Thoullier a Paco Ares. Pero el público fue, por la obra o por el actor.

De la obra no hay que añadir palabra a la que en su oportunidad se dijo. Del actor, ya es otra cosa, por brevemente que sea.

Serrador, que podía estar cansado de su intensa labor teatral, porque hay que haberlo seguido desde lejos, con simpatía y perseverancia, para saber de sus luchas empeñosas y sus triunfantes campañas, no ha perdido nada del vigor y la adaptabilidad escénica que ya de antaño –un antaño relativamente corto– le caracterizaban. Tiene Serrador, aparte de su talento, algo propio, intuitivo y multiforme, para personificar los tipos más encontrados y varios. Y en el drama, en la comedia, en la pochade, este joven actor de hace veinte años que todavía no envejece sino sobre la

escena cuando el papel lo impone, cambia de temperamento, de expresión de índole a capricho y como una masa de cera blanda dentro del molde del tipo al que quiso ajustar.

Sin imitar a ninguno de los otros actores que hemos visto, Serrador hizo anoche un "Papá Lebonnard", tan bueno, si no mejor, como el más recordado que hayamos visto. El público lo entendió así y consagró su trabajo con aplausos calurosos y espontáneos que llenaban la sala totalmente ocupada e hicieron, en el último acto, descorrer la cortina de boca varias veces.

A su lado, el resto de la compañía, homogéneo y disciplinado, cumpliendo con discreción y tino, sin desarmonizar en ningún momento y destacándose algunos artistas que ya tendremos oportunidad de juzgar.

Hoy la compañía Serrador–Marí ofrece dos funciones: Matinée con el vaudeville de Roland y Leprince, "Los francmasones", y nocturna con "Mamá Colibrí" de Henry Bataille, en que debutara Josefina Marí, artista que también ha aplaudido hace tiempo el público de Lima.

Ahora, una petición que recogemos del público. La compañía Serrador–Marí trae un vasto repertorio de obras nuevas para la capital. Ponga esas obras. Ofrezca como en el día de hoy obras nuevas, estrenos diarios si es posible. Así hará su negocio, tan bueno como se lo deseamos, y satisfará al público que aquí como en todas partes está en espera de obras como "Papá Lebonnard" de anoche, bien presentada, aunque haya sido muy vista.

La función de gala se efectuó anoche en el "Excélsior".

Los empresarios de la Compañía del Teatro Colón, con lógica visible pero desacertada esta vez, trasladáronse a la vasta sala del "Excélsior" para enmarcar en este escenario la función con dedicatoria a los señores Pardo, Bentín y Carvajal, candidatos votados a la Presidencia y Vicepresidencias de la República en el próximo período de gobierno venidero. El Colón era muy pequeño para la cantidad de público invitado a concurrir.

Desgraciadamente, el "Excélsior" resultó demasiado amplio. Las localidades estuvieron mal distribuidas, o el estreno del Municipal condujo al público por otro lado o la inasistencia del señor Pardo, por luto, lo retrajo. Ello es que la función de gala, y en honor a la candidatura al gobierno próximo, no logró reunir un público numeroso en el "Excélsior".

Sin embargo los artistas hicieron toda clase de esfuerzos para dar las obras anunciadas en los carteles (con el primer anuncio fue posible) arrebatando todos los aplausos, los reservados por ellos y los que se

hubieran tributado a los candidatos en caso de aparecer por el simpático teatro de nuestra vecindad de Baquíjano.

Para hoy anuncia la Compañía López –vuelta al Colón y desconfiando de la popularidad de los candidatos– "Robo en despoblado" y "El Retiro" en matinée; "Luna de Miel" y "En familia" por la noche.

(En *La Prensa*: Lima, 23–V–1915)

DE TEATROS

La función de hoy en el Municipal

Como está anunciado, se realizará hoy en el Teatro Municipal una gran función de gala en honor y beneficio del "Círculo de Cronistas", con el cual se despide de Lima y de la prensa local la compañía Velazco, a la que un retardo en la salida del vapor que debe llevarla a Guayaquil retiene por un día más entre nosotros.

Inmenso entusiasmo ha despertado entre el público el anuncio de esta función, que promete alcanzar éxito ruidoso, tanto por los extraordinarios alicientes del programa como por las simpatías que tiene alcanzadas la naciente asociación periodística.

Subirán a escena la preciosa opereta "Si yo fuera Rey" y la revista "El Príncipe Carnaval", el mayor éxito de la compañía Velazco durante su temporada en Lima y que gracias a esta función tendrá el público de Lima oportunidad de ver por una vez más.

Además, la distinguida actriz señora Aranaz recitará un monólogo de ofrecimiento de la función, intitulado "El Editorial" y que ha sido escrito especialmente para esta velada, y las señoras Cipri Martín, Carreras y Violeta harán un brillante acto de variedades, que constituye uno de los atrctivos del programa.

Una comisión especial del "Círculo de Cronistas" ha invitado a S.E. el Presidente de la República, de quien la fundación de este centro ha merecido con tal motivo entusiasta y gentil aplauso.

Los palcos han sido tomados por miembros del cuerpo diplomático y conocidas familias de nuestros círculos sociales.

La demanda de localidades es extraordinaria.

El teatro será engalanado. Todo el hall estará adornado con plantas exóticas, y en él las artistas de la compañía, vestidas de manolas y

valencianas, obsequiarán con bouquets a las damas asistentes. El arreglo floral del teatro corre a cargo de los señores Visconti, que han prestado su entusiasta concurso al círculo.

Concurrirá una banda del ejército.

(En *La Prensa*: Lima, 26–VIII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

No se ha repetido para la compañía Casas, que desde el viernes actúa en el Teatro Municipal, el éxito de taquilla que alcanzara en la noche de su estreno, sin duda alguna porque los precios de las localidades han sido un atajo para los entusiasmos del público. En presencia de esto, la empresa, con buen sentido, ha resuelto establecer las tandas y fijar para ellas el precio de un sol por localidad de platea.

Antenoche fue estrenado "El Cuarteto Pons", obra en la cual Arniches y García Alvarez mueven hábilmente personajes y situaciones que no, por lo gastadas, dejan de producir siempre franco efecto hilarante.

El tenor cómico Porta escuchó en esta obra merecidos aplausos, revelando discreción y vis cómica. La señora Rossel tuvo en "El Cuarteto Pons" mejor ocasión de lucir sus condiciones de cantante que muy pronto habremos de apreciar en toda su plenitud.

Ayer se puso en escena en matinée y función nocturna "El País de las Hadas", revista de Perrin y Palacios, que ya conocíamos y que no se cuenta por supuesto entre las mejores obras de esos autores. "El País de las Hadas" dio oportunidad a los artistas de Casas para hacerse aplaudir francamente, repitiéndose los números de baile y canto.

"Las Musas latinas", con sus coplas traviesas y sus bailables alegres, cosàs ambas que eslabonadas con escenas frágiles llenan estas revistas de espectáculo, completó el programa de ayer. Entre los números de baile de esta revista que con más justicia se aplaudió está el baile de los apaches, que fue muy bien ejecutado.

En resumen, se puede decir que la compañía Casas ha ganado en la simpatía del público y confirmado el concepto de que representa un conjunto artístico capaz de interpretar con felicidad cualquiera zarzuela, que no es poco decir. La Rossel, la Molina y la Ferrer han merecido las demostraciones de aplauso de que han sido ya objeto. También la Bienve-

nida se esfuerza por conquistar las palmas del público, empresa en la cual la ayudan su palmito y a ratos el escarceo pícaro en las más fogosas manifestaciones de la danza española. Pepe Fernández y Freixas son entre los hombres los que mejores aplausos escuchan.

Esta noche debuta el barítono Orna de Zárate con la opereta "El Conde de Luxemburgo" en la cual corre a cargo del rol de Angela Didier la aplaudida tiple cantante señora Rossel.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 22-XI-1915)

DE TEATROS

En el Municipal

La aplaudida opereta de Franz Lehar, "El Conde de Luxemburgo", volvió a la escena esta noche en el Teatro Municipal. Y en ella hizo su debut el barítono Paco Ortiz de Zárate, del cual se habían publicado favorables referencias, interpretando el rol del conde bohemio, alegre, libertino y un poco sentimental de la opereta.

El anuncio de este debut, en el cual finca la compañía esperanzas que no han sido defraudadas, llevó al teatro público más numeroso que el de las dos noches anteriores.

Y cabe decir en justicia que el éxito del debut respondió a las expectativas. Ortiz de Zárate se reveló desde el primer momento como un cantante de escuela y facultades que, dentro del marco artístico de la compañía Casas, significa un elemento de relieve y sobresaliente. Posee voz de barítono brillante, que culmina armónicamente en las notas agudas y que casi siempre tiene ductilidad y vigor. Se advierte además en él el mérito no corriente de saber estar en escena y poseer condiciones de desenvoltura y elegancia y arrogante pose. Como actor habrá oportunidad de apreciarlo mejor en otra obra, sin que esto quiera decir que en su papel de René su trabajo de intérprete se haya resentido de deficiencia. Nuevas partituras pondrán pronto a prueba las facultades de este artista, ya aplaudido por nuestro público merecidamente.

La señora Rossel hizo una feliz interpretación del rol de Angela Didier. Como no ocurre siempre con otras artistas de su género, se dieron cita en ella la corrección de la actriz y de la cantante. Fueron para ella y para Ortiz de Zárate los más entusiastas aplausos.

Se esforzó por mantenerse dentro de la discreción conveniente el actor Pepe Fernández que hizo el príncipe Basilio y que tuvo momentos felices. El tenor cómico Porta estuvo correcto y escuchó aplausos. La señora Menguer, a quien se anunciaba como debutante en el papel de Julieta y a

quien ya habíamos visto trabajar en otra obra, se mostró muy alegre toda la noche y casi siempre mimosa, retozona y un poco disforzada, como entre nosotros se dice. Al público le hicieron gracia sus travesuras, que hablaban del deseo de la debutante.

En conjunto, la compañía puso todo su empeño en ofrecer una correcta interpretación de esta opereta, que por su partitura hermosa, por la original aventura de su asunto y por sus matices alternativamente bufos y sentimentales, gustó tanto a los públicos.

Hubo tal vez exagerada pertinacia en los aplausos convencionales de las galerías, cosa un tanto inexplicable desde que se trataba de un artista de mérito.

Hoy se inauguran las tandas al precio de un sol por localidad de platea, como ya hemos dicho, con el siguiente programa:

Vermouth, "El País de las Hadas"; en primera tanda, "El Cuarteto Pons", y en segunda tanda, "Las Musas Latinas".

El Joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 23–XI–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Tras del simpático paréntesis de opereta vienesa, en que Ortiz de Zárate interpretó el libertinaje sentimental del Conde de Luxemburgo, volvieron anoche el enredo cómico de "El Cuarteto Pons" y la alegría jocunda y castañuelera de "Las Musas Latinas" y "El País de las Hadas" a restablecer el imperio de la zarzuela española y de la revista con ribetes cosmopolitas, en nuestro teatro Municipal.

Y con tal imperio se restauró el de las tandas clásicas, único posible en este género de espectáculos en que las secciones piden a gritos la autonomía.

En tanda vermouth se puso en escena "El País de las Hadas", revista de Perrín y Palacios que a pesar de la evocación del título, no produce efecto mágico en la taquilla.

Todos los artistas lograron hacerse aplaudir calurosamente en esta obra que tiene innegables alicientes de fantasía decorativa.

"El Cuarteto Pons" renovó el éxito del tenor cómico Porta, que viene haciéndose franco camino en el cariño del público.

Y, finalmente, "Las Musas Latinas" pusieron la nota traviesa de su alegría pintoresca y de su abigarramiento risueño. Amparo Ferrer se hizo aplaudir mucho en los couplets que canta en esta revista, lo mismo que las señoras Rossel y Molina, que oyeron grandes ovaciones en sus números de canto del segundo cuadro.

Podría decirse que, en la simpatía del público, la Compañía Casas ha consolidado sus posiciones, como dice la literatura a la moda de los comunicados oficiales.

El programa de hoy es bastante atrayente.

El joven H.

En el Colón

Continúa la racha de éxitos artísticos y de taquilla para la compañía Bell en el Colón, que se ha convertido en punto de cita de nuestra sociedad elegante.

A medida que aumenta el número de representaciones, crece el entusiasmo del público por el culto y bello espectáculo que a diario ofrece la familia Bell en sus funciones vespertina y nocturna.

Descuellan, como siempre en su trabajo, las señoritas Bell y sus hermanos Carlos y Jorge.

En el programa de la vermouth de hoy se estrenará "La Paloma", por Nelly Bell, y en la noche un sainete.

Para el viernes está anunciado el beneficio de la eximia bailarina Nelly, habiéndose solicitado ya muchos palcos por distinguidas familias.

(En *La Prensa*: Lima, 24–XI–1915)

DE TEATROS

En el Colón

De todo un suceso puede calificarse el éxito de las funciones de ayer en este teatro por la compañía Bell, pues la numerosa y selecta concurrencia que honró el espectáculo aplaudió, como de costumbre, todos los números del programa, obligando a los artistas a bisarlos.

En el número de los Estatuarios, los Castiliano se llevaron una ovación por la reproducción fiel de la estatua del contralmirante Grau. La sala toda rompió en aplauso unánime y prolongado.

Para hoy está anunciado el beneficio de Nelly Bell, artista que disfruta de grandes simpatías en nuestro público y en especial entre las damas, por su gracia exenta de toda incorrección y por su inagotable voluntad para satisfacer las exigencias de los espectadores en las numerosas repeticiones que se le piden.

Los palcos están todos tomados, así como la mayor parte de las butacas. La función de hoy contará con una concurrencia excepcional. Se nos dice que como extra se ofrecerá un acto de ilusionismo con aparatos e instalaciones totalmente desconocidos aquí.

Teatro Excélsior

Mañana en tarde, en tanda vermouth, debutará en este teatro la pareja Obejero–Figini.

La pareja Obejero–Figini ejecutará diversos bailes de salón, como son danzas, tangos y otros bailables.

Los mencionados artistas se proponen fundar una academia de baile.

En las noches del sábado y domingo se exhibirán, una vez terminadas las cintas cinematográficas.

En el Municipal

La compañía Casas nutrió anoche su programa con obras nuevas que permitieron conocer bajo un mejor aspecto las aptitudes artísticas de parte de sus elementos.

La hermosa obra "La tragedia de Pierrot" dio motivo para hacer aplaudir merecidamente a la tiple señorita Molina, en quien el público ha mirado desde la noche de su debut una artista simpática, delicada y fina.

La primera tanda volvió a escena "El País de las Hadas", con aplauso siempre para los números de baile y canto.

Gustaron por su trabajo discreto y entusiasta en "El viaje de la vida", la opereta de Penella, amablemente cómica a ratos, dulzonamente sentimental otros; gustaron, repetimos, la Rossel, la Ferrer, Ponsetti y Fernández. En conjunto, la compañía hizo el viaje con éxito y buen tiempo, como dirían en la escena y en términos casi náuticos.

Tal como hemos anunciado, esta noche se pondrá en escena la aplaudida opereta de Franz Lehar "Eva", en la cual Ortiz de Zárate repetirá probablemente el éxito de "El Conde de Luxemburgo". En tanda vermouth se repite "El viaje de la vida".

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 26–XI–1915)

DE TEATROS

El Teatro Municipal

El anunçio de *Eva*, la opereta de Franz Lehar que tanto gustó a nuestro público, llevó anoche al Teatro Municipal un numeroso público. Fue un completo éxito de taquilla merecido.

El concepto que había merecido del público en su primera presentación el barítono Ortiz de Zárate, se consolidó anoche. Hay justicia en consignar que toca a Ortiz de Zárate la mayor y más cabal interpretación del rol de Octavio que se ha ofrecido en Lima. Sus facultades de cantante hallaron campo para una cumplida labor artística, ratificando los lauros ya ganados por este artista entre nosotros.

Elegante, discreta, dueña ampliamente de su papel, la señora Rossel, hizo una Eva en la cual hubo que aplaudir en muchos momentos al mismo tiempo a la actriz y a la cantante.

La señora Ferrer estuvo muy feliz en el rol de Magda, que si mal no recordamos, se llamó en anterior traducción Gipsi, nombre bastante más peregrino, dulce y eufónico tal vez. El público la aplaudió entusiasta, sobre todo en los números de baile y canto del segundo acto.

Gracioso, Porta, que va ganando terreno en la simpatía del público, y correctos Fernández y Freixas.

Serias y casi ceñudas las señoras–señores del coro en el bonito septillo del segundo cuadro, sin duda alguna por marcar el polo opuesto de la Ferrer, que era toda alegría y desenvoltura.

Y el público, franco y cariñoso en sus demostraciones de aplauso a los artistas que mejor se desempeñaron.

El programa de hoy tiene atractivos excepcionales. Se estrena en tanda vermouth el sainete de López Silva "El Arroyo", y en segunda tanda la opereta "El Príncipe Bohemio", en la cual vuelve a trabajar Ortiz de Zárate.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 27–XI–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Renovó atractivamente su programa, en los días de ayer y anteayer la compañía Casas que actúa en el Teatro Municipal.

Se estrenó el sábado en tanda vermouth "El Arroyo", sainete de López Silva y "El Príncipe Bohemio", opereta de Merino y Millán.

Es "El Arroyo" una obra en la cual, como en todas las de López Silva, retoza y canta la musa madrileña, alegre y sentimental, ingenua y pícara al mismo tiempo. Desfilan en sus escenas personajes típicos de sainete matizados y renovados por el ingenio y la gracia del celebrado sainetero. Hay cuadros llenos de vida, colorido y sabor que seducen y hacen olvidar cualquiera fragilidad del asunto. Estuvieron muy en caja en la interpretación de esta obra Ortiz de Zárate, Fernández, la Ferrer y Amparito Casas, que por su labor, cumplida y simpática siempre, se hace merecedora de franco aplauso.

"El Príncipe Bohemio" es una opereta de argumento muy bien conducido, libreto parco y música inspirada. No faltan en ella ni el príncipe libertino y de hondos romanticismos, ni la novia enamorada, ni el episodio sentimental, ni los matices bufos. Todas las notas aptas en el pentagrama de la opereta han sido utilizadas por el libretista músico, cuyo esfuerzo, aunado, ha producido una de las modernas obras en un acto que más lucen entre las del repertorio de la compañía Casas. La partitura evidentemente supera al libro y tiene momentos felicísimos que el público aplaude con entusiasmo.

Ortiz de Zárate ha alcanzado completo éxito interpretando el rol de príncipe. El público, que día a día aprecia mejor sus facultades de cantante, lo ovacionó ayer y anteayer con cariño. Se singularizan también en la representación de esta opereta la Molina, Ferrer, Porta y algún otro.

Seguramente "El Príncipe Bohemio" tendrá larga vida en los carteles.

Ayer fueron puestas en escena, en matinée y función nocturna, respec-

tivamente, las operetas "Eva" y "El Conde de Luxemburgo", de cuya presentación por la compañía Casas nos hemos ocupado ya. Vimos mejor ayer en la protagonista de "Eva" a la señora Rossel, para quien fueron los mejores aplausos, lo mismo que para Ortiz de Zárate.

Hoy se repite "El Príncipe Bohemio". Y se inicia hoy también una rebaja de precios en las tandas vermouth, en las cuales se cobrará sesenta centavos por la localidad de platea y cuarenta centavos por la localidad de galería.

El joven H.

(En *la Prensa*: Lima, 29–XI–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Con motivo de la rebaja de precios en las localidades, estuvo ayer muy concurrida la tanda vermouth en el Teatro Municipal.

Se estrenó en esta tanda una zarzuela de García Alvarez y Ascensio Más titulada "El bueno de Guzmán", que el público aplaudió con entusiasmo. Es "El bueno de Guzmán" una obra de situaciones bien movidas y cómicas escenas en las cuales juguetean la gracia y buen humor de estos saineteros aplaudidos. La música es traviesa y alegre.

En la noche se puso nuevamente en escena "El Príncipe Bohemio" y se reprisó "El Príncipe Casto", obra que ha alcanzado franco éxito en todas las temporadas de zarzuela.

"El Príncipe Bohemio" dio nueva ocasión a Ortiz de Zárate para hacerse aplaudir ruidosamente en su rol de príncipe Alí. Hubo de bisar algunos números, obligado por el público.

"El Príncipe Casto" gustó bastante. Sobresalieron en la representación de esta obra las señoras Ferrer y Rossel, Fernández, Porta, y algún otro.

Se ha combinado para hoy un programa atrayente. Va en tanda vermouth "El Príncipe Casto", en primera "La alegría del batallón", y en segunda "La Generala", hermosa opereta en la cual trabaja Ortiz de Zárate.

Según se nos informa, la empresa ha resuelto ofrecer los viernes una tanda vermouth de moda, en la cual se pondrá en escena una opereta, cobrando sólo el precio de un sol por localidad de platea.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 30–XI–1915)

ANTONIA MERCE (La Argentina), artista que nos visitara en 1915. Fotografía publicada en Variedades.

GIL BLAS

EN UNA TANDA DE VERMOUTH

"TANDA DE VERMOUTH", fino apunte por Abraham Valdelomar del ambiente teatral de la época, en el que apreciamos como espectador al cronista de espectáculos Juan Croniqueur. Semanario Gil Blas. *1909.*

DE TEATROS

En el Municipal

La compañía Casas, después de las primeras indecisiones en los programas, sigue orientando atinadamente su temporada en el Teatro Municipal, con plausible empeño de hacer conocer a diario las nuevas y escogidas obras de su repertorio.

Después de la larga temporada de revistas de lujo y de éxito barato que ofreciera la compañía de Quinito Velarde, vuelve y se consolida en la escena del Municipal el imperio del sainete pintoresco, la zárzuela jocunda y la alegre opereta que transitoriamente hicieran olvidar las simpáticas funambulerías de la trouppe de Velazco.

En la tanda vermouth, que estuvo singularmente concurrida, se puso en escena nuevamente "El Príncipe Casto", cuyos numeros más salientes fueron muy aplaudidos.

Se estrenó en la función nocturna una zarzuela de Arniches, "La alegría del batallón", abundante en efectos y situaciones melodramáticas, eficaces siempre para arrancar sonoros aplausos. Se trata de una obra que tuvo en España oportunidad y cuyo éxito circunstancial tuvo su origen en asunto semejante al explotado por el libretista. La técnica de Arniches, fecunda en recursos hábiles, se revela bien en toda la obra que, por cierto, fue muy aplaudida por el público que asistió anoche a su estreno. La Molina, Fernández, Ortiz de Zárate y Porta, estuvieron en caja en sus roles y Ponsetti cantó con mucho gusto y afinada voz.

"La Generala", opereta de Perrín y Palacios que nos hiciera conocer la compañía de Esperanza Iris, completó el programa. Ha significado tal vez esta obra el mayor éxito de la compañía Casas, durante lo que lleva de transcurrida su temporada en el Teatro Municipal. "La generala", que tiene relieve de obra ajustada a los más precisos cánones de la opereta, es por sus personajes, asunto y partitura muy cómica, alegre y bien matizada.

Ortiz de Zárate, tras de confirmar con el mejor de sus triunfos sus

prestigios de cantante, tuvo ocasión de evidenciar que indudablemente vale también como actor. Fue muy aplaudido y tuvo que bisar algunos números. Las señoras Rossel y Menguez perfectamente dueñas de sus roles. Fernández y Porta muy graciosos, sobre todo el último que se caracterizó admirablemente.

Hoy se estrena en vermouth el sainete "El cofrade Matías". En la noche va "La Casta Susana"

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 1°–XII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Numeroso público llevó ayer al Municipal el excelente programa confeccionado por la Compañía Casas. Fueron inauguradas con singular éxito las tandas vermouth de moda, en las cuales, como ya hemos dicho, se pondrá en escena operetas en dos o tres actos. La opereta elegida para la vermouth de ayer fue "La Generala", que ha sido acaso el mayor suceso de la compañía Casas.

La presentación de "La Generala", al igual que en la primera noche, no dejó qué desear. Ortiz de Zárate, la señora Rossel, la señora Molina, Fernández y Porta estuvieron, como ya apuntamos, muy felices en sus respectivos roles, siendo aplaudidos con entusiasmo.

En la noche, "Eva" hizo una vez más las delicias de cuantos gustan de la opereta vienesa, que entre nosotros cuenta con tantos partidarios.

La cadencia desmayada del vals y la coquetería parisina del septillo del segundo acto y otros números semejantes, volvieron a llenar la sala del Municipal. Y volvieron a escuchar sonoros aplausos Ortiz de Zárate, las señoras Rossel, Ferrer y el tenor cómico Porta.

Es totalmente nuevo el programa de hoy. En tanda vermouth se estrena la comedia en dos actos "La sobrina del Cura", original de Arniches, y en la noche se reprisa la opereta de Leo Fall "La Princesa del Dollar".

En el Colón

Esta noche se realizará en este teatro el beneficio de las señoritas Celia, Sylvia, Judith y Stella Bell, artistas que han logrado durante la temporada, conquistarse las simpatías del público por sus meritorios trabajos.

El programa confeccionado para esta función es atrayente y en él figura el estreno de una obra mímica de gran aparato que tiene un interesantísimo argumento.

Teatro Excélsior

Hoy reaparecerá en este aristocrático cine la aplaudida pareja de baile Obejero–Figini, que con tanto éxito trabajara en anteriores funciones. Tanto en la vermouth como en las tandas nocturnas, ejecutarán nuevos y atrayentes bailes de salón.

El público tendrá así nueva oportunidad de apreciar el mérito artístico de esta pareja.

(En *La Prensa*: Lima, 3–XII–1915)

DE TEATROS

En el Colón

Como hemos dicho, esta noche se da en el Colón una función extraordinaria a beneficio de las aplaudidas Celia, Sylvia, Judith y Stella Bell, tronco y núcleo artístico de la familia teatral del mismo nombre que ha tenido el mágico don de atraer noche a noche cada vez mayor y más elegante concurrencia al teatro de la Plaza Zela.

Para que no falten otros atractivos, se anuncia el estreno de una gran pantomima: "Los indios apaches", que se desarrolla en la frontera mexicana y cuyo argumento es el siguiente:

Es la celebración de un bautizo, y, naturalmente, se celebran con gran algarazara, diversos festejos según las pintorescas costumbres de esos lugares.

Se baila, se grita, se jalea y domina la fiesta un cielo encendido y claro que patrocina el general regocijo.

De pronto, cuando la fiesta llega a su auge, se presenta un joven oficial de gendarmería; los comensales le rodean y le obligan que coparticipe de la fiesta. También han llegado, unos minutos antes, varios invitados, entre ellos la autoridad local. Instantes despues llega otro oficial..... trae una noticia fatal: los indios se han rebelado, en reacción violenta y sanguinaria y amenazan invadir todo el departamento. Los dos oficiales se entrevistan con el dueño de casa, éste les ruega que no alteren los ánimos de las señoras invitadas y abandona el hogar con los dos militares.

Empieza la tarde..... Los espíritus se debaten entre el alcohol y la música. Llegan dos indios mendigos y, contra la voluntad del criado de la casa, que duda de ellos, el ama les brinda hospitalidad y sustento.

Ante el temor de la tempestad, que ya parece aproximarse, todos los invitados se retiran. Llega la noche, el ama dispone que los mendigos se recojan en un cuarto retirado y la tranquilidad más absoluta reina en la casa. El criado recorre todos los departamentos y al ver a los indios mendigos

crecen su inquietud y su duda; y no duda más porque a los pocos instantes observa que se ponen en movimiento. Silban y de lejos les responden otros silbidos macabros.....

El criado corre entonces donde su amo. Se le ve llegar luego donde éste, que se encuentra con la tropa, y se ve en seguida cómo el ejército se apresta a combatir a la indiada; ésta enfurecida y criminal se ha internado en el rancho y ha llegado hasta el mismo cuarto donde reposa la señora de la casa. Sólo una lámpara alumbra la estancia. Los indios, a falta de otra cosa, se apoderan de la criatura y van trasportándola de uno en uno.....

En esto llega la tropa. La lucha es cruenta. En un minuto la criatura ha llegado, de brazo en brazo, hasta la ventana; pero en un minuto también ha llegado el dueño de la casa.

La lluvia cae y un cielo cargado de negras densidades preside el cuadro..... La tragedia ha llegado a su apoteosis..... La sangre corre por doquiera.

Este es el terrorífico drama con que para esta noche nos amenaza la compañía Bell, la que por fortuna sabe ponerlos muy bien y cuenta desde luego con numeroso público que no ha de faltar hoy seguramente.

"La Argentina"

De paso para Nueva York, llegará, dentro de breves días a nuestra ciudad, una de las figuras más visibles en el arte coreográfico español: "La Argentina", respetada por la prensa de España y Argentina como una artista en el manejo de los palillos y en danzas rápidas, cascabeleras y voluptuosas.

"La Argentina" dará dos únicas funciones en el Teatro Excélsior.

(En *La Prensa*: Lima, 3–XII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

"La alegría del batallón" tuvo en la vermouth de ayer el mismo éxito que en la noche de su estreno.

En la noche volvió a escena la opereta de Leo Fall "La Princesa del Dollar" que fue presentada con bastante correción de decorado y vestuario por la compañía Casas. La señora Rossel estuvo acertada en el rol de Alicia, escuchando francos aplausos. Ortiz de Zárate tuvo tal vez el mayor acierto artístico que le hemos visto como actor y como cantante. Dio a su papel todas las modalidades que reclama, con soltura y naturalidad y tuvo tan felices y sonoras notas cantando en el segundo acto que al finalizar éste fue levantado el telón en su honor cuatro o cinco veces. Vimos joven, voluntariosa y entusiasta a la señora Menguez, gracioso a Porta y correcto a Ponsetti. Muy en caja la señora Torrijos. Y Freixas, que hizo de John Conder, nos reveló que es de los raros casos de primer actor con facultad de cantante.

He aquí el programa de hoy: En matinée "El Conde de Luxemburgo"; y en vermouth "Las Musas Latinas", y en función nocturna "La Princesa del Dollar".

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 5–XII–1915)

DE TEATROS

VIENDO A ANTONIA MERCE

Y fue anoche cuando el arte divino de la danza, tuvo la exaltación más prodigiosa de que mis ojos han sido testigos, en el tinglado del Teatro Municipal, asilo de tantas promiscuidades: Mimí Aguglia, y Cleo Vicini, Enrique Borrás y Manuel Díaz de la Hoga, María Guerrero y María Díaz, Antonia Mercé y Carmela Jiménez. No he tenido la fortuna de visitar mejores urbes donde culmine en teatros fastuosos la armonía coreográfica y conozco objetivamente muy poco de estas egregias cosas. Apenas,si óleos y dibujos me han divulgado algo de ella, pero es seguramente escasísimo. También me han dicho algo las formas fantasmagóricas de los *écran*, pero mi evidente miopía física me ha impedido siempre apreciar bien estas visiones oscilantes que auspician las digestiones burguesas y los vulgares discreteos enamoradizos. Por eso he tenido un hondo regalo espiritual viendo danzar a esta mujer que se hace llamar con cierto mal gusto y mercantilismo "La Argentina".

Esguince febril, voluptuoso, lánguido y desmayado, rapsodial y nostálgico; euritmia milagrosa en la cual trazan rúbricas fantásticas gasas, seda, brazos, cabellos, sonrisas; deliquio mágico en que sollozan castas impudicias; sensualidad excelsa que pone en la escena la evocación sangrienta y sádica de los labios sitibundos de Salomé besando la cabeza de Yo'Kanaán; todo esto halláis en Antonia Mercé –yo no sé llamarla La Argentina– cuyo cuerpo –flama de histeria– hizo anoche una exégesis de la danza,

Vibró anoche por primera vez el clamor de sus tacones y la risa de sus castañuelas, que juegan en sus manos en un escamoteo sonoro, cuando la orquesta iniciaba "La danza de las mercedes" de Massenet y sintieron entonces los espectadores efluvios del alma española, tamizada a través del temperamento de la artista y sin mácula de chulería exportable y de canalla funambulismo.

Y vino luego otra fantasía de Massenet que Antonia Mercé supo interpretar con exquisitez selecta. Luego "La Rosa de Granada" en que cantan todas las glorias de la majería goyesca y que yo exculpo y sanciono que Antonia Mercé haya bailado, porque hay que ver en Quinito Valverde el músico folklórico que acopió en esta danza armonías ambientales. Y si este sileno barbudo de la aventura con Gloria Star ha sabido realizar tal labor, cumple tributarle justicia y admitir que Antonia Mercé dance al son de sus arpegios cuando de baile español se trate y no de más egregio arte.

Cuando culminaron todos los entusiasmos selectos fue sin duda en el momento en que las armonías de Grieg, de ese noruego divino que arrulló tal vez alguna hora de vuestra más pura diafanidad espiritual, marcaron la punta del ritmo solo y múltiple del cuerpo y de las castañuelas de la bailarina.

Fue un fado portugués el que cerró la primera parte del programa y en él tuvo Antonia Mercé uno de sus instantes de más éxito. El aplauso del público la obligó a repetirlo. Yo no sé hasta qué punto será posible tener estas complacencias livianas con el aplauso, aunque probablemente las justifican los entusiasmos de la noche del estreno.

Ese jocundo, gracioso y sonoro pasacalle que es "Mi Chiquilla", inició la segunda parte del programa. Y la Mercé lo bailó y lo cantó admirablemente. Pero a pesar de todo, no sabría perdonarle nunca que lo cantase. Ante cualquiera otra artista española de esas que ambulan por los escenarios de *varietés*, yo habría confesado su triunfo si cantase y bailase tal pasacalle como lo hizo esta danzarina. Mas a usted, Antonia Mercé, en nombre de un noble sentimiento artístico, no es posible dejar de decirle que nunca debe usted cantar en escena. No es que el coloquio de las voces de vuestra garganta, de vuestros tacones y de vuestras castañuelas no sea amable. No es que dejéis de poner en vuestras notas una delicadeza exquisita. Es que la danza, Antonia Mercé, cuando tiene la exaltación que usted le da es arte casi religioso, arte esfíngico, arte mudo. Todo lo dice el gesto, todo lo dice el ritmo, todo lo dice el repiqueteo gentil. Y si canta usted las gentes vulgares repararán en que la voz de usted no es de ópera y las gentes selectas pensarán que viola usted la liturgia santa de la danza. Ya sé que "Mi Chiquilla" fue el número que acaso más aplaudieron. Pero no le impresione a usted nunca esto. Probablemente si cantase usted coplas de zarzuela y más si tuvieran típica intención, las gentes se volverían locas por oírlas nuevamente.

Y siguieron las sevillanas de la ópera de Don César Bazán, que evocó

etapas de más castizo arte en tierra hispana; la farruca argentina, trasunto risueño de alguna fase de juerga gaucha; el tango argentino, sin los refinamientos de la mistificación parisiense; la serenata andaluza de Rucher que nos cuenta todo el poema breve de una balada cuya última nota se quiebra en el rictus anhelante de la prosternación; y finalmente las "alegrías" que en dos minutos nos dicen íntegra la gallardía de las corridas de toros, desde el revuelo reverberante de las verónicas hasta la caricia risueña que pone la mano asesina del torero en el testuz del toro agonizante. Y sonó la más formidable ovación cuando Antonia Mercé bailó las alegrías. Hubo de ser complaciente y repetir esta síntesis del torco que ella sabe.

No son estas líneas, que yo trazo bajo los apremios de la hora, un eslabonamiento vulgar de elogios rituales y más o menos entusiastas. Son franquísima eclosión de sinceridades, que en mí espolean todos los arraigos de mi culto infinito al Arte y la Belleza. Yo veo siempre en este baile que es arte y no snobismo de *the tango*, yo veo siempre, digo, glorificación de lujuria, mímica de deseo, pero no le rebaja esto a mis ojos. Antes bien le exalta. Creo en la religiosidad de lo que llamaba hace un instante, si bien me acuerdo, casta impudicia, pero no en la danza que no tiene euritmia, grito o nostalgia de deliquio de amor. Precisamente por eso declaro la belleza de este arte. Y cuando pienso en Antonia Mercé, que es española, tan grata exégeta, he de proclamarlo con convicción más honda. En ella no hay sólo la aristocracia del gesto y del movimiento que subrayan sus ojos milagrosos y su sonrisa plácida, sino también el dominio admirable de las castañuelas que tienen diminuendos leves, trémolos sollozantes, clamores estrepitosos, carcajadas sonoras. Yo sólo os diré que quisiera galvanizar su armonía y prenderla en mis ensueños como un arrullo perenne y consolador.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima 12–XII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Dos estrenos llevaron anoche al Municipal numeroso público.

Fue el primero "El Soldado de Ceuta", zarzuela escrita sobre el tema y situaciones bastante gastados pero todavía explotables. El público rio de sus chistes y escenas cómicas y aplaudió el trabajo acertado de los artistas. Pero todo el éxito de la función residió sin duda en el estreno de la revista de Paco Ruiz París "El Palacio del Placer", presentada en segunda tanda. "El Palacio del Placer" es una revista de actualidad, urdida con gracia e ingenio escénico. Sus cuadros se suceden entre escenas bien matizadas, bailables alegres y coplas juguetonas. Todos los números fueron recibidos entre grandes aplausos y bisados en gracia a la exigencia pública. La Ferrer tuvo, como coupletista traviesa y pícara, todo un triunfo. Igualmente felices en esta obra vimos a la Rossel, Porta, Fernández y Ponsetti. Paco Franco se reveló como un bailarín magnífico, ejecutando diversos bailes que el público aplaudió con calor.

En la vermouth de hoy se pondrá en escena "El Soldado de Ceuta". En la noche la compañía dará "Eva", con una gran rebaja de precios. Se cobrará un sol por localidad de platea.

Mañana se estrenará "La Sombra del Molino", obra inspirada en un tema de la guerra y que ha constituido uno de los últimos éxitos de Carlos Arniches en Madrid. A partir de la disolución de la razón social Arniches y García Alvarez, y desde que cada uno de estos autores produce por su cuenta, Arniches ha estrenado con provecho "El Amigo de Melquiades", "La Sombra del Molino" y "El Chico de las Peñuelas".

El joven H.

Las Tapadas

El joven artista J. M. Cárdenas ha evocado en una simpática acuarela que se exhibe en una de las vidrieras del Palais Concert, el tipo de la tapada llevado a escena en el poema colonial de Julio de La Paz y Juan Croniqueur actualmente en ensayo por la compañía Casas.

El trabajo de Cárdenas ha sido reproducido en cartulinas que anunciando el próximo estreno de "Las Tapadas" se exhiben en los establecimientos centrales.

(En *La Prensa*: Lima, 17–XII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal

Notablemente concurrido estuvo anoche el Teatro Municipal, tanto en tanda de vermouth como en las secciones nocturnas.

En primera tanda se reprisó una zarzuela de legítimo abolengo dentro de su género escénico, "Las Carceleras", cuya interpretación por la compañía Casas satisfizo ampliamente a los espectadores.

En segunda tanda se estrenó "España de Pandereta", revista de gran lujo escénico y fuente y origen de casi todas las obras de esta estirpe que dieran motivo para hacer derroche de luces, trajes, decorados y bailables a las huestes de Quinito Valverde. En "España de Pandereta" se advierte a primera vista el modelo que explotan los autores de "Cantos de España". Hay tal vez en esta revista mejor arquitectura de obra teatral que en la escrita por Ruiz París, con sujeción servil a una pauta trazada por otros, y a la cual prestara el prestigio de su música ligera y risueña el maestro Valverde.

La obra fue presentada con toda corrección escénica.

Se distinguieron en ella, escuchando francos aplausos, las señoras Rossel, Ferrer y Márquez, y Fernández, Freixas, Porta y otros.

El público, que concurrió numeroso al estreno, acogió la obra con entusiastas demostraciones de aplauso.

Esta noche se repite "España de Pandereta", con "El Palacio del Placer".

En el Colón

Anoche debutó en este teatro la compañía de zarzuelas, operetas y bailes "Santiago García", organizada bajo la disciplinante dirección de Federico Carrasco, a base de selectos elementos artísticos traídos de Buenos Aires y Santiago.

El público acudió numerosísimo al reclamo de los viejos y conocidos

nombres de Santiago García y Federico Carrasco y llenó el teatro con franco deseo de aplaudir a estos actores.

La tiple cómica Josefina López Muñoz hizo su presentación en "La niña de los besos", que fue puesta en escena en primera tanda. "La niña de los besos", que es sin duda alguna una obra incolora y floja, no dio oportunidad a esta artista para revelar sus aptitudes de tiple cómica. Pudo, sin embargo, el público advertir que eran muy apreciables y acogió con simpatía el debut de la artista.

En conjunto, la representación de "La niña de los besos" estuvo correcta, singularizándose en sus roles Santiago García, a quien el público tributó una cariñosa ovación, Lecha, Aristi y algún otro.

En "La Tirana", tuvo un felicísimo debut la primera tiple Elvira López Muñoz, en quien se concilian condiciones de artista discreta y cantante hábil. Tiene un fresco caudal de voz que maneja inteligentemente y que le permite desempeñarse con corrección suma en la zarzuela del maestro Lleó. La tiple cómica Josefina López Muñoz puso admirable acierto en la interpretación del rol de Trini, escuchando aplausos entusiastas y merecidos. Agil, graciosa, retozona, matizó su papel finamente.

Federico Carrasco escuchó una enorme ovación, reveladora del afecto de que goza en nuestro público, al presentarse en "El Pobre Valbuena", que da a todos los actores cómicos franco asidero para sus más caprichosas y personales comicidades. Carrasco hizo triunfar nuevamente el tipo del "Valbuena" con todos sus hilarantes efectos.

Las bailarinas Anita y Maruja España, jóvenes, simpáticas y elegantes, fueron recibidas con simpatía. Bailaron con típicos y bonitos trajes los bailes consignados en el programa, siendo muy aplaudidas. Constituirán sin duda alguna uno de los mejores alicientes de la temporada que se inicia en el Colón.

Esta noche se presenta en el "El último chulo" el tenor cómico Luis Manzano, artista al cual abonan muchas favorables referencias.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 23-XII-1915)

DE TEATROS

En el Municipal

La Compañía Casas cumplió ayer con éxito el atrayente programa formado por "Las carceleras", "El Palacio del Placer" y "España en Pandereta", obras las tres que presenta con toda corrección y que han gustado mucho al público.

En "El Palacio del Placer" se consignó el número extraordinario de las tonadillas por la aplaudida tiple cómica Amparo Ferrer que durante la temporada se ha adueñado de todas las simpatías por su gracia, su donaire y su pícara coquetería. La Ferrer cantó populares tonadillas que han contribuido al renombre de la Goya y la Imperio, imitándolas en gestos y "disfuerzos" como podrían acreditarlo cuantos –no está entre ellos el revistero– conozcan a tales artistas excelsas. Los espectadores le tributaron cariñosos aplausos, muy merecidos por cierto.

Los más descollantes números de música y baile de ambas revistas fueron bisados a instancias del público. Y entre los artistas más aplaudidos se contaron, como de costumbre, la Rossel, Fernández, Freixas y Porta.

El programa de hoy es muy interesante. En tanda vermouth va "España de Pandereta", que dará seguramente muy buenas entradas a la Compañía Casas, y en la noche, a beneficio del público, "El Conde de Luxemburgo", éxito de Ortiz de Zárate.

En el Colón

El éxito alcanzado por la Compañía de Santiago García con la zarzuela de Martínez Sierra y Lleó "La Tirana" en la noche de estreno, se repitió en la tanda vermouth de ayer. Esta obra ha tenido la virtud de ser una piedra de toque como quien dice para las tiples Josefina y Elvira López Muñoz, que hacen en ella interpretaciones muy cabales de sus respectivos roles.

Acertadamente reducida a un acto y puesta en escena por la Compañía

de Santiago García, "La Tirana", que bien visto es una obra en la cual determinadas situaciones ingenuas, vulgares o desfallecientes pugnan por conspirar contra los prestigios de buen autor del poeta de "La casa de la Primavera", se hace una zarzuela destinada a durar en los carteles y a llevar siempre numeroso público al teatro de Zela.

En "El Ultimo Chulo" hizo su debut ante nuestro público un artista precedido por referencias que le garantizaban ampliamente. Manzano respondió a las expectativas del público, desempeñándose admirablemente en su papel de Fermín, que interpretó hábilmente. Manzano es un tenor cómico de gesto sobrio, buen decir y fina vis cómica. En "El Ultimo Chulo" ha dejado ya evidenciada su calidad de artista y nuevas obras contribuirán a cimentarla más aún.

Estuvieron en caja en sus roles de "El Ultimo Chulo", la López Muñoz, Carrasco, Aristi, Lecha y la señora López.

En "Los Bohemios", se presentó el tenor serio Ramón Vives, quien orilló atinadamente las dificultades de la partitura y logró hacerse aplaudir en justicia. Estuvo feliz cantando el dúo del segundo cuadro, en el cual se desempeñó muy bien. Elvira López Muñoz, García, Manzano y Aristi, se hicieron aplaudir igualmente en "Los Bohemios".

La compañía "Santiago García" es, sin duda alguna, a juzgar por las funciones que ha ofrecido, un conjunto artístico parejo, homogéneo, bien disciplinado y apto para la campaña que se propone realizar en el Teatro Colón. La dirección de Federico Carrasco garantiza buen orden y corrección en la presentación de las obras.

Hoy va en tanda vermouth "El Ultimo Chulo"; en primera tanda "Los Bohemios" y en segunda tanda "La Niña de los Besos". Todo un programa atrayente como salta a la vista.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 24-XII-1915)

DE TEATROS

En el Municipal

El Teatro Municipal estuvo ayer muy concurrido en matinée, vermouth y tandas nocturnas.

En la opereta de Lehar, "Eva", que fue puesta en escena en matinée, fueron aplaudidos calurosamente Rossel y Ferrer, Ortiz de Zárate, Porta y Fernández.

En la segunda tanda nocturna se presentó "La Tirana", zarzuela que parece ahora puesta de moda en los carteles. La señora Rossel hizo una Tirana bien matizada y mejor sentida. Cantando tuvo instantes muy felices que arrancaron espontáneos aplausos a los espectadores. La señora Menguez interpretó discretamente el rol de Trini. Ortiz de Zárate tuvo ocasión de poner nuevamente en evidencia sus condiciones de actor y de cantante, siendo aplaudido con justicia.

La alegre, simpática y graciosa opereta de Perrín y Palacios, "La Corte del Faraón", que en anteriores temporadas llenase a diario un lugar en los programas, fue reprisada en tercera tanda, como una agradable novedad. En las populares coplas del último cuadro, la Ferrer, que tantas simpatías tiene conquistadas en nuestro público por su donaire y por su fina comicidad, tuvo un completo éxito, viéndose obligada a bisarlas entre los aplausos del público.

El programa de hoy es el siguiente: En matinée, "La Princesa del Dollar", a precios populares; en vermouth, "España de Pandereta" y "El palacio del placer", con novedosos números por Gilda y la Bella Carmencita.

En el Colón

Se consolida crecientemente el éxito de la compañía Santiago García que actúa desde el miércoles en el Teatro Colón.

Ayer estuvo este teatro excepcionalmente concurrido y vimos al público pródigo en sus demostraciones de simpatía a los artistas de la compañía, que supieron desempeñarse cumplidamente en la interpretación de las obras puestas en escena.

En matinée llenaron el programa dos obras que siempre agradan al público: "La niña de los besos", que es al fin y al cabo una obra movida y simpática, y "El pobre Valbuena", que por la gracia del asunto y de las situaciones y la juguetona alegría de la partitura es de las obras de perenne éxito. Una agradable sorpresa fue en la matinée el debut de la bailarina y tonadillera Carmelita, admirable muñeca de nueve años y hermana de Anita España, que sabe de garrotines, pasacalles, tangos y couplets como las artistas mayores. Esta nena oyó merecidísimos aplausos.

Completaron el programa del día "La Tirana", obra en la cual alcanzan un ruidoso éxito las tiples Josefina y Elvira López Muñoz; la comedia "Luna de miel", que por sus animadas escenas, cómicas situaciones y acertada representación, gustó bastante, y "Los bohemios", hermosa opereta que la compañía presenta correctamente.

Hoy en matinée van la comedia "Luna de miel" y Los bohemios". Además cantará tonadillas la tiple cómica Josefina López Muñoz, que anoche fue aplaudidísima, cantando con picardía y gracia e intención imponderables, diversos cuplés. En vermouth se repite "El último chulo" y se agrega el número extraordinario de la segunda presentación de Carmelita España. Y en la noche "La Tirana" y el "Dúo de la africana".

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 26–XII–1915)

DE TEATROS

En el Municipal
Felyne Verbist

En el tinglado del Municipal que un día –fue con motivo de la presentación de otra gran bailarina, Antonia Mercé– llamamos asilo de tantas promiscuidades, volvió a triunfar anoche el arte excelso, maravilloso y exquisito de Felyne Verbist. Nuevamente el encanto de su ritmo y de su gesto habló al alma de las galerías, de los palcos y de la platea, y despertó clamores de entusiasmo sincerísimo y devoto.

El teatro estuvo concurridísimo, casi totalmente ocupado, pero al entrar a él tuvimos sin embargo la impresión de que nuestro público no había acudido a admirar a Felyne Verbist con toda la unanimidad que el arte de la notable bailarina merece.

Al influjo de los entusiasmos enfervorizados de la segunda "soirée" y cuando ya en este diario se ha escrito las impresiones de la noche de estreno, no es necesario ni posible insistir en la exaltación detenida de los bailes que ejecuta Felyne Verbist. Cabe sólo cumplir con la obligación ritual de hacer una breve reseña de esta función cuyo éxito ha sido tan inmenso como el de la primera.

El primer baile del programa –Valse lento, de Leo Delibes– tuvo en la gracia aristocrática de esta mujer, que es toda ella armonía y cadencia delicadas y suaves, la más exquisita interpretación. Risueño el gesto; mimosas las manos al coger con los dedos leves los extremos de la falda aérea; cadencioso el paso; lleno de fina coquetería el ademán, Felyne Verbist dio a cada nota de la orquesta el encanto de su ritmo plástico.

Y siguieron "La Fiesta de las Flores", baile de ópera, que llevó al escenario aromas de jardín, de primavera y de fiesta floral; la maravillosa "Muerte del Cisne" que la bailarina matiza con la más feliz y más admirable precisión y que es todo un magnífico poema; la danza de Salomé que vibra con el prodigio de todas sus evocaciones y pone ante los ojos de

la artista –así lo siente el espectador– la cabeza ensangrentada de Yo Kanaan; "Sylvia", otro gran baile de ópera, en el cual la silueta de la Verbist se yergue aérea y da la impresión fabulosa de rozar sólo el suelo los pies de la artista.

"La Danza de las Horas" que compendia en diez minutos todas las sensaciones –ocaso, fatiga, sombra, misterio, sueño, inquietud, amanecer, desperezo, alegría y sol– que hace sentir el isócrono ritmo del día.

Finalmente, después que "Les Millions de Arlequín", con su gracia y su donaire atildados y sutiles exaltó todos los entusiasmos y condujo al público a la exigencia no siempre discreta del bis, Felyne Verbist quiso caprichosamente ejecutar un baile español en el cual puso toda su gentileza y que fue merecidamente aplaudido.

En todo instante la gran artista fue dueña de la atención del público y estuvo el público comprensivo, inteligente y enamorado. Al terminar cada baile los aplausos estallaban espontáneos y ruidosos y solicitaban de la artista el gracioso ademán de su agradecimiento ante el homenaje.

Felyne Verbist se embarcará el miércoles. En presencia del éxito de las dos funciones ha resuelto ofrecer mañana martes una matinée con la cual se despedirá de Lima.

Es sensible que sólo reste a esta ciudad –ciudad condenada todavía a contentarse con tanta mediocridad y con tanta insignificancia– una sola oportunidad más para admirar el arte de esta gran artista, cuya presentación a nuestro público bajo los auspicios de la Empresa Valle, constituirá para ésta un merecido título de recomendación al aplauso público.

A la función de anoche concurrieron S.E. el presidente de la república y su esposa.

Felyne Verbist recibió varios regalos de flores.

El joven H.

(En *La Prensa*: Lima, 29–V–1916)

DE TEATROS

En el Municipal

Consignándose en el programa de la función que ofrecerá esta noche Felyne Verbist varios estrenos, encontramos oportuno publicar una ligera explicación ilustrativa sobre las danzas que ejecutará:

Primer baile.– Es este vals uno de los más famosos valses de Delibes, conocido por el nombre de Coppelia o La Muñeca.

Segundo baile.– Mlle. Verbist resucita en el Minueto de Glück, la fina galantería del siglo XVIII y el prestigio de aquella ceremoniosa corte de Luis XV, toda hidalguía y elegancia. Y la melodía exquisita de esta danza, en cuyos ritmos realizó el genio vigoroso y severo de Glück un prodigio de gracia, fluye de los armónicos movimientos de Mlle. Verbist, deliciosamente evocadora y galante.

Tercer baile.– Durante su triunfal permanencia en Italia, y deseando corresponder a la admiración que le rindiera Turín, Mlle. Verbist se empeñó en poner en escena una de las más características danzas cómicas italianas, y ejecutó por primera vez "La Monferrina", baile popular del Piamonte. Fue delirante el éxito de Mlle. Verbist, quien logró poner nuevamente en boga aquella graciosa danza rústica del siglo pasado, bailada, hasta entonces, por las campesinas.

Cuarto baile.– "La Muerte del Cisne" es sin duda la obra maestra de Mlle. Verbist y quizás, al punto de vista de la partitura, la obra maestra de Saint–Saens.

Los más eminentes críticos de varios países han reconocido en eso una obra emocionante.

El cisne, al caer el día, se encuentra rodeado en el parque, cuando de un sitio de este parque disparan un tiro que hiere al animal.

El cisne, herido, trata de averiguar dónde le ha dado la bala y se siente morir. Hace un último esfuerzo para saltar, pero es inútil; entra la agonía y muere.

Quinto baile.– "La Mariposa", de Grieg, es como partitura una de las más famosas del ilustre compositor.

Sexto baile.– Mlle. Verbist interpreta en "Roberto el Diablo" la idea fundamental de la famosa ópera de Meyerbeer: la novia muerta que se incorpora de su sepulcro, acude a seducir a Roberto, llena de duda y de temor, y torna, por fin, a su tumba.

Séptimo baile.– De partitura especialmente escrita para Mlle. Verbist por el gran compositor argentino R. Pecan del Sar, fue quizá el más enorme éxito de la bailarina en el Teatro Colón de Buenos Aires. Exquisito y suave, todo aroma y delicadeza, el "Vals des Roses" es la embriaguez de las flores en el alma de una virgen; el desvanecimiento en la atmósfera capitosa del perfume, a cuyo conjuro se rinden el espíritu y el cuerpo, en la armonía suprema del languidecimiento de las flores que mueren y la embriaguez de la virgen que se desmaya.

Octavo baile.– "Salomé" es ya demasiado conocida. Mlle. Verbist pasa justamente por ser una de las mejores Salomés del mundo, prestándose a ello admirablemente su cuerpo y, además, huye de toda vulgaridad en las pasiones que excitaron a la hijastra de Herodes en presencia de la cabeza de Johanaan.

Su mímica, en este baile, es estupenda.

(En *La Prensa*: Lima, 31–V–1916)

DE TEATROS

En el Colón
"La mala fama"

Anoche estrenó la compañía de Paco Ares, ante público numeroso, la comedia en dos actos de Julio de la Paz "La mala fama".

La entusiasta labor que en la literatura dramática ha hecho Julio de la Paz, ha encontrado siempre en el público favorable acogida. Desde que estrenó "El Cóndor pasa" que en un medio como el nuestro, tan estéril en este género de manifestaciones artísticas, tuvo el éxito que merecía, todas sus obras han encontrado aplauso, aun aquellas en que el autor se apartaba de la ruta de su sinceridad literaria y transigía abiertamente con la vulgaridad del teatro ínfimo.

Un esfuerzo tan perseverante, continuo y modesto, un espíritu tan estudioso y tenaz y una obra tan noblemente orientada, han sido sin duda títulos bastantes para formar una reputación de autor, que tiene por supuesto los atributos propios de un arte en gestación como el de nuestro teatro nacional.

"La mala fama" es una comedia que tiene el mérito indiscutible de ser una obra seria. Su asunto es hondo, emocionante y está generalmente tratado con inteligencia. Hay un conflicto intenso, un proceso doloroso, pasiones vibrantes y hondas, caracteres bien impresos y crítica acerba; y en el fondo de todo mucha amargura, mucha verdad y mucha visión de vida y de miserias sociales.

Es discutible que el problema sea un problema de nuestra realidad cotidiana. El caso de "La mala fama" es tal vez un caso más imaginativo que frecuente y cierto, pero no por eso menos bien observado.

El autor nos lleva a un hogar pobre y honrado, en el cual una madre defiende una tradición de honestidad y de virtud. Dos de sus hijas son novias de dos mozos pobres, de su condición y de su clase. Otra vive ilusionada por el amor de un joven elegante y rico. La madre posee la

acerba enseñanza de la experiencia y defiende su hogar. No participa del engaño de su hija y siente el peligro. También ella, cuando fue joven y hermosa tuvo la seducción de un amor igual. Y este amor doloroso fue su pecado, el pecado del cual la redimieron sus naturales orientaciones hacia el bien. Como otrora la madre, la hija así asediada –Laura– peca también y deja su hogar. Pero en ella la reacción no se produce y por el contrario goza con el halago de una nueva vida, suntuosa, alegre y fascinadora. Con el amante de Laura, llegaron al hogar de la comedia dos hombres, como él jóvenes, elegantes y ricos. Y cuando Laura sigue a su seductor, la maledicencia rodea y acecha a las hermanas inocentes. La mala fama las asedia y las encierra. A una de ellas amenaza quitarle el amor del novio bueno y pobre que se siente opreso por los consejos de su familia. Y cuando en la casa todo es dolor y tristeza, llega a sus umbrales la pecadora, que tiende los brazos a la madre y a las hermanas abandonadas. Después de una escena amarga, en que se acentúa el distanciamiento y la separación, hay un instante en que la reconciliación parece aparecer. La familia forma un grupo amoroso y afligido. Suena entonces la bocina del automóvil que espera. Laura siente que este grito de la bocina es un requerimiento de la existencia placentera y amable que a ella la cautiva. Y parte. Su sed de vida la vence y puede más que la debilidad transitoria de un enternecimiento.

La obra es valiente. El final es amargo, es doloroso. No hay esa transacción servil de una amable y convencional escena de felicidad y de reconstrucción de cuanto la vida derribó. El mayor acierto está acaso en la verdad triste en que culmina el episodio.

El primer acto, afligido por las dificultades de una exposición laboriosa, tiene ciertas lagunas. Podría señalársele varios defectos que quitan a la comedia la pureza artística que con mayor cuidado, pudo tener. Se recurre en este acto a la coincidencia folletinesca de la identidad del nombre del seductor de la madre con el del seductor de la hija. Hay la misma, muy recalcada, identidad entre el episodio pasado con el episodio presente. Y bastaba una evocación simple del pasado.

En el segundo acto la obra se depura de estas deficiencias. Las escenas son más sentidas, más emocionantes, más verdaderas. El autor llega a conseguir mejor la interpretación de su propia idea –esa interpretación en la cual se tropieza antes varias veces– y hace sentir hondamente su asunto y sus personajes.

Minutos después del estreno, no es posible trazar sobre una obra cualquiera, y mucho menos sobre una obra de esta especie, un juicio

detenido. Más tarde lo hará seguramente la crítica que debe a "La mala fama", que es un noble esfuerzo de un autor inteligente, un instante de análisis.

La obra fue recibida con cariño. Al concluir el primer acto, el autor fue llamado a escena. A mitad del segundo se repitió por dos veces el honroso requerimiento del público. Y al final de la obra, hubo también franca demostración de aplauso.

De la interpretación, hay que decir que fue esforzada. Paco Ares y las señoras Abad y Aranaz sobresalieron. Los demás estuvieron generalmente discretos. No es hacerles poco elogio.

J.C

En el Municipal

La temporada iniciada en el Teatro Municipal por la compañía Mario, sigue consolidando su éxito artístico.

Anoche puso en escena una comedia muy hermosa de Florencio Sánchez, "En familia", que es sin duda alguna la obra de más relieve que nos ha hecho conocer la Compañía Mario. Hay tan grande verismo, tan bella naturalidad y tanta emoción en esta comedia, que no es posible menos que reconocerla como un brillante exponente de la literatura dramática argentina.

Florencio Sánchez, autor de "En familia", tiene reputación continental. Aunque nació en el Uruguay, su vida y su obra se desarrollaron en la Argentina, país en el cual su talento y sus méritos se abrieron tan franco camino que el gobierno le concedió una pensión en Europa. Fue todo un dramaturgo y su producción hará vivir por mucho tiempo la admiración que su arte despertara. En la Argentina se rinde a la memoria de este artista, dolorosa y tristemente desaparecido, un culto devoto.

A pesar de que no es ésta una de las obras culminantes de Florencio Sánchez, se encuentra en ella tan sobrios y grandes méritos que bastan para considerar la magnitud de la obra artística de este dramaturgo.

La obra fue puesta en escena con toda corrección. Los intérpretes, desenvueltos y hábiles, dueños por completo de sus roles. Se distinguieron Mario, que merece todo elogio, Escarcela y las señoras Padín, Argüelles y Mancini.

El programa de hoy es muy interesante.

"Las de enfrente"

Esta noche estrenará la Compañía de Arturo Mario en el Teatro Municipal, la comedia de Federico Mertens "Las de enfrente".

Esta obra, conforme hemos dicho en otras oportunidades, obtuvo inmenso éxito en la Argentina, habiendo pasado de 1600 el número de sus representaciones.

En la velada de esta noche, tendrá pues el público ocasión de conocer una celebrada producción teatral de nuestro distinguido huésped, el literato argentino Federico Mertens.

(En *La Prensa*: Lima, 24–VI–1916)

TORTOLA VALENCIA EN EL MUNICIPAL

Un gran suceso artístico

Anoche, las gentes de esta ciudad hemos tenido el honor de admirar y de aplaudir a una gran artista.

El Teatro Municipal –teatro de todas las promiscuidades y de todos los eclecticismos– nos ha dado cabida para recibir las mercedes y las gracias de un arte exquisito, pluscuamperfecto, sublime, que ha regalado con la más noble emoción nuestros espíritus criollos.

Nuestra metrópoli indolente y aldeana sabía que en el mundo había una bailarina maravillosa y que esta bailarina maravillosa no tenía un mote de diminutivo, ni un mote mercantilista, ni un mote patriótico, sino el nombre muy dulce, muy musical y muy armonioso de Tórtola Valencia.

Pero nuestra metrópoli no tenía la previsión de que esta artista triunfante sería traída en su vagabundez aristocrática y bohemia a esta tierra indoespañola.

La llegada de la genial artista fue sorpresiva, sonora, regocijada, alborotadora.

Apenas había pasado la vibración de este minuto de asombro cuando se presentó anoche Tórtola Valencia en nuestro Teatro Municipal y en el traje esclarecido, legendario y magnífico de la maja española.

La primera danza del programa fue una danza gallarda, donairosa; gentil. Pasó por el escenario la España de la galantería y del sarao con todos los aromas de una evocación delicada. Surgió la española de Goya, la española del paso breve y del ademán mimoso, la española de la mantilla negra y del abanico de encaje, la española de cortesano boato. Tórtola Valencia la interpretó con suprema comprensividad dando al mohín del gesto, de la sonrisa y de la actitud, toda la espiritualidad y toda la gracia de la maja tradicional.

Fue este baile pictórico y hermoso un prólogo delicado de la artística soirée. Una salutación sonriente. Una genuflexión aristocrática.

La danza de la Gypsy nos reveló otro aspecto del arte de la bailarina. No fue ya la trivialidad amable y engreída de la maja española. Fue la trágica y misteriosa palpitación del alma de una gitana. Un episodio dramático e intenso vivió en las actitudes de la danzante milagrosa.

Y luego el vals Danubio Azul de Strauss llevó a la escena el ritmo, la melodía y la vibración de otras razas y otros espíritus. Hubo perfumada y excelsa sensualidad en toda la frenética fantasía de la danza amorosa y apasionada.

Tórtola Valencia fue saludada por aplausos devotos y enamorados y concluyó la primera parte del programa.

Se sintió en el foyer la onda intensa y agitada del comentario lleno de admiración y de calor. Se sintió sorpresa, exaltación, fervor, asombro. Y la hipérbole entusiasta y sincera vibró en todas las frases.

La Danza de Anitra llevó a la escena una emoción más exótica, más rara, más inspirada, más armoniosa. Tórtola Valencia puso en su ritmo la musicalidad de un episodio en que su arte es psicológico y profundo.

Y siguió la Canción de Solveig, que es un poema de pura, quintaesenciada y diáfana ingenuidad, para que un instante después La Marcha Fúnebre de Chopin hiciera sentir en la congoja y el dolor del gesto y de la expresión toda la sentimentalidad y toda la tristeza de la armonía imponderable de Chopin.

Tórtola Valencia consiguió en La Marcha Fúnebre de Chopin un triunfo supremo. Su dramaticidad cultivada y profunda se enseñoreó en todos los espíritus aturdidos aún por la sucesión de tan vastas y tan complejas sensaciones. En esta interpretación de su arte se hizo más accesible a la comprensividad de los espectadores y puso en el teatro una palpitación melancólica, recogida y unciosa.

La danza de los gnomos de Grieg, una creación fantástica, alucinante, prodigiosa, marcó el término de esta segunda parte del programa. Tórtola Valencia hizo surgir en la escena una página de la fábula. Su ritmo se hizo ágil, voluble, aéreo, maravilloso.

El entusiasmo del público se acentuó.

Fue arrebatado y ruidoso el comentario del foyer en cuyos comentarios hubo el arrebato apasionado de las grandes sorpresas artísticas.

Se recordaba a las bailarinas notables que Lima había visto y se confesaba la novedad de la belleza recién conocida.

Yo quise decir mi admiración a la gran artista. Tórtola Valencia estaba fatigada, acezante, inquieta, enfebrecida. Viéndola así se siente cómo es

una mujer completamente poseída por su arte. Se entrega apasionadamente a su emoción y a su sentimiento con un fanatismo de religiosidad fetichista y bárbara.

La tercera parte del espectáculo fue culminante.

Tórtola Valencia ejecutó tres de sus danzas más grandiosas. Y puso en las tres la palpitación del alma oriental, misteriosa, amorosa y mística.

La danza de la serpiente hizo sentir exhumaciones de rito apasionado y trágico. Tórtola Valencia, vibrante, majestuosa y sacerdotal, tejió con sus brazos las ondulaciones arrebatadas de dos serpientes. Los brazos de Tórtola Valencia son prodigiosos, melodiosos, puros, litúrgicos, ágiles, delicados y llenos de sabiduría. Los brazos de Tórtola Valencia han penetrado en todos los secretos de la armonía. Los brazos de Tórtola Valencia son dos intérpretes máximos del poema. Los brazos de Tórtola Valencia tienen la gracia milagrosa de las religiosas y de los ritos universales.

A esta danza alucinante y extraña siguió la admirable Danza del Incienso. Tórtola Valencia hace más acendrado el misticismo evocador de su arte en esta danza incomparable. Resucita civilizaciones supervivientes en el recuerdo y supervivientes en el vestigio.

Y finalmente bailó Tórtola Valencia la Bayadera. La rara y vibrante danza de las sacerdotisas indias hizo estremecer a las gentes. El arte de Tórtola Valencia tuvo un instante apoteósico.

No es posible recoger en los párrafos apresurados y vehementes de una revista de medianoche todas las sensaciones de estas dos horas de arte incomparable.

La revista es casi siempre un artículo limitado e incongruente en el cual la arbitrariedad periodística cohíbe la claridad y la concisión de las emociones.

Y yo sólo quiero decir que Tórtola Valencia tuvo anoche un triunfo magnífico y que en homenaje a ella mi espíritu se hinoja.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 3–XII–1916)

TORTOLA VALENCIA EN EL MUNICIPAL

Un nuevo triunfo de la artista

La maravillosa bailarina de los pies desnudos, la gitana armoniosa y soberana, la altísima señora del ritmo, la artista alucinante y estética que exalta, conmueve, paraliza, anonada, arredra, asombra, sugestiona, hipnotiza, la exegeta suprema de la melodía y del misterio, oyó anoche en el Teatro Municipal los aplausos más enamorados y sonoros, no todos los que su arte reclama, pero sí los que las gentes limeñas que ya han sentido la emoción de sus interpretaciones pueden tributarle.

El triunfo que Tórtola Valencia alcanzó antenoche en el teatro Municipal, se ratificó, acentuó, consolidó y acrecentó anoche.

Un público selecto y comprensivo sintió toda la belleza de sus danzas estupendas y la aclamó con un entusiasmo vibrante, con un noble delirio, con un arrebato vehemente y sincero.

Y el Teatro Municipal, por cuyo escenario han desfilado tantas veces las farándulas de la mistificación y del mercantilismo, recogió entre sus muros las vibraciones de una exaltación grandilocuente y mágica.

El apresuramiento que limita y tiraniza estos renglones impide hablar de todas las danzas del programa que ofreció anoche la genial bailarina.

Apenas si permite hacer alusión a aquellas que interpretó por primera vez ante los ojos estupefactos y sorprendidos del público metropolitano.

En la primera parte de la soirée magnífica, Tórtola Valencia ejecutó La Gitana de Granados. Puso en su interpretación la mas prodigiosa de las síntesis y de las evocaciones del alma penumbrosa, inquietante y trágica de la gitanería. Tórtola Valencia tiene para esta danza no sólo las aptitudes que le concede su espíritu de múltiples facetas y de vastos matices, sino también las que viven en las palpitaciones atávicas de su raza y de su sentimiento. Por eso hubo en la danza que bailó anoche tanta intensidad emocional. Su cuerpo se retorció y se transfiguró en las contorsiones y en las actitudes de un baile lleno de ritmos bellos y complejos.

Siguió a este estreno el del Momento Musical de Schubert.

Metamorfoseada incomparablemente, Tórtola Valencia trasladó a su actitud y a su movimiento las bellezas exquisitas y delicadas de la admirable composición de Schubert.

El público, impresionado acendradamente, tributó a la artista una gran ovación al concluir esta parte del programa.

Y llegó el turno en la segunda parte a La Muerte de Asa, cuyo elogio hará necesarias todas las columnas que nos niegan la hora y sus requerimientos. Tórtola Valencia, resucita profundos misterios mitológicos y compendia en sus gestos y en sus ritmos una tragedia intensa y estremecedora. La dramaticidad de esta artista suma tiene culminaciones sucesivas en esta danza imponderable y pone en las almas de los espectadores un recogimiento angustioso y terrible.

Tórtola Valencia alcanzó en ella uno de sus triunfos más decisivos, más indiscutibles, más fuertes, más grandiosos.

El público sintió la honda emoción de la tragedia y aclamó a la artista estruendosamente después de la Muerte de Asa, que por ningún motivo debe ser olvidada en el próximo programa.

La Danza Arabe fue la última de las nuevas danzas ejecutadas anoche por Tórtola Valencia. Es maravillosa de expresión, de fuerza pictórica, de armonía, de religiosidad, de elocuencia, de misterio, de belleza, de evocación. Es una teoría hermosísima del rito y del sentimiento musulmanes. Es un poema exótico, luminoso y perfumado, ungido por cien óleos sagrados y sahumado por cien resinas sacerdotales.

Tórtola Valencia ha triunfado anoche una vez más.

Maja, princesa, gitana, bacante, heroína, diosa, serpiente, bayadera, su arte está enseñoreado en la vida de esta metrópoli aldeana, rutinaria, pobre y vulgar.

J.C.

LA GRAN VERMOUTH DE HOY

Defiriendo a las demandas de las familias de la sociedad limeña. Tórtola Valencia dará hoy una única vermouth, con rebaja de precios.

Será esta la penúltima presentación de la gran mime–danzante.

El programa es brillantísimo y consigna el estreno de la Muerte del Cisne de Saint Saens, del Capricho Arabe de Tarrega, de La Rosa de

Chopin y de La Danza Noruega de Grieg.

Lo copiamos enseguida::

6 p.m.

Primera parte

1.– Obertura por la orquesta.
2.– *La Maja* – Aroca.
3.– Sinfonía.
4.– *Danza Noruega* – Grieg.
5.– Sinfonía.
6.– *Momento Musicale* – Schubert.

Segunda parte

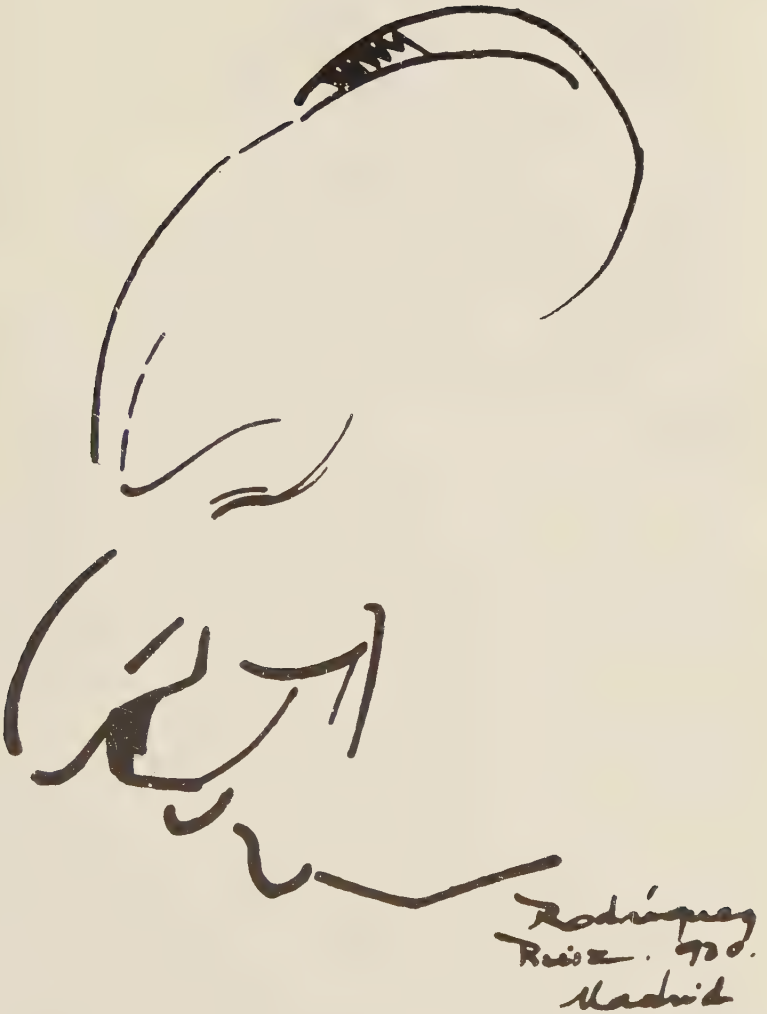
1.– Obertura por la orquesta.
2.– *Muerte del Cisne* – Saint Saens.
3.– Sinfonía.
4.– *Capricho Arabe* – Tarrega.
5.– Sinfonía.
6.– *Marcha fúnebre* – Chopin.
7.– Sinfonía.
8.– *La Rosa* – Chopin

Tercera parte

Danzas del Oriente

1.– Obertura por la orquesta.
2.– *La Serpiente* – Repert Nº 15 – Leó Delibes.
3.– Sinfonía.
4.– *Danza del Incienso* – Repert N. I. – Buccalossi.
5.– Sinfonía.
6.– *La Bayadera* – Repert. N. 6. – Leó Delibes.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1916



JOSE INGENIEROS, pensador argentino, iniciador de la reforma universitaria, comentado en estas crónicas. Apunte de Rodríguez Ruiz. Madrid, 1920.

ALBERTO HIDALGO, amigo y destinatario de crónicas de Juan Cronicqueur, en una caricatura por Carlos Raygada publicada en Variedades, *1917.*

POR LOS TEATROS

En el Municipal
María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza

La actriz doña María Guerrero de Díaz de Mendoza – castizo nombre, castellano linaje y antigua celebridad, –reapareció anoche en el escenario del Teatro Municipal, el mismo teatro que triunfalmente estrenara.

Nuestro público guardaba recuerdo favorable de la afamada actriz y evocaba sus interpretaciones inteligentes de varios tipos del teatro español.

Y era muy justo que llenara anoche la sala en que vibraran hace siete años entusiasmados aplausos en honor de la protagonista de "La Niña Boba", de "Locura de Amor", de "Amores y Amoríos" y de otras obras de análogos géneros.

Hace siete años la visita de María Guerrero y de sus compañeros hizo algún bien a la cultura teatral del público de Lima. No habíamos pasado casi del teatro romántico. Ignorábamos mucho las nuevas, firmes y victoriosas orientaciones naturalistas. Nos enamoraban la declamación y la sensiblería.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza intercalaron entonces entre su repertorio, un poco rancio y otro tanto caduco, algunas otras de moderna factura.

Ocioso es rememorar en mayores lineamientos la pasada campaña artística de María Guerrero entre nosotros.

Basta que le reconozcamos títulos para que quedara de ella memoria simpática y afectuosa en las gentes limeñas.

Hasta la aristocracia y los blasones de los esposos Díaz de Mendoza y Guerrero, eran motivo para que esta metrópoli guardara devoción a los nombres de los artistas que reaparecieron anoche en el Teatro Municipal.

María Guerrero quiso elegir para su reaparición el drama de los Alvarez Quintero "El duque de El".

"El duque de El" es un drama en el cual se siente en todo instante la

habilidad de los Alvarez Quintero para entretener al público. Presenta un episodio de un aventurero y trapisondista a quien, después de muchos lances romancescos, hace huir de Sevilla la justicia.

Ni la hora ni el espacio permiten hacer crítica detenida de la obra de los Alvarez Quintero.

Los aplaudidos autores andaluces se han apartado en esta obra de su manera habitual, aunque no lo bastante para suprimir de ella sabrosos tipos y cuadros de sainete pintoresco y regocijado.

María Guerrero dio una interpretación apasionada y talentosa a su papel. Fue en todo momento la artista que conocíamos. Hizo una morisca vibrante, enamorada e intensa. Y demás está decir que el público la celebró con entusiasmo y sinceridad.

Cuando la afamada actriz se presentó en la escena, una gran ovación la saludó.

Para Fernando Díaz de Mendoza que tuvo inteligente actuación fue también el público pródigo en aclamaciones y aplausos merecidos. El protagonista de los Alvarez Quintero encontró en él encarnación arrogante y sonora.

Se distinguieron entre los demás artistas la señorita Ladrón de Guevara y los actores Santiago, Valenti y Palanca.

La interpretación tuvo un conjunto disciplinado, armonioso y plausible.

Fue suntuosa la "mise en scene".

Y hubo franco aplauso del público para la obra y para los intérpretes.

Hoy se pondrá en escena "El Duque de El" en matinée.

En la noche, en segunda función de abono, se representará la obra de Eduardo Marquina "En Flandes se ha puesto el Sol", uno de los mayores triunfos del insigne poeta.

J.C.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"En Flandes se ha puesto el Sol"

La hermosa obra de Eduardo Marquina "En Flandes se ha puesto el Sol", fue puesta anoche en escena por la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza con gran armonía de interpretación y notable suntuosidad escénica.

Los versos sonoros, fáciles, elegantes y musicales de "En Flandes se ha puesto el Sol" son de los que más agradan y entusiasman a nuestro público, igual que a todos los públicos hispanos e hispanoamericanos.

Y tiene este drama tan grande belleza poética, tan acendrada emoción, tan delicada y evocadora galantería y tan noble sabor legendario, que será siempre una de las obras dramáticas españolas que más aplauden, celebran y alaban los públicos de España y de América.

"En Flandes se ha puesto el Sol" culminó el teatro de Eduardo Marquina, hidalgamente empeñado en llevar a la escena española los episodios caballerescos y bizarros de la historia heroica del reino.

El gran poeta ha forjado con augustos relieves las figuras del capitán de los tercios de España y de su dama y ha sabido crear para estas dos figuras una vida llena de pasión y sentimiento.

La concurrencia numerosa que asistió anoche al Teatro Municipal aplaudió entusiastamente la hermosa obra que tan arraigadamente vive en su recuerdo desde la época de su estreno por don Miguel Muñoz y de su reprise por Barrás.

Marquina fue ovacionado entusiastamente.

María Guerrero estuvo acertadísima en su papel. Dio a la protagonista todo el caudal de su sentimiento y de sü ternura y supo impresionar profundamente a los espectadores.

Fernando Díaz de Mendoza hizo también una interpretación inteli-

gente. Dijo los versos de la obra con donaire, elegancia y gallardía majestuosas.

El conjunto fue irreprochable.

Hubo ovaciones calurosas y merecidas del público, el cual aclamó con singular cariño a María Guerrero y a Fernando Díaz de Mendoza.

–La matinée fue suspendida por motivos de enfermedad de uno de los artistas.

–Esta noche subirá a escena la afamada obra "Mancha que limpia".

En el Colón

Continúa viéndose el teatrito de la plaza Zela muy favorecido por una numerosa concurrencia que va a gozar con la compañía de comedias y variedades que dirige el aplaudido primer acto Rafael Arcos.

Las funciones de ayer se han visto muy concurridas y en ellas el público ha aplaudido con gran entusiasmo a Maruja Tubau, Manolita Ruiz y Arcos, los que se distinguieron en su variado trabajo.

(En *El Tiempo*: Lima, 11—XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"Doña María, La Brava"

La compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza llevó anoche a la escena una página impresionante y dramática de la historia de España, dicha en versos sonoros y elocuentes por el poeta Eduardo Marquina.

Ha sido el segundo estreno de la temporada mucho más interesante que el primero. Podíamos habernos quedado ignorando "El Duque de El" y nuestro conocimiento de la personalidad artística de los señores Alvarez Quintero no habría sufrido nada. Los Alvarez Quintero habrían seguido siendo para nosotros entremesistas brillantes y saineteros sabrosos. Pero "Doña María la Brava" sí nos es útil en cambio para ampliar y completar nuestro conocimiento de la personalidad del celebrado poeta Marquina.

No supera esta obra a "En Flandes se ha puesto el Sol". Marquina ha querido hacerla grandiosa y se ha olvidado de poner en ella toda la poesía y todo el sentimiento que laten en las escenas evocadoras y románticas de la vida y el amor del capitán don Diego Acuña de Carbajal.

En el tercero y en el cuarto actos la dramaticidad del "Doña María la Brava" culmina intensamente.

Y en general la obra es hermosa y emocionante.

Dentro de los apremios de la hora no cabe un juicio detenido de "Doña María la Brava".

Apenas si es posible decir que tuvo anoche un éxito sonoro en el teatro Municipal.

María Guerrero hizo una interpretación inteligente de la protagonista. Le dio toda su pasión y toda su gracia y toda su sinceridad. Y las gentes la ovacionaron apasionadamente.

Fernando Díaz de Mendoza estuvo acertado en su rol. El marqués de Fontanar y Grande de España tenía que imprimir a la caracterización del

condestable Don Alvaro de Luna, la aristocracia y la arrogancia de su estirpe.

La presentación de la obra, en conjunto, notable.

Marquina fue ovacionadísimo y obligado a salir a la escena muchas veces.

Al terminar la función recitó brillantemente una hermosa composición a Lima, que el público interrumpió varias veces con frenéticas demostraciones de aplauso.

Sentimos que la falta de espacio nos impida ofrecer a nuestro lectores la inspirada poesía.

–Esta noche se pondrá en escena "Malvaloca" de los Alvarez Quintero.

En el Mazzi

Como lo anunciamos, mañana deberá debutar en este teatro la Compañía de Comedias, Vaudevilles y Variedades que dirige el aplaudido actor teatral y poeta señor Ignacio Otero Balado.

El conjunto de la Compañía, ensaya con esmero y entusiasmo las obras que ha de presentar y nos hacen esperar será del agrado del público este nuevo espectáculo con que contará la capital.

Aparte de las Comedias y Variedades, el poeta señor Otero dará a conocer la poesía sudamericana en general con la recitación de las mejores producciones de los vates de nuestra patria, Chile, Nicaragua, Ecuador, etc.

Esperamos ver el debut de esta compañía para emitir nuestro sincero juicio sobre su actuación.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"Malvaloca"

Es muy sensible que el público de Lima se muestre indiferente y frío con los espectáculos de elevada categoría artística, y complaciente y solícito con los de mediocre estofa.

El nombre y el arte de Tórtola Valencia no supieron llevar al Teatro Municipal todo el gentío a que tenía derecho. Las danzas maravillosas de la bailarina de los pies desnudos tuvieron un público culto pero limitado.

Y María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y sus dramas no han conseguido todo el favor público debido a un espectáculo de tan encumbrada estirpe como el suyo.

Anoche en la sala del teatro Municipal hubo aproximadamente el público de las noches anteriores.

Se puso en escena "Malvaloca", un drama de los Alvarez Quintero en el cual los famosos saineteros rozan la trascendencia en un vuelo entusiasta de su imaginación y de su fantasía.

Pasa en "Malvaloca" lo que pasa en todas las obras de los Quintero, en que los hermanos andaluces han intentado ser grandes dramaturgos.

La obra triunfa y entretiene por el colorido y naturalidad del detalle, pero se desmaya y se amortece en el proceso dramático.

Y al vaciar los Alvarez Quintero, como un cesto de mixtura, su gracia, su ligereza y su facundia, vacian también, entre las florecillas de su ingenio sevillano, muchas fruslerías almibaradas y muchas empalagosas golosinas.

El azucaramiento de los Alvarez Quintero es grato a los paladares por un momento, pues el gusto más austero se aviene de rato en rato con los bombones. Pero, a mucho que se le pruebe y saboree, sólo puede seguir siendo soportable para los paladares sensibleros que se refocilan perennemente con las cantilenas y los suspiros de los amartelados hermanos.

Quien estas líneas traza casi no concibe que sea posible deleitarse en estos tiempos con el primero o con el tercer acto de "Amores y Amoríos", por ejemplo, cuando las cursilerías que en ellas se han agrupado son tantas, que apenas si pueden ser eficaces para arrullar colombinamente a las niñas en sazón de casamiento o a los pollos sin ninguna sazón.

Buena dosis de su acervo de plañidera sentimentalidad ponen los Alvarez Quintero en "Malvaloca", cuyo tema, tratado por autor de más médula y enjundia, pudo tener notables alientos.

Puesto en manos de los pueriles y encantadores entremesistas, sale de ellas anémico y ñoño y no añade títulos ni prendas a una fama ganada en campo más propicio y accesible.

Autores que se pasaron la vida barbechando en chistes y superficialidades, enanos y tímidos han de ser forzosamente para empresa de más nobles y elevados vuelos.

Y como con lo dicho basta para que se entienda que quien aquí comenta no transige con "Malvaloca", no hay por qué añadir palabra lamentando que los Alvarez Quintero se aparten de un camino que les conviene y se metan en otro que les es hostil.

María Guerrero interpretó con pasión e intensidad a la protagonista. No habíamos visto en Lima "Malvaloca" más emocionante cuantos asistimos anoche al Teatro Municipal. Muy justos y merecidos fueron pues los aplausos dados a la artista que escuchó anoche constantes y entusiastas ovaciones.

Valenti y Santiago estuvieron correctos e inteligentes.

Y cada cual, en su papel, acertado y discreto.

Hoy se estrenará la comedia "La propia estimación", uno de los últimos éxitos del ilustre y genial dramaturgo don Jacinto Benavente.

Se nota entusiasmo para asistir a este estreno.

(En *El Tiempo*: Lima, 15–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"La propia estimación"

La Compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza nos ofreció anoche un estreno interesante, "La propia estimación", una obra reciente del esclarecido autor de "La Noche del Sábado".

"La propia estimación" es una comedia amable, demasiado amable, tan amable que podría dar tema para una conferencia a una sociedad de mujeres de buen tono y cristianos sentimientos.

A juzgar por ella podría decirse que don Jacinto Benavente se ha encerrado en una encumbrada torre de marfil y que, desde ella, ha comenzado a ver la vida con tal idealidad y tal elevación que se ha olvidado de lo dolorosa, ruda y sórdida que es.

Se diría que Benavente ha ido quintaesenciándose hasta escapar de la realidad y situarse en un plano ideológico verdaderamente celeste. Quiere Benavente la atmósfera templada de sus propias ideas que quería Baudelaire, cuando Baudelaire soñaba con vivir lejos de la turba y del mitin sobre las chimeneas y mástiles de la ciudad. Pero Baudelaire decía todo esto en versos y don Jacinto Benavente se empeña en decirlo en dramas.

A fuerza de elevarse en el aerostato de sus ensueños, Benavente está perdiendo su visión de la vida. Y pues la está perdiendo y la necesita, se forja otra completamente abstracta y completamente suya.

Ya para él no hay casi pasiones. Todo es ideales. El sentimiento se purifica en místicas fuentes lustrales. Los hombres se tornan buenos como corderos. La gracia de Jesús se enseñorea en los corazones. Y todos se arrepienten de ser tan humanos para ser un poco divinos.

Esto es lo que se siente en "La propia estimación", en la cual culmina la tendencia de "El Collar de Estrellas". Y basta para que se entienda que "La propia estimación" es una obra de escasa teatralidad. Con su tema podría haberse hecho un cuento o una novela llenos de filosofía y

delicadeza espiritual. O, como ya está escrito, una conferencia para mujeres.

El diálogo, como en todas las obras de Benavente, es ameno y fluido. También es anecdótico. Y también tiene máximas y moralejas de elegante cuño. Se ve en él que Benavente es un causeur muy inteligente y muy agradable. Oyéndolo en sus personajes se pasan gratamente las horas que dura la función, aun cuando en la escena no pasa nada.

El argumento de "La propia estimación" es sencillo. Don Aurelio, un hombre soltero, elegante, rico y maduro, que busca una orientación definitiva y ennoblecedora en la vida, se apasiona por una dama casada. El matrimonio amenazado es pobre pero vive muy enamorado, acaso porque es pobre. Don Aurelio lo protege solícitamente. Lo hace feliz con su protección. Y cuando siente más grande su amor y más intensa la simpatía de la dama, resuelve alejarse para no caer en la tentación y para no perder su papel de Divina Providencia. Se siente Dios en ese instante y, como es natural, no desea ser hombre. Pero quiere la suerte que el marido sorprenda al recto varón y a la honesta dama en momentos en que ésta recibe emocionada un beso en la frente de aquél. Un beso de despedida. Un beso casto. Un beso arcangélico. Don Aurelio defiende lleno de elocuencia y de emoción a la dama y todo termina en una apoteosis de amor y de abnegación.

El público aplaudió con entusiasmo la obra.

María Guerrero estuvo a la altura obligada.

Y quien obtuvo un triunfo fue Fernando.

(En *El Tiempo*: Lima, 16-XII-1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"El destino manda"

La Compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza sigue ofreciendo a nuestro público estrenos atrayentes.

La temporada dramática del Municipal va a revestir singular interés por las novedades del repertorio de María Guerrero.

Anoche le tocó el turno a "El destino manda", obra en dos actos de Paul Hervieu vertida al español por don Jacinto Benavente.

"El destino manda" es una obra emocionante, intensa y dolorosa. El argumento es profundamente dramático. Las escenas se desarrollan dentro de una gran naturalidad. Los personajes están trazados con sobriedad e inteligencia.

Y "El Destino Manda" es ante todo una obra teatral. Se siente en ella la sencillez francesa. Y se ve cómo sus autores no se pierden en el enredo de las pláticas filosóficas y de los aforismos familiares y prefieren penetrar en la verdad de la vida. Su teatro es un teatro de acción, no de divagaciones, y por eso gusta siempre.

Anteanoche "La propia estimación" nos puso ante los ojos personajes ideales, sentimientos artificiales y celestes.

Anoche "El destino manda" nos enseñó personajes y pasiones humanas.

El contraste ha sido hondo y no hay necesidad de comentarlo. La presentación de la obra fue correcta.

María Guerrero oyó los aplausos de todas las noches a su talento de actriz.

Fernando Díaz de Mendoza nos hizo una interpretación muy acertada de su rol.

Las inteligentes y hermosas damas Ladrón de Guevara y Carmen Morayas, dos figuras sobresalientes y simpatiquísimas de la compañía,

estuvieron muy bien. El público del Municipal, que las viene celebrando día a día, las aplaudió también anoche con cariño. Las dos tienen exquisitos temperamentos, cristalina voz y castizo decir.

El programa de hoy es interesante.

En la matinée se pondrá en escena "La propia estimación" de don Jacinto Benavente y en la noche habrá un estreno notable, "El hombre que asesinó", drama que teatralizó la famosa obra de Claude Farrere.

En el Excélsior

El "Círculo de Periodistas" está organizando una gran función en honor y beneficio del notable poeta peruano Domingo Martínez Luján.

Un conocido intelectual hará uso de la palabra haciendo la presentación del poeta.

Prestarán su concurso, entre otros distinguidos artistas, para esta función, el ilustre poeta español don Eduardo Marquina y la estupenda y genial bailarina Tórtola Valencia, quienes han querido hacer una gentil merced a la intelectualidad y al periodismo limeño.

Se lecrán en la función varias de las admirables poesías de Martínez Luján y algunas escritas con esta oportunidad.

Algunos distinguidos elementos del núcleo artístico "Giuseppe Verdi" tomarán también parte en la función.

Promete alcanzar un gran éxito esta fiesta que se realizará en la tarde del martes, tanto por la nobleza de su fin y por la brillantez del programa como por la importancia de la institución que la patrocina.

(En *El Tiempo*: Lima, 17-XII-1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"El Collar de Estrellas"

Un estreno nos ofreció anoche la Compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Esto es ya muy interesante. Y fue el estreno de una comedia de don Jacinto Benavente. Esto es más interesante todavía.

Está en "El Collar de Estrellas" la tendencia que se deja sentir en "La propia estimación". Ya hemos hecho el comentario que nos sugiere esta tendencia. Pero hay en "El Collar de Estrellas" mayor teatralidad, mayor interés, mayor verismo. Viendo esta comedia se confiesa uno que el señor don Jacinto Benavente tiene mucho talento de autor teatral. Sólo un hombre que lo posea muy sólido y muy grande puede hacer una comedia en cuatro actos con un asunto tan lánguido, delicuescente y flaco.

Hay en la obra, como en todas las obras de su clase, un héroe. Este héroe se llama don Pablo y mientras a unos les parece un hombre superior, lo cual no quiere decir un superhombre, a otros les parece simplemente un alma de Dios. Y don Pablo, que tiene un espíritu contemplativo y altruista, un entendimiento sano y patriarcal, un corazón de oro y unos ensueños dulces y generosos, llega a una casa en quiebra y en desorden para poner en ella la paz y la concordia. Y no hay más en la obra.

Don Pablo se asusta primero del espectáculo que le ofrecen las disensiones y las vergüenzas de la familia que él ama y que es la familia de su hermano muerto; pero luego adquiere alientos y hace una apología de la voluntad, del ideal y de la virtud. Y se empeña en constituir familia nueva, sentimientos nuevos, hombres nuevos y mujeres nuevas. La empresa no es sencilla, mas para un alma tan grande y portentosa que se pasa la vida soñando en las estrellas puede llegar a serlo. Aparte de que para un autor de notable valimiento como Benavente no puede haber empresa que no sepa abordar con felicidad y fortuna un héroe suyo.

La comedia de Benavente se resiente, pues, de falta de vitalidad y de

emoción teatrales. Ha sido escrita con los ojos puestos en las estrellas, que son seguramente muy buenas inspiradoras de los poetas, pero muy malas inspiradoras de los dramaturgos.

Sobra decir que, por otra parte, en "El Collar de Estrellas" son amenos los diálogos, hábiles los parlamentos y sabrosas las escenas.

Y no hace falta sino añadir –porque el tiempo y el espacio no consienten otra cosa– que "El Collar de Estrellas" gustó a las personas que asistieron anoche al Teatro Municipal.

La interpretación fue inteligente y disciplinada, mereciendo los mejores aplausos María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

–Hoy se realizará el beneficio de Fernando Díaz de Mendoza, eminente figura del teatro español que trabaja actualmente en el Teatro Municipal.

Tiene este beneficio no sólo la importancia que le da el beneficiado sino también el interés del estreno de una celebrada obra de don Eduardo Marquina, "Cuando florezcan los rosales".

Se advierte grande entusiasmo en el público por asistir a la función de hoy.

–Mañana jueves se estrenará en el Municipal "La leona de Castilla", drama de don Francisco Villaespesa, uno de los poetas que mejor continúan la buena tradición del teatro clásico castellano.

Interpretando el papel de protagonista en esa obra, se presentará ante nuestro público el joven actor don Carlos Diaz de Mendoza y Guerrero, al lado de las hijas de doña María Guerrero.

El papel lo ha interpretado con gran acierto el primogénito de los actores esposos, directores de la compañía del Municipal, don Fernando Mendoza y Guerrero, enfermo actualmente.

–Pasado mañana a las 5 y media de la tarde disertará don Fernando Marquina acerca de Santa Teresa de Jesús. Con esta conferencia, el ilustre poeta, hoy nuestro huésped, se despide de nuestro público.

Tórtola Valencia

Hoy será obsequiada con un té por un distinguido grupo de intelectuales, amigos suyos, la admirable bailarina Tórtola Valencia.

El agasajo se realizará en el Palais Concert.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal

Las dos funciones ofrecidas ayer por la compañía de María Guerrero, cuya temporada en el Teatro Municipal llega a su término, despertaron bastante interés en el público.

En la tarde se puso en escena "Locura de Amor", drama de don Manuel Tamayo y Baus, en la cual la figura de María Guerrero encuentra el rol y el marco que con ella se avienen.

María Guerrero puso la pasión, la sinceridad y el amor que ya le conocíamos en la interpretación de Doña Juana, siendo frenéticamente aplaudida.

En la noche se estrenó un drama de Francisco Villaespesa, "La Leona de Castilla", obra de sonora y vibrante evocación histórica.

La musa de Villaespesa halla en esta obra campo de amable escarceo. Los versos son elocuentes y gratos y muchos poseen gran belleza. Y hay en "La Leona de Castilla" intensidad dramática.

Lagunas notables se advierte en el drama. Y sobran a ratos los latiguillos y las declamaciones. Pero es siempre una pieza que se armoniza con las aptitudes de la compañía del Municipal y de sus figuras descollantes.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza dieron a sus interpretaciones toda la arrogante majestad de sus espíritus castellanos.

Y debutó en el rol de don Juan de Padilla el joven artista Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero, quien fue muy aplaudido.

Hoy subirá a escena "La ciudad alegre y confiada" de don Jacinto Benavente.

Colón.

Se anuncia, ya, como la última esta semana para la compañía de Rafael Arcos.

Ayer subieron a escena "La casa de los crímenes" y "El tenor", en vermouth y función nocturna, respectivamente, con éxito evidente para los actores de esa "troupe". En la segunda de ellas, las señoritas Tubau y Ruiz, la señora Matilde García y Rafael Arcos, sacaron gran partido de sus roles.

El beneficio de Arcos.

Mañana tendrá lugar el beneficio de este actor, que tanto éxito ha tenido aquí.

Estrenará la comedia en tres actos, "El modelo de virtudes" y el juguete cómico "La conferencia de Algeciras", creación del beneficiado, según se dice.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"El Gran Capitán"

El sonoro verso, el bizarro episodio y el gallardo gesto castellano, tornaron anoche a poner en la escena del Teatro Municipal la evocación de la España legendaria.

En "El Gran Capitán", la estrofa vibrante de Eduardo Marquina tiene bella exaltación y da relieve emotivo a las figuras de la Reina Isabel y de don Gonzalo Fernández de Córdoba.

Anoche el público asistente al Teatro Municipal aplaudió con gran entusiasmo a Marquina, quien se presentó en escena varias veces entre las ovaciones más cariñosas.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza hicieron una interpretación brillante de los roles de la Reina Isabel y del Gran Capitán.

Para hoy se ha preparado un programa interesante.

En la vermouth subirá a escena "El destino manda", una de las obras más aplaudidas de la temporada.

Y en la noche, a demanda general, se presentará "Locura de amor", drama del insigne dramaturgo don Manuel Tamayo y Baus.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XII–1916)

POR LOS TEATROS

En el Municipal
"Mariana" de Echegaray y beneficio de María Guerrero

La devoción del público limeño a la ilustre actriz María Guerrero, devoción sincera, profunda, acendrada, nacida hace seis años y fortalecida y renovada en esta nueva visita de la artista a nuestra metrópoli, tuvo vibrante y cálida manifestación con motivo de la velada de anoche.

El Teatro Municipal, en uno de sus grandes días, reunió en su sala a una concurrencia enorme y distinguida que fue a decir con su presencia toda la admiración que merece en Lima la gran figura del teatro español.

Quiso María Guerrero –a quien el público tributó anoche una salutación fervorosa y magnífica al presentarse en la escena– que fuera una de las obras de Echegaray que le ha dado reputación, "Mariana", la que subiese a la escena para su función de honor.

Y, pues María Guerrero encuentra culminante y trascendental su creación de Mariana, pues se siente a gusto dentro de este teatro, pues le hace homenaje y le consagra su elegido, no es tarde para ser comentarista de Echegaray.

Si los dramas de este grande hombre del teatro español no fueran ya puestos en escena sino de vez en vez como una exhumación de las reliquias pasadas, extemporáneo e inoportuno sería trazar conceptos y observaciones sobre ellos, puesto que la crítica tiene formado ya el análisis de sus méritos y de su valía.

Pero no ocurre esto.

Hay una figura eminente de la escena de España que ama estos dramas, que se siente fuerte y admirable en ellos, que les da toda su pasión y todo su cariño y que los proclama sus predilectos cuando desea ofrecer a las gentes una de sus interpretaciones principales.

Y precisa seguir hablando entonces de Echegaray, cuya dramaturgia anhelaríamos nosotros, que somos acaso un poco herejes, otro poco

profanos y otro poco audaces, ver para siempre en el museo, a donde acudiríamos por otra parte para rendirle nuestros acatamientos y nuestras genuflexiones.

El drama que fue estrenado anoche es un drama de fuegos artificiales como la mayoría de las obras de Echegaray, singularizadas por la mentira de sus personajes y de su acción. En "Mariana" hay falsificación de la vida, falsificación del arte, falsificación del sentimiento, falsificación de las psicologías. Se encuentra uno en ella con un engranamiento, con un eslabonamiento, con una concatenación de mistificaciones que no puede pasar inadvertida para el gusto de un público de esta edad, cultivado y refinado por la verdad y el naturalismo del artista nuevo.

Todo en este drama es súbito, sorpresivo, violento. Y pertenece a esa legión de dramas del teatro español en los cuales la casualidad es la dueña y señora de la acción. En este estilo de teatro la casualidad crea, destruye, determina, manda. Se podría decir que la casualidad resulta el verdadero dramaturgo.

Idéntico régimen tienen los folletines y las novelas románticas venidas hoy a menos en la elección de las gentes cultas, que no en la de los menestrales y las obreras.

Las obras adquieren, conforme a tal procedimiento, una armazón, un proceso, una base de disparate que justifica todas las incongruencias, todas las mendacidades y todos los caprichos de esta dramaturgia de pirotecnia.

Y son así artificiosos los personajes, artificiosa la vida, artificiosos los detalles, artificioso el diálogo. Las gentes hablan con un amaneramiento que en la época de don José Echegaray sería elegante y que hoy es espantosamente cursi. Las cursilerías se suceden con una intensidad que causa en el espíritu del espectador inteligente las mas crispantes grimas.

En el drama que acabamos de ver, como en todos los dramas del mismo abolengo, hay una heroína. Y esta heroína que se llama Mariana, es una mujer a ratos caprichosa y rara, pero siempre, y sobre todo, una mujer absurda, contradictoria y nebulosa, esquiva a la comprensividad del público y probablemente también a la del autor.

A esta buena señora de Mariana no hay quien la entienda ni quien la explique. Vive obsesionada por el recuerdo fatídico de un americano que fue el raptor y el amante de su madre. A juicio de Mariana este mal hombre –americano y revolucionario para ser más malo todavía– fue también el matador de su madre. La había matado de hambre y de celos, dos maneras muy eficaces en todos los siglos para matar a una pobre mujer honesta o

deshonesta. Y el nombre del amante, Félix Alvarado, la persigue y la entristece. El recuerdo, a pesar de sus dichas presentes, la ha hecho maligna y neurasténica. Y especialmente la ha hecho cruel y mal intencionada con los varones. Coquetea con Daniel Montoya y con don Pablo simultáneamente. Pero para uno es sólo amiga y para otro, aunque lo calle y disimule, es enamorada. La heroína se pasa un buen rato haciéndole teatro a su amado Daniel Montoya y martirizándole en tal forma que si él hubiera sido poeta le habría escrito unos versos llamándola inevitablemente su" adorado tormento". Una carta, una carta súbita y folletinesca –ha sufrido un accidente su padre–, aleja de Mariana a Daniel Montoya en momentos en que debía acompañarla a un baile de máscaras. Y Mariana cambia el brazo de Daniel por el de don Pablo con regalo para éste y encono y aflicción para aquél.

Más tarde –es el segundo acto–, Mariana recibe las promesas de amor de don Pablo y Daniel y los correspondientes requerimientos para la boda. Y su amor comienza a flaquear ante la pertinacia del enamorado Daniel.

Pero el destino, –el destino que es tan malo, tan tremendo, tan intruso y tan definitivo en este teatro– hace luego que cuando en la casa del anticuario don Casto y en medio de una fiesta íntima, se decide Mariana a anunciar sus bodas con Daniel, –ya ha habido escena de idilio y de acuerdo– descubre que Daniel es hijo de Felix Alvarado que no se apellidaba así sino en sus aventuras de político. Una arracada del anticuario, perteneciente a una momia mexicana, –la ciencia enciclopédica de Echegaray consiente que se halle alados cupidos en las momias mexicanas– vendida en otra época por don Félix y cuya hermana gemela posee don Daniel, determina la fatal circunstancia. Y un recuerdo lleno de odios separa a Daniel de Mariana. Mariana anuncia sorpresivamente sus bodas, pero no con Daniel sino con don Pablo.

Los rivales se baten, Daniel resulta herido, don Pablo y Mariana se casan, Mariana está muy triste. Estos y otros acontecimientos suceden a la coincidencia cruel.

Y finalmente Mariana la heroína, la caprichosa, la rara, la tremenda, tiene una entrevista con Daniel, que ha penetrado sigilosamente en la casa de la luna de miel y le dice cuánto la ama y cuán separados se encuentran. Y tanto se arrebata la apasionada dama que llama a su marido, –general y celoso– para decirle que quiere a Daniel y para obligarle a que la mate.

Interesante y útil para el comentario de la obra es hacer la exposición de su asunto, aunque sea con rapidez y síntesis. Esta exposición justifica

el concepto de que la obra es falsa y pirotécnica y de que está destinada a la colección histórica del teatro español.

Faltan en "Mariana" méritos y grandezas que la hagan merecedora de supervivencia en la escena. Tiene su sitio en la biblioteca. Por la escena no puede pasar sino como una exhumación. Acaso pareció buena en su momento. Pero no es de las inmortales. Las obras imperecederas son muy pocas y más pocas todavía en la dramaturgia española.

María Guerrero se juzga muy bien en este teatro de exageración, de hipérbole, de casualidad y de trueno. Tenemos que respetar su juicio. El temperamento de la artista pide la obra probablemente porque la obra pide la artista.

La celebrada actriz hizo una Mariana llena de pasión, de intensidad, de fuerza. No la soñó mejor seguramente don José Echegaray. Viéndola, el dramaturgo la admiraría tanto como, interpretándolo, la actriz ama al dramaturgo.

Requiere grande aplauso la interpretación total del drama, en la cual sobresalió Fernando Díaz de Mendoza.

María Ladrón de Guevara estuvo inteligente, desenvuelta y sencilla en su papel.

Y el público hizo elocuente demostración de su cariño a María Guerrero al terminar la representación.

Es todo lo que de la velada de anoche, de "Mariana", de María Guerrero y de don José Echegaray, permiten los apremios del tiempo y del espacio que digamos a esta hora.

SIGFRIDO

(En *El Tiempo*: Lima, 26–XII–1916)

ESBOZOS LITERARIOS

PERFILES

Luis Fernán Cisneros

A media noche, cuando el ruido acompasado e incesante de los linotipos llena la casa del diario popular, Luis Fernán Cisneros, inclinado sobre su máquina de escribir, hace derroche de su ingenio de cronista talentoso, redactando sus gacetillas políticas.

El gran poeta de la elegía inmortal, sin desconcertarse por los apremios del taller, apunta un gesto, exagera una pose, mueve a los marionetes de nuestra política, que él sabe manejar desde su oficina, a todas horas invadida por alegre bohemia, y ante la Underwood en que demuestra sus habilidades de dactilógrafo.

El diálogo es ágil y fluido en sus croniquillas. Las frases puestas en boca de los actores de la comedia política, que reconstituyen una charla anotada ligeramente por un amigo o un repórter, son siempre oportunísimas. En los apartes, en las reflexiones breves que intercala entre los diálogos de sus "Ecos", estampa frases ocurrentes, intencionadas, de magnífico efecto. Maneja la ironía admirablemente, y en esto reside el mayor éxito de sus gacetillas.

Nadie más modesto, ni nadie más sencillo que este joven poeta. Jamás le hemos visto enfadarse en una discusión. Una discrepancia cualquiera de concepto, no le mortifica. Es, por esta parte, modelo de hombre tolerante. Cuando delante de él se discute vehementemente de política o de literatura, no interviene. Acodado sobre su escritorio, hojea un libro y responde escasamente al pedírsele su opinión.

Como escritor político posee cualidades de mérito indiscutible. Tiene magnífico criterio y razona brillantemente, interesando la atención del lector. Además escribe con grandísima corrección, como muy pocos de nuestros periodistas.

No vamos a ser nosotros, míseros gacetilleros, los que evidenciemos su inmenso valer como poeta. Federico Larrañaga, al juzgar su elegía, lo

consagró genio. Sus versos son delicados y armoniosos, y seguramente no hay entre los poetas peruanos quien pueda aventajarle en la belleza de la forma. Tampoco hay ninguno tan modesto como él. Recitando sus composiciones poéticas es sencillamente admirable. Dice con voz clara y vibrante, y hace deliciosamente melodiosa la musicalidad de sus versos incomparables.

Nunca, estamos ciertos, brotará de la pluma del crítico una censura para la labor literaria de Luis Fernán Cisneros. Poniéndose a escribir sobre este poeta, la alabanza se produce espontánea.

La vez que mejor nos impresionó su personalidad artística fue cuando, ante los restos del monoplano de Jorge Chávez, declamó su "Elegía", himno glorificador en que canta a aquel magnífico aventurero del ideal.

Entonces se nos reveló el poeta, en toda su gigantesca grandeza.

Asistimos en esa ceremonia, a su consagración como genio. Tenemos el íntimo presentimiento de que hemos de ser también testigos de la consagración de su inmortalidad.

JUAN CRONIQUEUR
(José Carlos Mariátegui)

(Lima, 10-VI-1912. De una copia mecanografiada, hallada en el archivo personal de Luis Fernán Cisneros)

NUESTRO TEATRO Y SU ACTUAL PERIODO DE SURGIMIENTO

OBRAS Y AUTORES

A pesar del pesimismo con que muchos y la indiferencia con que todos contemplan los asuntos más íntimamente ligados a la cultura del país, el teatro nacional se halla en pleno período de resurgimiento.

Después de la época en que Segura y Pardo llevaron con acierto a la escena cuadros y costumbres de la vida nacional, no ha habido en nuestro teatro momento alguno de florecimiento como el actual, en que no son uno ni dos, sino muchos los escritores que con mayor o menor felicidad dedican sus esfuerzos a conseguirlo.

No importa que la abundancia de las obras diste bastante de estar en relación con sus méritos y que haya muchas sin importancia literaria de ningún género, porque todas ellas, buenas y malas, representan la constitución del teatro nacional, sus bases, anónimas quizá, sobre las cuales habrá de edificarse su futura grandeza.

A fuerza de fracasos, éxitos mediocres y uno que otro triunfo definido, se va echando pacientemente esas bases, y días vendrán más tarde en que las obras valdrán sólo por su mérito y habrá necesidad de ser exigentes, severos e implacables en la crítica. Será una obra de selección progresiva que no puede producirse por un milagro ni mucho menos, y en que por acción del público, más educado que ahora, los que hacen labor honrada, sincera, de mérito efectivo, excluirán a los falsos, artificiosos y vacíos.

El resurgimiento del teatro nacional requiere el concurso entusiasta no sólo del público sino también de los Poderes del Estado. Precisa no sólo tener autores sino, sobre todo, actores. Y esta es la crisis por que atravesamos. Carecemos casi por completo de estos últimos. Los que existen, poseyendo algunas facultades excepcionales, no tienen escuela, no estudian, no adelantan en forma visible. Y casi no es posible formar actores nuevos, porque no hay dónde hacerlo.

La creación de una academia de declamación y canto se impone, y a esa

obra deben prestar su apoyo eficaz las instituciones públicas, ya que se trata de una labor de cultura que el país todo tiene interés en estimular y fomentar.

Habiendo cómicos nacionales –y constituyéndose con ellos compañías homogéneas–, las obras contarían con intérpretes adecuados que sabrían dar a los personajes criollos todo el relieve necesario y crearlos tales como los soñó el autor, aparte de que se eliminarían las dificultades que oponen las compañías españolas a su representación.

Volviendo a las obras, que constituyen por el momento el punto principal y que da origen a las malevolencias de los espíritus pesimistas y bisoños, conviene apuntar que se ha obtenido ya un triunfo digno de mención: el de interesar al público en favor de ellas. Hoy nadie negará que son las obras nacionales las que mejor llevan al teatro al público y las que mayores entusiasmos despiertan, al extremo de que las empresas que antes las miraban, en su mayoría, con desdén, hoy las aceptan solícitas, porque saben la ventaja económica que les reportan.

El número de obras estrenadas en los dos últimos años es importante y evidencia el progreso a que hacemos mención en este artículo de un modo irrefutable. La mayor parte de ellas han sido recibidas por el público con francas y espontáneas manifestaciones de aprobación, no pocas han reunido evidentes méritos artísticos y muy contadas han sido las que han fracasado de un modo definitivo.

El estreno de "El Cóndor Pasa", de Julio Baudouin (Julio de la Paz) ha constituido evidentemente el suceso de mayor significación durante este bienio, por la orientación que ha marcado en el sentido de explotar temas especialmente nacionales que son, sin que pueda discutirse, aquellos que nuestros escritores pueden tratar con mayor acierto y con mayor éxito en el público.

Si "El Cóndor Pasa", no fuera como es una obra de innegable valor artístico, bastaría el enunciado beneficio que a ella se debe, para que mereciera el mayor elogio y tuviera remarcable trascendencia literaria. Pero, ya lo he dicho, no es así. Sin considerar su principal mérito, es una obra de teatro llena de vida, colorido y sentimiento, en que el autor ha puesto todo el calor de su temperamento artístico y ha revelado condiciones extraordinarias de dramaturgo.

La segunda obra de Baudouin es tal vez menos intensa, si bien más rica en sentimiento y poesía que la primera. En ella se perfila más el temperamento del autor y su inspiración es a ratos rebelde a las exigencias de la

técnica teatral, tan cuidadosamente atendidas en "El Cóndor". En "La Cosecha", la imaginación del autor se desborda y sus hondas exquisiteces de poeta y artista encuentran vasto campo. Al hacer un ligero juicio de la obra a raiz de su estreno, apunté entre otros los siguientes conceptos:

"Obra fuerte, emocional, robusta de concepción y llena de colorido, es "La Cosecha" un sencillo poema campesino que en la escena adquiere singular relieve.

"No hay en ella sólo el retrato valiente y vigoroso de un estado social; hay también calor y armonía, cuadro pintoresco y apacible de pueblecito andino, cálido idilio pastoral, ambiente de adormido y sonoroso paisaje en que vibra sólo el clamor quejumbroso del ganado y el eco de la tromba del pastor.

"Y es que Baudouin, aparte de ser un espíritu cultivado, observador y altruista, que aborda un serio problema patrio, es también un poeta, un sentimental, que sabe sentir el encanto imponderable de los panoramas campesinos y la remota melancolía de los indios que tan bien expresa la dulzura de sus quenas. Por eso en "La Cosecha", junto al retrato de la vida miserable y rústica de los indios, palpita la tristeza de las serranías y la dolorosa aflicción de sus pobladores".

No sé si por haber en ella menor fuego, menor intensidad y sí mayor sentimiento y armonía, o por desarrollarse en el mismo ambiente indígena ya explotado por el autor, su segunda obra llegó menos al público y despertó inferior entusiasmo. Baudouin, con nosotros, entendió lo primero y hubo de imprimir mayor fuego y violencia al final de "La Cosecha", a fin de aumentar la emoción dramática.

Creo sinceramente que con las mencionadas, era sobrado en este período de tiempo el concurso de Baudouin a la constitución de nuestro teatro, pero este autor ha revelado condiciones manifiestas de fecundidad. Aparte de "Lo que se pesca", sainete ribereño de mucha vida y colorido y de la revista "Su Majestad el Billete" –en colaboración con Angel Origgi Galli esta última–, ha escrito un drama en tres actos con el eufónico y sugestivo título de "El Dragón de Oro" que no nos ha permitido ver puesto en escena la ausencia de una compañía de verso.

Como recordará el lector, "El Dragón de Oro" fue escrito por Baudouin en colaboración con el periodista y autor argentino señor Brunner, durante la corta estada de este caballero en Lima.

Conozco en parte este drama de Baudouin, que constituye una obra de aliento y de vastas proporciones. Hay en él una vasta visión de dramaturgo,

un intenso verismo y una honda y amarga filosofía. El autor ha explotado un asunto arrancado a nuestra propia vida y ha sabido desarrollarlo con talento. Si para suerte nuestra, llega a presentarse en esta capital, me prometo hacer de este drama el detenido estudio que merece por su trascendencia y alcance.

No es posible ocuparse del florecimiento del teatro nacional sin mencionar, con todo el cariñoso entusiasmo que se debe, el nombre de Leonidas Yerovi.

El talentoso y humorístico poeta es uno de los que con más notable producción teatral cuenta y uno de los que más ruidosos éxitos ha alcanzado en la escena.

En "La Salsa Roja", "Domingo Siete" y "Tarjetas Postales", desborda la gracia, ingenio y habilidad escénica de Yerovi, que culminan en ese precioso y pintoresco sainete de "La de cuatro mil".

La musa juguetona de Yerovi, su espíritu observador, su fina ironía encuentran en el teatro vasto campo y hacen esperar del festivo poeta una producción tan abundante como meritoria.

Su última obra "La gente loca", estrenada con éxito en Buenos Aires y de la cual sólo conozco unas pocas escenas, por cierto muy hermosas, indican el propósito de Yerovi de dar a su obra teatral más vastos alcances.

Hay en esa comedia fina, alegre, con unos pocos y delicados toques sentimentales, mucha vida, mucha armonía. Los personajes, trazados con acierto notable, son muy humanos, son muy reales, de aquellos con que tropezamos a cada instante y atraen momentáneamente nuestra atención.

Recientes noticias de Buenos Aires nos hacen saber que Yerovi tiene a estrenarse un boceto cómico–sentimental, escrito expresamente para la compañía que actúa en el Teatro Nuevo. El talento de nuestro compatriota y sus disposiciones para el Teatro, nos prestan la seguridad de que alcanzará todo el éxito que merece.

No obstante de que se ha producido fuera del país y, en consecuencia, sobre temas del todo ajenos a la vida nacional, la obra teatral de Felipe Sassone es otra de las que prestigian nuestro naciente teatro.

Sassone, cuyas dotes de buen literato todos conocemos y apreciamos en lo justo, ha modelado su espíritu de dramaturgo bajo la influencia de las más modernas y triunfantes orientaciones teatrales.

En su haber artístico se cuentan más de diez comedias de impecable factura varias, y hondo sentimiento poético casi todas.

En Buenos Aires hasta ayer y en Madrid hoy, nuestro compatriota ha

cosechado merecidos y valiosos lauros que deben legítimamente enorgullecernos.

Antonio G. Garland, que es entre nuestros jóvenes escritores uno de los de más delicado temperamento, tentó también el del teatro como un camino hacia el triunfo literario a que puede aspirar.

Si bien el éxito no correspondió, en lo absoluto, al que había derecho a esperar, dado el talento del autor, y fue el estreno de "En plena vida" un doloroso fracaso, es necesario esperar de Garland fruto más sazonado.

Uno de los más infatigables y constantes sostenedores dél teatro nacional es, sin duda alguna, Carlos Guzmán y Vera, que tantos y tan bien ganados aplausos del público ha merecido.

Conocedor experto de la técnica teatral y dueño de un aguzado y espiritual ingenio, Guzmán ha escrito obras amenas y graciosas que han alcanzado bastante éxito.

En "¡Calor ... Calor!" hizo derroche de habilidad escénica nutriéndola de situaciones cómicas y chistes teatrales y es por esto que la obra fue recibida por el público con una franca, calurosa y entusiasta aprobación.

Del éxito de esta obra nacional habla muy elocuentemente su larga duración en los carteles –ha llegado a centenar y medio el número de sus representaciones.

Siguió a "¡Calor ... Calor!", el estreno de "Los mismos ojos", obra de género vaudevillesco, estrenada con aplauso en el teatro Mazzi, y vino después "La gente del barrio", sainete criollo en que puso Guzmán todo su conocimiento, que es mucho, del ambiente popular.

En mi concepto esta obra, que ya tuve ocasión de aplaudir entusiasta y espontáneamente con motivo de su estreno, es la que más mérito representa como contribución al teatro nacional, en el haber de Carlos Guzmán y Vera.

Anteriormente los cuadros y tipos de la vida criolla habían sido presentados en la forma de revista u otras semejantes –hablamos sólo de la época presente–, pero no se había querido hacerlo enmarcándolos en un sainete debidamente coordinado. Guzmán, que conoce bien los recursos de la escena, tentó este camino y lo tentó con éxito.

La vida del suburbio, de suyo pintoresca, las costumbres populares que tienen entre nosotros su matiz especial, ofrecen a los autores tema inagotable y muy ligeramente explotado. No es cierto en lo absoluto que ya no despierte interés, porque mal puede dejar de despertarlo lo que apenas está conocido. Mucho menos que pueda resultar chocarrero ni grotesco, porque

sólo puede impresionar así el teatro criollo a los espíritus snobistas, a esos pobres espíritus snobistas que suspiran cursimente ante las escenas vaudevillescas de los cafés cantantes y se extasían oyendo los compases desmayados de los valses vieneses en las operetas de moda.

Por esto, Guzmán, entre sus méritos de autor, cuenta éste de haber prestado su concurso al renacimiento del sainete limeño.

Autor tan laborioso no podía permanecer cruzado de brazos, en momentos como el actual en que la producción nacional reviste tanta abundancia, y tiene escrito ya, sobre la base de un cuento de Pérez Zúñiga, "El Cocodrilo Azul", viaje cómico–lírico por no sabemos qué fantásticas regiones del globo, y en colaboración con Pepe Ruete García prepara actualmente una revista, "Siempre p'arriba", que, según rezan los anuncios, subirá muy pronto a escena.

Uno de los más jóvenes autores teatrales, y también de los que más promete, es sin duda Enrique Maravoto, que estrenara a principios del año en curso, con éxito notable, una comedia en dos actos, intitulada "La Vida Falsa". El público tributó al debutante autor tan calurosos como merecidos aplausos y la prensa local hizo el elogio de la obra, cuyos méritos hacen olvidar sus ligeros y explicables defectos.

Maravoto tiene sobresalientes facultades para el teatro y, pese a su condición de recién iniciado, domina con alguna habilidad los recursos escénicos. En su primera comedia, se dibuja ya un dramaturgo de elegante estilo y fina observación.

Aunque Ruete García no ha tenido oportunidad de estrenar ninguna obra en los últimos años, no puedo dejar de mencionarlo en estos breves apuntes, con todo el cariño que se merece.

Ruete no es un principiante. Tiene sobrado conocimiento de la técnica teatral y une a esto un talento reconocido. El público de Lima le ha aplaudido, ya muy justamente.

Su producción es numerosa y larga la lista de comedias y zarzuelas que tiene por estrenar y que todos deseamos conocer, seguros de que responderán a la capacidad literaria de su autor.

Actualmente, en colaboración con Guzmán y Vera, prepara una revista, "Siempre p'arriba", que muy pronto habrá de ponerse en escena.

A principios del año en curso y en medio de una época de inquietud y zozobras políticas, un joven escritor que me abstendré de elogiar como se merece, en respeto a consideraciones de amistad y compañerismo conocidas, estrenó un sainete limeño intitulado "La culpa ajena".

A pesar de sus naturales deficiencias, –naturales en todo debutante– se advertía en la obra referida –que está llena de situaciones cómicas y llevada con habilidad en todas sus escenas– las condiciones de su autor, César Falcón, para el teatro.

Falcón ha escrito una segunda obra, "Noche perdida", y tiene en preparación una tercera, "Los mozos cundas", que en mi concepto y juzgando por lo que de ella conozco, revelará en este novel periodista a un autor teatral de mucha médula y hondo espíritu de observación.

"Los mozos cundas" es un sainete criollo en que se retrata con acierto y colorido las costumbres del bajo pueblo, moviendo y caracterizando a los personajes felizmente y enmarcando dentro de un cuadro de puro criollismo una acción interesante y animada.

Con su estreno, confío en que Falcón ganará un sólido prestigio teatral y se abrirá el camino hacia mayores éxitos.

Alejandro Ayarza se inició en el teatro con una pintoresca obra –revista con vistas al sainete o viceversa– que le ha conquistado muchos aplausos y mucho dinero, lo que habla elocuentemente del éxito que alcanzara en el teatro.

Es "Música Peruana" una sucesión de cuadros y tipos de la vida criolla, en que el autor ha impreso su habilidad intuitiva para explotar este filón inagotable del teatro nacional. De esto nos dará nueva prueba en "Un paseo en burro", obra próxima a estrenarse por la Compañía del Olimpo.

Llegamos al estreno más reciente: "La Señorita Amor", de José Bustamante, cuya capacidad literaria es de todos reconocida y cuyo sprit le tiene conquistada tanta simpatía en el círculo de sus amigos.

Como quiero ser absolutamente franco y olvidar en este instante las relaciones de sincera y devota amistad que me unen a Bustamante y Ballivián, debo confesar que su obra, con desbordar de gracia, ingenio y todo, no responde a lo que hay derecho a esperar de su talento y condiciones literarias. A quien puede aspirar a una posición elevada dentro de nuestro medio artístico, no debe perdonarse, cuando bien se le estima, que consagre sus esfuerzos a la producción de una obra de este género.

Bustamante posee una mentalidad robusta, una sana e idealista juventud y puede pretender a mejor puesto que el que le conquistarían obras como la que comento con tanta sinceridad.

Apartándome de este aspecto, a que sólo hago referencia en mérito a los amistosos sentimientos que por Bustamante abrigo, cumpliré en justicia con anotar que la obra ha sido acogida con aplauso por el público y ha

merecido los elogios que la prensa le ha tributado.

Además de las enunciadas, se han estrenado durante el bienio último: "Viendo visiones" de Humberto Negrón, que fue elogiosamente comentada por la prensa; "El Gallo de la Vecina" de Julio A. Hernández, a la cual razones de técnica defectuosa restaron aciertos que la ameritaban; "La verdad de la mentira" de Juan Parra del Riego; "Por esas calles", revista en que hizo sus primeras armas en el teatro, con notable éxito, el joven y talentoso periodista Walter Stubbs, y otras más que se me escapan y no puedo incluir en la enumeración.

Las obras no estrenadas de conocidos escritores son numerosas y entre ellas hay varias de aliento.

Cuéntase en primera línea: "Casa solariega" de Juan Luis Irribarren, literato culto y delicado, de gran sprit y humorismo. Las referencias que de ella tengo me hacen saber que es toda una joyita teatral que elevará a gran altura el nombre de su inteligente autor.

Ruete García tiene dos hermosas comedias: "El Dilema" y "Este era un rey".

Enrique Maravoto ha escrito una segunda obra que intitula "Fin de ensueño".

Y para terminar, Angel Origgi Galli, Federico Guillermo More, Santa Cruz y otros tienen a estrenarse obras cuyo mérito podrá juzgarse pronto.

Los párrafos anteriores constituyen casi un balance teatral. Y por más que sea muy ligero y deficiente, sobra para darse cuenta de que el teatro nacional se halla en pleno período de surgimiento.

No existe ningún otro en que nuestros literatos hayan consagrado mayores entusiasmos a la producción teatral, ni existe tampoco ningún otro en que el público haya alentado sus esfuerzos con más espontaneidad y franqueza.

Lo que resta por hacer, no es tanto que su contemplación pueda disminuir los arrestos de los que dedican sus energías a esta noble empresa.

Sinceridad, trabajo, entusiasmo generoso, son las solas cosas precisas para que el ansiado florecimiento de nuestro teatro sea dentro de breve plazo una realidad hermosa.

(En *La Prensa*: Lima, 3–I–1915. Y en Servicio de Publicaciones del Teatro Universitario de San Marcos (Lima, 1970).

EL "DEVOCIONARIO" DE AUGUSTO AGUIRRE MORALES

Y es que yo lo he leído con la misma devoción, con la misma religiosidad, con el mismo fervor con que he leído a Kempis, a San Juan de la Cruz, a Fray Luis de León y a Santa Teresa de Avila y con que he escuchado el arrullo polifónico del órgano y el arrullo pascual del villancico.

Y sé que este libro lo inspiran los recuerdos todopoderosos de un amor de los veinte años, de esos veinte años de romanticismo supremo, que tienen la obediencia respetuosa de vivir y sentir cuantos no quieren dejar de purificarse con el óleo lustral de un idilio apasionado e ingenuo, de los veinte años en que el amor puede ser origen de suicidio, matrimonio, asesinato, rapto, versos y locura, cosas todas perfectamente idénticas, posibles y peligrosas...

Y en un instante que la literatura, a tenor con la época, se mercantiliza, se hace utilitaria, adquiere cotización, tiene mercado, precios y fluctuaciones, yo que tengo un muy hondo y muy arraigado sentimentalismo, admiro mucho a quien hace esta obra toda perfume, sinceridad y juventud, en vez de escribir una novela de tema folletinesco, sexual, psicológico o sectario, un drama tremendo en que la acción y los parlamentos marquen los instantes de aplauso lo mismo que las acotaciones, los mutis y movimientos, un libro de investigación académica con óleo de exhumación bibliográfica, de polilla y de naftalina o cualquiera otra obra destinada a conquistar popularidad, dinero o patente de sabiduría.

Leyendo este libro, es fácil que llegue a toda las almas el encanto misterioso del misticismo. Es fácil saber cómo está en el amor, en la evocación, en la soledad, en la serenidad, en todas las cosas buenas. El poeta que lo escribió amó en un templo donde el órgano y el sahumerio le hablaban de Dios, el perfil puro y la carne joven de la novia arrodillada y extática; y se prosternó y oró a Dios en el jardín donde rumores y perfumes le hablaban de ella. Fue profano y fue creyente, pero fue siempre místico.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima 4–IV–1916)

CRONICA DEL PADDOCK

Jack no tiene hoy qué reseñar. Y no tiene casi qué decir a sus lectores. Jack es incapaz de hablar de que la fiesta hípica es "el emporio de la elegancia y del flirt" como dicen los cronistas cuando extraen de los casilleros de un armario las frases de sus artículos. Tampoco Jack es capaz de hacer las dos o tres acostumbradass citas a Chantilly, a Longchamps, o a las tardes vernales de Palermo. Jack es un criollo apacible que no ha salido de Lima, que no conoce por consiguiente. Chantilly, Longchamps, ni las tardes vernales de Palermo. Santa Beatriz es el único hipódromo que sus ojos han visto.

A Jack le placen las carreras. Le placen las carreras porque Jack es, hay que repetirlo, un criollo apacible y, además de apacible, pálido y triste, que gusta de los espectáculos plácidos y teme los espectáculos violentos. Jack no transige ya con los toros. Hasta hace poco tiempo Jack iba a las corridas de temporada, por que iba todo el mundo y Jack tenía un vago y loco miedo de quedarse solo en la ciudad. Compraba un delantero el sábado y tomaba un coche el domingo, para ir a la plaza. Jack advertía con disgusto que a las puertas había siempre gente vocinglera y astrosa que trataba de venderle otros billetes, que le gritaba, que le ensordecía. Sentía un gran descanso cuando había salvado ya las aglomeraciones de la entrada. Después ocupaba su delantero. Pero en su delantero Jack estaba casi siempre desesperado. Hombres gritones y torpes ponían los piés en el respaldo de su asiento y pisaban la americana modesta pero atildada de Jack. Uno escupía a la plaza y el salivazo pasaba a corta distancia de la cabeza de Jack. Otro bebía chicha morada de un vaso muy grande y derramaba sobre la ropa de Jack dos goterones y un pedacito de piña. Un zambo agitaba un cencerro hiciese o no hiciese falta, que Jack opinaba que nunca la hacía. Otro zambo daba aullidos ante cada suerte. Jack salía de toros, dolido, enfermo, sordo, sucio y deprimido.

Y es porque en las carreras no le hostiga nada de lo que le hostigaba en los toros que las carreras le gustan. En Santa Beatriz no ha habido quien

lo estruje, ensordezca y grite. No ha tenido que estar encasillado en un delantero. Hombres gritones no han puesto los piés en el respaldo de su asiento. Nadie ha bebido chicha morada. Nadie ha agitado ningún cencerro. Jack no ha salido de las carreras dolido, enfermo, sordo, sucio y deprimido. Ha salido ufano, alegre y plácido. Un coche lo ha restituído al centro.

En las carreras ha visto mujeres elegantes, siluetas gentiles. Jack que es un poco dibujante ha enriquecido su carnet con algunos apuntes. Ha encontrado gente amable y risueña que le conversaba con "esprit". Ha hablado con el señor Bellido, tan gordo y tan amable, y que, como Jack, siente resentido su buen gusto y distinción en los toros. Jack y el señor Bellido son dos exquisitos que detestan la plebe, el bullicio, la grosería y la chicha morada. Y en el hipódromo ha hallado también Jack al señor Orellana, al señor Foción Mariátegui, al señor Checa, al señor Conroy, personas todas distinguidas y atildades.

Jack será mañana un hombre feliz, sobre todo "si el sol no tiene destemplanzas insólitas y descorteses" como él diría .....

JACK

(En *El Turf*: Nº 36: Lima, 6–V–1916)

UNA CARTA SOBRE "LA MEDUSA"

De Juan Croniqueur a Augusto Aguirre Morales

A don Augusto Aguirre Morales,
amigo mío:

¡Con cuánta satisfacción obedezco el requerimiento de mi sinceridad artística para felicitarle y elogiarle por su novela "La Medusa"! ¡Cuánto entusiasmo, cuánta devoción, cuánto calor hay en mi ánimo para escribirle unas breves líneas sobre ella! Mi espíritu se siente regocijado al encontrar en el libro que Ud. ha escrito una armonía admirable del arte, del pensamiento y de la emoción. Y se siente orgulloso de que el elogio que a Ud. se le tribute no sea ese elogio convencional y caritativo con que hasta ahora hemos acostumbrado engañarnos, público y escritores, acerca de los valores de nuestra literatura.

Cuando –haciendo abstracción de las lecturas que regalan mi espíritu en los minutos en que siento la necesidad de fortalecerme con el pensamiento y con la frase ajenas– me detengo en el examen de nuestra literatura antigua y contemporánea y hojeo sus volúmenes representativos, yo me espanto, Augusto Aguirre Morales, ante lo ficticio de tanta reputación y ante lo mezquino de tanta obra, yo me asombro de que la ignorancia y la amistad hayan motivado tanta consagración injusta, y me aflijo al contemplar que en nuestra historia literaria han sido tan pocos los artistas verdaderos y los pensadores verdaderos y que, después de haber vivido confundidos entre la ola de los mediocres, en la posteridad tiene su obra que sufrir que se le involucre con la obra de los artistas artificiales y de los pensadores artificiales.

Ud. sabe, Augusto Aguirre Morales, cómo la literatura está representada en nuestra historia por una burguesía o una aristocracia diletantes que habían aprendido a hacer versos, artículos, cuentos, historia, etc., como aprenden las niñas la música, los idiomas y el pirograbado: como "adorno". Menos mal cuando los afamados diletantes de la literatura peruana fueron:

no de la burguesía arribista sino de la aristocracia engreída, porque siquiera esta aristocracia pudo poner blasón en sus infolios. Y una obra, cuando tiene nobleza heráldica en la marca de su pórtico y en su ex–libris, es siempre más apreciable que una obra que aparte de su menguado mérito carece de escudo y de pergamino que la recomienden. Las armas y los motes pusieron siempre un sello decorativo y gentil lo mismo en las portezuelas de las calesas que en las carátulas de los libros.

Los que no tenemos intención de hacer análisis de la literatura peruana, porque nos parece ingrata labor, porque la dejamos para más eruditas, minuciosas y serenas mentalidades, y porque no vemos que haya urgencia en la empresa de hacer una verdadera y determinativa revisión de nuestros valores literarios históricos, debemos contentarnos con considerarlos para nuestro estudio como simples valores cronológicos de una literatura que no ha tenido mayor celebridad, mérito y fortuna en su proceso que la democracia y que la industria nacionales en sus procesos respectivos.

Pero tenemos que sentir muy honda satisfacción y muy dulce halago cuando, en esta época, aparecen un artista y una obra que exhiben, además del mérito efectivo del esfuerzo realizado, el mérito inconmensurable del esfuerzo que prometen la capacidad y el aliento del artista.

Y yo, que tengo el optimismo de creer en la verdad de que vivimos una alborada literaria, siento un orgullo legítimo, espontáneo e imperioso al ver que es la generación presente, la juventud intelectual a la cual con escaso contingente de años y méritos pertenezco, la que trabaja, la que produce y la que triunfa. Y al ver que los triunfos de esta juventud, amigo mío, no son los triunfos convencionales y embusteros de otras generaciones, ni son los triunfos forjados en las cábalas de la amistad y de los afectos, ni son los triunfos arquitecturados sobre castillos de fuegos artificiales.

Y anoto sobre todo con júbilo que esta generación, a la cual usted hace honor, es una generación que piensa. Y esto es mucho más importante de lo que parece, Augusto Aguirre Morales. Los extáticos orfebres del estilo y los emotivos interpretes del sentimiento, cuando el mérito que les asiste en sus respectivas o armonizadas calidades es verdadero, son seguramente literatos muy apreciables, pero están muy lejos de ser eso que podríamos llamar literatos "actuales". No está la máxima expresión del arte en la elegancia de la frase o en la profundidad del sentimiento tanto como en la majestad de la idea. Y es por eso que cuando la majestad de la idea se coaliga con el estilo y con el sentimiento la producción adquiere los atributos supremos del arte. Los orfebres y los sentimentales puros son

muy admirables, pero yo los encuentro hoy rezagados de siglos más románticos, y les encuentro casi anacrónicos en un siglo en el cual todo es investigación, inquietud, análisis.

Toda obra que traiga a nuestra literatura renovaciones victoriosas tiene que ser, pues, motivo de orgullo y de satisfacción para mí por representar la certidumbre consoladora de que los nuevos literatos del Perú saben seguir las orientaciones presentes. La suya, Augusto Aguirre Morales, es una de estas obras a mi juicio.

Usted manifiesta cierto inexplicable empeño en no calificar a "La Medusa" como novela. Novela es "La Medusa", Augusto Aguirre Morales, y novela de muy noble estirpe. Y yo no sé por qué usted no le expidió patente de tal, cuando la entregó al público. Y pienso que fue acaso por amor a su obra y por austero anhelo de no verla comprendida entre lo que, con rarísimas excepciones, ha sido la novela de moderna manufactura nacional. Dos o tres libros de estos conozco –bien sabe usted a cuales me refiero– y tienen tan innobles tendencias a la pornografía, tal mezquindad de arte, tal ausencia de ideas, y tal pobreza de estilo, que la verdad, recordándolos, yo pienso que no debe ser muy tranquilizadora la seguridad de que va a verse considerada una obra propia, honrada y noble, en familiaridad y tuteo con obras tan mediocres e ínfimas.

Hay en "La Medusa" un completo argumento de novela, pero hay sobre todo mucha vida interior, mucha emoción y mucho calor espiritual. Para escribirla, usted no sólo ha sentido mucho. También ha pensado bastante. Y esto, le repito, tiene más importancia de lo que parece. Repare que la languidez de los escarceos literarios a que entre nosotros hemos asistido frecuentemente, se caracteriza en especial por la ausencia de ideas.

Y entre lo que más me seduce en el libro de usted, está su pureza artística. Cuando en el libro de usted aparece la sensualidad –la sensualidad está en todas las obras de la vida–, aparece austera, limpia, recatada, excelsa. En el verdadero artista la sensualidad tiene un perfume purificado de humo de pebetero. Es el suyo un aroma de mirra o de incienso. Otras veces, es como un aroma de jardín y, si suele poseer efluvios afrodisiacos, no hay en él libidinosidad impúdica. Otras veces, en un plano inferior de austeridad, es como un aroma de esencia de tocador. Pero en otros casos, en los de la ramplonería y la insuficiencia, no es esencia, jardín, ni incienso. Es simple hálito de sexo. Y esto es muy reprobable y equivocado.

Y yo insisto en este punto, no sólo porque execro todas las producciones influenciadas por la pornografía, sino porque me place la purificación

artística que tiene la sensualidad en las páginas de su hermoso libro. Gusto del estilo sencillo y a la vez donoso que usted emplea. Y gusto singularmente del orden, método, diafanidad y precisión de sus imágenes y expresiones.

Pero, singularmente, –y en esto reside lo fundamental de mi admiración como ya usted habrá comprendido– gusto del caudal de ideas que ha vertido usted en su obra. La vida, eso que muchos dejan pasar miopes e indiferentes, le ha inquietado a usted. Ha investigado usted en ella. Se ha acongojado usted ante el límite de ella. Y entonces ha interrogado usted al misterio. Ha tenido usted pues las inquietudes del supremo artista. Quienes no han pensado nunca en la vida, quienes no han tenido un minuto de recogimiento como los que usted y yo acostumbramos, quienes no han sabido del análisis desconcertante, doloroso y fatal pero seductor, no pueden establecer teoría alguna sobre la vida. Sólo sobre la base del propio caudal de sensaciones se puede establecer el propio caudal de pensamientos. Y usted, Augusto Aguirre Morales, es un espíritu sensitivo y delicado en el cual es muy rico y muy grande ese reservorio de emociones que va virtiendo el escritor poco a poco en su obra y que pueden estimular y fortalecer, pero jamás formar, la cultura y los libros.

La novela es un género literario muy excelso y para el cual tengo yo todas las reverencias y todos los fervores posibles. En la novela caben la aristocracia del estilo, la originalidad de la idea, la sutileza de la emoción. Cabe la vida, cabe el arte, cabe el pensamiento, cabe la Naturaleza, cabe el misterio. Es una forma literaria que cobija todas las bellezas. Y Ud., por la forma como sabe imprimir emoción en su frase y en su concepto, tiene sobresalientes aptitudes para hacer buena novela.

Yo me regocijo ante esta promesa de florecimiento de la novela en el Perú, sobre todo por la pobreza de los ensayos que de ella se han hecho en los últimos tiempos, de la cual se salvan contadas excepciones entre las que están los ensayos de ese exquisito novelista de notable talento que es Abraham Valdelomar.

Las líneas que le dirijo, como he dicho al comenzar, al influjo de un requerimiento de mi sinceridad artística no intentan ser crítica. Quieren ser elogio únicamente. Y si el elogio ha dado lugar a consideraciones conexas, crea usted que he recurrido a ellas para fortalecer el concepto en que lo fundamento.

Y al terminar esta epístola tengo, además del halago que me produce la aparición de un libro como el suyo, el halago que me produce la aparición

de una comedia, como la titulada *"Lafuente diputado"*, de reciente estreno. Y la satisfacción de doblar la última foja de su libro para juntar mis manos en aplauso de Luis Góngora, que pertenece también a la generación contemporánea y triunfadora.

Salud, Augusto Aguirre Morales.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo:* Lima, 6–IX–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima 1985), pp. 187–193)

UN DISCURSO: 3 HORAS, 48 PAGINAS, 51 CITAS

¿Gramática? ¿Estilo? ¿Ideas?: O
Acotaciones marginales

Yo soy un hombre ingenuo, bien intencionado y cristianísimo, que leo los periódicos, colecciono estampillas, estudio heráldica, asisto a conferencias públicas, me visto de levita en los días de Semana Santa, creo en nuestra democracia, creo en nuestro progreso, creo en nuestros eruditos, creo en nuestras autoridades literarias y científicas. Yo soy un humildísimo admirador de todas nuestras glorias, pasadas, presentes y futuras. Yo las reverencio aun cuando las ignore. Yo tango todos los optimismos patriotas que cuantos me rodean me exigen.

Pero he escuchado hace cuatro días un discurso muy largo de un sabio joven y buen mozo, que hace mucho tiempo he oído nombrar con elogio a otro joven abogado, amigo mío, que enseña gramática en una escuela particular y que pertenece a un partido político denominado futurista, sin duda alguna porque en su declaración de principios se puso añejas tendencias y conservadoras orientaciones. Este sabio joven y buen mozo es el doctor José de la Riva Agüero, de quien se dice tiene aristocrático abolengo, que muy bien se compagina con la euforia soberbia de su nombre de caballero ilustre y noble hidalgo. Y por mucho que su discurso –tres horas, 48 páginas y 51 citas–, tenga condiciones de extensión y volumen indiscutibles, y que el señor de la Riva Agüero, a quien no conocía, me haya parecido simpática, lozana y rozagante persona, yo que soy tan crédulo, tan humilde y tan manso, me he preguntado tímidamente si seguiré creyendo con el joven abogado futurista, muy amigo mío, que el señor Riva Agüero es en realidad un sabio pensador y literato.

Es verdad que un día, no muy lejano, leí en un periódico un artículo que loaba al señor Riva Agüero, a propósito de un libro que tiene en prensa y

en el cual ha reunido varias impresiones sobre el Cuzco, asiento de un trono, una dinastía y una civilización gloriosas que el señor Riva Agüero admira y estudia. Suscribía esa loa el señor José Gabriel Cosio, escritor cuzqueño. Y copiaba entre dos ditirambos un párrafo del propio señor Riva Agüero describiendo un paisaje. Observé que el señor Riva Agüero empleaba a cada instante una comparación. Y observé que casi ninguna de lass comparaciones del señor Riva Agüero servía para dar la sensación del paisaje y formaban todas ellas una sucesión de frases más o menos sonoras, pero al mismo tiempo ociosas, imprecisas y aun vulgares. Yo he leído que la comparación en la descripción del paisaje debe ser muy exacta y emotiva para ser tolerable y mucho más en un literato reputado con justicia o sin ella. Encontré muy justas las observaciones que relativamente a la descripción del paisaje leí en un libro de Azorín, que cobijaba algunas otras muy acertadas ideas estéticas, impugnadas recientemente con flaqueza y escasez de argumentos y razones por el señor Julio Casares. Conforme a las observaciones de Azorín que reflejan y juntan verdaderas normas estéticas, el párrafo del señor Riva Agüero, vulgar y árido por lo demás, era un pobre párrafo plagado de tranquillos y subterfugios. Sin embargo, no llegué a dudar de la calidad literaria del jefe de mi amigo futurista y pensé que el señor José Gabriel Cosio era probablemente un enemigo suyo que, maliciosamente, reproducía la más menguada página de las muchas brillantes que sin duda había escrito el señor Riva Agüero, y que disfrazaba la malevolencia con mentidos elogios. ¡Así soy yo de ingenuo, crédulo, manso, humilde y celoso del lustre de las reputaciones nacionales!

Y llegó el sábado santo. Yo, sin sospechar que el discurso del señor Riva Agüero llegase a cincuenta páginas, fui a la Universidad, con el honesto deseo de enterarme de la verdadera importancia de la obra del inca Garcilaso de la Vega, respetabilísimo y egregio hidalgo a quien dio el naipe no sólo por las andanzas guerreras y los estudios teológicos sino también por escribir muchas páginas históricas que han encontrado, más de trescientos años después, entusiasta, devoto y perseverante defensor y exegeta en el señor Riva Agüero. Y escuché el discurso del Sr. Riva Agüero, libre en todo momento de la tentación de dormirme o atenuar mi atención. Desde entonces me afligen serias y graves dudas acerca de la calidad de literato y pensador que mi amigo el joven abogado futurista atribuía al señor Riva Agüero.

Pensé que una malicia de mis oídos o una fragilidad de mi entendimiento no me habían permitido comprender en el primer instante toda la

sabiduría, galanura, agilidad y sustancia del discurso del señor Riva Agüero y esperé que los diarios lo publicaran para leerlo con más detención y sosiego. Después de leerlo, a la verdad he sentido que mi curiosidad me condujese a la blasfema convicción de que el joven abogado futurista amigo mío me ha exagerado lamentablemente la donosura y sazón del talento literario de su jefe ilustre.

El señor Riva Agüero se proclama afiliado de la escuela clásica y devoto del purismo , de la precisión y del gusto discreto. Reprueba las modernas tendencias literarias que llevan "a las inciertas regiones de la penumbra, la indecisión y la exorbitancia, que a otras razas proporcionaran bellezas inestimables, pero que no dejan a los nuestros, según lo acredita una experiencia tres veces secular, sino la palabrería más vana y hueca y los más torpes balbuceos". Es un enemigo del exotismo modernista. Un adversario de toda novación. Un académico que proclama la inexorabilidad de las reglas gramaticales.

Leed sin embargo:

"Las probanzas de servicios del conquistador Garcilaso, adicionadas con una demanda de restitución de tierras a favor de la palla doña Isabel se substanciaban con lentitud española; pero llevaban buen giro y su *hijo* esperaba con fundamento, etc."

El clásico que patrocina la inexorabilidad de las reglas gramaticales probablemente sabría explicarnos a todos los irreverentes y a todos los pobres diablos si hay corrección académica en las líneas trascritas. ¿Quien "esperaba con fundamento" etc., era hijo de "las probanzas de servicios", de "la demanda adicionada", del "buen giro"? ¿De la palla doña Isabel? ¿Pero no habíamos quedado en que había que alejarse de "las inciertas regiones de la penumbra, la indecisión y la exorbitancia"?

Al margen del discurso, yo colocaría muchas observaciones más graves que ésta que resulta trivialísima, insignificante y tonta, si se la compara con otras que contemplan lamentables yerros en los cuales anda la sabia pieza más pródiga que cualquier arbitrario y juvenil ensayo modernista.

Y si queréis algunos de los no muy veniales, pasad los ojos por las siguientes líneas:

"Su arma, a lo menos en cierto tiempo, hubo de ser la de arcabuceros", que es igual a: "Su arma, hubo de ser la de artilleros", cosa que no diría ningún modesto cronista de ésta ni de otra época.

"Entre las lecturas, hacía siempre gracia, en mérito de sus bellezas, a los grandes poetas y prosistas". Nada consiente decir que "entre las lecturas se

hace gracia a los poetas y prosistas", no sólo porque no existe corrección ni claridad en la frase sino porque ninguna de las acepciones de la palabra "gracia" permite a un "purista" la libertad de emplearla en esta forma.

"Su devoción se enfervorizó". Devoción tiene entre otras acepciones la de equivalencia con fervor. Es, pues, demasiada redundancia para un "clásico" escribir "Su devoción se enfervorizó".

"Las excelsas y canas cumbres de los Andes". Aparte de que la palabra "cana" como comparación, es pobre y deplorable, el diccionario la define así: "Cana: cabello que se ha vuelto blanco".

"En obedecimiento a sus últimas voluntades". Este plural está muy mal empleado en una pieza clásica y parece puesto por la mano intrusa de un arbitrario de esos que buscan "las inciertas regiones de la penumbra, de la indecisión y la exorbitancia".

"Pretenso plagio". El "purista" maestro ha escrito "pretenso" por "pretendido" usando esta palabra en sustitución de "supuesto" que es el término justo. Y "pretendido" desentona en cualquiera pieza clásica.

"Y se pasma en cambio ante el "lamido" y remilgado Solís" ¡Lamido!

El diccionario, invocado en este trance, diría así: Lamido – Part. pas. de lamer o de lamerse, Adj. fig. Gastado por uso o roce continuo.

"Caudalosa y tersa diafanidad de estilo". Diafanidad significa transparencia. Una diafanidad caudalosa es algo que no se encuentra fácilmente ni aún en los novadores y revolucionarios de la literatura modernista que tan mal trata el señor Riva Agüero. He aquí dos definiciones del Diccionario: "Caudalosa, adj. Que lleva mucha agua hablando de ríos. Opulento, rico, acaudalado". "Diafanidad. Cualidad, condición, naturaleza de lo diáfano". "Diáfano. Transparente. Cristalino". Nadie ha escrito todavía "caudalosa sutileza" que sería un disparate del cual Dios nos libre.

Pero, creo que no vale la pena seguir buscando en el discurso del señor Riva Agüero los yerros y arbitrariedades que a veces, pocas acaso, se permiten los novadores. Basta con copiar un solo párrafo, si éste tiene tan sabrosos "gazapos" como el siguiente:

"La educación literaria no debe ser la primera, pero sí una de las más principales e importantes atenciones de la opinión pública y de esta ilustre universidad. Las letras están llamadas a ser gala y blasón de nuestra vieja tierra. Cuando los estudios mejoren y logremos levantarlos del deplorable abatimiento en que yacen, estoy cierto de que nuestros jóvenes, compenetrados con la tradición del país o impregnados de ella, sabrán continuar y profundizar las tendencias y direcciones patrias, y afirmarán así el original

matiz peruano. Y como las esperanzas, para no ser baldías, han de nacer y sustentarse en los recuerdos, saludemos y veneremos como feliz augurio la memoria del gran historiador en cuya personalidad se fundieron amorosamente incas y conquistadores, que con soberbio ademán abrió las puertas de nuestra particular literatura y fue el precursor magnífico de nuestra verdadera nacionalidad.

He dicho".

Para no ser severo conviene olvidar que este párrafo, con el cual remata y culmina su discurso el señor Riva Agüero y al cual debe suponérsele por lo mismo adornado con las mayores galas de la retórica y del concepto que pudo imaginar, es el parrafo más vacuo, pobre, amorfo, pedestre, vulgar, mediocre e insípido con que puede concluir no sólo un elogio académico sino hasta un insignificante artículo conmemorativo de periódico o un discurso de actuación provinciana o escolar. Atendamos sólo a su estilo y gramática. Releed:

"La educación literaria no debe ser la primera pero sí una de las más principales e importantes atenciones de la opinión pública y de esta ilustre universidad".

Si a la fugaz literatura de diarios y revistas cabe exigirle la proscripción de tan lamentables yerros gramaticales, mayor tiene que ser esa exigencia cuando se trata de una pieza retórica, pródiga en citas y nutrida en análisis y referencias, en cuya confección hay que suponer que el autor puso tiempo, estudio, prolijidad y cuidado. Y "más principales" se puede estilar sólo en la arbitraria charla del vulgo ignorante de gramáticas y dominado por barbarismos de toda especie. ¡"Más principales"! La tolerancia en este caso impondría la disculpa de todos los "más mejor" que desentonan aun entre las gentes ajenas a todo conocimiento elemental de la lengua.

Y sigue: "Las letras están llamadas a ser gala y blasón de nuestra vieja tierra". ¿Por qué denomina el doctor Riva Agüero vieja a nuestra tierra? ¿No es ya un lugar común aquello de nuestra joven nacionalidad? Y, por otra parte, yo juro que en los modernistas reacios al purismo y al academicismo no es fácil encontrar esas tres sucesivas asonancias de "nuestra vieja tierra" capaces de ser advertidas por el oído más profano.

"Cuando los estudios mejoren y logremos levantarlos del deplorable abatimiento en que yacen, estoy cierto de que nuestros jóvenes, compenetrados con la tradición del país e impregnados de ella, sabrán continuar y profundizar las tendencias y direcciones patrias y afirmarán así el original matiz peruano".

Aparte la escasa claridad del concepto, precisa fijarse en que la frase "cuando los estudios mejoren" se aviene mal con la de "levantar a los estudios del abatimiento en que yacen", porque el vocablo "abatimiento" significa acción o efecto de abatir y abatir, en este caso, derribar, derrocar, echar por tierra. Quien dispone de tan rico léxico, pudo emplear palabra distinta de abatimiento para guardar mejor el orden y la conexión íntima de las palabras y no colocar éstas al azar, con mengua de la limpieza en la expresión y de la justeza de la frase. Hay que reparar también en qûe "nuestros jóvenes" estarán "compenetrados", o penetrados solamente de y no con la tradición y que es muy impropio decir "impregnados de la tradición" porque hay que pensar en que se usa este término en sustitución del símil "empapados" exótico en quien como el comentador de Garcilaso debía huir de toda exageración en los términos figurados. Escribir "continuar y profundizar las tendencias" es igual a escribir "seguir y amalgamar las virtudes". Dos términos que no se avienen ni concatenan bien y que, como indican cosas distintas, llevan a "las inciertas regiones de la penumbra, la indecisión y la exorbitancia".

"Y como las esperanzas, para no ser baldías, han de nacer y sustentarse en los recuerdos".

¿Por qué las esperanzas, para no ser baldías, han de nacer y sustentarse en los recuerdos?

"Saludemos y veneremos como feliz augurio la memoria del gran historiador".

No hay la precisión ni justeza clásicas recomendadas cuando se considera a la memoria como augurio, porque precisamente la memoria es el pasado y el augurio es anuncio de lo venidero. La frase tiene pues además de todos los defectos de oscuridad, que tanto riñen con el estilo clásico, el de sugerir ideas opuestas que dificultan, enredan y desvirtúan el concepto.

"En cuya personalidad se fundieron amorosamente incas y conquistadores".

Este nuevo término figurado puede emplearlo sin que le cueste tacha, un escritor que no haga auto de fe de los hermetismos clásicos, y aun así, éste escribirá seguramente: "se fundieron los caracteres o las virtudes de incas y conquistadores", pero no "se fundieron incas y conquistadores"que es un abuso de la elasticidad del vocablo fundieron pues "fundirse" según el Diccionario es derretirse, deshacerse, liquidarse, ser fundido, y en acepción anticuada y figurada hundirse, anonadarse, sumergirse, reducirse a la nada, desaparecer.

Tales yerros y deficiencias, que revelan a veces menosprecio de la gramática y olvido de la justa acepción de las palabras, serán tolerables, con las limitaciones que impone el buen gusto, en los escritores que se exoneran de la justeza académica e incorporan en su literatura tendencias revolucionarias y caprichosas en busca de preciosismos, sutilezas o aciertos de emoción que no conciben dentro de rigorismos o cárceles. Pero en un paladín del estilo clásico son no sólo el mayor anacronismo, el mayor renuncio, la mayor herejía literaria, sino también señales de una contradicción flagrante entre las doctrinas que se predican para los demás y la obra que se realiza con desdeño de ellas.

Yo he buscado también en el discurso del señor Riva Agüero, deseoso de hallar disculpa para sus restantes flaquezas, caudal de ideas, conceptos y observaciones que hiciesen perdonables los deslices de estilo y gramática en honor a lo nuevo, sazonado, jugoso y robusto de los pensamientos. Pero he tenido que confesarme que cuando el señor Riva Agüero sale del terreno de las citas, de las referencias, y del relato cronológico, repite conceptos que ya se le conocían. Y cuando el crítico aparece y con él su examen y apreciaciones sobre la literatura nacional, dice así: "La calidad del clásico no estriba esencialmente en estar atiborrado de latín y griego, ni menos en atenerse a caducas preceptivas retóricas y poéticas". ¿Hace a sus oyentes o lectores el poco honor de suponer que aun puedan pensar que la calidad del clásico estriba en tales cosas? No, señor Riva Agüero. Aquí cuantos saben algo de literatura no ignoran lo que dice Ud. en su discurso con el énfasis de un descubridor de verdades, sentencias y pragmáticas.

Y después de esa vulgaridad pedestre y casi inverosímil, el señor Riva Agüero proclama el fracaso del gongorismo, del romanticismo y del modernismo en la literatura patria. Yo creo que se podría escribir muchas páginas contestando la sentenciosa afirmación del señor Riva Agüero y que lo harán sin duda cuantos puedan probarle que no hay exactitud y serenidad en sus apreciaciones.

Hoy interrumpo estas líneas que me ha sugerido un discurso, del cual podía hacerse la mejor síntesis en la siguiente fórmula aritmética:

3 horas + 46 páginas + 51 años = 0 ideas = 1,000 yerros.

La fórmula podía ser más compleja y gráfica, pero entonces se oscurecería y confundiría y yo, que no pienso como el señor Riva Agüero, gusto no obstante de la claridad y limpieza en la expresión.

Tendrá esta fórmula una simplicidad de teorema para cuantos recurran a la lectura del sabio discurso.

Y tendrá acaso la virtud de que, como yo, que soy ingenuo, crédulo, humilde, manso y tímido y celoso de las reputaciones patrias, se rebelen hoy contra la admiración a la calidad literaria del señor de la Riva Agüero.

Por la copia:

X. Y. Z

(En *La Prensa*: Lima, 30–IV–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 31–40)

Los árboles, el polvo y otras cosas del campo

EL AUTOMOVIL FUGO DE LA CIUDAD

La ciudad es como un aprisco: de ella
huyó mi alma cual huye un cordero del
aprisco. Y tuvo el temor obsesionante
de perderse para siempre en el camino.

A Ramón Apíllaga Anderson:

El automóvil fuga de la ciudad. Por el cristal trasero de la capota, que parece un vidrio de gafa, yo miro el suburbio que se pierde. No es el suburbio antiguo y miserable. Es el suburbio joven y remozante. No es el suburbio donde la ciudad se envejece, sino el suburbio donde la ciudad se renueva. Calicanto, ladrillo, yeso, mármol, cristalería, flores.

Yo siento una gran satisfacción al saber que el automóvil corre de la ciudad. Y si he mirado por el cristal trasero de la capota, no ha sido para contemplar de lejos el suburbio, sino para constatar la eficacia de la fuga del automóvil.

La carretera es amplia. Es amplia, es leal, es noble y es austera. Se extiende directa hasta el mar. Y concluye en un precipicio. Hay a cada lado de ella una doble fila de árboles. Y a sus flancos se ven burocráticas casas de campo y rústicas chozas.

Viene otro automóvil. Este automóvil regresa a la ciudad y lleva mucha más prisa que el mío. ¿Por qué lleva más prisa este automóvil que regresa a la ciudad?. Me parece absurdo. Es muy justo que corra apresurado el automóvil que se escapa de la ciudad, pero no es justo que corra apresurado el automóvil que regresa a ella. Sin embargo es así. Yo acabo de consta-

tarlo. Y pienso que este automóvil raudo que torna a la ciudad, es como un corderito incauto y tímido, inconsciente y lentamente alejado del rebaño que vuelve a él asustado y medroso.

Una gran nube de polvo ha dejado a su paso ese automóvil. Lo miro perderse entre un torbellino denso y febril. Y pienso en este raro afán de la tierra de cubrirnos de polvo, de ensuciarnos, de cegarnos, de sepultarnos casi. Lo mismo es en la ciudad que en el campo. La tierra siente a cada instante la necesidad de levantarse y de hostilizarnos. En la calle pavimentada y pulcra donde la escoba y el riego la persiguen, encuentra siempre oportunidad de sublevarse, de amenazarnos, de agredirnos. Le place poner sobre la piel enjugada y perfumada, sobre la pechera luciente, sobre la ropa engreída, la pátina dolorosa de sus granos menudos y obsesionantes. Y en las carreteras, rústicas y campesinas, el paso del hombre la solivianta. Se yergue en pertinaces torbellinos y ansía asfixiarlo. Es un sórdido, maligno y porfiado empeño de hacerle sentir su miseria.

Yo he observado mucho este afán de la tierra contra los hombres. He sentido que la tierra tiene la voluptuosidad de maltratarlos y mancharlos. Un día, envuelto en uno de estos torbellinos, he tenido el mismo miedo que tendría si quisieran estrangularme.

Y he comprobado que sólo en el campo fecundo, donde la vegetación es pródiga y tupida, la tierra es calmada y buena. Y he comprobado que el césped, los árboles, las flores, tienen la virtud divina de tranquilizarla y de defendernos de ella. El césped que es tan pequeñito, tan rastrero, tan débil, tan miserable, sabe aquietarla y dormirla como se aquieta y se duerme a un niño. ¡Oh, el afán eterno de la tierra de amortajarnos cuando aún estamos vivos!

* * *

En el confín del camino se ve el mar. Lo vela y lo mistifica la niebla. ¿Por qué la niebla lo vela y lo mistifica todo en esta tierra? Cuando yo quiero mirar el cielo lo impide la niebla. Cuando yo quiero contemplar en toda su inmensidad y en toda su exactitud el mar, lo impide la niebla. Cuando yo quiero ver el panorama, lo impide la niebla. Cuando yo quiero saber cómo es la cúspide de un cerro, lo impide la niebla. La niebla está siempre robándonos el horizonte. La niebla es en Lima lo mismo que el polvo. La niebla lo amortaja todo, lo oculta todo, lo disfraza todo. Lima está enferma de gris y de niebla. Y por eso todos tenemos el alma tan triste.

* * *

El automóvil sigue avanzando raudamente. Hay momentos en que yo tengo la sensación de que se ha detenido y siento una angustia muy grande. Hay otros momentos en que yo tengo la sensación de que el camino se alarga.

* * *

El automóvil pasa junto a un labriego cabalgado en un caballo rústico y miserable. Y ese hombre no se inquieta, no vuelve la cara, no hace un gesto, ni cuando el automóvil se aproxima a él, ni cuando pasa junto a él. Si el chauffeur hubiera querido, el automóvil habría podido matarlo, sin embargo. ¿Por qué en la carretera solitaria este hombre que viaja en un caballo rústico y miserable no ha vuelto los ojos para mirar el automóvil rápido, poderoso y fuerte?

* * *

Yo pregunté una vez, por qué Nuestro Señor Jesucristo no habría dicho a los hombres: "Amad a los árboles". Los hombres le habrían obedecido y los árboles y los hombres serían seguramente felices. Les ha dicho en cambio: "Amaos los unos a los otros". Y los hombres no le han obedecido. Y ni los hombres ni los árboles pueden ser felices.

¿Por qué Nuestro Señor Jesucristo no habría mandado a los hombres: "Amad a los árboles?"

* * *

Hay árboles alegres, hay árboles taciturnos, hay árboles sombríos, hay árboles misántropos, hay árboles ingenuos, hay árboles hostiles. El automóvil marcha entre dos filas de árboles. Estos árboles de la carretera son unos árboles disciplinados y obedientes. Tienen una función pública importante. Señalan el camino y guían a los viajeros. Su misión es tan trascendental y tan precisa que la misión de la policía, como la misión de los gendarmes, como la misión de los faros marítimos, como la misión de los celadores municipales y como la misión de los perros sabuesos en la cacería.

* * *

Un pino es un árbol aristocrático y majestuoso. Es un árbol hidalgo, un árbol orgulloso, un árbol egoísta, un árbol nietzchano. Su fronda es escueta y negativa. Se desarrolla cónicamente con un gallardo afán de estética y de elegancia. Permite que entre sus ramas se infiltre el sol. Y niega sombra, paz y hospitalidad a los caminantes. El pino es un árbol inútil y frívolo. Pero es, sin embargo, un árbol admirable y bello. Sus ramas tienen la noble suntuosidad de la palma, su resina es aromática, su esbeltez es gótica y fina.

* * *

Un sauce es un árbol palurdo, pero romántico, lírico y bueno.

Un álamo es un árbol fúnebre, flaco y canijo como un fantasma, y hierático y triste como un fraile capuchino.

Un roble es un árbol grave, filosófico y austero como un abuelo.

Un ficus es un árbol exuberante, bondadoso, apacible, frondoso, plácido y caritativo como una institución católica.

Un laurel es magnífico, altivo y solemne como un mito.

* * *

Hay árboles que aman la soledad. Nunca son más hermosos ni más sugerentes que cuando están aislados como archimandritas en penitencia. Aman a los pájaros como San Pacomio. Y les prestan seguro escondrijo para sus nidos. Y hay árboles que temen la soledad y gustan de la agrupación. Son los árboles vulgares. Tienen el sentimiento de la manada, de la agrupación, del hato. Se parecen a los hombres, a las ovejas y a los búfalos.

* * *

Arboles, Arboles. Más árboles. El automóvil los rezaga sin descanso.

* * *

Esta ya no es la carretera amplia y polvorienta. Esta es una senda aristocrática. Ha sido hecha para que la recorran los automóviles y para que

paseen en ella los jinetes que cabalgan a la inglesa sobre bridones atildados y valiosos. En ella no encontraré como en la otra ni un indio zafio sobre un caballo rústico, ni una carreta de mudanza, ni una vaca con su terneriillo, ni una negra palurda con sombrero de junco sobre un asno servil.

Esta senda se extiende a lo largo del mar. Une un pueblo de burgueses pobres y de campesinos tristes con un balneario señorial. Y hay en ella pinos infantes, rosales, laureles, plantas que son amorosamente servidas por las manos del jardinero.

Este es un camino moderno y elegante. Hay en él hitos con indicaciones municipales. Lo vigilan los gendarmes. Hay trabajadores que lo riegan, lo apisonan, lo miman. Y un recaudador de contribuciones cobra en él un impuesto a los vehículos. Es un camino moderno, elegante, burgués, engreído, pulcro.

* * *

Al lado derecho del camino está el mar. Entre el camino y el mar hay una faja de pradería. Esta faja de pradería se divide en parcelas por incongruentes motivos de propiedad y de derecho. Y es muy verde, muy hermosa y muy alegre esta faja de pradería.

Hay parcelas en las cuales el verde es más oscuro que en otras. Pero en todas es un verde lejano, jocundo, primaveral, vigoroso. Es que la vegetación siente el orgullo de vivir tan cerca del mar.

Yo he pensado siempre que los seres y las cosas que viven cerca del mar, son más francos, más definidos, más buenos que los que viven lejos de él. El mar hace que los seres y las cosas que viven cerca de él, tengan las almas fuertes pero ingenuas. Y es por eso que las almas de los hombres que viven en las playas y en los acantilados, son siempre fuertes, ingenuas y alegres, en tanto que las almas de los hombres que viven en las serranías son reticentes, hurañas, sórdidas, aviesas y sombrías.

* * *

La bruma está en el cielo, está bajo el cielo, está en el mar, está en el panorama campesino. La bruma está en todas partes.

La bruma impide que yo vea el sol. La bruma mistifica a mis ojos el color del mar.

El cielo está anubarrado.

Cohibida por la bruma, la luz del sol, muy blanca y muy brillante, platea intensamente parte del mar. Y el mar, parduzco junto a la tierra, y plateado junto al horizonte, da la sensación de semejarse a la panza de una corbina.

* * *

En más parcelas verdes, intensamente verdes, agudamente verdes, pacen algunos bueyes y algunas vacas. En otras retozan gallinazos ahítos. ¿Por qué los gallinazos vienen junto al mar?

* * *

Bruma. Bruma. Bruma. Tristeza tardecina. Siento un gran cansancio. Una gran desolación. Quiero que el automóvil regrese inmediatamente a Lima. Tengo miedo de quedarme en el camino. ¡Que regrese el automóvil a Lima¡ ¡Que torne a Lima de prisa, igual que el corderillo inconsciente y atrevidamente apartado del aprisco!

* * *

Las 6 p.m. El Angelus. Suena en la campana de una capilla. Es la capilla de un colegio de niños. El Angelus debía oírse siempre en el campo. Es dulce y melancólico. Siento un vago dolor porque no puedo escucharlo prosternado ante el Sol en esa ruina incaica que se aleja y que se pierde.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 9–X–1916)

CARTA A UN POETA

A don Alberto Hidalgo:

Aplaudo la arrogancia insolente y audaz con que ha aventado usted a las gentes su libro de versos y se ha proclamado genio. Ha tenido usted la gallardía de exponerse a que las gentes soliviantadas le arrojasen el libro a la cabeza y le malhiriesen, tal la rabia del rechazo. Y contuso usted por la cólera de las gentes, los pocos poetas y artistas generosos y comprensivos que aquí somos, sólo habríamos podido correr para socorrerle y llevarle solícitamente a la asistencia pública.

Todavía no está acostumbrado este país a que los hombres talentosos se despojen de la modestia que tan embarazosa y mendaz es y arrostren los riesgos de llamarse grandes con mucha o con poca certidumbre de serlo. Y es que en nuestro país no han progresado aún bastante los métodos de "reclamo" y aún no se ha puesto de uso que los escritores se anuncien como los industriales. Se justifica que un manufacturero se llame el mejor manufacturero, pero no se justifica que un prosador se llame el mejor prosador. Falta de equidad sensible y evidente, amigo Alberto Hidalgo.

Si usted no poseyera el señorío de un vigoroso talento y de un vibrante temperamento artístico, no sería yo quien le saludara con mi alabanza a su arribo a esta metrópoli, porque hay fundamentales ideas y afectos que están entre nosotros separándonos.

Usted es germanófilo y le canta al señor don Guillermo de Alemania, a quien Dios guarde pero niegue el triunfo. Yo soy francófilo y uno mi voz a los que cantan la loa a los héroes de Verdún.

Usted no niega a Dios pero no le ama y tiene usted ante él un gesto rebelde de ángel caído. Yo creo en Dios sobre todas las cosas y todo lo hago, devota y unciosamente, en su nombre bendito. Cual el emperador Constantino, yo acometo mis empresas por la señal de la Santa Cruz. Soy cristiano, humilde y débil y no puedo sentirme Luzbel. Y pienso que Dios me asiste y consuela cuando lo invoco.

Creo en la sinceridad de su canto al Káiser. Y no le haré por él

impugnación. Si mi sentimiento es esclavo de Francia, mi pensamiento respeta y admira a Alemania. Me ha asombrado la fuerza y la grandeza de este país, rubio y bárbaro, pero no he llegado a enamorarme de él, porque el nombre de Francia está en mi corazón y en mis labios, bien querido, magnífico y supremo.

Mas no creo en la sinceridad de su apóstrofe a Dios y le exhorto para que de él haga arrepentimiento y contrición que le devuelvan al dulce aprisco católico en el cual me siento tan a gusto y regalo.

La arenga lírica y los poemas acoplados a ella en su libro primerizo, me habrían bastado indudablemente para hacer buen conocimiento de su espíritu artístico, pues soy zahorí, perspicaz y avizor en estos análisis. Sin embargo, los versos que usted me ha leído o declamado luego, han perfeccionado tal conocimiento y me han ofrecido amplia y generosa visión de su aliento lírico.

En el nombre de este conocimiento y de este estudio, yo le digo, señor Alberto Hidalgo, que no han salido de la época de las andanzas aventureras y de las caballerías andantes, como si aún las gentes de esta edad supiéramos sentirnos Don Quijote y supiéramos sentir empeño alguno de facer pías abnegaciones y desfacer dolorosos yerros y feos entuertos. Y los hay de tales o cuales siglos herrumbrosos y olvidados, que se pasan la vida lamentándose de que éste en que vivimos no les permite vestir cota y cimera o chambergo y casacón.

Los poetas de ahora no tenemos por qué sentirnos rezagados, no tenemos por qué darle a nuestro acervo emocional el alimento de los romanticismos caducos y de las evocaciones plañideras, no tenemos por qué exhibirnos como unos renegados de nuestra edad y no tenemos por qué quejarnos de que Dios, gobernador absoluto del mundo, no nos haya consentido nacer en tiempos que yo no sé por qué fueron mejores.

Amemos nuestro siglo, Alberto Hidalgo. Es muy hermoso a pesar de sus crueldades, a pesar de sus injusticias, a pesar de sus mercantilismos. Y es especialmente muy amoroso con nosotros. No seamos ingratos. Si él nos da la estancia confortable y suntuosa, si él nos da el automóvil raudo y plácido, si él nos da el espectáculo elegante y exquisito, si él nos da el teléfono acucioso y oportuno, si él nos da la luz eléctrica maravillosa y pluscuamperfecta, si él nos da el aeroplano ligero e impávido, si él nos da la vianda máxima, el tóxico inverosímil y la fuerte emoción, ¿por qué, Alberto Hidalgo, vamos nosotros a responderle con la diatriba procaz y el insulto menguado?

El atraso no es poesía, ni prosaísmo el progreso. Dicen esto los trovadores pueriles de la guitarra y la serenata. Pero no debemos creérselo porque tales trovadores son sandios y tontos de remate. El cielo les aguarda, mas no por cristianos sino por cándidos e inocentes.

Amemos nuestro siglo, Alberto Hidalgo. Yo lo encuentro bueno, grande y magnífico. Me siento feliz porque he nacido en él. Me gustan las carreras de caballos, que son muy aristocráticas y muy gentiles. Me place el paseo en automóvil. Me alegra la luz eléctrica. Me maravilla el transatlántico. Me agrada el aeroplano. Me interesa el cinematógrafo. ¿Por qué pues, voy a echarlas de medioeval y a decir que los hombres de hoy son muy malos, muy egoístas y muy especuladores?

Gracias al progreso –¡bendito y alabado sea!– yo he gozado de la emoción milagrosa del vuelo. El aeroplano me ha hecho viajar raudamente sobre el mar, sobre la ciudad, sobre el campo, sobre la vía y sobre el cementerio. La hélice ha sido mi ventilador. Mis pulmones han respirado el aire que respiran los ruiseñores y las águilas, y que es muy puro porque está muy lejos de la tierra.

Yo quiero a este siglo y lo venero. Si lo reprocho, mi reproche es cariñoso y mimoso. Si lo motejo, mi mote es suave y benigno. Si lo satirizo, mi sátira es risueña y amable. Me siento enamorado suyo. Y mis querellas con él serán querellas de amantes, que no de enemigos.

Usted, Alberto Hidalgo, también quiere a este siglo. Y porque lo quiere, lo canta y explora los senderos de la nueva poesía, traseúnte de los cuales es mi automóvil, pues no tengo Pegaso ni Rocinante, ni lo quiero para mi aventura.

Y porque es usted un poeta de este siglo, un poeta moderno, un poeta sincero, yo le estrecho la mano como un amigo y no pienso en que hace falta el espaldarazo.

Buenos días, poeta.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1917. En *Páginas Literarias* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 135–140; y 3ª ed. (Lima, 1985), pp. 183–187. En *Buelna*: Nº 4–5, pp. 34–35. México, I–III de 1980. Y en Invitación a la vida heroica, antología seleccionada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grado (Lima, 1989), pp. 71–74)

CARTA ABIERTA DE REVOLTOSO AL CONDE DE LEMOS

Excmo. Señor Conde de Lemos:

Asaz ofensiva para los caballos de carrera es la investigación que hacen sus personajes Mercadante y Heliodemo en unos "Diálogos Máximos" sobre nuestro origen lejano y abstracto.

Pensar, Señor Conde de Lemos, que los caballos de carrera fuimos, antes de una transmigración vituperable, militares que corrieron en las batallas, es arbitrario, procaz, insolente, avieso y caprichoso. La especulación mental de sus locuaces Heliodemo y Mercadante pudo desenvolverse dentro de orientación más cortés y tendencia más respetuosa para los caballos de carrera. Pudo buscar nuestro origen en el centauro alígero, en la alada cuadriga del sol, en un valor más acertado, noble y mítico de la velocidad, en vez de apartarse tan sensiblemente del buen razonar y del ponderado discernir.

No existe en nuestros avatares más remotos evocación alguna de alma del desertor. No es ideal en nosotros la fuga. Somos la expresión científica de la fuerza motriz en el motor de bencina del automóvil y en el motor eléctrico del linotipo. La ciencia, sabia y analizadora, ha consagrado el sentido del caballo en la naturaleza con la creación del término significativo de "caballos de fuerza".

No hay entonces asidero dogmático posible en las abstracciones versátiles de usted. Y, pues, no lo hay, sospecho que el móvil de su divagación es esencialmente agresivo y zahiriente para los caballos de carrera.

Yo soy un honesto caballo nacional. El sentimiento patriótico late en mi corazón sin debilidades ni apocamientos. Sería yo en la guerra el caballo de la carga al enemigo. Tal vez sería el caballo heroico de Alfonso Ugarte. Es imposible que me conforme con la sospecha de que mi lejano antecesor peruano haya sido un coronel prófugo, hecho caballo de carrera después de un complicado o sencillo proceso metafísico. Aparte de que denominándome Revoltoso podría pensarse que mi antecesor, además de coronel, fue montonero y corrió, no en medio de la fragorosa pelea campal sino en

medio del furtivo tiroteo de una quebrada.

No soy ególatra. Soy modesto y simplicio. Me alimento con el grano humilde y la yerba campesina. Pero no puedo consentir que se me suponga la transmigración de un coronel de montonera.

Afirman Mercadante y Heliodemo que un buey rural será más tarde, por la metempsicosis, marido metropolitano. Tal vez a los maridos no se les ocurra protestar contra la invectiva de usted. Los caballos de carrera no podemos hacer lo mismo. Tenemos gran orgullo en nuestra leyenda y en nuestro mito. Nuestra genealogía espiritual no ha transigido jamás con parentescos deshonrosos. Será acaso que con los maridos es usted justo y con los caballos no.

Nuestro linaje zoológico está en la Arabia. Fuimos en el pasado los raudos caballos de los señores de España. Portamos de un castillo a otro, a través de fosos, hondonadas y valladares, el enamorado, tibio y frágil cuerpo de una princesa castellana robada por un guerrero moro. Tuvimos en el desierto el ideal perenne del horizonte. Adquirimos para nuestra raza, gracias a este ideal, el privilegio de nuestra ligereza.

La carrera, pues, no es en nosotros huida. Es manifestación de un ideal que ha sido el ideal de nuestro progreso zoológico. Corremos por Convicción. Amamos el esfuerzo. Jamás desertamos de la lucha. ¿Ha visto usted, Conde de Lemos, a algún caballo que a la mitad de la carrera vuelva la espalda a sus rivales y huya de ellos? Seguramente no. En nosotros la velocidad es noble progreso, como lo es en el aeroplano, como lo es en el vapor.

Los hombres no nos han sistemado: nos han seleccionado. Han inventado el pedigree como una garantía de nuestras aristocracias peculiares. Nos han alejado del caballo plebeyo y nos han buscado ayuntamiento distinguido.

El caballo de carrera es un animal denodado y heroico. Es un animal fiel. Ninguna de sus cualidades se aviene con la deserción. Vive sometido a la obediencia y a la disciplina. Observa la austera virtud de la castidad. Ama el boxe solitario porque propicia la meditación. Sabe que su descendencia está legitimada y legalizada. Tiene acendradas inquietudes intelectuales. Sufre hiperestesias. Y en el hipódromo, admirado por miles de hombres, siente el orgullo que debió sentir el discóbolo heleno, el efebo gallardo y triunfador.

Usted, señor Conde de Lemos, es inteligente y comprensivo. Creo que su discernimiento mordaz ha sido sólo un gesto de humorismo. Y lo invito

a hacerme una interview y a hacerle luego otra a un coronel en quien su mirada zahorí avizore un futuro caballo de carrera, para que descubra toda la disimilitud que existe entre el alma de un caballo de carrera y el alma de un coronel con virtualidad metafísica de desertor.

(En *El Turf:* Nº 74, Lima 2–VI–1917)

"EL CABALLERO CARMELO"

Libro de cuentos de Abraham Valdelomar

"Abraham, grande y buen amigo: Yo no puedo hablar ni de tus libros, ni de tus prosas, ni de tus versos, sino de ti mismo. Dejo a la gente de buen entendimiento y de puro corazón el elogio de cuanto tú has escrito, superficial o profundo, frágil o duradero, para noble contentamiento de muchos, cristiana indulgencia de otros tantos y sórdido enojo de los demás. Tus versos, tus artículos y tus cuentos sólo son la palpitación dispersa, desordenada y eventual de tu extraordinario espíritu. Y yo, que tantas veces he penetrado en tu espíritu, no puedo, por eso, hablarte de lo que de él extraen tus manos de artista, que es lo más pequeño, sino de lo que en él se esconde, que es lo más grande. Yo que parezco huraño, silencioso y oscuro para casi todas las gentes, he hallado siempre un grato regalo en el coloquio contigo, soy probablemente una de las personas que más te admiran y que mejor te comprenden. Y soy acaso el que, más tarde, si ésta desapacible actividad periodística a que me tienen entregado mi mal destino y mi poca voluntad no me consume y me mata, escribirá tu novela y tu exégesis para que las generaciones venideras te quieran como no te quisieron las generaciones que alrededor de tu arte y de tu persona vivieron, comieron, medraron, holgaron, engordaron, y se acabaron, despreocupadas, adiposas y felices...

José Carlos Mariátegui.– "JUAN CRONIQUEUR"

(En *La Prensa:* Lima, 9–IV–1918. Y en Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), p. 17)

EL CENTENARIO DE RUSKIN

Inglaterra celebra el centenario de John Ruskin. Está orgullosa de haber dado nacimiento a este hombre ilustre. Pero Ruskin no pertenece a ella sola. En todos los países del Universo cuenta con admiradores, más que eso, con discípulos. Las circunstancias actuales son propicias para justificar y exaltar esta veneración. Ruskin fue un precursor. Para comprender la acción prodigiosa que ejerció, hay que asumir su vida.

Durante la primera fase de su existencia, Ruskin es casi exclusivamente un contemplativo. Pero pronto se revela en él un segundo personaje. Tras de haber gozado solitariamente de la Naturaleza y del Arte, quiere comunicar a sus semejantes el entusiasmo de que está penetrado e iniciarlos en el misterio que le ha revelado la bondad divina. Se torna apóstol, funda escuelas, talleres, quintas modelos en las que pone en vigor los procedimientos y los útiles primitivos de nuestros antepasados. Las conquistas de la civilización, los ferrocarriles, la maquinaria industrial, el empleo del vapor y de la electricidad, le inspiran un invencible horror. Estima que estos pretendidos progresos envenenan a la sociedad, destruyendo en ella lo que formaba en otro tiempo su encanto, la ausencia de ambición, la sencillez de las costumbres.

Consagra a estas fundaciones los cinco millones que le ha dejado su padre, y queda pobre. Escribe libros, obtiene una cátedra de la Universidad de Oxford, y el público se disputa sus libros y se aglomera en torno de su cátedra. Millones de neófitos conmuévense a su voz, hacen circular su verbo, propagan su doctrina.

En este sistema todo se encadena estrechamente. "El arte no debe reproducir sino cuerpos hermosos y paisajes inviolados. Arrojemos lejos de nosotros la fealdad de los paisajes, suprimamos las fábricas que los deshonran y las humaredas que los ennegrecen. Restituyamos a los adolescentes la fuerza, la agilidad, la elegancia física que han perdido;

instituyamos concursos de bailes y luchas atléticas. El hombre y la mujer han sido hechos por Dios perfectamente nobles y agradables a los ojos uno del otro".

Sus ideas han levantado innumerables simpatías. No solamente han acariciado a los desheredados, sino a los privilegiados. Para el desarrollo lógico de su tesis, Ruskin se ha enfrentado con la cuestión social. El esteta vuélvese sociólogo; una de las causas que contribuyen a la degradación del animal humano es la miseria, suprimamos la miseria.

¿Pero cómo? No existe más que un medio, que es, si no igualar, por lo menos moderar la riqueza. Ruskin traza una fúnebre pintura de los males engendrados por el amor del oro. Gastamos todas nuestras fuerzas en amontonarlo. Nuestras frentes se llenan de arrugas, nuestras espaldas se encorvan bajo la fatiga de una labor excesiva. Y como tenemos asegurada nuestra existencia, queremos, oh detestable orgullo! acumular capitales inútiles; satisfechas nuestras necesidades, continuamos llenando nuestros graneros. Y todos los goces que podríamos saborear, dejan de ser desinteresados, y no llegan a nosotros sino a través de cálculos y de avaricia.

Si la humanidad logra curarse de este vicio, conocerá al fin la felicidad. No habrá ricos ni pobres. La abundancia correrá como un río de leche. Todas las vírgenes se casarán con el escogido, el mismo día del año. Día de alegría y de felicidades universales. Los rieles de los ferrocarriles serán arrancados; cada uno nacerá, vivirá y morirá en su villorrio, lejos de la corrupción de las ciudades, lejos de los sitios de escándalo, de los music hall y de los cabarets. Y cada uno trabajará, pero tranquilamente y sin fiebres. Del mismo modo desaparecerán a un tiempo el cansancio y la ociosidad. Ruskin, cada vez más conmovido, exhorta a las mujeres a apresurar, por sacrificio espontáneo la creación de este paraíso terrestre. "Cuando encarguéis un vestido a la costurera, dice, en vez de adornarlo con encajes preciosos y con joyas, ordenad que se fabriquen seis vestidos modestos, guardad uno y dad los otros cinco a las pobres niñas que no tienen con qué comprarlo". Semejantes consejos brotan de su corazón angélico. Esa es la manera ingenua y encantadora como Ruskin comprende la organización de la vida sencilla.

Por una ironía singular, Ruskin reclutó sus más fervientes adeptos en la clase a la que combatía. Conquistó a los ricos condenando a la riqueza. Llevó a cabo conversaciones que hasta entonces habían sido meramente platónicas entre los enamorados de la belleza. Se le aplaude, se le aprueba, pero se obra poco. El egoísmo reina siempre y el problema no se resuelve.

Sin embargo, los generosos utopistas de la raza de Ruskin, redoblan sus esfuerzos y siembran a manos llenas la semilla de la idea del maestro. Su apostolado no podrá ser estéril. Sin duda alguna, tarde o temprano, la buena semilla germinará.

(En *La Razón*: Lima, 27-VI-1919)

AL MARGEN DEL ARTE

AL MARGEN DEL ARTE

Este año, como los anteriores, la producción artística nacional ha sido insignificante. Apenas si un compatriota que ha recogido en París orientaciones nuevas de arte puro y exquisito, nos ha obsequiado con algunos trabajos de valer, que sumados a otros apreciables ensayos, componen la totalidad de lo que merece tomarse en cuenta.

La falta de estímulos, de un lado, la indiferencia con que en el medio se recibe todo esfuerzo que signifique arte, la misma apatía de los artistas y de los que pudieran llegar a serlo, de otro, son la causa determinante de esta pobreza que lamentamos.

Todo progreso artístico, todo desarrollo, perece apenas nacido, al influjo de las causas precitadas, a las que puede sumarse la emulación y la mutua malquerencia de los artistas todos.

Ahí donde se dibuja un esfuerzo, ahí donde se revela un mérito, nace al punto, poniendo de lado la crítica serena y sin pasión, el comentario insidioso, la insinuación de plagio, cuanto pueda constituir apocamiento y detracción.

No se repara que con tales procederes el arte no cobrará nunca la menor importancia, pues que su surgimiento no puede ser obra de uno solo, sino el fruto de la colaboración entusiasta de muchos. No se quiere aceptar esto en lo absoluto y priman los egoísmos sobre cualquiera sana indicación de nuevos rumbos.

En la Academia Concha se ha conseguido cultivar la inclinación artística en alguna forma, pero dentro del límite estrecho de rancias enseñanzas y de prejuicios inexplicables. En ella no se alcanza percepción alguna de arte y más bien parece encontrarse cierta impresión de labor mecánica y rutinaria. Los alumnos más aplicados y hábiles llegan apenas a ser unos copistas de las grotescas y vulgares figuritas de las "muestras". Una nueva orientación que tienda a aprovechar mejor el generoso legado a que debe su existencia ese instituto, se hace cada día más urgente y sería de desear que viniera cuanto antes. Y no esto únicamente, pues aparte de

la notoria inconveniencia de los métodos, hemos visto en muchas veces abrirse camino al favoritismo y a otras pequeñeces. No está lejano aún el hecho aquel de la postergación de una obra de Agurto, el inteligente compatriota que desde aquella fecha comenzó a revelar sus facultades, para conceder la recompensa a otro trabajo que no revelaba en lo absoluto el mismo delicado espíritu artístico. Y en el arte no deben tener cabida tales actos, porque pueden ser bastantes para segar un entusiasmo y detener una inclinación.

También en la Escuela de Artes y Oficios, la escultura y el dibujo entran entre los cursos de enseñanza, pero bien se sabe con fines industriales únicamente, porque así debe ser en un establecimiento de esta índole. Dentro de tal criterio, el profesor Valente llena su misión en forma amplia.

Cuanto a la producción, como dejamos dicho, ha sido escasa.

Astete ha pintado algunos retratos, pero apenas uno que otro ha revelado el espíritu artístico que le reconocemos.

Castillo, que ha laborado bastante, ha compartido su tiempo entre las labores de enseñanza y la pintura de algunos pequeños cuadros, que, no obstante la belleza de algunos, no constituyen labor seria y apreciable. Se advierte sí mayor gusto y esmero en sus trabajos.

La totalidad de producción corresponde casi a Arias de Solís, que cuenta en su haber artístico con cuadros brillantes de ejecución y concepción y que parece haber traído consigo auras de renovación y surgimiento. Aparte alienta el propósito loable de hacer arte nacional, trasladando al lienzo cuadros de nuestra vida criolla, escenas aborígenes y recuerdos incaicos. Todo esto, unido a su trabajo como maestro, no le ha bastado, por supuesto, para merecer protección oficial alguna. ¡Vale aquí tan poco el arte, es cosa tan superflua, máxime cuando es nacional!

En la caricatura se han distinguido varios jóvenes dibujantes, algunos de ellos de sobradas condiciones artísticas y que han conquistado ya en el género que cultivan triunfos alentadores. No nos referimos, está sobreentendido, a Málaga, cuya consagración como exquisito del lápiz ha quedado definitivamente confirmada en Buenos Aires. En los jóvenes se advierte verdadero espíritu burlesco, agudeza en la percepción y otras condiciones pero su escaso conocimiento en un arte tan complejo como el dibujo, les presenta a cada paso escollos y está muy lejos de asegurarles, por cierto, éxitos robustos. Parécenos que se han consagrado a la caricatura, por ser entre nosotros para los dibujantes el medio que mayores y más prontas utilidades reporta. Y por esto solo los disculpamos. Creemos, sin embargo,

que dada su vocación y facultades, habrán de perseguir su perfeccionamiento con toda energía y constancia.

La necesidad de que el desarrollo de las bellas artes entre en el Perú en un camino de progreso efectivo, queda advertida en las líneas precedentes.

Para terminar, sólo nos resta lamentar la indiferencia de los poderes públicos con todo lo que a ellas se refiere, y señalar la precisión de que tal indiferencia cese, siquiera en homenaje a nuestra cultura, ya que no será posible conseguirlo invocando sentimientos de protección y admiración a las exquisitas manifestaciones del arte.

(En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1914)

AL MARGEN DEL ARTE

Señor Juan Croniqueur.

Entiendo que cada uno es dueño de cumplimentar a un amigo en la forma que más le plazca; pero entiendo también que ello debe ser hecho con discreción, evitando ciertos rozamientos enojosos y ciertas exageraciones. Tal sucede con su artículo de ayer titulado "Al margen del Arte", donde por el afán de "bombear" a un amigo, me lleva Ud. de encuentro juzgando con ligereza obras mías, que no puede haber visto, desde que tengo por norma no exhibirlas al público, (salvo una rarísima ocasión en cinco años después de mi último regreso de Europa) como les consta a todos lo que me conocen.

Si cree Ud. efectivamente en el talento colosal, brillante, excepcional de su amigo el pintor, cuyo apellido no necesito precisar, comience por aconsejarle un poco más de seriedad y dejarse de "inocentadas", como esa de calibre que le hace al ilustre Bonat, diciéndole que se ha puesto su nombre a la "Academia Nacional de Bellas Artes del Perú".

S.S.

T. CASTILLO

Enero 2–1914.

CONTESTACION A CASTILLO

El señor Teófilo Castillo se ha creído herido por el artículo que –reseñando el año artístico– publicamos en la edición de año nuevo de este diario, y ha condensado su molestia y su resentimiento en una carta que quiere ser mordaz y quiere ser irónica.

Hace pocos minutos nos enteramos de esa carta sólo por referencias de un amigo, tal vez porque nosotros gustamos poco de leer lo que escriben los pintores y mucho de observar lo que pintan.

Tal es el motivo de nuestra tardanza en la réplica, réplica que encontra-

mos ciertamente ingrata porque no hubiéramos deseado insistir acerca de la personalidad del señor Castillo, para quien guardamos simpatías, y porque nos es odiosa toda controversia.

La carta del señor Castillo, que aparece publicada en "La Crónica" de anteayer, nos hace suponer que el artista en cuestión no ha leído nuestro artículo, ya que le atribuye un carácter de que carece.

No es cierto en lo absoluto que hayamos querido deprimir sus merecimientos, ni los de artista alguno, para beneficiar a otro, y, quien haya pasado la vista por nuestro artículo sabrá decir que en él no se advierte propósito de rendir laudatorias, sino de decir, con franqueza y serenidad, la verdad sobre la producción artística del año que ha expirado. Dijimos que la labor de Castillo en ese año revelaba gusto y esmero, pero que no constituía obra seria y apreciable, y a Arias, a quien se nos atribuye el deseo de "bombear", dedicamos elogios mesurados, encerrados en una veintena de líneas, dejando constancia, eso sí, de que casi la totalidad de la producción artística del año le pertenecía, cosa que nadie, por más lógica y elocuencia que ponga, nos podrá contradecir.

¿Dónde el deseo de empequeñecer a Castillo y de exaltar a Arias? Si, precisamente, hablábamos de la rivalidad y de la mutua malquerencia de los artistas –envolviendo en nuestro reproche al propio Arias–, de esa rivalidad y de esa malquerencia de que es prueba abrumadora esta misma carta de Castillo.

Que la producción de Castillo, en el año comentado, ha sido escasa, y no constituye obra seria y apreciable es algo evidente, que no se puede negar, porque habría que decir está representada por ilustraciones de revistas, pinturas de cromo, fotografías iluminadas y el óleo aquel de la unión de La Punta con la isla de San Lorenzo.

No suponemos que Castillo crea que defiende su producción este último cuadro, ya que un pintor de reputación no puede fincar expectativas de verdadero éxito en un "affiche", que sólo como tal puede ser clasificado ese cuadro por su carácter. Y aun dentro de este concepto de "affiche", no es un lienzo bueno de ejecución ni de concepción. Pudo el artista dar una impresión mejor de la obra marítima tratada y sobre todo suprimir ciertos detalles mecánicos antipáticos completamente indignos de ocupar el pincel de un artista.

¿Es, señor Castillo, hacer arte copiar, imaginativamente, una obra de mecánica o hidráulica, casi imposible de reflejar con gusto y armonía en un cuadro? En manera alguna. A eso se le podría llamar artificio o

mercantilismo, verbigracia.

Tenemos la íntima convicción de hablar con verdad y justicia y cuando un juicio crítico reúne tales condiciones –y aun sin reunirlas–, no puede ni debe ser objetado por los artistas. El pintor debe pintar únicamente. Un pintor "cabeceado" con literato, no será, seguramente, buen pintor ni buen literato.

En puridad de verdad, ocurre que el señor Castillo ostenta la vanidad de sus engreimientos y, dentro de tal criterio, es difícil conseguir de él triunfos definitivos. Se nos recuerda que Larrañaga, periodista cultísimo y crítico único, decía: "Castillo no dibuja". Y a un pintor que no dibuja, por mayores que sean su genialidad y espíritu artístico, no le están reservados grandes progresos ni grandes éxitos

Si el señor Castillo produce tanto guiado de loable ambición, en beneficio de su haber artístico, ¿por qué no exhibe, por qué no muestra sus obras? De lo oculto, de lo que el público no ha visto, no tiene por qué saber ni juzgar el que crítica.

Habríamos querido terminar este artículo sin tener que hacer nueva referencia a Arias de Solís, de parcialidad en favor del cual se nos tacha, sin justicia, pero una alusión del señor Castillo nos urge a ello muy a nuestro pesar. Ha dicho el señor Castillo que Arias ha tenido necesidad de recurrir a "rifas de a sol". Tal acto, malévolamente recordado, no constituye nada reprensible, ni significa mercantilismo. La pobreza angustiosa del medio tiene forzosamente que obligar al artista a esfuerzos múltiples para abrirse camino. Y esto bien lo sabe el señor Castillo que, en igual lucha, se ha visto obligado a recurrir a labores distintas de su arte. Y en cuanto a la afirmación relativa a la Academia Bonat, diremos sólo que parece increíble suponer en persona tan respetable como el maestro aludido, la falta de seriedad de prestarse a "inocentadas".

Sentimos, sinceramente, habernos extendido tanto en la respuesta y, sobre todo, haber tenido que emitir algunos conceptos, respecto al señor Castillo, que reservábamos para nuestro fuero interno, en obsequio a sentimientos de simpatía hacia el ya antiguo y fatigado artista. Ha sido nuestra honradez y nuestra lealtad lo que nos ha obligado.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 7–I–1914)

EL CONCURSO "CONCHA"

Consuela el espíritu que en medio a la pobreza indiscutible de nuestro medio artístico, haya una institución que estimule a los nacientes pintores, por más que no sea debida a iniciativa ni esfuerzo de los poderes públicos sino al legado generoso de una dama altruista. Si fuera tanta nuestra desdicha que hasta de esta recompensa del premio Concha careciéramos, no habría forma de alentar en los jóvenes la afición artística.

Y no es sólo ese premio anual, que da lugar al presente artículo, lo que se debe a la previsión bienhechora de la señora Concha. Creación suya es también la única academia pública de dibujo que existe entre nosotros y que dirigida por dos buenos profesores –Ugarte y Góngora– difunde el conocimiento de tan útil como hermoso arte.

El concurso de pintura del año presente parece alcanzar éxito mayor que el de años anteriores, por la cantidad ya que no tal vez por la calidad de los lienzos presentados pues, como es de imaginar, sólo presentan ensayos, que no por modestos son menos dignos de aplauso y estímulo francos. Resta sólo, para coronar el éxito, que el premio, o los premios, sean discernidos a quienes realmente los merezcan y no a quienes aconsejen las consideraciones amistosas o de favoritismo, tan comunes en esta tierra.

Parece que las personas que componen el gran jurado, muy respetables todas ellas, se encuentran animadas de este propósito y para no cometer un yerro explicable en quienes no poseen bastantes conocimientos artísticos, oirán la opinión de dos asesores, que ojalá estén animados de igual propósito laudable.

Visitando la galería improvisada en que se exhiben los cuadros sometidos al concurso, hemos sacado la impresión de que mayores y más sinceros cultivadores tiene la pintura en el sexo femenino, entre nosotros. En efecto la mayor parte de esos lienzos son obra de mujeres y los que mayor valor artístico representan, tienen también el sello de inquietas y afanosas manos femeninas.

La señorita Juanita Martínez de La Torre, cuya inspiración y talento son

tan grandes como escasa su edad y limitados sus estudios artísticos, es una de las principales contribuyentes en el concurso. Ha presentado copias de hermosos cuadros, en que revela todo su exquisito temperamento: cabezas de niños, sonrientes y hondamente expresivas; pequeños, diminutos lienzos en que la joven pintora aprisionó delicados y pintorescos paisajes. Hay en ellos, como en todos los cuadros de la galería, –modestos ensayos hemos dicho– defectos de técnica evidentes, pero perdonables en gracia al escaso conocimiento de esta artista de diecisiete años, que se esfuerza por trasladar al lienzo sus impresiones, dentro de la escasez y casi falta completa de conocimientos académicos, guiada sólo por una notable afición y una intuición admirable. Sus cabezas infantiles están llenas de gracia y armonía y reflejan toda la ingenua alegría, todo el sugestivo candor de los niños. En sus paisajes, el colorido es suave, armonioso y el conjunto todo delata en su autora gran facultad de observación y no menor buen gusto. También ha enviado cuadros místicos en que el alma enamorada de la artista, ha puesto una honda expresión de fe y de dulzura.

La obra de esta niña es de aquellas que precisa analizar sin la obsesión del detalle ni de la perfección técnica, atendiendo sólo a la inspiración que en ella vive, penetrando sutilmente en el espíritu que la anima, sobreponiéndose a toda exigencia académica y admirando ante todo el talento y las condiciones de quien cuenta tan corta edad y no tiene otro maestro que su intuición extraordinaria. En el criterio del jurado, si quiere proceder con justicia como hay que suponer, deben pesar estas consideraciones y ser tomadas en cuenta muy seriamente.

Importante contribuyente de este concurso es también la señorita Quincot. Es brillante, y delicada su "manera". Tiene algunos cuadritos de hermoso colorido y copias de alguna perfección, sólo que en uno u otros se advierte a ratos para el ojo del observador la mano del "maestro", –maestro asequible y bondadoso– que dio algunos toques delatores.

Entre los cuadros que merecen la atención, se cuentan algunos de los presentados por la señora Ballauri, por más que guste de los temas exóticos y se esfuerce en copiar pórticos árabes y ardientes páramos. Cuando se dedica a pintar paisajes de otra clase, está más acertada y feliz, y revela además condiciones para trasportar con alguna fidelidad típicos y expresivos criollos, sin que esto signifique elogio de su "cholo pescador", que no es de nuestro agrado por razones que sería largo y tal vez inútil detallar.

Recordamos aparte como dignos de mención algunos de los cuadros del joven Rivero, por la valentía y vigor con que trata sus asuntos; otros del

señor Hockoppler que ostentan la mejor factura y dicen del temperamento artístico de su autor, y entre los cuales se destaca un paisaje de plausible y feliz simpleza impresionista; unas copias de la señorita María I. Arenas y Loayza, dignas de entusiasta elogio; una "marina" de Octavio J. Ripalda, reportero y fotógrafo que tiene una arraigada devoción artística y que gusta de las perspectivas plenas de sol y de color, que no sabe aprisionar la lente rebelde de su máquina fotográfica; y unos paisajes venecianos de la señora Hernández, pintados con buen gusto y conocimiento técnico.

Tales son los trabajos que saltan como los mejores en la galería del concurso Concha y entre los cuales probablemente habrá de escoger el jurado para la concesión del premio. Todos nuestros deseos, en espera de su fallo, es que él responda a un criterio amplio y justiciero, premiando la afición más digna de aliento y el temperamento artístico más delicado y prometedor. A menos, que para asombro de todos y desilusión de nosotros, que guardamos entre otros ingenuos y anticuados sentimentalismos éste de rendir un culto sincero al Arte y a la Belleza, se quiera desvirtuar los fines lógicos del legado Concha...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 24–XII–1914)

EL CONCURSO "CONCHA"

El señor Teófilo Castillo ha dirigido al jurado Concha, la carta que enseguida producimos:

Señores miembros del Gran Jurado de Pintura en el concurso Concha.

Se me informa que en "La Prensa" de hoy se advierte el aserto de que en los estudios presentados al concurso por la señorita María Angélica Quincot ha intervenido la mano de su profesor: como soy ese profesor aludido, creo de mi deber declarar ante Uds. que tal aserto carece absolutamente de fundamento.

Con mis mayores consideraciones soy de Uds. atto. y S.S.

Teófilo Castillo.

De propósito no mencionamos el nombre del señor Castillo, en nuestro artículo sobre el Concurso Concha, porque sabemos lo susceptible que es. Pero como el señor Castillo sin ser directamente aludido quiere rectificar, nos vemos obligados a sostener todos los conceptos que nos merecen los cuadros de la señorita Quincot, discípula del señor Castillo, enviados al Concurso en referencia.

El señor Castillo dice que alguno de esos conceptos nuestros carece absolutamente de fundamento. Su propia rectificación está indicando cómo no le falta todo fundamento, cuando él ha creído necesario desmentirlo, sin duda por temor a que impresionase el criterio del jurado.

Hemos dicho que en algunos de los estudios de la señorita Quincot, se advierte unos cuantos toques delatores de la mano del maestro y con nosotros ha habido artistas y personas entendidas que lo han observado y nos lo han confiado. El señor Castillo lo niega. Habrá que creérselo bajo su palabra...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 26-XII-1914)

EL PREMIO DE PINTURA "CONCHA"

Creemos muy sinceramente que el premio de pintura Concha ha sido otorgado en justicia, y nos complacemos en anotarlo. Y no es que halague nuestro amor propio que merecedora de este premio haya sido la obra pictórica que con entusiasmo tan espontáneo como sincero recomendáramos a la consideración del jurado. Es que nos place que se haya recompensado la afición artística más sincera, brillante y definida, estimulando la labor de quien por sus notables condiciones y excepcional y delicado temperamento era acreedora realmente al premio.

Al juzgar en conjunto la producción pictórica reunida en el concurso, expresábamos nuestra opinión de que si bien numerosa era pobre y deficiente, decíamos cómo frente a artificiosos coloridos, y técnicas defectuosas, el jurado debía conceder el premio a la obra en que se transparentase el mejor temperamento artístico, usando de un criterio amplio, generoso y liberal, que no se encerrase dentro del marco inaparente de rigurosas exigencias académicas. Esta opinión no logró probablemente predominar en el jurado y hubo de ser la suerte, que por felicidad no ha sabido equivocarse, la que ha dado el premio a la señorita Juanita Martínez de La Torre, que posee rarísimas condiciones para este excelso arte de la pintura.

A tientas casi, sin concepto profesional que la dirigiese a través de las múltiples dificultades que impiden su dominio, sin enseñanza académica ninguna, una intuición sorprendente, innegable, la ha guiado en la pintura de cuadros llenos de vida y armonía, en que el temperamento admirable de la joven pintora vencía la carencia de conocimientos técnicos.

Cultivadas sus disposiciones, bajo la dirección de un maestro hábil, de un maestro verdadero, que la oriente ante todo en el sentido de darle la más amplia instrucción en el dibujo y apartarla, en cuanto al colorido, de los artificios de toda escuela caprichosa y falsa, abrigamos la seguridad de que Juanita Martínez de La Torre, la gentil triunfadora en este interesante torneo que a tanto debate ha dado origen, llegará a ser una artista de

ejecución e inspiración sobresalientes.

Fue por eso que movidos por un sentimiento de honradez y justicia, sentimiento que ha inspirado siempre todos nuestros conceptos y en especial los que a asuntos artísticos se han referido, nuestra opinión favoreció la producción de la señorita Martínez de La Torre y la sindicó francamente como la más digna de recibir el premio.

Y si bien el criterio del jurado no ha sido uniforme y distinta resolución preconizara el dictamen de los señores asesores, la mano misteriosa de la fortuna ha discernido esa recompensa a una niña que al relevante mérito de su talento une dones de gracia y de belleza que reflejan las delicadas exquisiteces de su alma de artista.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 29–XII–1914)

EL PREMIO DE PINTURA

Al margen de un retrato

Esta es Juanita Martínez de Latorre, la gentil artista que en el concurso Concha ha alcanzado los honores del triunfo.

La elocuencia infinita del retrato hace inútil deciros cómo es ella. Sus ojos grandes y expresivos reflejan la honda delicadeza de su espíritu selecto. En el fondo sereno y claro de sus pupilas, parecen asomarse fugitivas visiones de ensueño. Ellas os dirán más de lo que podría contaros mi prosa desaliñada y torpe.

Si fuera más hábil mi pluma y dispusiera hoy de espacio y tiempo menos mezquinos, haría el más alto y exquisito de los elogios: el de sus manos. Manos blancas, manos puras y aristocráticas como lirios, hechas para arrancar maravillosas melodías al teclado de un clave dulcísimo, para urdir impalpables encajes en la penumbra de una estancia aladinesca, para aprisionar en hermosos cuadros la divina armonía de una aurora, la quietud polícroma y dormida de un paisaje, mariposas sutiles y ángeles rubios. Manos que son el trasunto milagroso de un alma de artista.

Fue tal vez en una noche, noche plena de luna y poesía, que un hada bondadosa ungió artista a esta niña. Igual hubiera podido ungirla princesa en épocas más remotas y caballerescas. Pero en estos tiempos de doloroso prosaísmo, quiso el hada buena dotarla de ricas sensibilidades.

Y es por esto, Juanita Martínez de Latorre, quizá el más artístico y selecto temperamento femenino de esta tierra. Ese grande y bondadoso artista que se llamó Astete supo comprenderla y otro pintor de magnífico talento y vasta escuela, que busca hoy en tropicales y vírgenes lejanías tema fecundo para sus cuadros, adivinó la extraordinaria afición que en ella se escondía. El sello de delicadeza y honda intuición que en sus cuadritos ha puesto, ha bastado para opacar todas las deficiencias técnicas y conquistarle el merecido galardon de este premio. Y si hubo dudas y vacilaciones en el criterio del jurado, la suerte, más sabia que todas las

decisiones de los hombres, quiso discernírselo.

De su talento, debidamente cultivado, hay derecho para esperar en breve plazo, una producción pictórica que prestigie el arte nacional. Querría yo mientras tanto saber encerrar en el más puro y exquisito de los versos un pensamiento lleno de poesía, y escribir al margen de su retrato el más delicado de los madrigales.....

J.C.M.

(En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1915)

LA ESTATUA DE CASTILLA, POR LOZANO

Va a inaugurarse dentro de breve plazo en la plazuela de La Merced una nueva estatua. Es la estatua del mariscal don Ramón Castilla, obra del artista nacional David Lozano.

Los excelentes juicios que merecieron esta obra de arte a personas de autorizada opinión, habían despertado mi interés por conocerla y fue por esto que tuve a viva complacencia visitar el taller de Lozano y apreciar al mismo tiempo otros trabajos de este escultor.

El señor Lozano es un artista modesto, trabajador, sin pretensión alguna que oscurezca sus méritos, que labora callada y activamente, ajeno a todo ostentoso alarde de vanagloria, de esos que distinguen a otros menos fecundos, pero sí presuntuosos. Esto lo hace extremadamente simpático y predispone favorablemente para la apreciación de sus obras. Sinceramente declara que no tiene patente de aprendizaje o perfeccionamiento en academia alguna de allende ni aquende el Atlántico y que sus conocimientos los ha adquirido casi por exclusivo y personal esfuerzo.

Una obra así que no viene consagrada por óleos académicos requiere de la crítica un criterio de estudio, sereno y amplio, y fuerza a poner de lado pragmáticas y reglas que para este caso vienen demasiado estrechas y rígidas.

Y un artista como Lozano, artista de corazón, que se ha consagrado con todos sus entusiasmos y energías a la escultura, en un medio tan estéril, sin apoyo y atendiendo al mismo tiempo a la lucha por la existencia, tiene título sobrado para que se le aliente y estimule y se haga toda justicia a su labor.

Invitado galantemente por Lozano, a quien sólo con esta oportunidad he tenido la ocasión de conocer, cosa que creo acreditará la sinceridad e imparcialidad de mis conceptos, lo he visitado en su taller. Es un apartado local de los barrios de La Exposición donde el artista trabaja. Había allí algunos bustos y estudios en yeso, terminados unos, inconclusos otros, y sobresalía la grande estatua del mariscal Castilla, que es sin duda alguna

el trabajo de más aliento que Lozano ha realizado.

Es esta una estatua de bronce, de más de dos metros de altura, en la cual se ultimaban detalles de poca cuantía. La figura arrogante del mariscal libertador se yergue en gallarda actitud. El porte es marcial, el ademán sereno, enérgica la expresión de la cabeza, esa sugestiva cabeza de caudillo, y firme y definido el gesto todo. Vestido militarmente, el mariscal está de pie y apoya una mano en la empuñadura de la cincelada espada que pende de la cintura. El parecido fisonómico, a juicio mío, es un acierto. Lozano es un artista vigoroso, valiente en los trazos, que no gusta de líneas vacilantes ni anodinas. Y estas cualidades hacían falta para esculpir en rasgos decisivos la interesante cabeza de don Ramón Castilla, de la cual, como dejo dicho, Lozano es un hábil intérprete.

Lozano es no sólo autor del modelo en yeso. El mismo ha dirigido la fundición de la estatua en bronce. Y es la primera vez que un peruano efectúa obra de esta naturaleza, si no me engaño. Sin más auxiliares casi que su voluntad y contracción, Lozano ha vencido este segundo trabajo en forma feliz. Y ha dirigido también la construcción del pedestal, trabajado en granito artificial, por un competente profesional italiano, el señor Canciano.

De los hombres públicos, cuyos nombres registra la historia nacional, pocos más sugestivos que este bizarro luchador que fue don Ramón Castilla. Es una figura de singular relieve, un tipo sobresaliente y auténtico del caudillo que ha ido gradualmente desapareciendo de la América Latina. Sus idealismos, sus arrogancias, sus nobles gestos, su ruda y franca noción de las cosas, su intuitiva convicción de las necesidades nacionales, hacen de él un grande hombre y un grande hombre acreedor al homenaje de admiración de las generaciones actuales y por venir. La obra de Lozano tiene, pues, la alta significación de llenar un deber de la gratitud nacional y esta circunstancia acrecienta su mérito.

La visita al taller de Lozano da la impresión de que es un enamorado del arte, un devoto de la belleza plástica, un escultor todo verdad. La variedad multiforme de la estatuaria es campo abierto a las concepciones de su imaginación inteligente y sobria. En sus trabajos se advierte vida, naturalidad, vigor. El artificio está proscrito. Vemos allí un busto de José Gálvez, destinado a la plaza de Cajamarca, suelo natal del héroe, sencillo y expresivo. Un busto de don Nicolás de Piérola, que merece elogio por la precisión del parecido y la riqueza de expresión. Y así otros trabajos que hablan de un arraigado espíritu artístico, de un cultivado gusto y de una

discreta habilidad de modelador.

Lozano ostenta limpios y valiosos títulos para que se le tribute un aplauso sincero. Yo quiero otorgárselo sin limitaciones, confesando que en la modestia con que este artista trabaja, fecunda y silenciosamente, encuentro yo su mejor virtud. Sobre todo, en tierra como la nuestra donde las reputaciones falsas y los méritos de oropel son fáciles y accesibles a los que hacen del arte un campo de dilettantismo detestable y comercial. Lozano, que es un artista de verdad, se ha apartado de este camino de triunfo barato pero efímero. Fervientemente le deseo que sus méritos reales le abran, paso a paso, el camino del triunfo a que puede aspirar.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 30–IV–1915)

"UN RETRATO POR UGARTE"

Un meritorio artista nacional, don Luis Ugarte, ha pintado para el Concejo Municipal del Callao un retrato del expresidente argentino general Sáenz Peña, que actualmente se exhibe en el establecimiento de Rosemberg Wallach.

Tiene Ugarte reputación bien ganada de hábil retratista y este cuadro, que ha merecido del público inteligente los más calurosos elogios, viene a confirmar sus prestigios.

Vigoroso de expresión, armónico de color y sobrio de trazos, es éste un buen retrato del eminente argentino cuya memoria es tan respetable y querida para nuestro pueblo.

Con él, Ugarte, que labora callada y pacientemente, sin que cause en él desmayos la pobreza del medio ni despierte desalientos lo estéril de la lucha, suma una nueva obra, discreta y seria, a las que constituyen su apreciable bagaje artístico.

Muchos elogios pudieran escribirse en honor de este modesto artista que nunca ha sabido demandar un aplauso ni ambicionar reclamos, que de otro lado tendría bien merecidos. Y una de las labores que más lo merecería reside en la fecunda y activa que realiza como profesor de la Academia Concha, en la cual su espíritu progresista ha quebrado viejas normas y ha abierto nuevos horizontes a la enseñanza del dibujo natural.

Mientras llega la ocasión de tributárselos y hacer análisis detenido de su obra artística, es justo decirle una palabra de aliento por este retrato.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 23–V–1915)

EL CONCURSO PARA EL MONUMENTO DE SANTA ROSA

El interés que en el público ha despertado el propósito de erigir un monumento a Santa Rosa de Lima, está diciendo con elocuencia cómo en nuestros espíritus late muy arraigado y muy hondo un sentimiento de cariñoso recuerdo para esta dulce, buena y sugestiva flor de misticismo que aromara con su suave perfume de misterio una página de la vida colonial.

Porque la historia de la santa es un divino poema de amor y de tristeza, porque su existencia penitente y austera dice de los anhelos e inquietudes de un alma diáfana y sensitiva, porque es tradición hermosa y evocadora, guardamos todos para ella una veneración, un culto que se diferencia en mucho de los que la iglesia impone a los creyentes por sus grandes figuras, figuras de piedad y virtud.

Tales motivos, muy ciertos y muy simpáticos, explican el éxito que desde un principio ha rodeado la iniciativa de un entusiasta religioso dominico, el padre Solís, en cuyo espíritu, abierto a grandes ideales y apto para grandes esfuerzos, el culto por la santa limeña y el sentimiento del deber que significa la perpetuación en el mármol y en la piedra –vivía siempre sin estímulo alguno en los corazones– de la virgen de las Américas.

Y dando el primer paso en la obra de erección del monumento a Santa Rosa, se ha realizado un concurso de proyectos, que los ha reunido en número respetable y significativo.

No me haré el engaño sin disculpa de creer que esos proyectos en su valor artístico corresponden a la inmensa significación de la santa y de su símbolo para nosotros. Fuera tal obra perfecta, inaccesible a nuestras pobrezas. No creo siquiera que sea cualquiera de ellos el trabajo que interprete esa altísima significación. Se mira en la mayoría mediocridad o ningún mérito y, en casi todos, donde no se roza los linderos de la vulgaridad más absoluta, surge la extravagancia y la cursilería.

Pero como no se trata sino de un concurso de proyectos y es este el criterio en que hay que situarse para apreciarlo, hay que declarar que por

el número de concursantes y por las capacidades artísticas que revela, ha alcanzado pleno éxito. Al jurado corresponde una labor serena y de amplio y liberal criterio, para designar los premiados y debemos confiar en que la llenará.

Los proyectos signados con el número 1 son de ejecución cuidada y minuciosa. Le falta al primero originalidad, pero le sobra discreción en el gusto con que ha sido concebido y este es un mérito. Podrá decirse de su autor que no ha puesto originalidad en su concepción, pero su modestia al construir su proyecto dentro de las normas que a su juicio le correspondían, es al mío un mérito. Ha preferido una imitación más o menos correcta y no una originalidad chabacana. En cambio su segundo proyecto, el número 1–A., no habla del mismo buen sentido.

El proyecto número 2, firmado por "Patria", ha sido clasificado entre los principales y es de los trabajos correctos. No hay tampoco en él originalidad y sí alegoría confusa y discutible. Sin embargo revela condiciones de trabajo serio y concienzudo, digno de aprecio y estudio.

El proyecto Nº 3 A., cuyo autor usa el pseudónimo de "El Peruano", sobresale por su sencillez y simplicidad alegórica. Salvo algún detalle cursi, es de los que más mística y agradable impresión dan. A mi juicio, se ha de contar seguramente entre los que prefiera el examen del jurado. Si este proyecto está próximo a un acierto, dista mucho de serlo el otro presentado por el mismo concursante.

Los proyectos números 4, 5 y 7, presentados al igual que los anteriores en "maquetas", me parecen de escaso mérito.

El número 6 –la misma factura que el número 2–, no es de más valor artístico. Hay acaso más atrevimiento en la concepción, pero hay también mucha menos sencillez siendo como es poca la que reúne el otro proyecto. Construído dentro de tendencia idéntica, se le parece también en la corrección de sus detalles y de su ejecución y esto habla en su favor.

Llegamos al Nº 8, presentado en "maqueta" y dibujo, que tiene cierta originalidad sencilla que no acertamos a encontrar en muchos de los otros que con mayor pretención se exhiben. Santa Rosa tiene un dulce ademán de bendición. Su concepto simbólico lo aparta de la vulgaridad y hace olvidar menudos detalles de técnica equivocada. Hay en el concursante que ha presentado este proyecto, y que se encubre en el pseudónimo de "Mara", selecto temperamento artístico y vocación que augura futuros aciertos. Su proyecto es una discreta primicia.

Aparte de algún dibujo que sobresale entre los pocos por su trabajo

apreciable, sólo reclama ya mención el proyecto Nº 10, del cual ha presentado una fotografía de la maqueta su autor "Bacaflor". Está muy lejos de la vulgaridad de otros proyectos y es antes bien bastante original como concepción. Esto lo avalora en sumo grado y dice que su autor es un artista hábil y de gusto cultivado.

En conjunto da una impresión armónica y bella. Y si en la estatua de la santa, la nota mística no estuviese un tanto descuidada, sería un trabajo de recomendable perfección. "Bacaflor" es de los que mejor contingente ha aportado al concurso.

Son estos breves conceptos volanderos, expresados sin énfasis dogmático –no encuadraría dentro del espíritu de esta crónica ni estaría bien en quien escribe de arte sin conocer academia, ni haber visitado grandes urbes–, los que me merecen los principales proyectos reunidos en el concurso de los dominicos.

Mientras viene el fallo del jurado, que yo espero sabio y justo, vaya un aplauso, un aplauso franco y entusiasta, a la iniciativa del padre Solís.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 4–VI–1915)

HACIA "UN CAMINO PROPIO"

"Un camino propio... para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contemporáneos" (en *Nuestra Epoca*).

EXPOSICION

Este no es un periódico más que viene a servir intereses determinados. No nos lo consentiría nuestro orgullo de escritores nuevos no contaminados con ninguna vergüenza ni con ninguna responsabilidad. Este es un periódico totalmente nuestro. No lo sacamos por cuenta de ninguna facción política.

Nos parece indispensable decirlo para que no se nos achaque ni se nos busque vinculación o afinidad con alguno de los ramplones y estólidos partidos que, alternándose en el poder, se alternan también en el desprecio popular.

Sale "Nuestra Epoca" en una hora de órganos electorales y de abigarrados pasquines, grotescos y mercenarios todos, para encender una luz limpia y firme en medio de tanta tenebrosidad y de tanta sordidez. Nos proponemos quemar, acaso inutilmente, el organismo político del país, tan corrompido, ya que tan sólo la acción material del fuego puede purificarlo.

No vamos a hacer un periódico de procacidad y grosería. Nuestras plumas que tan buena y cariñosa hospitalidad reciben en los hogares de la prensa metropolitana, no son capaces de encanallarse ni de renunciar a los atributos de su dignidad y de su decencia.

Sacamos este periódico y le ponemos de nombre "Nuestra Epoca" porque creemos que comienza con nosotros una época de renovación que exige que las energías de la juventud se pongan al servicio del interés público. Y, en plena juventud, comprendemos nuestro deber de concurrir a esta reacción nacional con toda nuestra honradez y con toda nuestra sinceridad ardorosas y robustas.

Aportamos a esta obra el conocimiento de la realidad nacional que hemos adquirido durante nuestra labor en la prensa. Situados en el diarismo, casi desde la niñez, han sido los periódicos para nosotros magníficos puntos de apreciación del siniestro panorama peruano. Nuestros hombres figurativos suelen inspirarnos, por haberlos mirado de cerca, un poco de desdén y otro poco de asco. Y esta repulsa continua nos ha

hecho sentir la necesidad de buscarnos un camino propio para afirmarla y para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contemporáneos.

No crea el lector que "Nuestra Epoca" aparece para perfilar dogmas. Es un periódico doctrinario. Pero no es un periódico que aspira a actuar presuntuosamente como maestro ni como catedrático. Se equivocará muchas veces seguramente. Sólo que, cuando se equivoque, por lo menos no le habrá pagado nadie su error.

El programa político de "Nuesta Epoca" es bien sencillo. Dos palabras podrían definirlo: decir la verdad. Esto nos parece que sobra para exhibirnos emancipados de la tutela de los intereses creados y de las gentes incapaces que, amparados por esos apellidos sociales y esas reputaciones falsas que decoran este teatro criollo y estúpido de la política nacional, medrarán a su gusto hasta que la patria deje de ser una especie de casa de tolerancia con beneficios prácticos para unos cuantos a costa de la prostitución de los demás.

"Nuestra Epoca" es también un periódico literario. Representará no sólo la capacidad estudiosa y el esfuerzo reformador de la juventud intelectual a que pertenecemos. Representará asimismo la aptitud artística. Y la representará con la misma pureza. Aparecerán en estas páginas prosas y versos selectos de los jóvenes consagrados ya por el aplauso público.

Queda así apuntada rápidamente, lo más rápidamente posible, la significación de "Nuestra Epoca". Unicamente nos resta una advertencia final y tranquilizadora. La de que, aunque somos literatos, no haremos literatura en la política, ni haremos política en la literatura.

(En *Nuestra Epoca*: Nº 1: Lima, 22–VI–1918)

MALAS TENDENCIAS

El deber del Ejercito y el deber del Estado

Hasta ahora dura el eco del discurso del coronel Ballesteros. El que al principio no parecía sino un ardoroso brindis de sobremesa, de sonoro patriotismo y retórica huachafa, se está convirtiendo en una bandera militarista. Una bandera de papel de cometa izada en uno de los sables del 4 de febrero. Pero una bandera de toda suerte.

Acaso a esta fecha el propio coronel Ballesteros se ha asustado de su obra. Probablemente jamás se le ocurrió que su estribillo de los cañones llegase a conmover la república y a darle a él –profesional estudioso y sosegado– trazas de caudillo y síntomas de héroe.

Y quiera Dios que así sea. Porque si el coronel Ballesteros, en vez de un hombre modesto e ingenuo, como nosotros lo suponemos, es un hombre calculador y redomado, tendremos en el retablo de la política criolla a la más peligrosa figura que podría aparecer en él. Tanto que un buen optimismo nuestro consiste en creer que el coronel Ballesteros no ha medido ni valorizado previamente la trascendencia de sus palabras sino que las ha dicho como se las ha dictado el corazón. Pues en esto reside lo indispensable para la tranquilidad y bienandanza nacionales. En que el discurso del coronel Ballesteros haya sido cosa del corazón y no de la cabeza.

El papel del ejército.

No exageramos. Muy grave, muy grave, sería que el éjército del Perú quisiera señalarles a los poderes públicos una orientación de su gusto. El grado de militarización que al país conviene no debe ser indicado de ninguna manera por el ejército. Es imprescindible que los poderes públicos elijan libremente la dirección primaria de la política gubernamental.

Un jefe militar que se pone de pie, delante de un auditorio militar también, para manifestar que hay que recomendarle al congreso que haga

esto y que hay que quejarse de que no haya hecho aquello es, por eso, un jefe a quien se tiene que mirar como una amenaza.

¿Persigue popularidad? ¿Quiere granjearse unos cuantos aplausos? ¿Busca tales o cuales felicitaciones? Entonces es un jefe que no se conforma con la normalidad de su existencia profesional. Es un jefe que ambiciona mayores órbitas de figuración. ¿Pretende únicamente que los poderes públicos sepan lo que el ejército apetece y anhela? Entonces es un jefe que trata de presionar a esos poderes públicos en un sentido dado. Es un jefe que enamorado de una convicción, acertada o no, aspira a imponerla al Estado. Siempre es, pues, un jefe cuya conducta no se encarrila dentro del rol austero del ejército.

Habrá quienes se pregunten: ¿Luego un militar carece del mismo derecho que cualquier otro ciudadano para emitir públicamente sus ideas? Les responderemos, naturalmente, que sí. En todo país el militar no puede obrar como cualquier ciudadano. Es un ciudadano inhabilitado por su función para el amplio ejercicio de sus derechos políticos. Los militares no pueden celebrar mítines, no pueden pedir aumento de sueldo, no pueden demandar la guerra ni oponerse a ella, no pueden votar, no pueden afiliarse a ningún partido político. Su libertad individual está cohibida y su libertad colectiva anulada. No por capricho su misión es llamada misión de sacrificio y su carrera es llamada carrera de abnegación.

El fundamento de esta condición particular de los militares está universalmente sancionado. Luis Araquistain lo definía brillantemente, no hace mucho, a propósito de las juntas de defensa constituidas por los oficiales y los sargentos españoles. Araquistain les negaba a los militares la capacidad para sindicarse que les otorgaba a todos los funcionarios del Estado. Y se basaba en que la fuerza de los militares debe ser, al mismo tiempo, su debilidad. El Estado, efectivamente, al darles esa fuerza les prohíbe que usen de ella en su favor. Y los militares deben abstenerse de toda actitud de alcance político porque cualquier actitud suya, por tranquila que sea, entraña siempre una coacción, en virtud de la fuerza que la respalda. Esto es lo que hace censurable el discurso del coronel Ballesteros y lo que haría consternador que ese discurso obtuviese muestras de apoyo y de simpatía del ejército.

Los partidos, los grupos, los bandos políticos, que luchan por el predominio de sus sistemas y de sus conceptos, deben ser los que estudien y resuelvan si el Perú adopta o no una orientación militarista. Los militares, si tienen una noción sana de su verdadero papel, no deben intervenir en ese

debate. No puede tolerarse que opinen sobre algo de tanta importancia en la marcha de la nación. Absolutamente, no. Podría tolerarse tal vez que opinasen acerca de la ubicación del palacio arzobispal. Su concurrencia al debate público en este caso no sería tampoco cuerda, pero sería siquiera inofensiva. Daría risa; pero no daría miedo. Sería una bobada. Pero no sería un peligro.

Además el militarismo es aquí un error.

Ahora bien. No es sólo que el ejército no deba insinuar ni marcar la dirección sustantiva del Estado. Es mucho más aún. Es también que esa orientación no debe ser en el Perú una orientación militarista.

Resulta, por consiguiente, que la presión militar para que el país se militarizase no sería mala únicamente por ser presión militar. Sería mala, además, por tender a que el país se militarizase. Nos colocaría delante de un medio malo y de una finalidad peor. Y así, ni aun podríamos tener el consuelo de que, hablando como de costumbre un lenguaje de refranes y aforismos, nos dijésemos una vez más que "el fin justifica los medios".

El país tiene que cuidar de su defensa armada. Pero debe hacerlo dentro de la proporción de sus recursos económicos. No sería sensato que el Estado abrumase al pueblo con un presupuesto de guerra exagerado o que adquiriese deudas comprometedoras de su crédito para repletar los parques militares de esos cañones, fusiles y balas que han obsesionado al coronel Ballesteros.

Ningún Estado debe mostrarse, en verdad, más parco y discreto que el Estado peruano en esfuerzos militares. Todo le niega aptitud de Estado militar y nada le indica conveniencia de serlo.

Un motivo no más podríamos tener para acentuar intensa y denodadamente nuestra militarización: el anhelo de la revancha contra Chile. Unicamente este romántico sentimiento de la reivindicación podría conducirnos a armarnos y pertrecharnos a cualquier costo. Y ya andamos casi unánimemente convencidos de la ineficacia de todo revanchismo.

Chile tendrá siempre, mientras nos dure el ardimiento revanchista, un poder bélico superior al nuestro. Cuando nosotros, mediante un sacrificio, compremos un barco, Chile, sin sacrificio alguno, podrá comprar tres. Y es que Chile no solo es un país más rico que el Perú. Es, al mismo tiempo, un país que se preocupa más que el Perú de mejorar su riqueza. Y es más fuerte que el Perú porque es más rico.

Luego ni aun el revanchismo puede inducirnos a adoptar una orientación militarista. Claramente miramos que la riqueza y no las armas nos dará algún día la codiciada superioridad sobre Chile.

Política de trabajo y no política de apertrechamiento es, pues, la que aquí nos hace falta. Política de trabajo y también política de educación. Que se explote nuestro territorio y que se acabe con nuestro analfabetismo y tendremos entonces dinero y soldados para la defensa del territorio peruano.

Pobres, descamisados y hambrientos, ¿cómo va a ser posible que pensemos en una gran escuadra ni en un buen ejército?. Nos pareceríamos como nación a un hombre que gastase en armas el dinero que debía gastar en pan y que invirtiese en ejercitarse en la esgrima el tiempo que debía invertir en ganar dinero.

No podemos tener ejército aún.

Hay mucho más todavía. Carecemos de espíritu militar. Nuestro pueblo no es un pueblo militar. Y a nadie se le ocurrirá aconsejarnos que improvisemos el espíritu militar que nos falta.

La gran mayoría de los peruanos, los tres millones de indios embrutecidos y esclavizados y de las sierras, no posee noción de la patria. Y, sin embargo, de esa masa aborigen inconsciente, habremos de extraer en un caso de guerra el ejército que nos defienda.

Contemplemos ahora mismo nuestro ejército y digámonos si es realmente un ejército. Analizándolo rápidamente notaremos que la tropa es compuesta por los indios coercitivamente enrolados. Esos indios no aman ni estiman su condición de soldados. La aborrecen. Se hallan siempre en el umbral de la deserción.

La oficialidad está compuesta, en un noventa por ciento, por gente llevada a la escuela militar unas veces por la miseria del medio y otras veces por el fracaso personal. La vocación militar apenas si asoma de raro en raro. Para comprobarlo basta con reparar en que, mientras en otros países la aristocracia puebla los colegios militares, entre nosotros, los jóvenes "decentes" burlan la conscripción. Y en que hasta hace muy poco los severos padres de familia "metían" en la escuela militar al hijo más desalmado, jaranista y bribón. La escuela militar era para ellos una especie de escuela correccional donde "a punta de palo" eran enmendados los muchachos de mala índole y deshonestas travesuras. (*)

No podemos tener, pues, un ejército verdadero. Los peruanos no quieren ser soldados. Si aumentamos nuestros efectivos no será, evidentemente, que hemos concentrado más soldados en nuestros cuarteles. Será que hemos concentrado más indios cogidos a lazo por subprefectos y gendarmes.

No debemos entonces engañarnos.

No huyamos de la verdad por fea y amarga que sea. Antes bien busquémosla para dirigir nuestros pasos conforme a lo que ella nos diga. Busquémosla aunque nos diga que no somos un pueblo militar y queramos serlo. Aunque nos diga que no tenemos soldados y queramos acuartelarlos. Aunque nos diga que carecemos de ejército y queramos comprarle mil cañones. Aunque nos diga que nos hace falta desarrollo económico y queramos apertrechamiento bélico.

Desde hace un siglo aproximadamente consumimos nuestra energía en mantener nuestras milicias. Por el lujo de querer ser fuertes y marciales nos hemos olvidado de la necesidad de ser trabajadores y ricos. El pueblo, paupérrimo y miserable, ha vivido para alimentar un ejército. Y, a costa de todo esto, no contamos hoy con un ejército siquiera. Apenas si hemos formado una burocracia más o menos bien comida y más o menos mal encaminada.

No vayamos más allá.

Y en vez de pensar en acuartelar soldados pensemos en formarlos. Ya vendrá el día de que los acuartelemos. Si para nuestra felicidad es preciso que venga.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

(*) Es justicia decir que no pasa lo mismo en la marina. A la escuela naval, más que a la escuela militar, se encaminan muchos jóvenes por vocación. La oficialidad de la escuadra es más selecta y culta que la del ejército. Hay también razón para que así sea. La vida en los buques favorece y auspicia el estudio y se acomoda al gusto de los espíritus más finos y mejor cultivados.

(En *Nuestra Epoca*: Nº 1; Lima, 22–VI–1918)

MARIATEGUI, EXPLICA SU ARTICULO DE "NUESTRA EPOCA"

Un acendrado fervor doctrinario y un noble ardimiento patriótico me impulsaron a publicar, ayudado por escritores tan bien intencionados como yo, el periódico "Nuestra Epoca". Y esos mismos sentimientos me inspiraron el artículo sobre el ejército cuya resonancia estruendosa, consternadora y terrible conturba mi ánima en estos momentos de fiebre y de bullicio.

Mi artículo no fue un estudio del problema militar. Fue únicamente un sumario de mis ideas sobre ese problema. Fue un índice de mis observaciones. Fue, luego, muy poco.

Demasiado tiene que asombrarme, pues, que ese artículo que quiero que todos miren como un arranque de mi sinceridad más pura, haya producido acontecimientos tan graves y tan dolorosos. Porque jamás pude aguardar que algunas palabras mías trastornaran la tranquilidad pública de tal manera honda y expresiva.

Y como, antes que escritor, soy peruano y soy patriota, me apena tanto esta sucesión de sensibles escenas que estoy a punto de arrepentirme de haber escrito las cuatro cuartillas que así han conmovido a la república.

Me transformo en espectador. Y contemplo primero el ataque a un hogar periodístico y a un escritor. Contemplo enseguida la solidaridad contra la censura arrancada a la superioridad por ese ataque. Contemplo, finalmente, una actitud que arredra e intimida al gobierno.

Y naturalmente siento entonces la responsabilidad de estas conmociones. Miro en ellas una secuela de mi artículo. Y me pregunto si valía la pena expresar una convicción a tan cuantioso precio.

No he sido yo el ofensor.

Antes de pasar adelante he de aclarar el alcance de las palabras mías que han soliviantado a la oficialidad joven y susceptible. No lo he hecho ya

porque no se avenía con mi dignidad de escritor responder a un ataque con una explicación, por altiva que esta explicación fuese. Ahora tengo que hacerlo porque es mi responsabilidad quien me pide la explicación.

Dice el párrafo de mi artículo mal interpretado en el ejército: que "la oficialidad está compuesta, en un noventa por ciento, por gente llevada a la escuela militar unas veces por la miseria del medio y otras veces por el fracaso personal".

Y bien.

Esta no es una ofensa al ejército. No lo es por la intención. No lo es por los términos. No lo es por la idea. La miseria del medio nos aflige a todos. Desvía cruelmente las vocaciones de los hombres. En un país rico y activo la gente puede elegir libre y fácilmente el empleo de su capacidad. En un país pobre e inerte no ocurre lo mismo. La gente más apta suele ser vencida por la miseria del medio. La miseria del medio es más fuerte que su aptitud. El fracaso personal no es, por ende, una culpa ni es, mucho menos, una vergüenza. Es una consecuencia frecuente y triste del estado económico del país.

Yo, pues, no le he reprobado ni le he inculpado nada a la oficialidad. Tan sólo le he discutido la vocación militar. Y no se la he discutido desde un punto de vista lesivo para su honor ni para su orgullo. Se la he discutido tan solo desde un punto de vista panorámico y general.

Creo oportuno un ejemplo. Y considero que el ejemplo que puedo presentar con más sinceridad es, sin duda alguna, el ejemplo mío. Si yo me gobernara, en vez de que me gobernara la miseria del medio, yo no escribiría diariamente, fatigando y agotando mis aptitudes, artículos de periódico. Escribiría ensayos artísticos o científicos más de mi gusto. Pero escribiendo versos o novelas yo ganaría muy pocos centavos porque, como este es un país pobre, no puede mantener poetas ni novelistas. Los literatos son un lujo de los países ricos. En los países como el nuestro los literatos que quieren ser literatos –o sea comer de su literatura– se mueren de hambre. Por esto, si mi mala ventura me condena a pasarme la vida escribiendo artículos de periódico, automatizado dentro de un rotativo cualquiera, me habrá vencido la pobreza del medio. Seré un escritor condenado al diarismo por el fracaso personal.

Luego no se puede decir sensatamente que yo haya ofendido a la oficialidad. He hablado sin circunloquios y sin disfraces porque así es mi costumbre. Pero no he hablado con procacidad.

Sin embargo, llevo mi honradez hasta el extremo de investigar el origen

probable de la equivocación de la oficialidad que me ha juzgado mal. Y me imagino encontrarlo. Mi artículo, como más arriba lo declaro, no fue sino un índice de mis opiniones. Cada opinión mía apareció en ese artículo sin sus comprobaciones por la sencilla razón de que las comprobaciones de cada opinión habrían ocupado un artículo entero. Ha sido tal vez por esto que no se me ha entendido bien. Una opinión cualquiera, extraída de ese índice, ha sido suficiente para causar tal cual alarma o tal cual aprensión en los ánimos tropicales y nerviosos que nos rodean.

Un voto que es una esperanza.

Tanto gesto desmandado y agrio, tanta voz altisonante y dura y tanto comportamiento penoso y anormal podrían hacerme desesperar del ejército de mi patria. Podrían hacerme caer en el pesimismo más acerbo. Podrían hacerme pensar que había llegado para las instituciones peruanas una hora de desquiciamiento sombrío. Podrían hacerme suponer que habíamos entrado en un período de pleno y absoluto señorío de la fuerza y de sus coacciones.

Pero quiero tener fe en los destinos del Perú. Para tenerla necesito olvidarme de que se me ha atacado por haber emitido mis ideas. Y bien. Me olvido de que se me ha atacado. Un arrebato, un estrépito me parecen cosas muy propias de la psicología nacional. Y, sobre todo, creo indispensable razonar por encima de ellas.

Mi aspiración actual y vehemente es la aspiración de que el ejército del Perú no se aparte de su deber. De que el ejército comprenda la austeridad de su rol. De que el ejército no olvide que es tradicionalmente la institución donde se conciertan, guardan y cultivan las virtudes más caballerescas, pundonorosas y bizarras.

Y mi aspiración, por ser muy intensa y muy grande, es una esperanza.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VI–1918)

TEMA DEL DIA

La reorganización de los grupos políticos

Uno de nuestros parlamentarios de más relieve, el doctor José Matías Manzanilla, tan llevado y traído por las misceláneas humorísticas de la política en gracia a su donaire y a su facundia, ha declarado, contestando a la encuesta de un diario regionalista del sur, que "no necesitamos nuevos partidos políticos sino organizar bien los existentes y revisar sus programas para que respondan a las necesidades y aspiraciones del país"

Es, pues, un político de encumbrada jerarquía quien nos recomienda la reorganización de los partidos políticos existentes y quien, por ende, cree hacedera y provechosa esa reorganización. Y quien, al mismo tiempo, no considera oportuna la constitución de un partido de bandera netamente regionalista.

Las palabras vehementes y rotundas de ese político –"¡no, partidos nuevos no!– vienen a encender más aún el debate sobre la crisis de los grupos políticos nacionales. Aquellos que –por ingenuidad, por conveniencia, o por conservadorismo– no quieren que se hable siquiera de otros partidos sino que se componga, aliñe y entone los partidos actuales, se sienten reforzados por una opinión autorizada e influyente. Y aquellos que, como nosotros, estamos convencidos de que nuestros antiguos partidos no pueden sobrevivir más tiempo, miramos ponerse de pie una tesis que, mal sostenida por gente desganada y vacilante, suponíamos tundida y derrotada irremisiblemente.

¿Cuáles son esos partidos?

César Ugarte, uno de los escritores mas investigadores, capaces y cultos de la juventud peruana, estudiaba con mucha circunspección en el anterior número de "Nuestra Epoca" el problema contemplado por el doctor Manzanilla. "No es precisamente –escribía Ugarte– la ruina de las viejas

agrupaciones políticas lo que debemos lamentar, ni es en su artificial reorganización en lo que debemos cifrar nuestras esperanzas".

El juicio de Ugarte es, sin duda alguna, muy exacto. Y por eso hemos querido recordarlo antes de dar paso a algunas de las observaciones que nos sugiere la aseveración del doctor Manzanilla.

Sostenemos no sólo que no habría utilidad en reorganizar los partidos existentes. Sostenemos que habría peligro en reorganizarlos si, por fortuna, reorganizarlos no fuera imposible. Sostenemos que los que aún no han muerto están agónicos. Sostenemos que una necesidad higiénica nos ordena que nos apartemos de ellos. Sostenemos que no es nuestro deber averiguar si podemos resucitarlos sino, perdiendo toda esperanza romántica de un milagro, inhumarlos sin tardanza y sin pena.

Los partidos no son eternos. Responden a una necesidad o una aspiración transitorias como todas las necesidades y aspiraciones. Una vez que desaparece el motivo de su existencia desaparece su fuerza. Sabido es que la tradicional división de conservadores y liberales ha perdido ya su sentido. La palabra conservador dice ahora muy poco. La palabra liberal dice menos todavía.

Si esta ley rige para todos los partidos del mundo tiene que regir con mayor motivo para los partidos peruanos. Los partidos peruanos han tenido su origen en necesidades o aspiraciones muy fugaces. Su nacimiento ha sido incidental. Un hombre popular ha bastado para construir un partido. Las agrupaciones políticas han nacido casi con la misma facilidad que las sociedades de auxilios mutuos. Más que traza de partidos han tenido generalmente traza de clubes electorales con bandera transitoria y versátil.

¿Qué acierto puede haber entonces en reconstituir partidos tan convencionales, pálidos y ramplones? Ninguno. Sólo un conservadorismo criollo, fruto de la indolencia, la haronía y la abulia, puede aconsejarnos esa reconstitución. Y acaso también un negligente anhelo de economizarnos el trabajo de tener que aprender de memoria los títulos y las direcciones de nuevos partidos.

Para el doctor Manzanilla únicamente hay que revisar los programas de los partidos. No hay que hacerlos de nuevo. Hay que modernizarlos no más. Como se han gastado con el uso necesitan reparación y pintura. Enmendándoles y adornándoles la fachada tornarán a ser sugestivos y volverán a llamar la atención de la gente que pasa por la calle.

Olvida el doctor Manzanilla que todo está desacreditado en nuestros

partidos, que todo es en ellos inservible, que todo en ellos se está viniendo abajo, que todo los presenta valetudinarios y decrépitos. La gente que puede declarar que no pertenece a ningún partido anda orgullosa y ufana y, como si pertenecer a un partido fuera vergonzoso y vituperable, cree tener en esto un título para llevar "la frente muy alta". Y en las clases populares el horror a los partidos es mayor aún. Los partidos son mirados con hostilidad sañuda. Un político puede adquirir proselitismo y despertar entusiasmo pero un partido no.

¿Será posible, por ejemplo, reorganizar el partido civil?

No somos de los que hablan con grima, como de una banda nefasta, del partido civil. No somos de los que culpan al civilismo de todos los desabrimientos, quebrantos y calamidades de la nación. No somos de los que, alucinados y nerviosos, ven en el civilismo una secta tenebrosa de hombres desalmados, arteros y falaces.

Consideramos huachafo atacar al civilismo con los pueriles argumentos de quienes desde hace luengos años vienen pintándolo como una hidra pavorosa y concupiscente, como un azote de la patria, como un vampiro rapaz y ávido, como una fuente de toda enfermedad y de todo vicio. Estas pinturas nos hacen pensar en las ingenuas pinturas cristianas del demonio y de sus lóbregos dominios. Porque descrito con el verbo dramático y la entonación apocalíptica de nuestros retóricos baratos el civilismo se semeja, salvo algunas pequeñas diferencias exteriores, al ófrico y temerario demonio descrito por los catequizadores de nuestra Santa Madre Iglesia y retratado en las infantiles láminas del catecismo.

Son de otra estirpe y de mejor fisonomía las razones que pesan en nuestro ánimo para creer que el partido civil no debe ni puede sobrevivir por más tiempo. Para asegurar que serán baldíos los esfuerzos encaminados a darle la autoridad que ha perdido. Y que ningún interés colectivo pide que se le devuelva.

El partido civil surgió de una reacción contra el militarismo. Fue la obra de un hombre de sobrada voluntad y mucho talento que aprovechó un momento oportuno con sagacidad y perspicacia. Pero su mismo carácter original era el de un partido precario. Y lo era también su nombre. Partido civil. Hoy el partido civil no es realmente un partido. Es una facción nominal destruida por los cismas. Cada uno de sus personajes conspicuos

acaudilla un pequeño grupo. Estos grupos, más o menos enemistados entre sí, se turnan en la representación oficial del civilismo.

Anarquizado, acéfalo, envejecido, anémico, el partido civil carece de objeto y de influencia. Sin doctrina, sin orientación y sin prestigio, ¿qué matiz del sentimiento público puede personificar? El pueblo no lo quiere. La gente mercenaria que le sirve para sus escasos estruendos callejeros sólo sabe de él que es el que paga mejor. Y, para remate, poco a poco han ido disminuyendo en el partido civil los hombres, con contextura o afición siquiera de estadistas, que mantenían su brillo y dirigían su acción. Enrarecidos sus políticos –los últimos de los cuales no deben a su filiación civilista sino a sus méritos intelectuales su derecho a la estimación pública–, le quedan casi solamente sus capitalistas y sus negociantes de siempre. Y le quedan acosados y cohibidos por la malquerencia popular.

"Partido civil". ¿Qué quiere decir en la hora actual este nombre? ¿Qué significa, qué vale, qué expresa? "Partido civil". Hablando en verdad, estas palabras no son sino la razón social de una empresa de negocios políticos en quiebra y liquidación. No habrá siquiera quien le traspase a esta empresa su giro comercial por un juanillo cualquiera.

¿Y el partido constitucional? ¿Y el partido demócrata? ¿Y el partido liberal?

Mucho menos puede subsistir el partido constitucional. Y es que es una agrupación que no renueva ni incrementa su proselitismo. Los constitucionales de hoy son los mismos constitucionales de ayer. Mejor dicho son los constitucionales que quedan de ayer. Son una sociedad de sobrevivientes de La Breña. Una escolta de honor del venerado general Cáceres.

Para fundar el partido constitucional se juntaron muchos buenos y pundonorosos soldados y paisanos que miraron en el general Cáceres un caudillo. La gloria de La Breña fue para ellos, al mismo tiempo, plinto, dosel, escudo y aureola. Más que un partido organizaron, en buena cuenta, un sindicato de militares y empleados públicos. Una especie de instintivas y empíricas juntas de defensa con estatuto político. Y, por eso, su único ideal tuvo que consistir en el respeto de la Constitución del 60 y la custodia del orden público. Esa constitución del 60 y ese orden público que tan huecamente suenan en los fastos con cadenetas y quitasueños de la historia patria.

La estructura del partido constitucional no es, pues, la estructura de un

partido político. Es la estructura de una asociación de legionarios trasladados de la guerra a la política que llevaron a la administración y al parlamento conceptos de vivac y dianas de cuartel y que, valientes y denodados pero candorosos y sencillos, se dejaron domeñar por las zalamerías redomadas de civilistas y cívicos.

Otro partido que tampoco podrá ser restaurado es el partido demócrata. El partido demócrata no constituyó jamás una verdadera agrupación principista, pese a los deseos de su gran jefe. No era la "declaración de principios" lo que unía a los ciudadanos. Era la figura de Piérola. Por consiguiente había sólo pierolismo. No había partido demócrata.

Ahora mismo tenemos la prueba de este aserto. La débil eficacia de los trabajos de reorganización del partido demócrata se debe no al influjo del nombre de esta agrupación sino al influjo de la persona que la preside. Los demócratas siguen siendo pierolistas. El apellido Piérola es para ellos la única contraseña del partido demócrata. No se convencerían nunca de la autenticidad de un partido demócrata que no tuviera inscrito el apellido Piérola en su dirección.

El partido liberal, el menos viejo de los viejos partidos, no necesita reorganización. Pero no tiene vitalidad alguna. No la ha tenido tal vez en ningún momento. Sus elementos básicos fueron disidentes del pierolismo y dispersos del fracasado partido radical. Y sin vínculo doctrinario, un sonoro y cursi jacobinismo. Las bizarrías del doctor Durand, conspirador temerario, dieron popularidad al partido. Y el espontáneo poder de captación del nombre liberal, nombre de romántica resonancia en las provincias, alimentó esa popularidad ocasional.

Nada permite esperar que este partido se vigorice y desarrolle. Todo induce a creer que poco a poco, extinguidos sus arrestos juveniles y enfriados sus fervores principistas, irá perdiendo la fuerza provinciana que lo sustenta.

No prolonguemos, pues, artificialmente
la existencia de estos grupos.

Aunque la opinión del doctor Manzanilla, ilustre amigo nuestro, la ampare, no podemos avenirnos con la idea de reorganizar nuestros antiguos partidos políticos. El más breve y benévolo análisis de esos partidos nos afirma en el convencimiento de su ineptitud y de su caducidad. Y de que su subsistencia es convencional y aparente.

No son partidos reales. Son simulaciones de partido. Suman unas cuantas mentiras trascendentales a las muchas mentiras de nuestra vida política. Usurpan los puestos correspondientes a los partidos políticos. Obstruyen el progreso democrático de la nación.

No necesitamos que se los restaure ficticiamente. Necesitamos que se les sepulte y sustituya. Nuevas agrupaciones capaces de adquirir efectiva fuerza popular deben reemplazar a estas agrupaciones figurativas y desacreditadas. Nuevas agrupaciones que aporten a la lucha política ideas y aspiraciones definidas. Nuevas agrupaciones que merezcan la adhesión de la gente joven, honorable y consciente que siente repulsa por los viejos grupos políticos y que no inscribiría su nombre, por ningún motivo, en sus ralos padrones.

Todo empeño de inocular vida en organismos moribundos será desventurado y ocioso. Ahondará y extenderá el desconcierto y la incertidumbre de los pueblos. Mostrará una vez más nuestro insensato afán de atarnos al pasado. Y hará que en el Perú cada símbolo de acción política sea un mausoleo.

JOSE CARLOS MARIATEGUI

NOTA.– Entre las agrupaciones mencionadas en este artículo no figura el partido nacional democrático porque no es, sin duda alguna, un partido que perece sino un partido que nace. Es un partido sin pasado y sin presente; pero no es un partido sin porvenir. Más propiamente: es un intento de partido. Por ahora su calidad parece la de un club intelectual con corresponsales en provincias y con afición a la poltica.

(En *Nuestra Epoca*: Nº 2; Lima, 6–VII–1918)

PALABRAS PRELIMINARES

Nuestra posición en la prensa

Este diario no sale para servir un transitorio interés electoral. Aspira a conquistar una posición permanente en la prensa peruana y a conservar dentro de ella personalidad propia. Su aparición en un agitado momento de elecciones políticas es un mero accidente, un ocasional sincronismo, una adjetiva coincidencia. "La Razón" no se halla vinculada a ninguno de los bandos en lucha. Posee absoluta independencia para contemplar el gravísimo problema político sin los pequeños apasionamientos de tal o cual partidarismo. Y como quienes lo escribimos no somos políticos profesionales, como no traemos a la acción periodística más adhesión que la adhesión a un ideal, como no tenemos puesta la mirada en ningún lucro burocrático, nos hallamos capacitados para opinar libremente sobre todos los aspectos de la conflagrada política actual. No obstruyen ni embarazan la expresión de nuestro pensamiento las coerciones de ninguna consigna, de ninguna expectativa, de ningún orientalismo.

Tampoco es "La Razón" la manifestación de uno de esos diletantismos literarios que escogen el periodismo como órbita de sus aventuras. El público conoce a sus organizadores. Sabe que son dueños de una foja de servicios desprovista de todo blasón brillante, pero timbrada por la más constante y honrada devoción al deber.

Una sólida comunidad de ideales patrióticos, un noble entusiasmo profesional, un solidario afán de lucha y un acendrado espíritu doctrinario nos han reunido y nos han mancomunado en la empresa de la fundación de este diario, que aparece a nuestro pesar, con los defectos y deficiencias inevitables, casi siempre, en la jornada inicial de cualquier obra.

Es costumbre entre nosotros que los periódicos nuevos se presenten con un programa más o menos retórico y más o menos musical. Mas como nuestra vida en la prensa nos ha hecho apreciar el convencionalismo de estas declamaciones, hemos resuelto prescindir de ellas, convencidos de

que, en esta hora de programas electorales, estamos más obligados que nunca a economizar al público la lectura de promesas falsas y frases redondas.

Nuestro propósito sustantivo consiste en contemplar todos los hechos y todas las situaciones con elevación de concepto y de palabra, en decir siempre la verdad, en emplear los caminos más reales para llegar hasta ella, en denunciar y combatir los vicios de nuestro régimen político y social, en trabajar por el advenimiento de esa era de democracia que tanto ansía nuestro pueblo, en defendernos de la influencia de los prejuicios que sirven habitualmente de punto de partida al criterio criollo y en difundir, sin olvido de la realidad nacional, las ideas y las doctrinas que conmueven actualmente la conciencia del mundo y que preparan la edad futura de la humanidad.

Nos proponemos efectuar esta labor con la mayor circunspección. Pero no queremos que nuestra circunspección sea una de esas circunspecciones cómicamente majestuosas y teatrales que aquí se estilan.

Nuestro concepto de la circunspección periodística es demasiado amplio e intelectual para que creamos, por ejemplo, que no se avenga con ella la nota humorística y recreativa que debe sembrar de amenidad y frescura y preservar de frialdad y pesadez las columnas de un periódico de esta naturaleza.

Esto es, en sustancia, todo lo que creemos preciso manifestarle al público en esta columna. La definición general de la índole, de la fisonomía, de la originalidad, del mérito del periódico es algo que no nos corresponde. Es algo que le pertenece totalmente al público. Y a él se la dejamos.

(En *La Razón*: Nº 1; Lima, 14–V–1919)

ANTE EL PROBLEMA POLITICO

Antecedentes, Modalidades y Perspectivas de la Lucha

Preocupa actualmente al país con más intensidad que nunca, el problema de la sucesión presidencial. Este problema se ha presentado en la presente oportunidad más complicado que en ninguna. El origen de tal cosa no hay que buscarlo solamente en la desorganización de las fuerzas políticas de la nación. Hay que buscarlo, principalmente, en la influencia de la hora de renovación que atravieza el mundo. Los pueblos sienten la necesidad de grandes transformaciones. Están poseídos por una honda inquietud, por un impreciso pero agudo anhelo. Y el pueblo peruano no puede sustraerse a los efectos del fenómeno mundial, por muy debilitadas que se hallen su sensibilidad y su percepción.

Además todas las modalidades del proceso electoral son en este caso originales. Faltan escasos días para las elecciones y, sin embargo, no es posible afirmar que los resultados de esas elecciones sean la resolución del problema. Para algunas gentes es así. Pero para la mayoría de las gentes no. La mayoría de las gentes cree que el proceso electoral principiará, en vez de terminar, con las elecciones de mayo. Se muestra convencida de que el verdadero proceso no es el actual. Presiente que los acontecimientos en curso no son los acontecimientos decisivos. Que en la historia del proceso tendrán el carácter de meros antecedentes. Esto no es únicamente lo que se conversa, lo que se asegura, lo que se prevé en los círculos más o menos informados de los políticos. Es lo que dice el instinto público. Es lo que se vislumbra en el difuso horizonte.

Los motivos del desconcierto

La primera causa del desconcierto reside en la falta de fuerzas políticas debidamente organizadas. La debilidad de las facciones ha originado el surgimiento de mil pequeños intereses. Estos pequeños intereses, que dentro de una situación definida, hubieran sacrificado sus expectativas en servicio de los intereses dirigentes, dentro de esta situación caótica se han

exhibido irreductibles. Todos ellos, hasta los más ínfimos, se han sentido con capacidad para adueñarse a última hora del triunfo. Ninguno se ha resignado a renunciar a sus esperanzas. Por esto ha sido impracticable un acuerdo entre los partidos. No creemos que los partidos representen en el Perú la opinión. Los partidos peruanos son en su mayor parte, simples estados mayores sin fuerza electora. No son matices diversos de la opinión del pueblo. Son matices diversos de la opinión de las clases dirigentes.

En el Perú, generalmente, el problema presidencial no ha sido resuelto por el pueblo sino por las clases dirigentes. Pero para que las clases dirigentes llenen esta función es indispensable que se unifiquen o que surja entre ellas una corriente fuerte que prevalezca y se imponga sobre las corrientes débiles.

El problema presidencial nos ha sorprendido, por otra parte, no solo en instantes de dispersión de las clases dirigentes. Nos ha sorprendido también en instantes de profunda inquietud popular haber tenido de un lado la anarquía de las facciones políticas y de otro lado la inesperada ansia popular de renovación, de mejora.

Como ha sido planteado

Veamos cómo nos plantean el problema los que quieren explotar en su beneficio las circunstancias que empujan al pueblo a la lucha. (Nos referimos, como se comprende, a los panegiristas de la candidatura del Sr. Leguía) ¿Qué nos afirman estas gentes?. Nos afirman que la candidatura del señor Leguía representa la reacción contra los viejos métodos. Nos afirman que la candidatura del señor Leguía representa la causa de la renovación nacional. Nos afirman que la candidatura del Sr. Leguía representa la lucha contra el civilismo. Y estas afirmaciones categóricas, pronunciadas con todo énfasis, constituyen la fuerza motriz del movimiento leguiísta. Lanzadas en una coyuntura propicia, en un momento de hervor de aspiraciones democráticas, esas afirmaciones han servido para constituir una barata plataforma electoral. El señor Leguía, político que posee un fino sentido utilitario perfeccionado por la vida de los negocios, ha visto que, al impulso de un ofuscado movimiento pasional de la opinión popular, podía voliver a la presidencia de la república. Y ha acometido la aventura. "A río revuelto ganancia de pescadores"; le ha aconsejado esa refranera filosofía nacional que tan bien se armoniza con su temperamento de criollo.

Pero analicemos esas afirmaciones a base de las cuales opera el leguiísmo. ¿Es cierto lo que esas afirmaciones sostienen? ¿Es cierto que la candidatura del señor Leguía representa la reacción contra los viejos métodos, la causa de la renovación nacional, la lucha contra el civilismo?. Pues bien. No es cierto. No puede serlo. Puede serlo naturalmente para el pueblo que la siga; pero no puede serlo jamás para el señor Leguía, ni para los políticos que lo acompañan. No puede serlo porque el señor Leguía no es el tipo de estadista moderno que algunos de sus mas cándidos partidarios suponen. No puede serlo, porque el señor Leguía es un político automatizado en los mismos viejos métodos que combaten los prosélitos de su candidatura. No puede serlo porque el señor Leguía es un civilista disidente, un civilista que grita contra el civilismo, pero que tiene la psicología, las tendencias y la historia de todos los civilistas.

[...*ilegible*...] de reforma puede ofrecer al pueblo el señor Leguía?. Nos empeñamos en ser benévolos con el leguiísmo; pero no podemos encontrar ninguna. ¿Existen tales garantías en los antecedentes del Sr. Leguía?. Ni los más fervorosos leguiístas son capaces de presentarlo. El gobierno del señor Leguía fue el gobierno de un político autoritario y anti–democrático. ¿Existen entonces tales garantías en el carácter, en el espíritu, en la ideología del señor Leguía?. Tampoco. El señor Leguía no es profesionalmente un político, un estadista, un pensador. Profesionalmente el señor Leguía es un negociante. Su carácter, su espíritu y su ideología han sido moldeadas por su vida de negociante. Es probable que, de vez en cuando, el señor Leguía sienta amor por la democracia, interés por el pueblo, devoción a la libertad; pero estos sentimientos intermitentes, que no pueden constituir en él más que fugaces y platónicos raptos de sentimentalismo, no son desgraciadamente, los destinados a decidir sus actos de gobernante. Para que un caudillo lleve al gobierno los anhelos de su pueblo, se necesita que los comparta apasionadamente, que los comparta de veras, que no sienta otro ideal que el de servirlos. ¿Posee estas condiciones, que son condiciones de caudillo orgánico, el señor Leguía?. Doblemos la hoja.

LA POPULARIDAD DEL SR. LEGUIA

Busquemos las causas del movimiento leguiísta [...*ilegible*...] al contemplar como se ha incrementado este movimiento comprenderemos su fragilidad.

En nuestro país, en la lucha entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas renovadoras, el pueblo se puso siempre del lado de las últimas. El pueblo fue siempre enemigo de la oligarquía y partidario de la democracia. Hasta hace pocos años las fuerzas populares estuvieron representadas por los partidos demócrata y liberal. Pero, después de la muerte del gran jefe demócrata las fuerzas populares se quedaron sin representación. El partido demócrata entró en un período de receso y acefalía. El partido liberal, por haber concurrido a formar el gobierno, obedeciendo a su aversión al régimen militar, subió al poder. Y en esta situación el gobierno del señor Pardo comenzó a avivar con sus actos la ansiedad de una renovación.

Ha sido, en virtud de estas circunstancias precarias, que la oposición activa, compuesta en su mayor parte por vulgares e insignificantes agitadores, ha logrado atraer hacia la candidatura del señor Leguía la consideración de la parte mas inquieta del pueblo. La aureola de la candidatura del señor Leguía ha provenido de una desviación del sentimiento popular. Una desviación, como casi todas, transitoria.

Los que explotan esta desviación han querido servirse de ella como de un trampolín para enseñorearse de un salto del gobierno, pero no se han cuidado de dar el salto oportunamente.

Es por esto que la resurrección inesperada del partido demócrata que vuelve a levantar en sus manos una bandera, la bandera de la democracia, ha alarmado y congojado tanto a los empresarios y pilotos del leguiísmo, quienes ven que al reaparecer en la política nacional el partido demócrata debe recuperar su puesto en el corazón del pueblo.

FRENTE A LA ELECCION

Planteada así la situación. –cuyos restantes aspectos iremos presentando sucesivamente uno a uno– considerada la irregularidad con que se ha desarrollado el proceso en muchas provincias, apreciado el temor con que se mira la inminencia de las elecciones en Lima, examinados los esfuerzos que se han desarrollado sigilosamente para que estas elecciones no se realicen y contemplada la posibilidad de que a última hora se renueven contundentemente estos esfuerzos, ¿existe razón eficiente para creer que nos encontramos en la hora decisiva y final del proceso? ¿O existe más bien razón para creer que el verdadero proceso no se ha iniciado todavía?

(En *La Razón*: Nº 1; Lima, 14–V–1919)

OPORTUNISMO POLITICO

Candidaturas de última hora

Estamos en presencia de una nueva manifestación del oportunismo político. De una manifestación más alta y trascendente. Ya el oportunismo no se circunscribe a la adherencia a última hora al candidato que con mas probabilidades de triunfo cuente. Ahora son oportunistas los candidatos mismos.

Lima ha recibido con sorpresa la proclamación de ciertas candidaturas a la senaduría y diputaciones en las vísperas de las elecciones. No se esperaba esta irrupción de candidatos. No podía esperarse. Se comprende que todo candidato haga antes de las elecciones una labor seria y proficua de captación de los electores que diga al pueblo cómo aprecia sus necesidades más urgentes y cómo se propone colaborar a remediarlas; que haga, en fin, su propaganda y exhiba su programa de acción política.

Pero no pueden esperarse jamás estas presentaciones de último momento. Estas candidaturas sin proceso, sin gestación, sin relieve y carácter definido. –No nos referimos desde luego, en este comentario, a las candidaturas amparadas por la doctrina y la responsabilidad moral de un partido–. Se les quiere justificar presentando rápidamente como título para elección, las cualidades personales y la actuación pretérita de los candidatos. Pero esto no basta. Toda candidatura es el fruto de un instante espiritual del pueblo. El sentimiento popular puede variar en pocos meses. Y, entonces, el candidato que anteayer pudo ser elegido ruidosamente por el pueblo, no pueda serlo hoy. O al contrario.

Por esto es indispensable para el pueblo conocer el pensamiento actual de los candidatos. Mas indispensable todavía analizarlo, meditarlo, sentirlo, simpatizar con él. Y esto no puede conseguirse en horas. Es un proceso largo y sistemado que han querido eludir los recientes aspirantes a la representación parlamentaria de Lima.

El oportunismo caracteriza las nuevas candidaturas.

Puede decirse que las nuevas candidaturas son candidaturas de asalto. Quieren aprovecharse de la confusión del instante. Obtener el triunfo por sorpresa. Es una táctica perfectamente criolla.

Otras veces ha sido ya ensayado el procedimiento. No faltan en el parlamento representantes por asalto. Por habilidad les llaman los politiqueros. Por desvergüenza les llaman los hombres honrados.

Se engañan los candidatos que juzgan más fácil el triunfo por estos medios. Tal vez una candidatura, aceptable en otras condiciones, sólo por presentarse en esa forma es reprobada. El pueblo no se deja engañar. No acepta ni apoya vivezas. El pueblo quiere que los hombres que aspiran a los puestoss públicos se den íntegramente a él. Que luchen a su lado y con el mismo peligro. Que luchen en la calle, pecho al frente y blindando la idea con la propia vida. El pueblo no quiere combativos de bufete ni declamadores de última hora. Quiere, ante todo, heroísmo.

Los elegidos de este modo pueden ser diputados, pero no representantes del pueblo.

Pueden los candidatos oportunistas obtener un número tal de sufragios que los lleve al parlamento. Serán entonces diputados. Pero jamás serán representantes del pueblo. El pueblo en estos casos no elige. Se limita a mirar con indiferencia a los pretendientes.

Y esa es precisamente la finalidad inmediata y calculada de los oportunistas. La indiferencia popular favorece sus aspiraciones. También buscan la confusión. Si el pueblo se mantiene indiferente o está confuso, ellos podrán conseguirse los votos suficientes para obtener las credenciales. Ya ha ocurrido esto otras veces.

Vamos, pues, en estos días a asistir a un juego interesante. Tal vez se presenten mañana nuevos candidatos. Pueden presentarse también el martes. Esto no es sino un juego de viveza. Quien tenga más destreza manual para escamotear sufragios reclamará para sí el triunfo.

Y es cómico el espectáculo.

Entre vivos anda el juego. Es un espectáculo de sainete, Una petipieza.

Los candidatos de la viveza criolla hacen reír hoy. Ellos no se ríen. Como todos los actores cómicos, desempeñan seriamente su papel.

Pero el espectáculo no puede ser eternamente cómico. La risa cansa pronto. Y cansa más cuando, como en el presente caso, atenta contra la salud. El organismo popular tiene que reaccionar. No será entonces para enaltecer y pasear en triunfo a los histriones. El espectáculo será más serio. Será trágico.

Entonces se anulará la eficacia de las vivezas criollas. La tan celebrada habilidad de los especuladores políticos no servirá sino de causa de proceso. Servirá para estigmatizar a los vivos. Para excluirlos definitivamente de la vida pública.

(En *La Razón*: Nº 4; Lima, 17–V–1919)

LA POLITICA AL DIA

El problema electoral después de la huelga

Aumentan las causas de desorientación

El problema político vuelve a ocupar principalmente el comentario público. Durante la huelga, la actividad política cesó casi completamente, absorbida como estaba la atención de todas las gentes por el conflicto obrero. La acción de los candidatos se redujo a la publicación de los telegramas que les anuncian su éxito en provincias.

Esta publicación no permite formarse una impresión definitiva sobre los resultados de las elecciones de las provincias. Por el contrario, viene a afirmar la primera confusa impresión de que en la gran mayoría de las provincias la elección ha sido dual. Para conocer el verdadero número de sufragios alcanzado por cada candidato se necesita, por consiguiente, que la Corte Suprema resuelva las dualidades, labor que no es posible que termine ni aun en el mes de agosto.

En 1917, la revisión de los procesos por la Corte Suprema se prolongó, si no nos equivocamos, hasta el mes de octubre. Ahora, por mucha prisa que se diese la Suprema en efectuar esa revisión, sería materialmente imposible que la concluyese antes del 18 de agosto. Se debe tener en cuenta que las dualidades en esta ocasión son, probablemente, más numerosas que en 1917.

Los leguiístas han mostrado vivo empeño en negar la aseveración de que su candidato ha sido derrotado en las provincias. Se esperaba con este motivo que publicasen un cómputo global de los sufragios obtenidos en las provincias por el señor Leguía. El tiempo trascurrido desde las elecciones basta, efectivamente, para un cómputo unilateral. No es posible, por ahora., obtener el escrutinio legal; pero tratándose de un escrutinio de bando no ocurre lo mismo. Un bando no necesita examinar ni decidir cuál de las elecciones duales es la buena. La elección que lo favorece será,

invariablemente, la que tome en cuenta.

Pero, no obstante la urgencia que tenían de mantener la impresión de su triunfo, los leguiístas no han podido hasta ahora publicar ese cómputo. Todavía no han dado al público ninguna cifra general.

La semana trágica ha venido, por otra parte, a desmejorar marcadamente la situación del señor Leguía. La atención pública se ha desviado de la candidatura del señor Leguía. Y en una hora de tanta agitación como la actual no es fácil que los leguiístas la atraigan sobre ella otra vez.

El porvenir se presenta, pues, oscuro e incierto. Son pocos quienes creen en la posibilidad de que el congreso sancione una de las soluciones en lucha. Pero son pocos también quienes creen en la posibilidad de que el congreso imponga una solución propia. La mayor parte de las gentes opina que el congreso carece de autoridad moral para resolver el problema.

Hay otra circunstancia que complica y enreda las cosas. El sentimiento de oposición al gobierno del señor Pardo conserva al lado del señor Leguía a la fuerza ocasional que el leguiísmo explota agitando la bandera de la guerra contra el civilismo y el régimen. Aunque parezca paradójico, es lo cierto que la presencia del señor Pardo en el gobierno constituye la única fuerza propulsora del leguiísmo. A pesar de que los leguiístas miran en el señor Pardo a su más resuelto adversario.

(En *La Razón*: Nº 17; Lima, 3–VI–1919)

DIEZ AÑOS DESPUES

¿Por qué no habla el señor Leguía?

Se siente en el ambiente público la impresión de que el movimiento leguiísta está muriendo silenciosamente. Durante cuatro días el pueblo ha estado en la calle y, a pesar de esto, no se han sentido las palpitaciones del partidarismo leguiísta. Después han clausurado las imprentas. El orden público ha sido puesto por el gobierno encima de la Constitución y las leyes. Y, sin embargo, no se ha oído la voz del señor Leguía.

Contra la clausura de las imprentas han protestado los órganos de publicidad. Han protestados todos los sectores populares. Sólo el señor Leguía, que se ha llamado a sí mismo, y por boca de sus más resueltos partidarios, leader de las reivindicaciones populares, permanece en silencio.

Para el pueblo no es bastante la voz de los periódicos. Esta sola no puede orientarlo cuando existe un estadista que espontáneamente asume la personería de los anhelos nacionales. El pueblo reclama constantemente la palabra y la acción de los conductores de su conciencia.

Los hombres de la izquierda están obligados a hablar frente a todas las situaciones graves. Castilla combatió siempre por el pueblo. Piérola estuvo en todo instante a la cabeza de la acción popular y acusó a todos los gobernantes que delinquieron. Los acusó desde el destierro y dentro del país. Allí están su carta del 94 y su manifiesto contra la disolución de la Junta Electoral Nacional.

Por esto, por llamarse caudillo popular, ha debido hablar en esta ocasión el señor Leguía. Su palabra ha debido orientar al pueblo. Acusar al Gobierno. Defender la Constitución y las leyes. Sostener la invulnerabilidad de las garantías ciudadanas y de la libertad de la prensa.

¿Puede defender la Constitución y las leyes el señor Leguía?

Hace diez años se decía también en el Palacio de Gobierno que el orden

público está sobre la Constitución y las leyes. Lo decía, en nombre del señor Leguía, el señor Rafael Villanueva. Y lo decía imponiendo al país su torva dictadura.

Nosotros, entonces, no teníamos voz en el periodismo. Si la hubiésemos tenido habríamos protestado con tanta energía como ahora. Porque nosotros vimos a "La Prensa" destruida y a Ulloa preso. Vimos las huestes de matones sitiar intrépidas la cámara de diputados y perseguir encarnizadamente a los demócratas. Asistimos a la persecución sistematizada y cruel de don Nicolás de Piérola. Y presenciamos las trágicas sesiones del consejo de guerra de la Penitenciaría.

Entonces, por primera vez, el orden público se puso sobre la Constitución y las leyes. El orden público quería decir el apagamiento definitivo e inexorable del pierolismo. El orden público era la tiranía siniestra del señor Villanueva y la autoridad sin control del señor Leguía.

El señor Leguía calla, porque no tiene autoridad moral.

No tenemos noticia de que en los diez años trascurridos haya evolucionado el concepto político del señor Leguía. Acogiéndonos a una declaración de él, tendríamos que creer que es el mismo hombre de antes. Pero la realidad nos propicia una conjetura. Tal vez el señor Leguía no cree ahora en el orden público ni en su supremacía sobre la Constitución y las leyes.

Pero, aunque no lo crea, el señor Leguía no puede protestar de la clausura de los periódicos. El señor Leguía tiene que callarse. Es un candidato de renovación democrática que no tiene autoridad para hablar contra los atropellos a la libertad de la prensa. Su actitud tiene que ser, como hasta hoy, de silencio absoluto.

Y es porque el señor Leguía debe saber a esta hora que la moralidad política no se predica desde la oposición. Se practica desde el gobierno. Un atentado contra la libertad, por pequeño que sea, tiene hondas repercusiones en la vida nacional. A través del tiempo se produce nuevamente. Y tiene que producirse con más frecuencia cuando los hombres que se ponen a la cabeza de los movimientos populares no tienen autoridad moral para impedirlos ni para condenarlos.

El leguiísmo agoniza hoy por falta de moralidad política. Atravesamos una hora de grave desequilibrio democrático y los hombres que se llamaban representantes del pueblo no pueden defender las libertades

constitucionales. No tienen personalidad moral para defenderlas. Moralmente el leguiísmo es tan responsable de la clausura de las imprentas como el gobierno.

La evolución democrática no puede, pues, ser leguiísta.

Creemos en la necesidad de una evolución democrática en el país. Pero no con el nombre del señor Leguía en su cartel. Con un nombre sin mácula. El señor Leguía representa el principio de todos los atropellos constitucionales. El señor Leguía frente a todos los desmanes del poder, tiene que callar. Callar como ahora. Callar cuando el pueblo reclama la voz de sus leaders.

Un partido de renovación nacional tendrá que ser un partido formado por hombres nuevos. Un partido formado por el señor Salazar y Oyarzábal y por el señor Juan Manuel de Latorre, por el señor José M. García y por el señor Agustín de La Torre González, por el señor Agustín Ganoza y por el general Canevaro, será un partido responsable de un gobierno mórbido e inepto. Pero no será jamás un partido joven, vigoroso, sano y renovador.

(En *La Razón*: Nº 25; Lima, 11–VI–1919)

HORA LA QUE EMPIEZA

Todavía no es posible juzgar exactamente la revolución. No podemos saber aún si será en nuestra historia una revolución verdadera o si será tan sólo un golpe de estado. Está en Palacio un nuevo gobierno; pero no ha tenido tiempo para definir, precisamente, su significación, su tendencia, su fisonomía y su propósito.

El cambio del gobierno del señor Pardo por otro gobierno ha producido en el país una sensación grata. Y esto es natural. El gobierno del señor Pardo era un gobierno sin capacidad para solucionar los problemas de la administración. Era, sobre todo, un gobierno sin autoridad moral. Era el gobierno de un círculo débil y egoísta, totalmente despreocupado del interés colectivo. Además, la aversión a los viejos métodos, contra los cuales se rebela el sentimiento popular, se había cristalizado en aversión al gobierno del señor Pardo. El país condensaba en su resistencia al gobierno del señor Pardo su anhelo de mejoría y de evolución. La desaparición de este gobierno tenía que causar, por consiguiente, una impresión de alivio y bienestar.

Esta impresión es la única que domina en la actualidad. Más que regocijo de ver al señor Leguía en Palacio hay regocijo de no ver en él al señor Pardo. El cambio de gobernante no sólo representa para el país la esperanza de un gobierno mejor; representa, principalmente, el término de un gobierno incorregible.

Nuestra opinión sobre el señor Leguía es conocida. Durante la campaña electoral la hemos emitido reiterada y claramente. Nos crea, en este caso, el deber de llenar frente al gobierno del señor Leguía, un rol de crítica serena, racional y elevada. Pero no queremos, de ninguna manera, subordinar cerradamente a esa opinión nuestro concepto sobre el movimiento que ha colocado en Palacio al señor Leguía.

Los partidarios del señor Leguía sostienen que este movimiento es un movimiento renovador. Y nosotros, por ahora, no queremos aceptarlo ni negarlo. Esperamos para pronunciarnos sobre el particular los hechos

encargados de definir la índole del gobierno inagurado ayer.

Si ésta es de veras una revolución no tendremos sino que felicitarnos de que haya sobrevenido. Somos sustancialmente revolucionarios. Creemos que nuestro país necesita una revolución muy honda que modifique radicalmente su organización politica, armonizándola con las aspiraciones y las ideas de hoy. Pero si ésta no es efectivamente una revolución, si se queda en un golpe de estado, destinado nada más que a elevar al señor Leguía al poder tendremos que mirarlo como uno de tantos vulgares episodios violentos de nuestra vida republicana.

(En *La Razón*: Nº 48; Lima, 5–VII–1919. Anuncia la posición del periódico ante el golpe de estado del día anterior, al consignar los datos de la redacción sobre los sucesos del momento)

DESPUES DE LA REVOLUCION

Lo que debía representar el nuevo gobierno

Ya está anunciada, por la palabra misma del señor Leguía, la finalidad del nuevo gobierno. Para cumplirla se ha hecho la revolución y se ha organizado un gabinete especial. Un gabinete matizado, representativo de distintas tendencias personales y de diversos criterios partidaristas. No es un gabinete representativo del pensamiento del señor Leguía. Los dos miembros leguiístas de él no bastan para darle este carácter. La revolución ha debido, sin embargo, llevar al gobierno a un conjunto de hombres unificados en el pensamiento y la doctrina, a un grupo de políticos claramente definidos por una sola tendencia que encarnase efectivamente las aspiraciones del pueblo.

Porque para el pueblo en estos instantes es indiferente el nombre de los gobernantes. Tanto el señor Leguía como sus partidarios se han esforzado en explicar la revolución. Parece que ellos mismos no están seguros de que ha sido una revolución verdadera. Y su afán en explicarla y justificarla verbalmente, nos parece, por lo menos, pueril. Sería explicable tal empeño para justificar un golpe de estado. Pero no una revolución. Esta se explica por sí sola. El país la ansía hace mucho tiempo. Quiere una revolución radical, sustantiva, renovadora de las organizaciones nacionales.

Y es por esto que las palabras justificativas del señor Leguía y de sus colaboradores parece indicar que ellos consideran el movimiento de la mañana del cuatro como un simple golpe de estado. Como una maniobra para asegurar la elección presidencial del señor Leguía. Y esto no es, a la verdad, el sentimiento del país. Al país le importa muy poco que el mandatario sea el señor Pardo o el señor Leguía si en el poder existe el mismo criterio de la función gubernamental, idéntica apreciación de las necesidades populares e igual concepto de las exigencias de la nueva vida del pueblo.

El gabinete representa varias ideas dispersas.

Por no ser un gabinete espiritualmente cohesionado y definido, el actual del señor Porras es un gabinete sin fisonomía moderna. En él se han conjuntado elementos heterogéneos. Hombres de alta idealidad revolucionaria y hombres de intransigente conservadorismo. Hombres representativos de sus ideas personales.

Junto al señor Cornejo, reformador político, está el señor de Idiáquez, mantenedor de nuestro anacrónico régimen económico. Al lado del señor Osores, partidario de una sustancial reforma institucional, figura el señor Gutiérrez, político inédito y sin orientación doctrinaria conocida. Y completan el gabinete el señor Porras, el diplomático de la política brusca y contundente, y el general Abrill, ministro conciliador y sincrético.

Se destaca, pues, en el gabinete, la fisonomía conservadora. Sólo dos ministros expresan renovación: los señores Cornejo y Osores. Pero los cuatro restantes, por su participación pasada en el gobierno, por lo que dentro de la sociedad representan, por sus caracteres y por su situación misma dentro del gabinete, son elementos conciliadores, Constituyen un contrapeso demasiado poderoso para un gobierno revolucionario.

Parece descubrirse en la formación del gabinete un propósito de conciliación. De establecer un vínculo subterráneo con el régimen al que se ha derrocado. No, por supuesto, un vínculo personal. Una vinculación mental. Porque para los hombres caídos en la mañana del cuatro lo más importante, lo sustancial, es que no se reforme en esencia la organización del país. Que no se le reforme donde el pueblo lo reclama.

Y esto lo garantiza la constitución del gabinete. Por esto el nuevo gobierno no ha expresado hasta ahora sino reformas políticas. Las que patrocina el doctor Cornejo. Reformas que, dentro de un elevado orden de ideas, son perfectamente secundarias.

El pueblo quiere la reforma de la organización económica.

Lo sustancial, el espíritu de la revolución, debe ser la reforma económica del país. Las reformas políticas ocupan, como ya hemos dicho, el segundo plano. No porque sean innecesarias. Solamente porque son menos importantes y menos exigidas por la urgencia popular.

Ya no se discute en el mundo cuál régimen político es el mejor. Este es un jacobinismo trasnochado. Hoy se debate cómo debe ser menos injusta, económicamente la sociedad. Cuando hay un pueblo que se muere de hambre, cuando las utilidades de la industria no están equitativamente repartidas entre el capital y el trabajo, cuando el capital tiene privilegios anacrónicos e intangibles, cuando la carestía de la vida es tan intensa como ahora, lo que menos importa al pueblo es cambiar su sistema electoral.

Todos los pueblos de la tierra luchan hoy por las reformas económicas. Los ideales de este orden son los que guían en la actualidad a todas las colectividades. Lo mismo en los países monárquicos como en los republicanos. Cualquier pueblo digno sería feliz con la organización monárquica inglesa. Pero abominaría y se sublevaría contra la organización democrática del Perú.

No hay reforma posible si no se fundamenta en la organización económica. Las reformas políticas no pueden ser sino complementarias de un vasto plan reformador. Deben ser dentro del gabinete la obra de uno de los ministros. La obra del doctor Cornejo. Pero no la obra exclusiva del gobierno.

¿Serán satisfechos los anhelos populares?

Frente al programa de finalidades máximas presentado por el nuevo gobierno es indispensable averiguar si él satisface los anhelos del pueblo. Nosotros creemos resueltamente que no. Y esta no es una creencia antojadiza. Ya hemos dicho cuales son las reformas que el país reclama principalmente. Reformas que no han sido aún expresadas por el gobierno.

No creemos, además, en ellas por el carácter de las personas llamadas a realizarlas. Dependen de los ministerios de hacienda y de fomento. Y son precisamente estos ministros los más calificadamente conservadores.

Bien está que el señor Cornejo cumpla su misión en el gobierno. Pero esta no es la obra del gobierno todo. Es sólo uno de los aspectos de ella. El menos importante. El que no interesa sustancialmente al pueblo.

La verdadera reforma revolucionaria está aún intocada. El nuevo gobierno no ha dicho nada sobre ella. Y hay ya en la conciencia popular el presentimiento de que, a pesar de la revolución, no será planteada y mucho menos emprendida.

(En *La Razón*: Nº 50; Lima, 7–VII–1919)

LAS DIPUTACIONES POR LIMA

Cuatro candidaturas nacionales y representativas:
Manzanilla, Maúrtua, Miró Quesada, Olaechea.

Significación de la Campaña

Presentamos cuatro candidaturas a las diputaciones por Lima. Las presentamos desde nuestra plataforma periodística, claramente definida y perfectamente independiente. En esta hoja no alienta ningún interés partidarista. Nuestra posición en la prensa es clara y precisa. Representamos solo aspiraciones populares, doctrinas nuevas y anhelos que fluyen de la gran masa que trabaja, que sufre y que espera.

Está el país frente a una de las más graves horas de su vida republicana. Una tendencia renovadora viene desde el poder y solicita sea impuesta plebiscitariamente por el poder. Ya están dadas las pautas reformadoras. Pero la integración de la reforma corresponderá a la asamblea nacional. Y debe creerse fundadamente que la organización efectiva del mecanismo gubernamental surja de este cuerpo.

Aún el pueblo no ha podido formarse conciencia de la trascendencia de la reforma. Muy poco tiempo ha tenido para meditar sobre ella. Han faltado discusión y controversia públicas. Unos cuantos ecos de la impresión popular se han sentido débilmente. Pero el gran debate, el que debía orientar a la colectividad y definir la opinión, no se ha realizado.

El pueblo, sin embargo, no puede eximirse de intervenir en la organización de la reforma constitucional. Está obligado a hacerlo. El espíritu de la nueva carta política debe tener las mismas emociones y los mismos sentimientos que el espíritu del pueblo. Acercarse a éste lo más posible. Concretar, sabia y eficientemente, sus aspiraciones y sus anhelos más vehementes.

Para lograrlo es indispensable que la asamblea nacional reúna a los

políticos de más excelente y probada mentalidad. A los que sean capaces de comprender y de analizar las exigencias inexorables de la vida moderna. A los hombres tallados por la ciencia, con aguda percepción de la realidad y tocados por las nuevas doctrinas sociales.

Se ha dicho que hoy el mundo debe ser gobernado por los filósofos. Y es verdad. El profesor Wilson ha llenado con sus ideas la historia del siglo. Todos los jefes de estado actuales son hombres de ciencia. Lo son desde Clemenceau hasta Lenin. Y deben serlo necesariamente. Porque las luchas políticas de hoy son luchas de ideas, de doctrinas, de corrientes filosóficas. Un vigoroso impulso de renovación debe llevar también al Perú al cauce de la vida moderna. La complejidad de los problemas sociales, políticos y económicos es más enrevesada en el Perú que en país ninguno. El próximo parlamento no debe ser, como han sido los anteriores, un cuerpo burocrático. Ni debe ser una academia de declamación. Es indispensable que sea el laboratorio de la vida nacional.

Por eso las cuatro candidaturas que presentamos a las diputaciones por Lima no son candidaturas de bandería. No las presentamos con la etiqueta de ningún partido, ni con la enseña de ninguna agrupación. El único título con el que las presentamos está sellado en la Universidad. Presentamos a estos cuatro políticos como hombres de estudio, como hombres que pueden dar un carácter científico, un aroma de justicia y un espíritu moderno a la nueva constitución.

Cornejo ha invitado al pueblo a elegir a los hombres de más altos méritos intelectuales. Aquí están los cuatro hombres que pueden representar la provincia con más limpia y oxigenada excelencia mental. Hay en la juventud y en el pueblo, en quienes estudian y en quienes trabajan, en todos los que efectivamente anhelan la renovación espiritual del país, el deber de seguirlos y sacarlos diputados. Deben rodearlos todos los que aspiren a llevar a la asamblea nacional, no nombres ni personas inéditas, sino ideas nuevas y modernas.

A Manzanilla, Maúrtua, Miró Quesada, Olaechea los recomendamos con fervoroso entusiasmo de jóvenes y de intelectuales. Los recomendamos al pueblo y a la juventud. A los que sienten generosos anhelos de mejoramiento nacional. Nuestra recomendación se funda en la eficiencia de lo que ellos mentalmente representan. Y los recomendamos, por último, con la convicción doctrinaria de que en esta hora de reformas políticas y de renovaciones sustanciales, el parlamento debe estar formado por los políticos más aptos, por los más inteligentes, por los más cultos.

LOS CANDIDATOS

Breves apreciaciones personales sobre ellos

Lo que representan en la cultura y en la política nacional

El doctor José Matías Manzanilla

En el doctor José Matías Manzanilla ven los hombres de todos los grupos políticos y de todas las clases sociales a uno de los peruanos más eminentes. El respeto a la mentalidad de Manzanilla se sobrepone en las gentes de opinión más apasionada y diversa a cualquiera consideración personal y partidarista. Manzanilla es estimado, como hombre inteligente, capaz y culto, entre los que se hallan cerca y lejos de él. El nombre de Manzanilla es igualmente conocido en las clases elevadas que en las clases humildes. Esto indica que Manzanilla es uno de nuestros hombres representativos. Una de las cumbres de la intelectualidad nacional.

No vamos a hacer en estas líneas la crítica ni el estudio de la personalidad de Manzanilla. Vamos a hacer tan sólo una ligera revisión de los títulos que tiene para que el pueblo de Lima, sin requerimiento suyo ni de sus amigos, lo lleve al parlamento. Lo mismo que vamos a hacer, por supuesto, al ocuparnos de los otros ciudadanos recomendados al voto del pueblo de Lima.

Manzanilla tiene personalidad propia y brillante. Es uno de los pocos hombres del partido civil que ha atraído sobre sí la atención y la simpatía del pueblo. Y es que su condición de intelectual y su preparación científica lo han hecho sentir la injusticia social y pensar en la necesidad de aminorarla. Dentro de un congreso donde sólo se debaten intereses partidaristas y detalles administrativos, Manzanilla, elevándose sobre la mentalidad parlamentaria, ha hablado varias veces del problema social y ha defendido el derecho de los trabajadores.

Esta labor de Manzanilla, condensada en su ley de accidentes de trabajo, en su reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, y en sus otros proyectos de legislación obrera, detenidos por la inercia y la desorientación de nuestro incomprensivo parlamento, ha repercutido en el espíritu popular. El pueblo ha deseado más de una vez que Manzanilla descendiese hasta él. Manzanilla ha podido, pues, hacerse caudillo. Conductor de muchedumbres. Para conseguirlo no habría tenido sino que

aproximarse al pueblo. Pero a Manzanilla le ha faltado la resolución necesaria para hacerlo. Y este es justamente, el error de su historia política.

No queremos saber hoy si las leyes y proyectos de Manzanilla son eficaces y acertados. Sólo queremos saber lo que representan como esfuerzo y como tendencia. Se puede discutir la utilidad de esa obra legislativa; pero no se puede discutir la bondad de su esencia, de su espíritu, de su inspiración.

La figuración parlamentaria de Manzanilla ha sido, por otra parte, una figuración de gran relieve. Manzanilla no sólo ha aportado a los debates de la cámara de diputados el soplo de su pensamiento nuevo y joven. Se ha dicho de él que era un renovador de la oratoria y de la táctica parlamentarias.

Los demás títulos de Manzanilla son conocidos. Manzanilla es un catedrático de vasta ilustración. Manzanilla es un abogado de probada competencia jurídica. Manzanilla es un hombre de acendrado sentimiento democrático. Manzanilla es un profesional que ampara gratuitamente las reclamaciones de los obreros y de los desvalidos contra las empresas y los patrones arbitrarios.

Y, además, existe un motivo singular para que el país exija que Manzanilla forme parte del congreso próximo. En medio de tanto político incoloro, anodino, borroso, sin filiación doctrinaria conocida, Manzanilla es un político de ideas políticas definidas. Es parlamentarista fervoroso. Es un panegrista ardiente del régimen parlamentario. En estos instantes en que, por una desviación incongruente de los hombres que nos gobiernan, se tiende a robustecer y vitalizar el régimen presidencial, la opinión de Manzanilla es indispensable en el congreso.

El doctor Víctor M. Maúrtua

El doctor Víctor M. Maúrtua es el hombre moderno de nuestro retablo político. Es un estadista de amplia ideología. Es un catedrático de vasta preparación científica. Es un ciudadano que ha servido eficientemente a su país.

Maúrtua ha podido ser en el Perú un hombre extraordinariamente popular. Su espíritu inquieto, reformador y revolucionario lo ha empujado constantemente a la lucha al lado del pueblo. Maúrtua es el primer político peruano que, dentro de una cámara de ambiente gazmoño y tímido, saturado de prejuicios criollos, ha declarado con orgullo su filiación socia-

lista. Peró Maúrtua no ha tenido oportunidad de entrar en contacto directo y permanente con el pueblo. En su juventud fue radical. Perteneció al grupo de don Manuel González Prada y ocupó un puesto en la "Unión Nacional". Más tarde, deshecha la "Unión Nacional", consagrada su actividad personal a los estudios jurídicos, sus relaciones profesionales lo llevaron al partido civil. El partido civil le hizo el beneficio de no emplear su capacidad en el parlamento ni en el gobierno sino en la diplomacia. Y Maúrtua salió del país para no volver a él hasta el año de 1914. Al volver era, pues, para la mayoría de las gentes, un tanto desconocido. Y Maúrtua, aislado, solitario, desconectado del pueblo, sin atmósfera propicia, no intentó ser un político popular. No tuvo confianza en sus propias fuerzas. Y, sobre todo, no tuvo ambición.

El paso de Maúrtua por el periodismo, por el parlamento y por el gobierno, en los cuatro años últimos, ha sido, sin embargo, expresivo de su talento y de su cultura. Maúrtua ha dejado en la universidad, en el parlamento, en el periodismo y en el gobierno su huella de hombre superior. Y en todo instante se ha caracterizado por la tendencia de elevar el debate de los problemas nacionales. Por su repugnancia al hábito de empequeñecerlo. Su pensamiento no ha volado nunca a ras del suelo. Siempre ha volado muy alto. Siempre ha tenido una visión panorámica del presente y del porvenir.

Su labor de diplomático y jurisconsulto, encargado de la defensa de nuestros derechos territoriales, no ha podido ser más excelente y meritoria. A Maúrtua le debe la historia de nuestra diplomacia su mejor capítulo. El solo pleito de límites que el Perú ha ganado ha sido el de Bolivia. El laudo arbitral de la Argentina, como se sabe, nos fue favorable. Tan favorable que Bolivia puso el grito en el cielo contra él y nos arrancó la abdicación de que renunciásemos al derecho que nos reconocía. Maúrtua fue el abogado del Perú ante el árbitro. Suyo es el alegato que persuadió al árbitro de la justicia de nuestra causa. Como suyo es también el único libro de valor que contiene la historia de nuestra cuestión con Chile y la probanza jurídica de la razón que nos asiste.

Hay también un motivo especial para que Maúrtua sea elegido diputado. El de la ofensa que acaba de inferirle el gobierno provisorio, con absoluto desconocimiento del título que posee a la gratitud nacional, suprimiendo el cargo diplomático que le confió el gobierno anterior. Este país, este país tan escaso de hombres de mérito intelectual, tiene la obligación de desagraviar a Maúrtua. Tiene la obligación de desagraviarlo

demostrándole que no ignora su capacidad y que respeta su autoridad científica.

El doctor Luis Miró Quesada

El doctor Luis Miró Quesada es, entre las figuras nuevas de la política, una de las que más rápidamente se ha impuesto a la consideración ciudadana. Su elección como diputado por Lima en 1915 fue una elección muy honrosa. Una elección reconocida y sancionada por la junta escrutadora. Las maniobras del gobierno para evitar la proclamación del señor Jorge Prado y Ugarteche, elegido junto con Miró Quesada, detuvieron su incorporación oportuna en la cámara; pero no hubieran podido impedirla en esta legislatura ordinaria. Su elección como alcalde de Lima en dos ocasiones seguidas es otra prueba de la estimación que rodea a Miró Quesada. Parece que Miró Quesada ha sido el alcalde más joven que ha tenido la ciudad.

La historia política de Miró Quesada es breve e intensa. Miró Quesada formó parte del bloque parlamentario que combatió la política del gobierno del señor Leguía. Probó entonces su temperamento batallador y combativo. Probó asimismo su ilustración y su capacidad.

Miró Quesada es un hombre bien preparado, que estudia, que renueva su cultura, que cultiva su espíritu. Es un político dinámico, afirmativo, creador. Esta cualidad en nuestro país es muy rara y, por lo mismo, muy valiosa. Los hombres inteligentes son aquí, generalmente, negativos, escépticos, abúlicos, pesimistas. Son desganados para la acción y flacos de voluntad. Nos sobran hombres destructivos y nos faltan hombres constructivos. Casi nadie tiene fe en su esfuerzo, en su idealismo, en su obra. El doctor Luis Miró Quesada es, dentro de este ambiente, una excepción brillante. Al servicio de sus ideales, de sus convicciones y de sus anhelos, pone siempre todo su dinamismo, todo su carácter, toda su actividad.

Su labor en la municipalidad es una labor que rebosa sinceridad y fervor. Miró Quesada ha sido el único alcalde con programa amplio y trascendental. Ante el gobierno, ante el parlamento, ante la opinión, ha luchado por la pavimentación y el saneamiento de Lima. Y su campaña en este sentido ha sido una campaña bien orientada. El doctor Miró Quesada ha procurado a todo trance crear conciencia pública sobre la necesidad de higienizar la ciudad y de defender la vida de la población. Y ha logrado crearla, a pesar de la indolencia dominante. No ha conseguido, como

alcalde, efectuar la obra; pero ha conseguido hacer sentir la urgencia de efectuarla.

Miró Quesada no ha abandonado, al cesar en la alcaldía, su campaña municipal. La ha continuado desde su banco de concejal con el mismo empeño y el mismo tesón con que la inició desde su despacho de alcalde. Ultimamente ha sometido al concejo dos proyectos inspirados, como todos los suyos, en un alto concepto de los deberes del Estado.

Se ha reprochado muchas veces a Miró Quesada su vehemencia y su impetuosidad. Pues bien, la vehemencia y la impetuosidad de Miró Quesada son, precisamente, las condiciones que más lo recomiendan. Son condiciones que revelan su fervor espiritual y su inquietud mental. Su afán de mejoramiento, de reforma y de renovación.

Miró Quesada inocularía en la cámara la savia de su espíritu joven, moderno, optimista y fecundo.

El doctor Manuel Augusto Olaechea

El doctor Manuel Augusto Olaechea es un ciudadano alejado hoy de la lucha partidarista. Sus antecedentes políticos son breves; pero claros y limpios. Sólo ha figurado en el partido demócrata, a cuya historia se halla tan vinculado el ilustre apellido Olaechea. Y dentro del partido demócrata ha tenido un relieve propio y vigoroso. Heredero de preclaro abolengo pierolista, se ha manifestado siempre como uno de los más comprensivos admiradores de la obra, de la vida y la doctrina de Piérola.

Actualmente Olaechea no es un político. Es un hombre de trabajo. Distribuye su tiempo entre su cátedra de maestro y su estudio de abogado. Y como maestro y como abogado tiene una reputación legítima.

El movimiento estudiantil en pro de la reforma, acaba de dar ocasión para que los estudiantes de jurisprudencia, unánimemente, enaltezcan y exalten los méritos del doctor Olaechea como maestro de la Universidad. Al hacer la revisión crítica de sus profesores, los estudiantes de jurisprudencia han declarado que Olaechea es un catedrático modelo. Que a su sólida preparación científica une una gran aptitud didáctica.

Ahora que se habla de atraer a la política nacional a los hombres nuevos, a los hombres puros, a los hombres sin tacha, Olaechea posee un título excepcional para ser elegido diputado. No se debe tener en cuenta el retraimiento de Olaechea. No se debe pensar en que su modestia lo hará huir tal vez de la notoriedad y la exhibición. Se debe pensar tan sólo en lo

que Olaechea vale como hombre de ciencia, como profesor de la Universidad, como conocedor de la realidad nacional, como heredero de una honrada tradición política.

Olaechea es un ciudadano que aportará al estudio de los problemas nacionales el sano e importante concurso de una versación profunda, de una capacidad acreditada, de una voluntad firme y de una ideología moderna. Un concurso imprescindible si se quiere que la nueva carta política y las nuevas leyes orgánicas sirvan efectivamente para conformar la constitución del país con las exigencias de su progreso integral.

Por lo mismo que no se trata en este caso de un político profesional, de un político con ambición, de un político habituado a recomendarse personalmente a la consideración de sus conciudadanos, el pueblo debe solicitar la intervención de Olaechea en la política. Debe instarlo a intervenir en ella. Debe obligarlo a contribuir con sus energías, sus conocimientos y sus demás excelencias morales y mentales a la empresa de la reconstitución nacional.

Olaechea contaría como diputado con la confianza de las clases dirigentes que, afortunadamente, aprecian bien su talento, su cultura, su ponderación. Contaría con la confianza de los intelectuales, que lamentan que no ocupe en la dirección del país el puesto a que es acreedor. Contaría con la confianza de la juventud, que mira en él a uno de sus maestros esclarecidos. Contaría, en fin, con la confianza de todos los que son capaces de rodear desinteresadamente a un hombre nuevo, eficiente y probado.

(En *La Razón*: Nº 67; Lima, 24–VII–1919)

REFERENCIAS

REPORTAJES

Una entrevista a Carlos Octavio Bunge. En *La Prensa*: Lima, 1°–III–1916.

Con Federico Mertens. De periodista a periodista. En *La Prensa*: Lima, 11–VI–1916.

Luisa Morales Macedo, artista admirable. En *El Tiempo*: Lima, 25–IX–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 155–162.

La generación literaria de hoy. Conversación con don Manuel González Prada. En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1916. En *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 111–119; y 3ª ed. (Lima, 1985), pp. 183–187. En *Buelna*: Nº 4–5, pp. 32–34; México, 1980. Y en *Manuel González Prada – 6 entrevistas y un apunte*, por Willy Pinto (Lima, 1987), pp. 59–64.

Tórtola Valencia en la casa de "El Tiempo". En *El Tiempo*: Lima, 30–XI–1916.

Conversación con Sor Folie. Interesantes palabras de la escritora. En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1916.

El poeta Martínez Luján. Su vida, su humorismo y sus excentricidades. En *El Tiempo*: Lima, 19–XII–1916. Y en *Páginas Literarias* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 120–131; y 3ª ed. (Lima, 1985), pp. 169–177.

Con el Sr. Dunstan. En *El Tiempo*: Lima, 16–I–1917.

Paquita Escribano, la reina de la tonadilla. En *El Tiempo*: Lima, 1°–III–1918.

CARTAS A X

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 13–II–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 18–II–1916. Y en *Invitación a la vida heroica*, antología seleccionada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados (Lima, 1989), pp. 57–62.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 21–II–1916. Y bajo el título de "El verano y otras estaciones", aparecen los párrafos iniciales en las *Páginas Literarias* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 150–151.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 25–II–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 29–II–1916.

Extra–epistolario. En *La Prensa*: Lima, 2–III–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 9–III–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 17–III–1916. Y bajo el título de "El pintor Darío Eguren Larrea", aparecen los párrafos dedicados a su obra en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 146–148.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 11–IV–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 22–IV–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 3–V–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 2–VI–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 7–VI–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 14–VI–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 20–VI–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 23–VI–1916.

Glosario de las cosas cotidianas. En *La Prensa*: Lima, 29–VI–1916. Y bajo el título de "El destino, las gitanas y la clarovidencia de la mujer – Desde la voz de los oráculos hasta la voz de la cartomancia", en *El Tiempo*: Lima, 23–II–1917. En *Escritos Juveniles*: Tomo II (Lima, 1991), pp. 135–138. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 138–143.

Glosario de las cosas cotidianas. En *El Tiempo*: Lima, 17–VII–1916. Y en *Invitación a la vida heroica*, selección preparada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados (Lima, 1989), pp. 66–69.

GUIGNOL DEL DIA

Año Nuevo. En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1916.

Las tardes parlamentarias. En *la Prensa*: Lima, 1°–I–1916.

La lotería de la celebridad. En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1916.

Punto final. En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1916.

Paréntesis. En *La Prensa*: Lima, 2–I–1916.

Besamanos. En *La Prensa*: Lima, 2–I–1916.

¡Palabra!. En La Prensa: Lima, 2–I–1916.

Entre bastidores. En *La Prensa*: Lima, 2–I–1916.

¡Zafarrancho!. En *La Prensa*: Lima, 4–I–1916.

¡Atención!. En *La Prensa*: Lima, 4–I–1916.

¡Apunten!. En *La Prensa*: Lima, 4–I–1916.

¡Fuego!. En *La Prensa*: Lima, 4–I–1916.

Mutis. En *La Prensa*: 5–I–1916.

Wagner, el Conde de Lemos y el señor Macedo. En *La Prensa*: Lima, 5–I–1916.

Jornada mansa. En *La Prensa*: Lima, 5–I–1916.

Opio. En *La Prensa*: Lima, 9–I–1916.

Tiempo perdido. En *La Prensa*: Lima, 17–I–1916.

La última jornada. En *La Prensa*: Lima, 25–I–1916.

De vacaciones. En *La Prensa*: Lima, 29–I–1916.

¡Calor! ¡Calor!. En *La Prensa*: Lima, 29–I–1916.

La fuente de Neptuno. En *La Prensa*: Lima, 29–I–1916.

CRONICA TEATRAL

"La vida falsa". En *La Prensa*: Lima, 11–V–1914.

"La cosecha". En *La Prensa*: Lima, 12–VI–1914. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 122–125.

"La gente del barrio". En *La Prensa*: Lima, 27–VI–1914. Y en *Buelna*: Nº 4–5, pp. 25–26; México, I–III de 1980.

Figuras teatrales: Esperanza Iris. En *La Prensa*: Lima, 2–II–1915.

Las veladas de anoche, en el Municipal y en el Excélsior. En *La Prensa*: Lima, 23–V–1915.

De teatros. La función de hoy en el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 26–VIII–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 22–XI–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 23–XI–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 24–XI–1915.

De teatros. En *La Prensa*: Lima, 26–XI–1915.

De teatros. El Teatro Municipal. En *La Prensa*: Lima, 27–XI–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 29–XI–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 30–XI–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 1°–XII–1915.

De teatros. En *La Prensa*: Lima, 3–XII–1915. (ed. de la mañana).

De teatros. En el Colón. En *La Prensa*: Lima, 3–XII–1915. (ed. de la tarde).

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 5–XII–1915.

De teatros. Viendo a Antonia Mercé. En La Prensa: Lima, 12–XII–1915.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 17–XII–1915. (ed. de la mañana).

De teatros. En *La Prensa*: Lima, 23–XII–1915. (ed. de la mañana).

De teatros. En *La Prensa*: Lima, 24–XII–1915.

De teatros. En *La Prensa*: Lima, 26–XII–1915.

De teatros. En el Municipal: Felyne Verbist. En *La Prensa*: Lima, 29–V–1916.

De teatros. En el Municipal. En *La Prensa*: Lima, 31–V–1916.

De teatros. En el Colón: "La mala fama". En *La Prensa*: Lima, 24–VI–1916.

Tórtola Valencia en el Municipal. Un gran suceso artístico. En *El Tiempo*: Lima, 3–XII–1916.

Tórtola Valencia en el Municipal. Un nuevo triunfo de la artista. En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En *El Tiempo*. Lima, 10–XII–1916.

Por los teatros. En El Municipal. "En Flandes se ha puesto el sol". En *El Tiempo*: Lima, 11–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal: "Doña María, la Brava". En *El Tiempo*: Lima, 14–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal, "Malvaloca". En *El Tiempo*: Lima, 15–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal, "La propia estimación". En *El Tiempo*. Lima, 16–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal, "El destino manda". En *El Tiempo*: Lima, 17–XII–1916.

Por los teatros. En el Municipal, "El collar de estrellas". En *El Tiempo*: Lima, 20–XII–1916.

Por los teatros. En *El Tiempo*: Lima, 22–XII–1916.

Por los teatros. En El Municipal, "El Gran Capitán". En *El Tiempo*: Lima, 24–XII–1916.

Por los teatros. En El Municipal: "Mariana", de Echegaray, y beneficio de María Guerrero. En *El Tiempo*: Lima, 26–XII–1916.

ESBOZOS LITERARIOS

Perfiles: Luis Fernán Cisneros. De una copia mecanografiada, en el archivo de Luis Fernán Cisneros. Fechada: 10–VI–1912.

Nuestro teatro y su actual período de surgimiento. Obras y autores. En *La Prensa*: Lima, 3–I–1915. Y en Servicio de Publicaciones del Teatro Universitario de San Marcos (Lima, 1970).

El "Devocionario" de Augusto Aguirre Morales. En *La Prensa*: Lima, 4–IV–1916.

Crónica del paddock. En *El Turf*: Nº 36, pp. 20–21; Lima, 6–V–1916.

Una carta sobre "La Medusa". De Juan Croniqueur a Augusto Aguirre Morales. En *El Tiempo*: Lima, 6–IX–1916. Y en *Páginas Literarias* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 187–193.

Un discurso: 3 horas, 48 páginas, 51 citas. En *La Prensa*: Lima, 30–IV–1916. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 31–40.

El automóvil fugó de la ciudad. Los árboles, el polvo y otras cosas del campo. En *El Tiempo*: Lima, 9–X–1916.

Carta a un poeta. En *El Tiempo*: Lima, 1°–I–1917. En *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 133–140; y 3ª ed. (Lima, 1985), pp. 183–187. Y en *Buelna*: Nº 4–5, pp. 34–35; México, I–III de 1980.

Carta abierta de "Revoltoso" al Conde de Lemos. En *El Turf*: Nº 74, pp. 17–19; Lima, 2–VI–1917.

"El Caballero Carmelo", libro de cuentos de Abraham Valdelomar. En *El Tiempo*: Lima, 9–IV–1918. Y en *Páginas Literarias* seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), p. 17.

El centenario de Ruskin. En *La Razón*: Lima, 27–VI–1919.

AL MARGEN DEL ARTE

Al margen del arte. En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1914.

Contestación a [Teófilo] Castillo. En *La Prensa*: Lima, 7–I–1914.

El Concurso "Concha". En *La Prensa*: Lima, 24–XII–1914.

El Concurso "Concha". En *La Prensa*: Lima, 26–XII–1914.

El premio de pintura "Concha". En *La Prensa*: Lima, 29–XII–1914.

El premio de pintura. Al margen de un retrato. En *La Prensa*: Lima, 1°–I–1915.

La estatua de Castilla, por Lozano. En *La Prensa*: Lima, 30–IV–1915.

Un retrato por [Luis] Ugarte. En *La Prensa*: Lima, 23–I–1915.

El concurso para el monumento de Santa Rosa. En *La Prensa*: Lima, 4–VI–1915.

Exposición. En *Nuestra Epoca*: Nº 1, p. 1; Lima, 22–VI–1918.

El deber del ejército y el deber del Estado. En *Nuestra Epoca*: Nº 1, pp. 4–5; Lima, 22–VI–1918. En *Buelna*: Nº 4–5, pp. 42–44. México, 1°–III–1980. En *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1985), pp. 41–48.

Mariátegui explica su artículo de "Nuestra Epoca". En *El Tiempo*: Lima, 27–VI–1918.

La reorganización de los grupos políticos. En *Nuestra Epoca*: Nº 2, pp. 1–2; Lima, 6–VII–1918. Y en *Invitación a la vida heroica*, selección preparada por Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados (Lima, 1989), pp. 95–101.

Nuestra posición en la prensa. En *La Razón*: Nº 1; Lima, 14–V–1919.

Ante el problema político. Antecedentes, modalidades y perspectivas de la lucha. En *La Razón*: Nº 1; Lima, 14–V–1919.

Candidaturas de última hora. En *La Razón*. Nº 4; Lima, 17–V–1919.

La política al día. El problema electoral después de la huelga. En *La Razón*: Nº 17, Lima, 3–VI–1919.

Diez años después. ¿Por qué no habla el señor Leguía?. En *La Razón*: Nº 25; Lima, 11–VI–1919.

Hora la que empieza. En *La Razón*: Nº 48; Lima, 5–VII–1919.

Después de la revolución. Lo que debía representar el nuevo gobierno. En *La Razón*: Nº 50; Lima, 7–VII–1919.

Las diputaciones por Lima. Cuatro candidaturas nacionales y representativas: Manzanilla, Maúrtua, Miró Quesada, Olaechea. En *La Razón*: Nº 67; Lima, 24–VII–1919.

INDICE ONOMASTICO

ABRIL, Carlos: 352.
ACUÑA, Manuel: 58.
AFRODITA: 57, 82.
AGUGLIA, Mimí: 52, 202.
AGUIRRE MORALES, Augusto: 22, 61, 70, 261, 264–268.
AGURTO, Luis F.: 296.
ALAS, Leopoldo: 103.
ALCIBIADES: 85.
ALVAREZ QUINTERO, Joaquín: 227, 228, 231, 233, 234.
ALVAREZ QUINTERO, Serafín: 227, 228, 231, 233, 234.
ANACREONTE: 85.
ANGLADA, Hermenegildo: 27.
AÑAÑOS, Albino: 159.
ARANAZ: 81.
ARAQUISTAIN, Luis: 322.
ARCIPRESTE DE HITA: 111.
ARCOS, Rafael: 230, 242.
ARENAS LOAYZA, María: 303.
ARES, Paco: 178, 217, 219.
ARGENTINA, La: v. Mercé, Antonia.
ARIAS DE SOLIS, Herminio: 55, 80, 296, 299, 300.
ARISTI: 172.
ARISTIPO: 114, 115.
ARISTOFANES: 120.
ARNAO, Francisco: 43.
ARNICHES, Carlos: 183, 195, 197, 205.
AROCA Y ORTEGA, Jesús: 226.
ARONA, Juan de: v. Paz Soldán y Unanue, Pedro.
ASPILLAGA ANDERSON, Ramón: 112, 277.
ASTETE: 296.
ATILA: 85.
AYARZA, Alejandro: 173, 259.
AZORIN: v. Martínez Ruiz, José.
BACA FLOR, Carlos: 74, 80.
BALBUENA, Gerardo: 143, 154.
BALLESTEROS, Enrique: 321, 323.
BARRAS: 229.
BARREDA, Enrique: 152.
BARREDA Y LAOS, Felipe: 41–44.
BARRETT, John: 132.
BARRIOS, Manuel C.: 146, 150, 154,'155.
BASADRE, Eduardo C.: 138.
BATAILLE, Henry: 179.
BAUDELAIRE, Carlos: 235.
BAUDOUIN DE LA PAZ, Julio: 55, 133, 170–172, 206, 217–220, 254, 255.
BAZAN, César: 203.
BECQUER, Gustavo Adolfo; 62.
BEETHOVEN, Ludwig van: 13, 16, 26, 151.
BELMONTE, Juan: 108, 111.
BELL, Carlos: 188.
BELL, Celia: 197, 199.
BELL, Jorge: 188.
BELL, Judith: 197, 199.
BELL, Nelly: 188, 189.
BELL, Stella: 197, 199.
BELL, Sylvia: 197, 199.
BELLIDO, Hernán C.: 263
BENAVENTE, Jacinto: 168, 234, 235, 236, 237, 239.
BENTIN, Ricardo: 179.
BERNHARDI, Federico von: 52, 161.
BERTINI, Francisca: 101, 138.
BETHMANN HOLWEG, Teobaldo von: 52.
BILLINGHURST, Guillermo E.: 139.
BOBADILLA, Emilio: 62, 67.
BOOEKER: 131.
BORDA, Carlos: 53, 138, 140, 142, 144, 145, 156, 158, 162.
BORRAS, Enrique: 52, 202.
BOURGET, Paul: 99, 101.
BRUNNER: 255.
BUCALOSSI: 226.
BUDA: 26, 27, 88, 132.
BUENO, Manuel: 103.
BUNGE, Carlos Octavio: 5–8, 10.
BUSTAMANTE Y BALLIVIAN, Enrique: 21.
BUSTAMANTE Y BALLIVIAN, José: 259.
BYRON, Jorge Noel Gordon Lord: 39.
CABRIÑANA DEL MONTE, Julio de Urbina y Ceballos–Escalera, Marqués de: 59, 146.
CACERES, Andrés A.: 65, 332.

CACERES, Zoila Aurora: 63.
CADORNA, Luigi: 106.
CANEVARO, César: 348.
CANTU, César: 33.
CAPELO, Joaquín: 144.
CAPRA, Sócrates: 23, 28.
CARDENAS, J. M.: 206.
CARRASCO, Federico: 207, 208, 210.
CARRERE, Emilio: 77.
CARRETERO, José María: 24, 27.
CARUSO, Enrico: 85
CARVAJAL, Melitón: 179.
CASANOVA, Juan Jacobo: 104.
CASARES, Julio: 102–105, 270.
CASAS, Amparo: 183, 187. 190, 192, 193, 195, 197.
CASTILIANO, los: 189.
CASTILLO, Daniel I.: 139.
CASTILLO, Teófilo: 73–75, 78–80, 296, 298–300, 304.
CASTRO, Cipriano: 86.
CASTRO, Juan Domingo: 139, 159.
CAYOL: 10.
CETINA, Gutierre de: 63.
CISNEROS, Luis Fernán: 251–252.
CLEMENCEAU, Jorge: 355.
CLEOPATRA: 85.
CONFUCIO: 88, 132.
CORBACHO, Jorge: 146, 158, 159.
CORNEJO, Mariano H.: 52, 352, 353.
CORRIENTES, Diego: 87.
COSIO, José Gabriel: 270.
CRIADO Y TEJADA, Víctor L.: 65, 152, 153.
CUVIER, Jorge: 115.
CHAVEZ, Jorge, 69, 252.
CHECA, Miguel: 263.
CHOCANO, José Santos: 37, 68, 87, 108.
CHOPIN, Federico: 13, 17, 26, 32, 152, 222, 226.
D'ANNUNZIO, Gabriel: 22, 27, 68, 106.
DARIO, Rubén: v. Rubén Darío.
DELIBES, Leo: 213, 215, 226.
"DIABLO MUSICO": 69.
DIAZ, María: 202.
DIAZ DE LA HOGA, Manuel: 202.
DIAZ DE MENDOZA, Fernando: 227–247.
DIAZ DE MENDOZA Y GUERRERO, Carlos: 240, 241.
DIEZ CANSECO, Pedro: 150, 151, 163.
DIOGENES: 59.
DIOS: 40.
DUMAS, los: 163.
DUNSTAN, Guillermo: 41–45, 153.
DURAND, Augusto: 333.
DYONISIO: 57, 155.
DYER: 37.
ECA DE QUEIROS, José María: 73.
ECHEGARAY, José: 244–247.
EGUREN, José María: 22, 67.
EGUREN LARREA, Darío: 80, 90–92.
ESAU: 164.
ESCARCELA: 11, 219.
ESCARDO SALAZAR, Enrique: 143, 154.
ESCARDO SALAZAR, Héctor: 149.
ESCRIBANO, Paquita: 46–48.
ESPAÑA, Anita: 67, 75, 76, 208.
ESPAÑA, Carmela: 212.
ESPAÑA, Maruja: 208.
ESQUILO: 120, 145.
ESTRADA CABRERA, Manuel: 85.
EVANGELINA: v. Cáceres, Zoila Aurora.
FABREGAS, Virginia: 84.
FALCON, César: 259.
FALL, Leo: 197, 201.
FERRERE, Claude: 238.
FERNANDEZ, José: 184, 185, 190, 196.
FERNANDINI: 148.
FERRER, Amparo: 187, 190, 191, 192, 209.
FIGUEROA PONCE, Clodomiro: 70.
FLOREZ, Ricardo: 138.
FRANCISCOVICH: 61, 62, 63, 70, 71.
FRANKLIN, Benjamín: 131.
FREIXAS: 184, 191, 201, 207.
GALVEZ EGUSQUIZA, José: 310.
GAMARRA, Abelardo: 138, 139, 146, 149, 154, 158.
GANOZA, Agustín: 348.
GAONA, Rodolfo: 23, 47.
GARCIA, José M.: 348.
GARCIA, Matilde: 242.
GARCIA, Santiago: 208, 209, 210, 211.
GARCIA ALVAREZ, Enrique: 183, 194, 205.
GARCIA IRIGOYEN, Pedro: 65, 140.

GARCIA VELLOSO, Enrique: 10
GARCILASO, Inca de la Vega: 270.
GARLAND, Antonio: 257.
GARROS, Roland: 70.
GIBSON, Percy: 22.
GIL, Martín: 10.
GLUCK, Cristóbal: 215.
GONGORA, Luis: 268, 301.
GONZALEZ, Nicolás Augusto: 37.
GONZALEZ BLANCO, Andrés: 103.
GONZALEZ PRADA, Manuel: 19–22.
GRANADOS, Enrique: 224.
GRAU, Miguel: 189.
GRAU, Rafael: 147.
GREY, Edward: 52.
GRIEG, Eduardo: 26, 203, 216, 222, 226.
GUERRERO, María: 202, 227, 228–247.
GUTIERREZ, Segundo Sergio: 352.
GUTIERREZ NAJERA, Manuel: 84.
GUZMAN Y VERA, Carlos: 162, 173, 174, 256, 257, 258.
HEINE, Enrique: 62, 161.
HERNANDEZ, Daniel: 80.
HERNANDEZ CATA, Alfonso: 48.
HERNANDEZ, Julio A.: 260.
HERRERA Y REISSIG, Julio: 62, 74.
HERVIEU, Paul: 237.
HIDALGO, Alberto: 283–285.
HITA, Arcipreste de: 111
HOMERO: 85.
HOYOS OSORES, Oswaldo: 138.
HUERTA, Victoriano: 84.
HUGO, Víctor: 85.
ICARO: 69.
IDIAQUEZ, Ismael de: 146.
IMPERIO, Pastora: 209.
INGENIEROS, José: 6, 10, 64.
INSUA, Alberto: 48.
IRRIBARREN, Juan Luis: 260.
IRIS, Esperanza: 176, 177.
JACOB: 164.
JEHOVA: 127.
JESUCRISTO: 56, 97, 98, 99, 279.
JIMENEZ, Carmela: 202.
JIMENEZ, Juan Ramón: 77.
JUAN DE LA CRUZ, San: 111, 261.
JUAREZ CELMAN, Miguel: 87.
JUN SAN: 88, 89.
KAISER GUILLERMO II: 23, 120, 283.
KEMPIS, Tomás de: 31, 84, 261.
KIPLING, Rudyard: 114, 115.
LANSING: 52.
LARRAÑAGA, Federico: 37, 79, 251.
LA TORRE GONZALEZ, Agustín de: 348.
LA TORRE, Juan Manuel de: 348.
LEGUIA, Augusto B.: 338–340, 345–348, 349, 351, 359.
LEHAR, Franz: 185, 190, 191, 211.
LEMOS, Conde de: v. Valdelomar, Abraham.
LENIN, Vladimir Ilich: 355.
LEON, Fray Luis de: 261.
LEON, Ricardo: 95, 102, 104, 105.
LEOPARDI, Giácomo: 58.
LEPRINCE: 179.
LICURGO: 147.
LINCOLN, Abraham: 131.
LIZARES QUIÑONES, José María: 133.
LOPEZ ALBUJAR, Enrique: 37.
LOPEZ, Elvira: 75.
LOPEZ, Josefina: 76.
LOPEZ MUÑOZ, Elvira: 208, 209, 210, 212.
LOPEZ MUÑOZ, Josefina: 208, 209, 210, 212.
LOPEZ SILVA, José: 191, 192.
LOYOLA, Ignacio de: 132.
LOZANO, David: 309–311.
LUGONES, Leopoldo: 37.
LUIS XV: 215.
LUTERO, Martín: 132.
LUZA, Reynaldo: 80.
LYNCH, Alberto: 74, 80.
LLEO, Vicente: 209.
MACEDO, Eleodoro: 148, 151, 152, 164.
MACHADO, Antonio: 77.
MACHADO, Manuel: 77.
MAETERLINCK, Mauricio: 52, 108, 109.
MAHOMA: 132.
MALAGA GRENET, Julio: 296.
MANLIO: 114, 117.
MANCINI: 11.
MANZANILLA, José Matías: 143, 329, 330, 333, 354, 355, 356, 357.
MANZANO: 210.
MARAVOTO, Enrique: 167–169, 260.
MARCONI, Guillermo: 85.

MARI, Josefina: 179.
MARIATEGUI, Foción: 263.
MARIO, Arturo: 11, 219.
MARQUINA, Eduardo: 229, 231, 238, 229, 231, 232, 238.
MARTINEZ DE LA TORRE, Juanita: 301, 302, 305, 306, 307.
MARTINEZ LUJAN, Domingo: 35–40, 238.
MARTINEZ RUIZ, José: 102, 104, 270.
MARTINEZ SIERRA, Gregorio: 62, 67, 209.
MAS, Ascensio: 194.
MASSENET, Julio: 202.
MAURTUA, Víctor M.: 354, 355, 357, 358.
MAUVAIS: 28.
MERCADO: 59.
MERCE, Antonia: 108, 200, 202–204, 213.
MERTENS, Federico: 9–12, 220.
MESIAS, el: 127.
MEYERBEER, Giacomo: 216.
MEZA, Ladislao Felipe: 69.
MILLAN ASTRAY, Pilar: 192.
MIRO QUESADA, Luis: 354, 355, 359, 360.
MOLINA, Paquita: 75, 183, 187, 190, 192, 195.
MOLTKE, Carlos Bernardoo: 161.
MOMO: 83.
MONTES, Alejandrino: 86, 93–96.
MONTES, Fabiana: 94.
MONTEZUMA: 84.
MONROY: 172.
MORALES MACEDO, Luisa: 13–18.
MORAYAS, Carmen: 237.
MORE, Federico: 260.
MUÑOZ, Miguel: 229.
MUSSET, Alfredo de: 74.
NABUCODONOSOR: 85.
NAPOLEON BONAPARTE: 85.
NEGRON, Humberto: 260.
NERON: 57.
NERVO, Amado: 84.
NOE: 115.
NOEL, Eugenio: 132.
NORDAU, Max: 139.
NOVION: 10.
ÑA CATITA: 174.
ÑA CLARA: 174.
ÑO CARNAVALON: 83.
OBEJERO–FIGINI: 189.
OFFENBACH, Jacobo: 177.
OLAECHEA, Manuel Augusto: 354, 360, 361.
OLAVIDE, Pablo de: 21.
ORIGGI GALLI, Angel: 255, 260.
ORTIZ DE ZARATE, Francisco: 185, 187, 190, 191, 195, 197, 201.
OSNATO, los: 117.
OSORES, Arturo: 65, 352.
OTERO BALADO, Ignacio: 232.
OXANDABERRO, Roura de: 55–57, 63, 73.
PACOMIO, San: 280.
PACHECO, Napoleón: 10.
PADEREWSKY, Ignacio: 18.
PADIN, María: 11
PALACIOS, Miguel de: 183, 195, 211.
PALMA, Clemente: 138.
PALMA, Ricardo: 173.
PAN: 57.
"PAN FRIO": 69.
PARDO Y ALIAGA, Felipe: 173, 175, 253.
PARDO Y BARREDA, José: 43–44, 179, 345, 349.
PARRA DEL RIEGO, Juan: 260.
PAVLOVA, Ana: 27.
PAZ SOLDAN Y UNANUE, Pedro: 173.
PECAN DEL SAR, R.: 216.
PEDRO EL ERMITAÑO: 132.
PEGOUD, Adolfo: 70.
PENELLA, Manuel: 151, 190.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 139, 140, 143, 146, 158, 161, 162.
PEREZ DE AYALA, Ramón: 103, 105.
PEREZ GALDOS, Benito: 75.
PERRIN Y VICO, Guillermo: 183, 195, 211.
PETRAI, Francisco: 11.
PETRONIO: 57.
PICASSO, Julio R.: 150.
PIEROLA, Nicolás de: 310, 333, 347.
PIERROT: 54, 121, 190.
PLATON: 114.
PODESTA: 11.
POE, Edgar Alan: 131.
PONSETTI: 190, 195, 201.
PORRAS, Melitón: 352.

PORTA: 183, 185, 187, 191, 192.
PRADO Y UGARTECHE, Jorge: 359.
"PRINCESA DE BORBON": 89–90.
QUIJANO, Resurrección: 52, 54.
QUIJOTE: 36, 130, 284.
QUIMPER, Manuel: 141, 153, 163.
QUINCOT, María Angélica: 303, 304.
QUINITO VALVERDE: 120, 152, 195.
QUINTANA, Manuel José: 63.
RAEZ, José Luis: 140.
RIPALDA, Octavio J.: 303.
RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la: 269–276.
RODRIGUEZ, César A.: 22.
RODRIGUEZ, Julio: 159.
ROJAS, Ricardo: 10.
ROLAND: 179.
ROLDAN, Belisario: 9.
ROOSEVELT, Theodore: 132.
ROSA DE LIMA, Santa: 313–315.
ROSSEL: 187, 201.
ROTHSCHILD: 52.
RUBEN DARIO: 14, 62, 63, 74, 76, 85, 132.
RUEDA, Salvador: 77.
RUETE GARCIA, José: 258, 260.
RUIZ, Manuela: 230, 242.
RUIZ BRAVO, Pedro: 139, 141, 142, 146, 147, 149, 150, 152, 153, 156, 157, 158.
RUIZ PARIS, Francisco: 205.
RUMIMAQUI: 133.
RUSIÑOL, Santiago: 75.
RUSKIN, John: 290–292.
SAENZ PEÑA, Roque: 317.
SAFO: 85.
SAINT–SAENS, Camilo: 215, 225, 226.
SAINT VICTOR, Paul de: 39.
SALA, Salvador: 48.
SALAVERRY, Felipe Santiago: 161.
SALAZAR Y OYARZABAL, Juan de Dios: 141, 142, 147, 149, 152, 153, 156, 162, 348.
SALOME: 202.
SANCHEZ, Florencio: 219.
SANCHEZ DIAZ: 138, 159, 160, 161.
SANCHEZ GARDELL, Julio; 10.
SANCHO: 131.
SANTA CRUZ, Andrés de: 161.
SANTA CRUZ, Nicomedes: 260.
SANTOS DUMONT, Alberto: 69, 85.
SASSONE, Felipe: 256.
SCHOPENHAUER, Arturo: 39, 58.
SCHUBERT, Franz: 13, 14, 225, 226.
SECADA, Alberto: 138, 141, 142, 147, 148, 149, 152, 153, 156, 158, 160, 162.
SEGURA, Manuel Ascensio: 173, 175, 253.
SEQUI, Emilio: 164.
SERRADOR, Esteban: 178, 179.
SHAKESPEARE, William: 145.
SILVA, José Asunción: 17, 58, 92.
SMILES, Samuel: 95.
SOCRATES: 114.
SOFOCLES: 120, 145.
SOLAR, Salvador G. del: 152, 158.
SOLF Y MURO, Alfredo: 152.
SOLIS, Antonio de: 272.
SOLIS, padre: 313, 315.
SOLON: 120.
SOR FOLIE: v. Soto, Isolina: 29, 30, 34.
SOROLLA: 27.
SOTO, Isolina: 29–34.
SPENCER, Herbert: 21, 163.
STECHETTI, Lorenzo: 62.
STOKOWSKY, Leopoldo: 18.
STRAUSS, Johan: 222.
STUBBS, Walter: 260.
SULLY PRUDHOMME, Renato: 62.
TAMAYO Y BAUS, Manuel: 241, 243.
TAPIA: 148.
TARREGA, Francisco: 226.
TERESA DE JESUS, Santa: 240, 261.
THEBES, Madame de: 126, 159.
THOULLIER, Emilio: 178.
TORRES BALCAZAR, Juan Manuel: 53, 138, 141, 142, 144, 145, 146, 147, 150, 153, 156, 158, 162.
TORRIJOS: 201.
TUBAU, Maruja: 230, 242.
TUDELA Y VARELA, Francisco: 139, 143, 149, 152.
TUPAC AMARU, José Gabriel: 133.
UCEDA, Carlos E.: 138, 139, 154.
UGARTE, Alfonso: 286.
UGARTE, César: 329, 330.
UGARTE, Luis S.: 301, 312.
UGARTE, Manuel: 9, 130, 131, 132.

ULLOA, Luis: 132, 149, 153, 347.
VAL, Luis de: 95.
VALDELOMAR, Abraham; 16, 19, 55, 69, 73, 76, 106, 114, 151, 152, 163, 164, 267, 286, 287, 289.
VALENCIA, Tórtola: 23–28, 47, 221–226, 233, 238, 240.
VALENTE: 296.
VALMIKI, 85.
VALLE, Félix: 19, 21, 52.
VALLE INCLAN, Ramón del: 22, 102, 104.
VARELA Y ORBEGOSO, Luis: 148, 164.
VARGAS, Manuel Nemesio: 52.
VERBIST, Felyne: 107–109, 113, 213, 214, 215, 216.
VERLAINE, Paul: 62, 163.
VICINI, Cleo: 202.
VILLA, Pancho: 84, 87, 130, 132.
VILLAESPESA, Francisco: 27, 77, 240, 241.
VILLANUEVA, Rafael: 347.
VIRGILIO: 85.
VISCONTI: 69, 81.
VIVANCO, Alejandro de: 138.
VIVES, Ramón: 210.
VULCANO: 155.
WAGNER, Ricardo: 151, 152.
WALTER STUBBS, Ricardo: 260.
WASHINGTON, Jorge: 131.
WERTHER: 58.
WHITMAN, Walt: 131.
WILSON, Woodrow: 130, 132, 355.
YEROVI, Nicolás: 256.
YO'KANAAN: 202.
YUAN SHI KAY: 88.
ZACCONI, Ermete: 85.
ZOLA, Emilio: 39.
ZORRILLA, José 21.
ZULEN, Pedro: 144.
ZULOAGA, Ignacio: 26, 27.

INDICE

	Págs.
Nota Editorial	VII
Estudio preliminar por Alberto Tauro	IX

REPORTAJES

Una entrevista a Carlos Octavio Bunge	5
Con Federico Mertens	9
Luisa Morales Macedo, artista admirable	13
La generación literaria de hoy	19
Tórtola Valencia en la casa de "El Tiempo"	23
Conversación con Sor Folie	29
El poeta Martínez Luján	35
Con el señor Dunstan	41
Paquita Escribano, la reina de la tonadilla	46

CARTAS A X

Glosario de las cosas cotidianas	51
Glosario de las cosas cotidianas	55
Glosario de las cosas cotidianas	60
Glosario de las cosas cotidianas	66
Glosario de las cosas cotidianas	72
Extra–Epistolario	78

Glosario de las cosas cotidianas 81
Glosario de las cosas cotidianas 84
Glosario de las cosas cotidianas 88
Glosario de las cosas cotidianas 93
Glosario de las cosas cotidianas 97
Glosario de las cosas cotidianas 102
Glosario de las cosas cotidianas 106
Glosario de las cosas cotidianas 110
Glosario de las cosas cotidianas 114
Glosario de las cosas cotidianas 118
Glosario de las cosas cotidianas 122
Glosario de las cosas cotidianas 126
Glosario de las cosas cotidianas 130

GUIGNOL DEL DIA

Año nuevo 137
Las tardes parlamentarias 138
La lotería de la celebridad 139
Punto final 140
Paréntesis 142
Besamanos 143
¡Palabra! 144
Entre bastidores 144
¡Zafarrancho! 146
¡Atención! 147
¡Apunten! 148
¡Fuego! 149
Mutis 150
Wagner, el Conde de Lemos y el señor Macedo 151
Jornada mansa 152
Opio 154
Tiempo perdido 156
La última jornada 158
De vacaciones 161
¡Calor! ¡Calor! 162
La fuente de Neptuno 163

"La vida falsa" 167
"La cosecha" 170
"La gente del barrio" 173
Figuras teatrales: Esperanza Iris 176
Las velaadas de anoche en el Municipal y en el Excélsior 178
De teatros. La función de hoy en el Municipal 181
De teatros. En el Municipal 183
De teatros. En el Municipal 185
De teatros. En el Municipal 187
En el Colón 188
De teatros. En el Colón. Teatro Excélsior 189
En el Municipal 190
De teatros. El Teatro Municipal 191
De teatros. En el Municipal 192
De teatros. En el Municipal 194
De teatros. En el Municipal 195
De teatros. El Municipal. En el Colón 197
Teatro Excélsior 198
De teatros. En el Colón 199
"La Argentina" 200
De teatros. En el Municipal 201
De teatros. Viendo a Antonia Mercé 202
De teatros. En el Municipal 205
Las tapadas 206
De teatros. En el Municipal. En el Colón 207
De teatros. En el Municipal. En el Colón 209
De teatros. En el Municipal. En el Colón 211
De teatros. Felyne Verbist 213
De teatros. En el Municipal 215
De teatros. En el Colón. "La mala fama" 217
En el Municipal 219
"Las de enfrente" 220
Tórtola Valencia en el Municipal. Un gran suceso artístico 221
Tórtola Valencia en el Municipal. Un nuevo triunfo de la artista 224

La gran vermouth de hoy 225
Por los teatros. En el Municipal. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza 227
Por los teatros. En el Municipal. "En Flandes se ha puesto el Sol" 229
En el Colón 230
Por los teatros. En el Municipal. "Doña María, la Brava" 231
En el Mazzi 232
Por los teatros. En el Municipal. "Malvaloca" 233
Por los teatros. En el Municipal. "La propia estimación" 235
Por los teatros. En el Municipal. "El destino manda" 237
En el Excélsior 238
Por los teatros. En el Municipal. "El collar de estrellas" 239
Tórtola Valencia 240
Por los teatros. En el Municipal. Colón 241
El beneficio de Arcos 242
Por los teatros. "El Gran Capitán" 243
Por los teatros. En el Municipal. "Mariana" de Echegaray y beneficio de María Guerrero 244

ESBOZOS LITERARIOS

Perfiles. Luis Fernán Cisneros 251
Nuestro teatro y su actual período de surgimiento .....
Obras y autores 253
El "Devocionario" de Augusto Aguirre Morales 261
Crónica del paddock 262
Una carta sobre "La Medusa". De Juan Croniqueur a Augusto Aguirre Morales 264
Un discurso: 3 horas, 48 páginas, 51 citas 269
Los árboles, el polvo y otras cosas del campo. El automóvil fugó de la ciudad 277
Carta a un poeta 283
Carta abierta de Revoltoso al Conde de Lemos 286
"El caballero Carmelo". Libro de cuentos de Abraham Valdelomar 289
El centenario de Ruskin 290

AL MARGEN DEL ARTE

Al margen del arte 295
Al margen del arte. Contestación a Castillo 298
El concurso "Concha" 301
El concurso "Concha" 304
El Premio de Pintura "Concha" 305
El premio de pintura. Al margen de un retrato 307
La estatua de Castilla, por Lozano 309
Un retrato por Ugarte 312
El concurso para el monumento de Santa Rosa 313

HACIA "UN CAMINO PROPIO"

Exposición 319
Malas tendencias. El deber del Ejército y el deber del Estado 321
Mariátegui explica su artículo de "Nuestra Epoca" 326
Tema del día. La reorganización de los grupos políticos 329
Palabras preliminares. Nuestra posición en la prensa 335
Ante el problema político 337
Oportunismo político. Candidaturas de última hora 341
La política al día 344
Diez años después. ¿Por qué no habla el señor Leguía? 346
Hora la que empieza 349
Después de la revolución 351
Las diputaciones por Lima 354
Los candidatos. El doctor José Matías Manzanilla 356
El doctor Víctor M. Maúrtua 357
El doctor Luis Miró Quesada 359
El doctor Manuel Augusto Olaechea 360

REFERENCIAS 363
INDICE ONOMASTICO 369

Este Tomo III de ESCRITOS JUVENILES (Entrevistas, crónicas y otros textos) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 10 de setiembre de 1991, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 15–14457–G.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.

3 9001 03025 0412